VIRGILIO

—

LA ENEIDA

1
15676

Biblioteca Nacional de España

7
15676

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

27791

LA ENEIDA

DE

PUBLIO VIRGILIO MARON

TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

POR EL

Ilustrisimo Sr. Doctor

D. Luis Herrera y Robles,

PRESBÍTERO,

INDIVIDUO C. DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA
Y DE LA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS,
CATEDRÁTICO DIMISIONARIO DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
Y HOY DE RETÓRICA Y POÉTICA, POR OPOSICIÓN,
EN EL INSTITUTO DE SEVILLA, DIRECTOR DIMISIONARIO DE INSTITUTO,
JEFE SUPERIOR HONORARIO DE ADMINISTRACIÓN CIVIL,
CAPELLÁN DE HONOR Y PREDICADOR DE S. M.
Y COMENDADOR DE NÚMERO DE CARLOS III Y DE ISABEL LA CATÓLICA.

CON UN PROLOGO DEL EXCMO. SR. D. JUAN VALERA
y un Dictamen de la Real Academia Española

TERCERA EDICION

1905

MADRID
Librería de Fernando Fé
Carr. S. Jerónimo, 2.

SEVILLA
Librería de Juan Ant.º Fé
Sierpes núm. 89

27

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LA ENEIDA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

09.468

LA ENEIDA

DE

PUBLIO VIRGILIO MARON

TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

POR EL

ILUSTRISIMO SR. DOCTOR

D. LUIS HERRERA Y ROBLES,

PRESBÍTERO,

INDIVIDUO C. DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA
Y DE LA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS,
CATEDRÁTICO DIMISIONARIO DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
Y HOY DE RETÓRICA Y POÉTICA, POR OPOSICIÓN,
EN EL INSTITUTO DE SEVILLA, DIRECTOR DIMISIONARIO DE INSTITUTO,
JEFE SUPERIOR HONORARIO DE ADMINISTRACIÓN CIVIL,
CAPELLÁN DE HONOR Y PREDICADOR DE S. M.
Y COMENDADOR DE NÚMERO DE CARLOS III Y DE ISABEL LA CATÓLICA.

CON UN PROLOGO DEL EXCMO. SR. D. JUAN VALERA
y un Dictamen de la Real Academia Española

Luis Herrera y Robles

TERCERA EDICION

1905

MADRID
Librería de Fernando Fé
CARR. S. JERÓNIMO, 2.

SEVILLA
Librería de Juan Ant.º Fé
SIERPES NÚM. 89

Biblioteca Nacional de España

Es propiedad del autor

Biblioteca Nacional de España

Á LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN TESTIMONIO

DE RESPETO Y GRATITUD

Luis Herrera

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ADVERTENCIA

DE ESTA TERCERA EDICION

Al publicar hoy la tercera edición de esta «Traducción de la Eneida en verso castellano» que comprende, como anuncié y ofrecí en la edición segunda, los doce libros del grandioso poema del inmortal Virgilio, cumplo ante todo el sacratísimo deber de dar gracias solemnemente al Todopoderoso, porque en su Misericordia infinita se ha dignado concederme vida y salud y las fuerzas necesarias para poner término feliz á una empresa tan ardua y difícil. Reciba el Señor este rendido homenaje de mi alma agradecida.

Reproduzco en la presente los juicios críticos, que precedían á mi Traducción en las ediciones anteriores, debidos al Ilmo. Sr. D. Cayetano Fernández, de la Real Academia Española, al Excelentísimo Sr. D. Juan Valera, cuya reciente y sensible pérdida lloran las Letras Patrias y á la Real Academia de la Lengua; y añado una carta del eminente Literato alemán y sabio Hispanófilo Excmo. Sr. D. Juan Fastenrath y un juicio del claustro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla.

A continuación del Dictamen de la Real Academia Española, he estimado de justicia insertar la R. O. concediéndome la Encomienda de Número

Biblioteca Nacional de España

de Carlos III, libre de gastos, no como alarde de vanidad inocente, sino para consignar á la vez mi gratitud por tan honrosa distinción, otorgada por S. M. COMO PREMIO POR MI TRABAJO, en vista del informe de dicha Real Academia.

Asímismo reproduzco las Advertencias preliminares, que precedían en la primera y segunda edición, y la carta del Sr. D. Ricardo de la Vega, autorizándome para publicar con mi traducción la excelente del libro I hecha por su ilustre Padre, como en efecto tuve la honra de publicarlo en la edición primera: con estos documentos queda hecha la historia de este mi trabajo literario: su causa y origen, su desarrollo y término.

Mas como aquellos juicios críticos versaban sólo sobre mi traducción de los seis primeros libros, que fueron el objeto de las ediciones anteriores, me permito llamar la atención de los lectores sobre lo que sus autores prejuzgaron de los seis libros siguientes, en vista de la versión de los primeros sometidos á su examen y crítica; toda vez que no es justo ni prudente molestar de nuevo con análoga pretensión á los que con tanta generosidad se dignaron entonces favorecerme.

Dice pues el eximio literato y crítico Señor D. Juan Valera (á quien rindo tributo de agradecimiento al pie de su tumba) en el Prólogo, que en esta edición se repite: «En mi juicio Don Luis Herrera penetra hondamente en el pensamiento y en el sentir del gran poeta, y atina con las frases y giros más propios para expresarlos en nuestro idioma, sin amplificar, ni parafrasear, sino siendo fiel y sobrio. La lengua de que se vale es pulcra y castiza; y sin trasposiciones violentas, y sin culteranismo, sino empleando frases

Biblioteca Nacional de España

naturales y sencillas, tiene estilo elevado y poético, digno del asunto en que se emplea. En suma, esta traducción, EL DÍA EN QUE SE ACABE, me atrevo á asegurar que será la más apropósito que hasta hoy tenemos, para que vislumbren, entrevean y comprendan hasta cierto punto los españoles, que ignoran el latín, las bellezas pasmosas de la obra capital de Virgilio.»

Y la Real Academia Española se expresa así en su «Dictamen»: «Es también de toda justicia el decir y dejar bien sentado, que si el Sr. Herrera no se cansa en el trabajo que ha emprendido, sino que lo lleva á cabo con el tesón y entusiasmo, y con el acierto que hasta ahora ha mostrado, EL DÍA QUE LO TERMINE poseerá nuestra lengua una Traducción de la ENEIDA de Virgilio, que no sólo aventaja en elegancia, propiedad y mérito poético á las que hasta ahora se han publicado en España, sino que podrá competir con las mejores que se han hecho en las lenguas cultas, de este inmortal poema.»

A tan favorable veredicto tengo la fortuna de acogerme, y por tan poderosa egida protegido entrego al público ilustrado y á la crítica sabia esta «Traducción completa» del poema inmortal del Cisne Mantuano.

Sevilla 30 de Abril de 1905.

Luis Herrera.

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelectual
SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

ADVERTENCIA

DE LA SEGUNDA EDICION

Cuando en 1898 vió la luz pública esta Traducción de la ENEIDA en verso castellano, conservé en ella el libro primero, hábilmente traducido por el insigne poeta, gloria del teatro español, Excmo. Señor Don Ventura de la Vega. Así me lo exigieron los eminentes literatos y críticos Excmos. Sres. Don Juan Valera, Don Marcelino Menéndez y Pelayo y Don Aureliano Fernández Guerra, para que esta traducción mía fuese la continuación de la comenzada por aquel inolvidable poeta. Y así lo hice, en efecto, en la primera edición de esta obra, considerándome muy afortunado con tan honrosa compañía, y conformándome también en esto con la autorizada opinión de la Real Academia de la Lengua, expresada en su dictamen sobre el mérito de mi modesto trabajo.

Una vez complacidos aquellos Señores en sus laudables deseos, y rendido ese tributo de admiración y respeto al inspirado vate, hoy debo sustituir aquella versión por la traducción hecha por mí del mismo libro; sin que esto signifique falta de consideración á la venerable memoria de aquel traductor esclarecido, ni que yo haya podido pretender mejorar su primoroso trabajo; sino que obedece á la imperiosa necesidad, que imponen las disposiciones legales rela-

Biblioteca Nacional de España

tivas á la propiedad literaria, para disfrutar de sus efectos; pues de otro modo no podría yo ser el propietario de toda la obra.

Salen pues á luz en esta segunda edición los seis libros primeros del poema inmortal de Virgilio traducidos por mí; y como ya, gracias á Dios, tengo terminada la versión de los otros seis libros, EN OTRA TERCERA EDICIÓN, QUE ESTÁ YA EN PRENSA, saldrá, Dios mediante, la obra completa del Cisne mantuano.

Habiendo tenido la suerte de que mi trabajo haya sido juzgado tan favorablemente por la crítica sabia, he creído de justicia repetir aquí aquellos informes publicados en la edición primera, para prestar de este modo el homenaje de gratitud debido á los eminentes literatos, que así se dignaron favorecerme, y para conocimiento del público, tanto más necesario, cuanto que no todos los lectores poseerán la lengua del Lacio lo bastante, para poder juzgar por sí mismos la conformidad del texto castellano con el original latino, y han de descansar, en este punto, en la opinión y criterio de las personas de reconocida competencia; repito por lo tanto en esta edición el prólogo del Excmo. Sr. Don Juan Valera, de la Academia Española, la carta del Illmo. Sr. Don Cayetano Fernández, individuo de número de la misma Corporación, y el juicio y dictamen de dicha Real Academia de la Lengua.

Reproduzco también la carta, que se dignó dirigirme el distinguido poeta Sr. Don Ricardo de la Vega, autorizándome bondadosamente para publicar el libro I de la Eneida, de su buen Padre, en unión de los traducidos por mí, y con esta ocasión le rin-

Biblioteca Nacional de España

do públicamente en estas líneas el testimonio de mi profundo reconocimiento, por tanta generosidad para conmigo. Y á continuación de esta «ADVERTENCIA» inserto asimismo la que con el título de «A LOS LECTORES» dirigí al público en la edición primera, exponiendo el origen de este trabajo, y la causa que me movió á emprenderlo.

Pido de nuevo la benevolencia de la crítica competente y del público ilustrado, á cuyo sensato juicio someto gustoso los frutos de tan ardua tarea literaria.

Sevilla 1.º de Enero de 1904.

Luis Herrera.

Biblioteca Nacional de España

ADVERTENCIA
DE LA PRIMERA EDICION

A LOS LECTORES

Al sacar á luz la presente obra, cúmpleme explicar el origen de este trabajo, y la causa que me movió á emprenderlo.

Lamentábanse los literatos españoles y todas las personas amantes de la bella Literatura, especialmente los sabios críticos Señores Don Juan Valera y Don Marcelino Menéndez y Pelayo, de que nadie hubiese continuado la versión de la ENEIDA comenzada por el inolvidable poeta y académico Sr. Don Ventura de la Vega, quien con maestría suma tradujo en verso endecasílavo suelto el libro primero, justamente aplaudido por la Real Academia Española y por la crítica competente y sana. El Sr. Menéndez y Palayo, al tratar de esta labor admirable, elogiándola cual merece, dice, en un arranque de entusiasmo, hijo de sus pasmosos conocimientos y de su profundo amor á las inmortales obras clásicas: «¡Qué bella sería una tradución de la ENEIDA en versos sueltos y hechos de esta manera!»

Tal deficiencia, por todos sentida, dió lugar á que los referidos Señores y el eximio Académico Don Aureliano Fernández Guerra, á quien lloran con razón las Letras patrias, me excitaran con empeño á que continuase la versión comenzada por aquel insigne poeta, gloria del teatro español; y á tales excitaciones hube de corresponder muy de buen grado, aunque con el temor y la desconfianza que naturalmente había de ins-

Biblioteca Nacional de España

pirarme el conocimiento de mis fuerzas, débiles para acometer empresa tan ardua. Hecha, empero, casi por vía de ensayo, la tradución del libro segundo, y aprobada por los tres eminentes críticos citados, y después de ellos por otros muchos literatos de reconocido valer, cobré ánimo para continnuar la arriesgada tarea, llegando con igual beneplácito, á la terminación de los seis primeros libros, que someto en este volumen al juicio del público docto.

Respetando, pues, la memoria del esclarecido vate Don Ventura de la Vega, su primoroso trabajo y la opinión de los Señores mencionados anteriormente, me he abstenido de traducir el libro primero, y, con la autorización que se ha dignado concederme bondadosamente su hijo, el distinguido poeta Señor Don Ricardo de la Vega, lo publico en unión de los traducidos por mí, teniéndome por muy honrado con tal compañía.

Otros libros tengo traducidos también, y me propongo hacer la versión de los restantes, si Dios me da fuerzas para ello, con el fin de publicarlos en otro volumen.

Hé aquí mi propósito y la causa de este trabajo literario. Si con él he prestado algún servicio á las Letras patrias, haciendo algo que pueda aumentar no indignamente la riqueza suma de nuestra Literatura, tan admirada en la república de las letras, me daré por satisfecho.

Sevilla 28 de Marzo de 1898.

Luis Herrera.

Biblioteca Nacional de España

CARTA DEL SR. DON RICARDO DE LA VEGA

Madrid 28 de Noviembre de 1897.

Sr. Don Luis Herrera.

Muy Sr. mío y amigo de todo mi aprecio: Recibo su grata, fecha 26, y lleno de satisfacción manifiesto á usted que honra sobremanera la memoria de mi buen Padre, publicando su libro I de La Eneida en unión de los traducidos por Vd.

El eminente literato Sr. Don Juan Valera me escribió sobre este asunto manifestándome igual deseo, y yo le contesté en el mismo sentido; es decir, considerándome honradísimo, y dando á Vd. las gracias, y autorizándole para que haga como tenga á bien la publicación de la citada obra.

Con este motivo tiene el gusto de repetirse su afectísimo amigo y entusiasta admirador.

Q. B. S. M.

Ricardo de la Vega.

Biblioteca Nacional de España

Carta del Ilustrísimo Señor Don Cayetano Fernández, Individuo de Número de la Real Academia Española, Doctor en Jurisprudencia, Dignidad de Chantre de la Santa Metropolitana y Patriarcal Iglesia de Sevilla, Académico Preeminente de la Sevillana de Buenas Letras y Ayo y Preceptor de S. M. el Rey Don Alfonso XII.

Ilmo. Sr. Don Luis Herrera.

Mi estimadísimo y respetable amigo: Siento en el alma los padecimientos de Vd.; y los míos han sido también parte á que yo no haya cumplido aún mi prometida y deseada visita.

¿Que diré ahora de su monumental Eneida? No he podido contenerme; y he leído ya no poco de su trabajo, especialmente el libro IV, que es mi predilecto. Mis aplausos no deben satisfacer á Vd., porque parten de la incapacidad y de la ignorancia; y me consta además que las eminencias literarias de España han pronunciado sobre la obra de Vd. veredicto muy glorioso. Sin embargo, cúmpleme declarar, con toda la sinceridad de mi alma, que, al leer sus hermosos versos, tan fluidos, tan tersos, tan castizos y elegantes, y al observar la fidelidad extraordinaria, el levantado estro poético y las ricas galas de elocución, con que traslada Vd. casi literalmente á nuestro idioma las bellezas innumerables del poema virgiliano, no me ha parecido traducción, sino el mismo original, lo que tenía á la vista.

Biblioteca Nacional de España

Ha hecho Vd. perfectísimamente en traducir en versos libres, porque estamos hartos de ver en otras versiones, cómo el consonante constriñe, y obliga al traductor á cometer tales ripios y amplificaciones, que apenas si permiten reconocer el original.

Reciba Vd. mi enhorabuena cordialísima y un millón de gracias por la fineza con que se ha dignado distinguirme, tan grande como inmerecida; y quiera Dios dar á Vd. pronta y completa salud, para poner término á su gloriosa empresa, y á todas aquellas en que se ocupe en lo sucesivo su privilegiado ingenio.

De Vd. con la mayor consideración y afecto su antiguo amigo y constante admirador

Q. B. S. M.

CAYETANO FERNÁNDEZ

Sevilla 28 de Marzo de 1898.

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelectual
SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Carta del Excmo. Sr. D. Juan Fastenrath, ilustre Literato, Poeta y Crítico alemán y sabio Hispanófilo, individuo correspondiente de la Real Academia Española, etc.

Colonia 3 de Marzo de 1904.

Ilmo. Sr. Doctor Don Luis Herrera y Robles.

ILUSTRE MAESTRO:

Mil y mil gracias por la amabilísima dedicatoria que se sirvió poner en el ejemplar de su excelente versión de LA ENEIDA, que acaba de ofrecerme. El trabajo de V. es un primor, asegurándole el primer rango entre los traductores, pues ha alcanzado V. lo que Schlegel consiguió en la traducción de Shakespeare y Voss en la versión de los dos poemas homéricos.

Saludo, pues, en V. al rey de los traductores españoles, y le doy mi más sincera enhorabuena.

Permítame ofrecerle un ejemplar del Anuario de los Juegos Florales de Colonia. Nuestra próxima fiesta del Gay Saber se celebrará en el histórico Gürzenich el día 1.° de Mayo, y tendremos por reina de la fiesta á la joven cuanto hermosa gran Duquesa Carolina de Sajonia Weimar residente en la Corte inmortaliza-

Biblioteca Nacional de España

da por los Schiller y Goethe, Herder y Wieland, y dueña de la famosa Wartburg en cuyos salones medioevales se celebraron los torneos poéticos de los Minnesinger.

Ruego á V. se sirva pulsar las cuerdas de su lira de oro, remitiéndome un saludo para el 1.º de Mayo. Mil gracias anticipadas.

¡Viva nuestra incomparable Sevilla, patria de la poesía española!

Saluda á V. desde las márgenes del legendario Rhin su entusiasta admirador y S. S.

q. b. s. m.

Juan Fastenrath.

Biblioteca Nacional de España

UNIVERSIDAD LITERARIA
DE
SEVILLA

FACULTAD
DE
FILOSOFÍA Y LETRAS

En el acta del Claustro celebrado por esta Facultad en 21 de Junio del corriente año se encuentra entre otros particulares el siguiente: «Leída otra comunicación de 12 del actual también del Rectorado, enviando un ejemplar de la «Traducción de la Eneida» que su autor Don Luis Herera destinaba, en testimonio de consideración, á esta Facultad para la Biblioteca de la misma, acordó el Claustro que se consignara en acta la gratitud que por ello profesaba al donante, y la satisfacción con que veía que un hijo de esta Escuela la honrara y enalteciera con obra de tanto mérito literario como la del Sr. Herrera.»

Y al trasmitirle gustoso el anterior acuerdo, no puedo menos de manifestarle la singular complacencia con que he leído una traducción, en que no sé si es más de admirar la fidelidad con que se

Biblioteca Nacional de España

conservan hasta los más delicados detalles, que avaloran las múltiples bellezas que encantan en el Poema inmortal del Cisne Mantuano, y la nimia escrupulosidad con que se respetan hasta los pequeños lunares de una obra, á que su autor no había podido dar la última lima, ó el acierto con que ha encontrado tonos en nuestra lengua, para expresar la severa majestad de la latina, y la habilidad que muestra en el difícil manejo del endecasílabo suelto, tan ocasionado á hacer tropezar en los escollos de la monotonía ó del prosaismo, que pocos de nuestros poetas han logrado bordearlos aun en composiciones cortas, cuánto más en obra de tan gran extensión, y teniendo que ceñirse á interpretar y trasladar en distinto idioma inspiración ajena, y ya tan lejana de nosotros.

Cualidades son estas que hacen en mi pobre sentir de su versión de la ENEIDA la mejor que conozco en castellano, y que no desmerece de la bellísima del primer canto de nuestro insigne Ventura de la Vega, que con tan laudable modestia ha colocado en cabeza de la suya.

Bien sé que nada ha de añadir este sincero juicio, desautorizado por ser mío, al unánime coro de alabanzas, con que los más reputados críticos han sentenciado yá en su favor; pero sírvale siquiera para estímulo y como muestra de la admiración del que se honra en haber sido su maestro,

Biblioteca Nacional de España

y del deseo que abriga, como todos sus compañeros de Facultad, de que termine obra tan importante, y con tan felices auspicios comenzada.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Sevilla 26 de Septiembre de 1899.

El Decano

Dr. Federico de Castro.

Ilmo. Sr. Doctor Don Luis Herrera y Robles.

Biblioteca Nacional de España

DICTAMEN
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El Sr. Académico de Número encargado de informar acerca de la « Traducción en verso castellano de la Eneida de Publio Virgilio Maron» hecha por el Ilustrísimo Sr. Dr. Don Luis Herrera y Robles, ha emitido el dictamen que se inserta á continuación.

«Encargado por la Real Academia Española de dar dictamen sobre la traducción de los seis primeros libros de la «Eneida de Virgilio,» puestos en verso castellano, y que ha publicado el Sr. Don Luis Herrera y Robles, Catedrático de Retórica en el Instituto de Sevilla, cábeme la satisfacción de poder afirmar que esta traducción es, á mi juicio, de mérito sobresaliente, y redunda en gloria de su autor y honor de las Letras Españolas.

»La Eneida de Virgilio ha sido considerada, según es notorio, como una de las obras más perfectas que nos legó la clásica antigüedad, joya de la Literatura latina y prez inmortal del ingenio humano. Por esto, como no habrá podido menos de excitar en cuantos la han leído deleite extraordinario, así no ha dejado de despertar en no pocos el deseo de ejercitar en ella sus ingenios, ya comentándola ó explicando sus puntos obscuros, ya esforzándose por trasladar á las lenguas vulgares las bellezas, que admiraban en el original.

Biblioteca Nacional de España

»Pero si han sido muchos los que han acometido la ardua empresa, pocos son los que han salido con ella, si no airosos, por lo menos con la gloria de haber dado pruebas de que habían entendido bien al egregio poeta, y logrado en su interpretación aquella perfección relativa, á que se puede aspirar en este linaje de tareas.

»Uno de los que se han acercado más á esta relativa perfección entre los traductores españoles del poeta mantuano es, á mi juicio, el Sr. Don Luis Herrera y Robles. Familiarizado desde su juventud con la lectura de los clásicos latinos y griegos, y teniendo conciencia de las dificultades de su empresa, dispúsose á ella con largos años de estudio, ya revolviendo y manejando de día y noche, como aconsejaba Horacio, los mejores autores, ya ejercitando su pluma en obras, que fuesen para él ensayo y preparación para la que más adelante pensaba acometer. En estas obras se ha mostrado el Sr. Herrera profundo conocedor de las lenguas clásicas latina y griega, fino crítico y perito juzgador de sus primores, y respecto de la lengua castellana ha dado también pruebas de ser un Maestro, que no sólo conoce los preceptos del arte de escribir, sino que los sabe poner en práctica por loable manera, haciendo gala de singular claridad y pureza de estilo, y de notable gracia y gentileza de lenguaje. Añade en fin el señor Herrera á estas buenas cualidades la de ser poeta fácil y galano, digno alumno y continuador de la gloriosa Escuela Sevillana, cuyos timbres tiene á su cargo perpetuar, como Catedrático de Retórica y Poética en el Instituto de Sevilla.

»Con tales preparativos, después de estudiar por

Biblioteca Nacional de España

largo tiempo el inmortal poema, y sintiéndose con ánimo de trasladar á nuestra lengua sus incomparables bellezas, se aplicó á la empresa con un valor y con un entusiasmo, que ciertamente merecen la más viva admiración. No ha llevado á cabo todavía su laboriosa tarea; (1) pero lo que ha trabajado en ella, y el acierto con que lo ha hecho, nos dan esperanzas de que saldrá con su intento con tanta gloria para sí, como honor de las Letras españolas.

»La forma ó medio artístico de que se ha valido para su traducción es el verso endecasílabo suelto, elección acertada en verdad, ya que este verso es el más análogo al exámetro latino usado por Virgilio en su poema, y que bien manejado, como lo es por el Sr. Herrera, tiene su ritmo especial, que suple muy bien al asonante ó consonante necesario, según algunos, para dar á las ideas poéticas la harmoniosa sonoridad, que es su digno complemento. Al adoptar esta forma de versificación, ni más ni menos que en la manera general del estilo y forma de traducción, gloríase el Sr. Herrera de haber tomado por modelo la versión del primer libro de la Eneida de Virgilio, publicado por Don Ventura de la Vega en las Memorias de nuestra Academia, y del cual tuvo ésta la dicha de gozar las primicias, oyéndoselo leer á su autor, con aquel arte y encanto singular, que daba á cuanto leía el que fué gloria de nuestra Corporación, y honra de las Letras Españolas.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectua SEVILLA

(1) Ya en esta tercera edición se publica, como estaba ofrecido, la obra completa, ó sea, la «Traducción de los doce libros de la ENEIDA.»

Biblioteca Nacional de España

»No pudo el Sr. Herrera escoger mejor modelo para el acierto en el desempeño de su trabajo, pues si el buen gusto, la discreción y el conocimiento profundo y familiar de cuanto tiene relación con las buenas Letras, fueron cualidades que avaloraron todas las obras del inolvidable Vega, en pocas campearon y resplandecieron más que en su ensayo de traducción de la Eneida de Virgilio. Es más; y en esto ha dado pruebas el señor Herrera de su discreción y buen gusto: conociendo que lo que estaba bien hecho no había para qué hacerlo de nuevo, ha querido encabezar su obra con la dicha traducción del primer libro de la Eneida, para lo cual ha pedido permiso al hijo del señor Vega, quien galantemente se lo ha otorgado.

»Sea dicho para honor del nuevo traductor de Virgilio: cotejados con este hermoso modelo los cinco libros restantes, únicos que ha publicado hasta ahora, y que son ya obra propiamente suya, hay que confesar que no desmerecen de aquél ni en la inteligencia y exacta reproducción del pensamiento, ni en la elegancia y pureza de estilo, ni en la harmonía, sonoridad y buen andar de la versificación. Iguales perfecciones de forma y de fondo, sustanciales y accidentales, enaltecen una y otra producción, hasta tal punto, que al pasar de la lectura de la obra de Vega á la de Herrera, se nota tan poca diferencia, que cualquiera diría que ambas son partos de una sola inteligencia, y trabajos de una misma pluma. Gloria es esta, repetimos, del Señor Herrera, que por nadie creemos que le será escatimada.

. . . . . .

. . . . . .

Biblioteca Nacional de España

»Es también de toda justicia el decir y dejar bien sentado, que si el Sr. Herrera no se cansa en el trabajo que ha emprendido, sino que lo lleva á cabo con el tesón y entusiasmo, y con el acierto que hasta ahora ha mostrado, el día que lo termine poseerá nuestra lengua una traducción de la «Eneida» de Virgilio, que no sólo aventaja en la elegancia, propiedad y mérito poético á las que hasta ahora se han publicado en España, sino que podrá competir con las mejores que se han hecho en las lenguas cultas de este inmortal poema. Tal es el juicio que he formado de su trabajo.

»Finalmente, no es ocioso advertir que la obra del Señor Herrera va precedida de un prólogo del Sr. Don Juan Valera, en el cual campea la erudición, galanura y amenidad de estilo, que son característicos de nuestro compañero, y en el cual pondera éste, y poco más ó menos en los mismos términos que los usados en este dictamen, la obra del Sr. Herrera.

»Así pues, y resumiendo lo dicho hasta aquí, mi parecer es que la Real Academia Española debe dar al Gobierno de S. M. informe favorable acerca de la traducción poética de la «Eneida» de Virgilio, presentada á la censura de la Academia.»

Y habiendo aprobado la Academia el preinserto dictamen, tengo la honra de comunicárselo á V. S. I.

Madrid 23 de Marzo de 1899.—*El Secretario*, Mariano Catalina.

Este dictamen fué leído y aprobado en las Juntas celebradas por la Real Academia en los días 9 y 16 de

Biblioteca Nacional de España

Marzo de 1899 por los Señores Académicos siguientes:

Sr. Conde de Cheste, Director de la Academia, Sr. D. Juan Valera, D. Gaspar Núñez de Arce, Sr. Conde de Casa Valencia, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, D. Alejandro Pidal, D. Miguel Mir, D. Eduardo Benot, D. Francisco Silvela, D. Francisco Commelerán, Don Antonio M.ª Fablé, D. Francisco Fernández y González, D. Santiago de Liniers, D. Manuel del Palacio, D. José Echegaray, Sr. Marqués de Pidal, D. Eugenio Sellés, Sr. Conde de la Vizaña, D. Isidoro Fernández Flores, D. Mariano Catalina, Secretario.

Biblioteca Nacional de España

Reales Ordenes premiando á Don Luis Herrera y Robles por su «Traducción de la ENEIDA.»

El Excmo. Sr. Ministro de Instrucción pública dice al de Estado con esta fecha lo siguiente: EXCMO. SEÑOR:

Deseando S. M. el Rey (q. D. g.) y en su nombre la Reina Regente del Reino, premiar á Don Luis Herrera y Robles, Catedrático del Instituto de Sevilla, Comendador de Número de la Real Orden de Isabel la Católica, y Comendador Ordinario de la de Carlos III, por su «Traducción de la Eneida» favorablemente informada por la Real Academia Española, se ha servido resolver se le signifique para una Encomienda de Número de la Real y distinguida Orden de Carlos III, libre de gastos.

De orden del Sr. Ministro lo traslado á V..... para su conocimiento y satisfacción.

Dios guarde á V..... muchos años, Madrid 7 de Junio de 1899.

EL DIRECTOR GENERAL

Eduardo de Hinojosa.

Sr. Don Luis Herrera y Robles.

Biblioteca Nacional de España

REAL ORDEN

Su Majestad el Rey (q. D. g.) y en su nombre la Reina Regente del Reino, se ha dignado aprobar la propuesta á favor de V..... de COMENDADOR DE NÚMERO 299 de la Real y distinguida Orden de Carlos III, libre de gastos.

De Real Orden lo participo á V..... para su conocimiento y satisfacción, remitiéndole la adjunta nota, á fin de que se sirva llenarla y devolverla á la Secretaría de las Ordenes en este Ministerio.

Dios guarde á V..... muchos años.

Palacio 16 de Septiembre de 1899.

Francisco Silvela

Sr. Don Luis Herrera y Robles,

Biblioteca Nacional de España

PRÓLOGO

DEL

EXCMO. SR. D. JUAN VALERA

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

PRÓLOGO

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelectual
SEVILLA

Con cuidadoso esmero y tino, y con claro entendimiento y exaltado amor de la hermosura del texto original, hizo Ventura de la Vega la traducción del primer Libro de la ENEIDA. Al leer esta traducción no hay aficionado á las letras españolas, que no lamente que el autor de *La muerte de César* y de *El hombre de mundo* no nos haya legado sino el comienzo de una obra, que, si estuviese completa, acrecentaría con espléndida joya nuestro tesoro poético. La idea y el propósito de continuar y aun de acabar la difícil tarea comenzada por Don Ventura de la Vega han asaltado sin duda la mente de no pocas personas. En el número de éstas me cuento yo desde hace muchos años. Y movido por mi deseo, y fiado en la singular aptitud, en el fervoroso entusiasmo y en la tenacidad infatigable para dar cima á semejante empresa, cualidades que mi recto juicio y generosa amistad me hicieron creer que concurrían en Don Luis Herrera, animé á este ilustrado Sacerdote, cuyo estro poético y cuya elegante maestría en el manejo de la lengua y de la versificación castellana me eran conocidos, y son justamente celebrados por la divulgación de no pocas de sus composiciones originales, á fin de que prosi-

Biblioteca Nacional de España

guiera el trabajo ya tan dichosamente comenzado, y le terminase de suerte, que su continuación y término no fuesen inferiores al principio.

Estimulado por mí y por otros sujetos más competentes y autorizados que yo en asuntos literarios, el Señor Don Luis Herrera venció la modestia, que de tan arduo empeño le retraía, puso manos á la obra, se desveló, trabajando en ella con fe, asiduidad y cariño, y como resultado al fin de su desvelo y de su trabajo nos da hoy la traducción de cinco libros que, unidos á la ya tan encomiada traducción del primero, componen la mitad de la magnífica epopeya del vate mantuano.

Don Luis Herrera no se desanima, se propone llevar la traducción adelante, y espera terminarla; pero antes anhela dar á conocer al público lo que ha hecho hasta ahora, para ver si el público le estimula con su aprobación, ya que no le premie como merece. Harto conoce Don Luis Herrera que su obra es tan ingrata como ardua, y que es imposible que en el día, y singularmente en España, reciba por galardón gran popularidad.

Por extraordinario que sea el valor del traductor, aunque lo traducido por Don Luis Herrera no se considere inferior á lo traducido por Don Ventura de la Vega, todavía no puede negarse que ambos tienen que quedar por bajo de la perfección maravillosa del épico latino.

Y por otra parte, nuestro modo de sentir y pensar tan distinto de lo que se sentía y pensaba cuando hace cerca de dos mil años Virgilio escribió su poema, requiere para penetrar su significado, y para compren-

Biblioteca Nacional de España

der el efecto pasmoso que haría en las almas de los contemporáneos del poeta, unificándose simpáticamente con ellas, que un saber no común y algo de segunda vista histórica, para contemplar lo pasado, iluminen la mente de los lectores, y que tengan éstos además imaginación bastante, ó para trasladarse en espíritu al momento en que Virgilio escribe, ó para sobreponerse á todo momento, subiendo con la idea á la elevada región desde donde se columbra todo el proceso y curso de los acontecimientos históricos, y se perciben el valer y la importancia de cada concepto en el punto en que toma forma, y surge y aparece en el seno del humano linaje.

La ENEIDA, pues, ya en latín para los que pueden y saben leerla en latín, ya traducida, aunque esté fiel y hábilmente traducida, es imposible que sea en la edad presente un libro popular en nación alguna, por muy culta que sea esta nación, y por mucho que los estudios clásicos florezcan en ella. La ENEIDA, lo mismo en latín que bien traducida al castellano, sólo puede aspirar hoy á ser obra de agradable lectura, y á interesar y á conmover á los refinados y eruditos. Y no basta para ello haber estudiado muchas *Humanidades*, sino que es menester asimismo poseer delicada inteligencia crítica y no escaso poder de la fantasía, para convertirse, al leer la ENEIDA, en romano del siglo de Augusto, ó para remontarse por cima de la corriente de los siglos, y percibir algo del orden y concierto, que nacen de su marcha majestuosa.

A mi ver, la ENEIDA puede calificarse de poema único, como también es único el vate que la compuso.

En antiquísimas edades, casi prehistóricas y semidi-

Biblioteca Nacional de España

vinas, en la cuna de nacionalidades y civilizaciones, hay siempre una materia épica difusa, más ó menos rica y brillante, que viene á tomar forma, y á ser como producto impersonal y como creación del genio ó espíritu colectivo de toda una raza ó de todo un pueblo. Tal vez la informe rudeza del áspero y primitivo lenguaje, en que la tal materia épica difusa se reconcentra y toma cuerpo, rebaja la sublimidad y desluce la hermosura de la epopeya, así creada; pero cuando, por dicha, el lenguaje en que la epopeya ha de aparecer y vivir alcanza en la ocasión propicia toda la capacidad conveniente, la epopeya nace completa, y todo lo perfecta que puede ser una obra humana. En ella está ya contenida en germen la civilización futura del pueblo que la crea; y las artes, las ciencias, la filosofía, la oratoria, los destinos guerreros y políticos y hasta la espansión del espíritu de aquel pueblo por el mundo, es lícito suponer y creer que están ya contenidos en aquella epopeya primitiva, y que van á desenvolverse y á brotar de ella como la planta de la semilla fecunda y jugosa. El más acabado y completo modelo de esta epopeya inicial y en cierto modo impersonal, es sin duda la *Iliada*. Muchos otros pueblos poseen epopeyas de la misma clase, pero todas inferiores, así por la relativa pobreza de la forma, como por la escasez de gérmenes en el contenido. La *Iliada* es superior á toda otra epopeya popular inicial, compuesta antes ó después de ella, porque bien puede afirmarse, valiéndonos de una imagen empleada ya mil veces, que así como la *Minerva mítica* salió de la cabeza de Jupiter, la *Minerva griega*, madre gloriosa del saber y de la hegemonía

Biblioteca Nacional de España

de las naciones europeas sobre las demás naciones del mundo, surgió grande y armada del cerebro del real ó imaginado divino Homero, cantor ó colector del armónico conjunto de cantos que ensalzan ó inmortalizan la cólera de Aquiles.

Hay otras epopeyas, escritas en épocas de gran cultura, eruditas y artificiales, que tienen notable mérito, que honran y ensalzan el pueblo y el idioma á que pertenecen, pero que distan mucho de tener la trascendencia y la importancia de la verdadera poesía épica popular, aunque sea muy ruda. A esta clase de poemas artificiales, dignos sin duda de estimación y aun de gloria, pero de mucho menos significado, pertenecen los *Lusiadas* de Camoens, la *Jerusalén* del Tasso, el *Bernardo* de Valbuena, y, hasta si se quiere, aquellos otros poemas, que el *mito* ó la leyenda no realza, donde lo sobrenatural es alegoría ó embuste, en que no cree el mismo poeta, y donde todo se reduce á un trozo de historia ó de crónica más ó menos primorosamente versificado.

En la cuenta de estos poemas artificiales, aunque figurando en ella como el primero, colocaríamos nosotros el poema de Virgilio, si no fuese por el singular y superior carácter que le prestan, así el ingenio poderoso y la inspiración altísima de su autor, como las circunstancias extraordinarias y la solemnidad del punto y la hora, en que dicho poema surgió de la mente del vate, y apareció á la luz del día.

El vate quiso cantar y cantó el origen legendario y poético de una ciudad única en la historia, que se hizo señora del mundo, que unificó muchos pueblos, razas y tribus, que les imprimió un sello peculiar,

Biblioteca Nacional de España

dándoles costumbres y leyes, y que, en el instante de su mayor grandeza y poderío, lo preparó y allanó todo como si hubiese llegado la plenitud de los tiempos, para que sobreviniese el cambio más radical y la más asombrosa revolución por que la humanidad ha pasado, renovándose la faz de la tierra. Celebra Virgilio con acento digno y sublime el soberano poder de Roma. Admirable es cuanto dice en loor de sus héroes, y cuanta frase entusiasta y feliz le dicta su musa, para ponderar la gloria del imperio de César. ¿Qué corazón romano no saltaría de orgullo al leer ó al oír recitar los inspirados y sonoros versos, donde Virgilio recuerda á los ciudadanos de Roma que su misión es perdonar á los vencidos, y domeñar á los soberbios, les anuncia por boca de sus divinidades un dominio sin fin, y dirige sus miras y pone como blanco de sus empresas la paz universal y la renovación del siglo de oro? Pero no son las alabanzas del soberbio encumbramiento de su ciudad las que prestan mayor hechizo á la poesía del Cisne de Mantua; su mayor hechizo reside en la inefable dulzura, en la piedad amorosa, en la ternura melancólica, en el don de lágrimas y en los mil presentimientos, que parecen sobrenaturales, que agitan el corazón y la mente del poeta, y le convierten en vidente y en adivino de una civilización nueva, que en parte se contrapone, y en parte completa la que ya existía, y cuyos fundamentos y principios siente él confusa y briosamente en el fondo del alma, sin atinar á explicarlos. Esta misma vaguedad nebulosa, esta misma indeterminación, etérea, sorprende y enamora más todavía. El espíritu de los contemporáneos del poeta hubo de sentirse, al

Biblioteca Nacional de España

leerle, como arrebatado á desconocidas regiones y á inexploradas y lumimosas esferas.

Tales maravillas, tan hondos presentimientos y sentimientos se manifiestan y expresan en versos primorosamente cincelados, hermosos y firmes, como para resistir la impetuosa corriente de los siglos, y en un rico y enórgico idioma, que había llegado entonces al colmo y á la cumbre de su perfección más completa, y del cual, al corromperse mucho más tarde, habían de brotar y retoñar los diversos lenguajes de las más cultas naciones de Europa y, por consiguiente, del mundo.

Este raro y exquisito primor de la forma, por donde Virgilio es insuperable y no tiene rival entre cuantos poetas han cantado en su lengua y en las demás lenguas humanas, hace que una buena y exacta traducción en verso de sus obras, sea punto menos que irrealizable. No es, sin embargo, de censurar, y sí de alabar, quien en tal empeño se pone. A mi ver la traducción en prosa de un poeta vale muy poco para dar idea de él, por fiel y exactamente que se haga. El sentir, el pensar y el imaginar poéticos tienen en el verso su forma adecuada y en prosa disuenan. La prosa poética parece prosa en delirio. Hay algo de afectación y hasta de falsedad intolerable en los conceptos, pasiones, fábulas é imágenes de la poesía, cuando se expresa en el habla corriente y pedestre en que de diario hablamos y discurrimos. El estilo florido, épico ó lírico, quiere el metro ó la rima, y algo además que sea locución, giros y hasta palabras donde lo usual y corriente ceda su puesto á lo elevado y peregrino, y donde, ya que así no sea, parezca que el que habla no

Biblioteca Nacional de España

habla enteramente por sí, crítica y reflexivamente, sino movido por el numen que le posee y domina. Hablar ó escribir así en prosa, sobre todo en esta edad llamada de la razón, produce, al menos para mi gusto, muy pícaro efecto, aunque protesten contra lo que afirmo Fenelón, Florián, Chateaubriand, Quinet y otros autores.

No obsta lo ya dicho á que las traducciones de los poetas, hechas literalmente y en prosa, sean útiles como aparato auxiliar ó instrumento filológico para la inteligencia y la interpretación de los textos originales, valiéndose de ellas los aficionados y curiosos, que saben á medias ó muy poco la lengua del poeta, cuyas obras anhelan comprender.

En cambio, toda traducción en verso, á no ser pésima, da idea aproxinada del poeta que se traduce, y aun puede esta idea frisar con la altura y con la excelencia de lo real, como el verso no sea sobrado dificultoso y tal vez contrario á la índole de la composición que se traduce. Condeno, pues, la traducción de un poema latino en estrofas aconsonantadas y hasta en ramances. En estrofas aconsonantadas, en octavas, por ejemplo, existe la contra de que cada octava es como un todo pequeñito, donde, para redondearle, digámoslo así, tal vez necesita el traductor poner algo de su cosecha, desfigurando y afeando quizás la obra que traduce, y donde, á fin de encontrar los consonantes, casi nunca acierta el traductor á ser fiel, y á no caer en la tentación de erigir su monumento amontonando ripios en abundancia deplorable.

En alemán y en inglés, no entraré aquí á dilucidar con qué exito, se componen exámetros y otras clases

Biblioteca Nacional de España

de metros latinos ó griegos, en los cuales pueden traducirse ó se traducen los poemas de la antigüedad clásica. En castellano también pueden componerse exámetros, y hasta se han compuesto, pero todos los poetas ó versificadores que tal cosa hacen suelen hacerla con muy severa parsimonia. No explicaré yo porqué, y me limitaré á dar por seguro que más de dos ó tres páginas en exámetros castellanos no ha de haber criatura que las resista y las trague. Don Sinibaldo de Mas tuvo, no obstante, la obstinación y la paciencia suficientes para traducir toda la ENEIDA en algo que él llama exámetros. Yo confieso mi ignorancia en prosodia. Apenas distingo en castellano las sílabas breves y largas, salvo cuando cae sobre ellas el acento, y no es comprensible para mí que haya dos sílabas largas seguidas. Ignoro cómo se midan los espondeos y los dáctilos, ni me explico cómo se compongan versos contando por pies y no por sílabas. No he de negar por eso que en la traducción de la ENEIDA, hecha en exámetros por el Sr. de Mas, se percibe un sonsonete bastante parecido al de los exámetros en latín, pero los que están en latín no cansan, sino que agradan, y los de Don Sinibaldo fatigan y apesadumbran. Verdad es que Don Sinibaldo, si bien ha contado con uno de los elementos que debe emplear el buen versificador, esto es, con el metro, ha prescindido de otro elemento acaso más esencial, á saber, de la dicción poética. Su dicción es sobrado familiar, llana y rastrera, es pintoresca á veces, pero vulgarísima. Se recuerda, al leer la traducción de Don Sinibaldo, aquel involutario chiste del dómine que para traducir *fama erat*, tradujo *corría cierto run run*. De

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectu SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

todos modos, no puede negarse que la traducción de la ENEIDA de Don Sinibaldo, es una interesante curiosidad literaria, y un faro además para mostrarnos los peligros, y para evitar los escollos de las traducciones y composiciones examétricas en nuestro vulgar idioma.

Lo que conviene, por lo tanto, para traducir en castellano la poesía latina, es el verso libre endecasílabo, del que se valieron Don Ventura de la Vega antes y después nuestro Don Luis Herrera. Y no se presuma que por eliminar las dificultades que presenta la rima, sea este género de versificación muy fácil. Por el contrario; la carencia de consonantes exige como compensación que sean los versos muy sonoros y bien medidos, y sobre todo que no se adviertan en ellos palabras que huelguen, y que sea la dicción, á par de correcta, briosa, poética y elegante, á fin de que los versos no sean desmayados y flojos, y peores que la más vil de las prosas, ya que la prosa, cuando es buena, tiene también su ritmo, sus primores y sus musicales cadencias.

Nuestros poetas han sido poco felices al ejercitarse en escribir versos endecasílabos libres. Así es, por ejemplo, que la traducción de *La Odisea* de Gonzalo Pérez, padre del famoso Secretario Antonio Pérez, es casi tan ramplona como la prosa más desmayada. Sólo á fines del siglo pasado, ó más bien en el primer tercio del presente siglo, han empezado á escribirse en España buenos y robustos versos endecasílabos libres, imitando á Parini, Fóscolo, Monti, Manzoni y otros vates italianos, excelentes maestros en esta clase de versificación. Entre nosotros Don Leandro Fernández de Mo-

Biblioteca Nacional de España

ratín es quien ha escrito los mejores versos de esta clase. Muy por bajo deben ponerse los versos en que Hermosilla tradujo *La Ilíada*, aunque distan mucho de merecer la acerba censura que lanzan contra ellos los más acérrimos contrarios de lo que se llamó el clasicismo cuando el romanticismo estaba de moda. Después de Moratín se han hecho en castellano, en verso endecasílabo libre, algunas excelentes traducciones de poesías latinas, descollando á mi ver entre todas las de Don Juan Gualberto González. No desmerece de ellas la traducción de Don Ventura de la Vega del Libro primero de la ENEIDA.

Y ahora diré para terminar, que el trabajo y el afán cuidadoso con que Don Luis Herrera se ha aplicado á continuar la obra de Don Ventura no son en manera alguna estériles, sino que han dado sazonadísimo fruto digno de grande alabanza. Yo me complazco en dársela, y me atrevo á recomendar y á celebrar esta obra, que hoy se presenta al público, desechando el temor de que alguien me increpe de que yo me celebre y me aplauda á mí mismo, ya que fuí consejero y provocador del acto, del cual, á ser delito, sería yo cómplice.

Por fortuna, no es delito, sino obra muy benéfica para las letras y muy grata á las musas castellanas la que Don Luis Herrera ha realizado. Según mi juicio Don Luis penetra hondamente en el pensamiento y en el sentir del gran poeta, y atina con las frases y giros más propios para expresarlos en nuestro idioma, sin amplificar ni parafrasear, sino siendo fiel y sobrio. La lengua de que se vale es pulcra y castiza; y sin trasposiciones violentas y sin culteranismo, sino empleando

Biblioteca Nacional de España

frases naturales y sencillas, tiene estilo elevado y poético, nada indigno del asunto en que se emplea,

En suma, esta traducción, el día en que se acabe (1), me atrevo á asegurar que será la más á propósito que hasta hoy tenemos para que vislumbren, entrevean y conprendan, hasta cierto punto, los españoles que ignoran el latín, las bellezas pasmosas de la obra capital de Virgilio: del egregio cantor cuya voz melodiosa suena proféticamente en el siglo de oro de los romanos gentiles augurando la transformación del orden social, y civilización más humana y congregación más universal que la del império de los Césares: del maestro y guía del Dante, inmortal iniciador de la poesía moderna; y del que, en las penumbras de los siglos medios y en el alborear del primer renacimiento, sin que eclipsasen su resplandor los nuevos ideales de hazañas, amores, lances caballerescos é ideas místicas y ascéticas, persistió viviendo en la mente de los doctos, como dechado y cumplido modelo de cuantas elegancias y de cuanta hermosura caben en la palabra humana, y en la mente del indocto vulgo, como estupendo mago, creador de prodigios, y diestro y dichoso en amorosas empresas.

Todo lo que aquí queda dicho, acaso sea tildado de superfluo por no pocos lectores. ¿Qué puedo yo decir de Virgilio que no hayan dicho mejor que yo mil otros escritores? Válgame para disculpa la promesa que hice al Sr. Don Luis Herrera de escribir un prólogo para

(1) Ya en esta tercera edición se publica la traducción completa de los doce libros de la ENEIDA.

Biblioteca Nacional de España

su traducción, promesa que cumplo con el mayor gusto, pero al mismo tiempo con temor ó recelo. Porque en cualquier ocasión, esta materia es harto encumbrada para que suba yo hasta tocarla con tino, y en la ocasión presente me parece aún menos á propósito que yo la trate, porque, embargados todos los espíritus con el inmenso cúmulo de calamidades que nos abruman, ó prestarán poca atención á mi discurso, ó le calificarán de impertinente. Dejen, pues, de leerle, y pasen á deleitarse con la lectura del poema, buscando consuelo para nuestros infortunios en los infortunios de Ilión, y concibiendo igualmente, con el ejemplo del hijo de Anquises, sublimes esperanzas en el porvenir de nuestra Nación y de nuestra raza y en sus destinos inmortales, que no pueden menos de resurgir, con el favor del cielo, de la postración en que han caído.

JUAN VALERA.

Madrid 2 de Mayo de 1898.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LA ENEIDA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL

LA ENEIDA

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelectual
SEVILLA

LIBRO PRIMERO

Las armas y el varón insigne canto,
Que de las playas de la infausta Troya,
Prófugo por los hados perseguido,
Llegó el primero á la región de Italia
Y á las costas lavinas. Sin reposo
Fué por tierras y mares arrojado,
A poder de los dioses, por la ira
De la cruel y rencorosa Juno.
Fieros horrores soportó en la guerra
Hasta fundar los muros de Lavinio,
E instalar sus penates en el Lacio.
De aquí el origen del latino imperio,
De aquí el poder de los albanos padres
Y de la augusta Roma las murallas.

Biblioteca Nacional de España

Recuérdame las causas, sacra Musa,
Qué deidad injuriada, por qué ofensa
Lanzara así la reina de los dioses
En medio de tan grandes infortunios,
Y obligara á arrostrar tales trabajos
A este varón, por su piedad insigne.
¡Tántas iras en almas celestiales!

Fué una antigua ciudad, que cual colonia
Los tirios ocuparon, frente y lejos
De Italia y de las bocas tiberinas;
Cartago, rica en bienes y opulenta
Y feroz de la guerra en los azares,
Por Juno preferida sobre todas
Las ciudades del orbe, y sobre Samos.
Allí su carro tuvo, allí sus armas,
Y yá en su intento procuraba entonces,
Si los hados así lo permitieran,
Sobre las gentes asentar su reino.
Mas entendió que de la teucra sangre
Había de nacer raza potente,
Que los tirios alcázares postrara,
Y un pueblo rey, dominador del orbe,
Soberbio en guerras, ruina de la Libia:
Tal de las parcas el fatal decreto.
Esto temiendo la hija de Saturno,
Y recordando la pasada guerra,
En los campos de Troya sustentada
En favor de su Argos tan querida,
Ni las terribles causas de su encono,

Biblioteca Nacional de España

Ni su acerbo dolor se había extinguido
En su enojado pecho, que guardados
En lo profundo de su alma siente
El juicio de Páris, y la injuria
Del desprecio cruel de su belleza,
La raza odiada y el honor que Jove
Otorgara al robado Ganimedes.
Inflamada en rencor por hechos tales,
Lejos del Lacio sin cesar lanzaba
A los teucros, reliquias de los dánaos
Y del pérfido Aquiles, por las olas
Siempre arrojados del inmenso ponto,
Largos años del hado perseguidos,
Mares cruzando por doquier errantes.
¡Tán ardua fué, tán colosal empresa
Fundar de Roma el poderoso imperio!

Apenas de las playas de Sicilia
Hacia alta mar las velas desplegaban
Llenos de gozo, y la salada espuma
Hendiendo rompen las ferradas proras,
Cuando Juno, perenne conservando
Dentro del pecho la funesta herida,
Así consigo hablaba:—«¿Que abandone
Vencida yo la comenzada empresa,
Y que alejar no pueda de la Italia
Al jefe de los teucros? ¿Que los hados
Lo prohiban así? ¿Palas no pudo
Quemar la armada aquiva, y en las ondas
Sumergir á los griegos por la culpa

Biblioteca Nacional de España

De uno solo, de Ayax hijo de Oiléo?
Ella misma lanzó de entre las nubes
Del padre Jove el encendido rayo,
Y la flota deshizo, y con los vientos
Las olas revolvió del ancho ponto;
Y al mismo Ayax, que llamas respiraba
Del pecho atravesado, arrebatóle
En violento huracán, y contra aguda
Roca estrellóle al fin. ¿Y yo la reina
De los dioses y hermana al par y esposa
De Jove excelso, por tan largos años
En guerra estoy con la nación Troyana?
¿Y quién de hoy más á mi sagrado númen
Prestará adoración? ¿Y quién sus dones
Colocará en mis aras suplicante?»—

Tales ideas revolviendo Juno
En su irritado pecho, se dirige
A Eolia, patria de los rudos vientos,
Cueva preñada de los fieros austros.
En inmensa caverna el rey Eolo
Los vientos luchadores y ruidosas
Tempestades oprime con su imperio,
Con cárcel y cadenas enfrenados.
Dentro y en derredor del vasto monte
Llenos de indignación furiosos rugen
Con estrépito atroz. El cetro empuña
Sentado Eolo en su elevado alcázar,
Y calma y templa las feroces iras;
Si tal no hiciera, los extensos mares,

Biblioteca Nacional de España

Las tierras y hasta el ancho firmamento
Arrebataran rápidos consigo,
Arrastrándolo todo por las auras.
Mas tal temiendo omnipotente el padre
En tenebrosos antros encerrólos,
Poniendo encima gigantescos montes;
Y dióles rey, que con pactadas leyes
Ya reprimirlos con poder supiera,
O las riendas soltar á su mandato.

A él se llega suplicante Juno,
Y háblale así: – «Eolo, (pues te otorga
El rey de dioses y hombres, con los vientos
Embravecer ó apaciguar los mares:)
Una nación de antiguo mi enemiga
Hoy del tirreno mar las ondas surca,
Llevando sus penates á la Italia
Y su Ilión vencidos; contra ellos
Acomete violento con los austros,
Y sumerge ó dispersa sus bajeles,
Y sus cuerpos arroja por el ponto.
A mi servicío son catorce ninfas
De esbelto talle y de hermosura rara,
Y bella sobre todas Deyopea;
Esta contigo en matrimonio firme
Uniré como propia y fiel esposa,
Para vivir felices largos años,
Por tan alto favor, y hacerte padre
De bella descendencia.»—Dice Juno,
Y Eolo tal responde:—«A tí tu anhelo

Biblioteca Nacional de España

Te cumple proponer; á mí tan sólo
Obedecer tus órdenes me es dado.
Cuanto este reino es, el cetro mismo
Y la gracia de Jove á tí te debo.
Tú sentarme á la mesa de los dioses
Bondadosa me has dado, y tú me hiciste
De vientos y borrascas rey potente.»—

Dijo apenas, é impele con el cetro
Del hueco monte el cóncavo costado,
Y cual fiero escuadrón, los vientos rudos
Por donde puerta dan rápidos rompen,
Y en torbellino arrasan la ancha tierra;
Cubren el mar, y del profundo abismo
El Euro y Noto y proceloso el Abrego
Con ímpetu furioso lo revuelven,
Y enormes olas á la orilla lanzan.
Y síguese el clamor de los varones,
Crujen las jarcias, súbito las nubes
El cielo roban y la luz del día
A los ojos troyanos, y sus alas
Tiende la negra noche sobre el ponto;
Los polos truenan, incesantes cruzan
Los rayos por el éter, y la imágen
De la muerte fatal doquier se mira.
De Eneas el horror los miembros hiela,
Gime, y las manos á los cielos alza,
Y —«¡Oh dichosos mil veces, clama, aquellos
Que ante sus padres sucumbir lograron
Bajo los muros de la excelsa Troya!

Biblioteca Nacional de España

¡Oh hijo de Tidéo, tú el más fuerte
De la griega nación! ¡Que no alcanzara
Yo perecer en los troyanos campos,
Y esta vida exhalar bajo tu diestra!
En donde yace el valeroso Hector
Atravesado por la aquílea lanza,
Donde el ingente Sarpedón, en donde
Tantos yelmos y escudos, tantos cuerpos
De héroes insignes en su curso envuelve
El Simois, y en sus ondas los arrastra.»—

Tal diciendo, retumba por el Norte
Deshecha tempestad, hiere las velas,
Y levanta las olas á los astros,
Rompe los remos, y la prora tuerce,
Y da el costado á las soberbias ondas;
Y acométela entonces, y la cubre
De agua revuelta gigantesco monte.
Unos en lo alto de las olas penden,
A otros rasgado el mar muestra su abismo,
Hierve en la arena el férvido oleaje:
Tres bajeles arrastra fiero el Noto,
Y en latentes escollos los estrella,
Enormes rocas bajo el agua ocultas,
Que los ítalos aras nominaron,
Y otros tres de lo alto lanza el Euro
Contra las rudas sirtes y bajíos,
¡Espectáculo atroz! y los encalla
En insidiosos vados, y los ciñe
Con duro banco de apretada arena.

Biblioteca Nacional de España

Ruje y avanza en tanto una ola ingente,
A la nave embistiendo de los licios,
Que lleva al fiel Oronte, y á su vista
Hiere en la popa, y el bajel retiembla,
Y de cabeza al par bota al piloto;
Gira en torno tres veces azotado
Allí el bajel por la soberbia ola,
Y en vórtice voraz el mar le sorbe.
Nadando acá y allá los tristes nautas
Por el extenso piélago aparecen,
Y tablones y armas y riquezas
De Troya por las aguas arrastrados.
Yá de Ilionéo la potente nave,
Yá la de Acates fuerte, la que manda
Abante, y la que el viejo Aletes rige
A la soberbia tempestad sucumben:
Que abiertos los costados, por las grietas
Todas reciben enemigas aguas,
Y por las mismas grietas se deshacen.

Siente Neptuno del turbado ponto,
Desde su hondo asiento removido,
El fragor, y la horrísona borrasca,
Y por su reino próvido velando,
E indignado á la vez, sobre las olas
Plácido eleva la serena frente,
Y esparcida la flota ve de Eneas
Por todo el mar y opresos los troyanos
Del cielo y de las ondas perseguidos;
Y de su hermana Juno las dolosas

Biblioteca Nacional de España

Artes y cruel rencor mira patentes.
Al Céfiro y al Euro al punto llama,
Y los increpa así: —«¿Tánta osadía
Os dá la raza vuestra, que los cielos
Y tierras perturbáis sin mi mandato,
Oh vientos, y moveis tormentas tales?
Pues yo á vosotros... mas conviene ahora
Calmar del ponto las revueltas aguas;
Después ya pagaréis por tal delito
Condigna pena: huid, huid veloces;
Decid á vuestro rey que no el tridente,
Ni el imperio del mar le fué otorgado,
Sino por suerte á mí; que él mande sólo
En la caverna inmensa y espantosa,
Morada vuestra, Euro, que él se goce
En ese alcázar, y se jacte y reine
De los cautivos austros en la cárcel.»—
Apenas dijo, y las hinchadas olas
Calma, y dispersa las compactas nubes,
Y vuelve el sol. Tritón y Cimotóe
A la vez en las rocas apoyando
Sacan las naves, que Neptuno ayuda
Con el tridente mismo poderoso,
Las vastas sirtes abre, el mar aplaca,
Y con rápidas ruedas se desliza
Por la llanura de las quietas ondas.

Cual suele acontecer en un gran pueblo,
Cuando en violenta sedición se alza;
Los ánimos del vulgo se enfurecen,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Las teas arden y las piedras vuelan,
Y el insano furor armas reparte;
Mas si un varon preséntase prudente
De mérito y virtudes, en silencio
Atentos prestan dóciles oidos,
Los ánimos dominan sus razones,
Y los pechos serenan: tal del ponto
Cesó el ronco rugir luego que el padre
Sobre las olas su mirada tiende,
Y al cielo abierto sus caballos rige,
Sueltas las riendas, por el mar sereno
Raudo volando en su velóz carroza.

Yá cansados los teucros aceleran
La marcha hácia los puertos más cercanos,
Y á las líbicas costas se dirigen.
Espacioso parage allí se oculta,
Donde una isla con sus lados forma
Un puerto dilatado; allí se rompe
Del alto ponto el rápido oleage,
Y corre abierto en olas replegadas;
En uno y otro lado enormes rocas,
Y dos peñascos amagando al cielo;
Bajo su cumbre el mar calla tranquilo,
Encima vasta esplendorosa selva,
Y de imponente sombra horrendo bosque,
Y enfrente un antro inmenso socavado
Bajo pendientes rocas, brota dentro
De dulces aguas manantial copioso,
Y en torno asientos en la piedra viva:

Biblioteca Nacional de España

De las ninfas mansión. Ni las amarras
Los cansados bajeles allí apresan,
Ni del ancla mordaz el corvo diente;
A este puerto con sólo siete naves
De su escuadra total arriba Eneas:
Y de tomar yá tierra con anhelo
En la ribera ansiada los troyanos
Desembarcan al fin, del mar rendidos,
Y á descansar se tienden en la playa;
El pedernal Acates ante todo
Hiere, y la chispa salta, prende el fuego
En las hojas, y aplican ramas secas,
Y en combustible tal la llama rompe.
Y fatigados por desdichas tantas
Sacan entonces mareado el trigo
Por las ondas, y al par los instrumentos
De Ceres, y á tostar el util grano,
Y á molerlo en la piedra se preparan.

A una empinada roca en tanto Eneas
Sube, y por todo el mar la vista tiende,
Por si lograse descubrir á Anteo
Por el viento tal vez allí arrojado,
O las birremes frigias, ó á Capis,
O en las popas las armas de Caico.
No vé nave ninguna; mas tres ciervos
Lejos divisa por la playa errantes
Y una manada que tras ellos sigue,
Cual escuadrón, paciendo por los campos.
Párase Eneas, y en su mano toma

Biblioteca Nacional de España

El arco y voladoras las saetas,
Armas que le llevaba el fiel Acates,
Y primero á los tres hermosos guias,
Que astas arbóreas en su frente lucen,
Derriba en tierra, y á la turba luego
Dentro dispersa del frondoso bosque
Con los agudos dardos, ni desiste
Hasta postrar gigantes siete piezas,
Que igualasen en número á las naves.

Torna al puerto, y reparte entre los suyos
El preciado botin, y distribuye
El vino aquel, que en la trinacria costa
En repletos toneles le donara
En su partida el bondadoso Acestes;
Y con tales palabras los anima,
Y sus pechos asaz entristecidos
Consuela así.—«Oh antiguos compañeros,
Pues no olvidamos los pasados males,
A sufrirlos mayores enseñados;
Tambien dará un dios fin á los presentes.
Los que de Escila la furiosa rabia
Supísteis soportar, y los escollos
Rugientes y las rocas ciclopéas,
Recobrad el valor, y el miedo torpe
Al punto deponed; gratos un día
Acaso nos serán estos recuerdos;
Que entre infortunios y reveses tantos
Al Lacio nuestra ruta dirigimos,
Allí donde los hados nos destinan

Biblioteca Nacional de España

Pacíficas moradas, y á su influjo
Resurgirá tambien de Troya el reino:
Sufrid, guardaos para mejor fortuna.»—

Así les dice, y lleno de congoja
La esperanza simula en su semblante,
Y el acerbo dolor en su alma oprime.
Ellos al punto en preparar se afanan
Al futuro festín la caza toda,
Y las reses desuellan y las abren,
Dejando así las vísceras desnudas:
Unos en grandes trozos las dividen,
Y en los espetos palpitantes asan,
Ponen otros al fuego las calderas,
Y en la hierba tendidos las perdidas
Fuerzas con los manjares se reponen,
Y con el rancio vino y pingües carnes.

Yá el hambre satisfecha y retiradas
Las viandas, discurren largo tiempo
Sobre la triste suerte de los suyos
Perdidos á merced de las tormentas,
Y entre el temor y la esperanza dudan
Si tal vez vivan, ó á funesta muerte
Sucumbieran al fin, sin que llamados
Oir pudiesen; pero más que todos
Lamenta el pio Eneas las desdichas
Ora de Amico, ya del fuerte Oronte,
Y los crueles hados presintiendo
De Lico y Gías y del gran Cloanto.

Biblioteca Nacional de España

Yá el día terminaba, y de la cumbre
Mirando Jove del excelso Olimpo,
Cubierto observa el mar de blancas velas,
Y las tierras tendidas y las costas
Y pueblos dilatados; y en la altura
Párase de los cielos, y la vista
De la Libia en los reinos fija al punto.
Y tales cuitas revolviendo Jove,
Tristísima y en llanto humedecidos
Los refulgentes ojos le habla Vénus.

—«Oh de los hombres y los dioses padre,
Que con poder eterno los diriges,
Y los aterras con tu rayo ardiente;
¿Qué delito pudieron los troyanos
Contra tí cometer ó cuál mi Eneas,
Que tras tantas ruinas soportadas,
No sólo Italia, el orbe se les cierre?
Tú prometiste que al correr los años,
De la sangre de Teucro nacerían
Romanos jefes, que á su imperio augusto
Las tierras y los mares sometieran.
¿Quién cambia pues tu voluntad, oh padre?
Esto en verdad de la arruinada Troya
Y su triste extinción me consolaba,
Tal los hados opuestos compensando.
»Más hora los maltrata igual fortuna,
Y con adversos casos los persigue.
¿Cuándo término dás, oh rey excelso,
A tan grandes trabajos é infortunios?

Biblioteca Nacional de España

Pudo Antenor fugado del aquivo,
Penetrar en los golfos de la Iliria,
Y en los íntimos reinos de Liburnia,
Y del Timavo superar la fuente,
De donde arranca, resonando el monte
Con estrépito atróz, por nueve bocas,
Y desbordado mar corre furioso,
Y piélago rugiente el campo inunda;
Y allí de Padua la ciudad alzando
Dió á los teucros moradas y su nombre,
Y las armas allí fijó de Troya,
Donde en plácida paz hora descansa.
Y nosotros tus hijos, para quienes
Tú de los cielos el alcázar riges,
Perdidas nuestras naves ¡Caso inicuo!
Víctimas somos de traición malvada,
Por la ira de una siempre y lejos
De las ítalas costas arrojados.
¿Tal honor y piedad para tus hijos?
¿Así el cetro ofrecido nos devuelves?»—

Mírala sonriendo cariñoso
El padre de los hombres y los dioses
Con el semblante aquel, con que domina
Los cielos y deshechas tempestades,
Y besándola al par, así le dice.
—«Depón todo temor, oh Citeréa,
Inmutables los hados de los tuyos
Para tí permanecen; verás cierto
La ciudad y los muros de Lavinio

Biblioteca Nacional de España

Prometidos á tí, y á las estrellas
Del alto cielo exaltarás un día
Al magnánimo Eneas: nada tuerce
Mi voluntad. En la presente angustia,
Que oprime el corazón, yo los arcanos
Remotos de los hados revolviendo,
Sus secretos intento revelarte.
El formidable guerra hará en la Italia,
Allí bárbaras gentes domeñando,
Y les dará murallas y costumbres;
Y le verán en tanto tres estios
En el Lacio reinar y tres inviernos,
Rendido á su poder el pueblo rútulo.

»Y tras él seguirá su hijo Ascanio,
Que Julo por renombre se apellida,
Ilo llamado cuando Ilión reinaba;
Treinta giros del sol será su imperio,
Y de Lavinio el reino trasladando
Fuerza terrible alcanzará Albalonga
De fortísimos muros defendida:
Allí yá reinará la hectórea gente
Con augusto poder trescientos años.
Ilia despues sacerdotisa y reina
Gemela prole parirá de Marte.
Por enseña llevando la piel roja
De la loba nodriza alegre Rómulo
Recibirá su gente, y las murallas
Levantará del bélico Mavorte,
Y de su nombre les dirá romanos.

Biblioteca Nacional de España

A este pueblo ni límites impongo,
Ni tiempo le señalo de existencia,
Que un imperio sin fin le he concedido:
Hasta la misma Juno rencorosa,
Que el mar, por miedo, y tierra y cielo agita,
Yá con mejor acuerdo reformada
Protegerá conmigo á los romanos,
La togada nación reina del orbe:
Tal es mi voluntad y mi decreto.
»Vendrá una edad corriéndose los lustros,
En que la raza del ilustre Asáraco
Á Ftias y á la inclita Micenas
Postrará á su poder, y triunfadora
Dominará sobre Argos yá vencida.
De clara estirpe y de nación troyana
Nacerá el grande César, cuyo imperio
Tendrá por solo límite Oceáno
Y su fama por término el Olimpo,
Julio del nombre del excelso Julo.
Tú en el Empíreo le tendrás un día
Libre yá de peligros, y cargado
Con los ricos despojos del Oriente,
E invocado también será con votos.

»Yá las guerras entonces extinguidas,
De los ásperos siglos la rudeza
Suavizada será, rigiendo el orbe
Vestá con la alma Fé, Remo y Quiríno.
Cerradas con fortísimos cerrojos
De la guerra cruel serán las puertas;

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

El impío furor sentado dentro
Sobre un montón de formidables armas,
Y de rudas cadenas con cien nudos
De duro bronce por la espalda atado,
Arrojará de la sangrienta boca
Bramidos horrorosos.»—Tal diciendo,
De la celeste altura el padre Jove,
Al hijo envía de la diosa Maya,
Para que estén abiertos los alcázares
De la nueva Cartago, el reino todo,
Y benignos acojan á los teucros,
No de los hados ignorante Dido
De sus regios confines los lanzara.

Vuela al punto sus alas desplegando
Por la región inmensa de los aires
El dios Mercurio, y en las costas libias
Párase presto, y los mandatos cumple.
Yá de los tirios los feroces pechos
Tórnanse humanos al divino influjo,
Y más que todos mente favorable
Para los teucros y ánimo propicio
La reina siente. Mas la noche toda
Con pensamientos mil discurre Eneas;
Y de la aurora al resplandor primero
Salir, y los lugares ignorados
Explorar, en su anhelo determina:
A qué costas el viento los lanzara,
Y quiénes, si son hombres ó son fieras,
Pues sólo ve doquier incultos campos,

Biblioteca Nacional de España

Habiten la región, y referirlo
Todo después á los amigos sócios.
Y del bosque en lo cóncavo güarece
Su flota bajo roca socavada,
Y de árboles al par y horrendas sombras
Ceñida en torno, y marcha acompañado
Del fiel Acates, y en su mano agita
Dos astas guarnecidas de anchos filos.

Sale á su encuentro en medio de aquel bosque,
Con hábito y semblante de doncella,
Y con armas de vírgen espartana,
Su madre Vénus, cual la tracia Harpálice,
Que fatiga corrríendo á sus caballos,
Y al Hebro vence en su velóz carrera.
Pende cual cazadora de sus hombros
Flexible el arco, y á los aires lanza
Tendidos y flotantes sus cabellos,
Desnuda la rodilla, y la alma veste
Sugeta con un lazo en sueltas ondas.
Y—«¡Hola! dice, mancebos, ¿habeis visto
Alguna por aquí de mis hermanas
Vagando errante, con aljaba al hombro,
De piel ceñida de manchado lince,
O al espumoso jabalí acosando
Con clamores en rápida carrera?»—
Dice Vénus, y su hijo le responde:
—«Ninguna ví ni oí de tus hermanas.
¿Quién diré que eres tú, oh excelsa virgen?
Ni es de mortal por cierto tu semblante,

Biblioteca Nacional de España

Ni humano de tu voz es el sonido.
Eres diosa en verdad. ¿Quizás de Febo
Eres hermana, ó de las ninfas una?
Sé feliz, y quienquiera que tú seas
Alivia nuestra cuita. Dinos, diosa,
Debajo de qué cielo ó á qué playas
Lanzados somos, que los austros rudos
Nos arrojaron y las olas fieras
A esta región, para vagar errantes,
Los hombres y lugares ignorando.
Caerán ante las aras muchas víctimas
Inmoladas á tí por nuestra diestra.»—
—«Digna en verdad no soy, responde Vénus,
De tan insigne honor; ceñir aljaba,
Y purpúreo calzar alto coturno
De las vírgenes tirias es costumbre.
Los reinos estás viendo de Cartago,
De Agenor la ciudad, los pueblos tirios
Y los confines de la Libia, gente
En la guerra indomable. Tal imperio
Rige la tiria Dido, de su pátria
Aquí venida huyendo de su hermano.
Larga la historia de la grande injuria,
Largos los hechos son; mas sólo aquellos
Habré de referir que más descuellan.

»Fué su esposo Siquéo, sobre todos
Los de Tiro riquísimo en sus campos,
Y amado con ardor de la infelice,
A quien vírgen su padre la entregara,

Biblioteca Nacional de España

Y á él la uniera con primeras nupcias;
Mas de Tiro los reinos dirigía
Su hermano Pigmalión, el más infame
Sobre todos los hombres por su crímen:
El ódio y el furor surgió entre ellos,
Y éste yá ciego por la sed del oro
Véncelo incauto, y en lugar oculto
Ante las aras le asesina impío,
El amor ultrajando de su hermana.
Su crímen reservó por largo tiempo,
Así engañando á la infeliz amante
Con falsos dichos y esperanza inútil;
Mas en sueños la imágen se presenta
De su esposo insepulto, levantando
Lívido el rostro con extraños gestos,
Y al par mostrando las crueles aras
Y el pecho por la espada atravesado,
Y descubrió tan alevoso crímen
Con vil astucia á la familia oculto,
Y apresurar la fuga sin demora,
Y salir de su pátria le aconseja:
Que tesoros antiguos escondidos
En la tierra tenía de oro y plata
En abundante cantidad ignota,
Para la marcha poderoso auxilio.

»A tal relato Dido conmovida
Acelera la fuga, y compañeros
Prepara al punto: aquellos se reunen
A quienes ora el ódio rencoroso

Biblioteca Nacional de España

O el temor al tirano compelía.
Ocupan luego las dispuestas naves,
De oro las cargan, por el mar llevando
Do Pigmalión avaro los tesoros;
Fué una mujer caudillo de la empresa:
Y á los lugares arribaron, donde
Ves levantarse los gigantes muros
De la nueva Cartago y el alcázar.
Compraron del solar cuanto pudiese
Medir en derredor la piel de un toro,
Que de hecho tal denominaron Birsa.
¿Y vosotros, decidme, quiénes sois,
De qué región venís; adonde ahora
Dirigís vuestro rumbo?»—A tal pregunta
Suspira Eneas, y del hondo pecho
Arrancando la voz, así responde.
—«Si yo desde su origen te narrara,
Oh diosa, nuestros males, y su historia
Vacaras para oir, antes al día
Término diera el astro vespertino,
El Olimpo cerrado entre tinieblas.
Nosotros hijos de la antigua Troya,
Si en tu oido tal vez sonó este nombre,
Surcando por doquier mares diversos,
Fuimos por brava tempestad deshecha
A las costas lanzados de la Libia.

»Soy el piadoso Eneas, por la fama
Sobre los mismos astros conocido,
Que mis penates en mi flota llevo

Biblioteca Nacional de España

De la enemiga gente libertados;
Busco á Italia mi pátria, mi linage
Del altísimo Júpiter proviene;
Surqué con veinte naves el mar frigio
De los hados siguiendo los decretos,
Mi madre Vénus señalaba el rumbo,
Y apenas siete por acaso restan
Del Euro y de las olas destrozadas.
Y yo desconocido, errante y pobre
De la Libia recorro los desiertos,
De la Europa y del Asia rechazado.»—

No pudo sufrir más á quejas tales
La diosa Vénus, y al dolor rendida
Interrúmpele así.—«Quienquier que seas
No odiado de los dioses hoy disfrutas
El aura de la vida, tú que vienes
A la tiria ciudad; marcha pues hora,
Y al palacio camina de la reina.
Recobrarás tus socios y tus naves,
Yo te lo anuncio, que á seguro puerto
Serán por viento próspero impelidas,
Si nó en vano las artes del augurio
Mis padres me enseñaron. Mira ahora
Aquellos doce cisnes en bandada,
Que por el aire abierto perseguía
El águila bajada de los cielos;
Cuál alegres en orden dilatado
Toman tierra los unos, mientras otros
Observan en redor; cómo yá libres

Biblioteca Nacional de España

Se regocijan con batientes alas,
Y el cielo en torno congregados cercan,
Y al aire dan sus armoniosos cantos.
Así tambien tu flota y compañeros
O el puerto ocupan, ó, la vela hinchada
Por favorable viento, se aproximan.
Marcha pues, y dirige yá tus pasos
A do te guia la presente senda.» —

Dice, y volviendo el rostro resplandece
Su rosada cerviz, y olor divino
De ambrosía difunden sus cabellos,
Y cayó hasta los piés su vestidura:
Que era diosa en verdad mostró en su marcha.
Y al conocer Eneas á su madre,
Que de él huia, con ansioso anhelo
Clama tras ella así.—«¿Porqué á tu hijo
Tantas veces cruel, tú, madre mía,
Con fingidas imágenes engañas?
¿Porqué juntar mi diestra con la tuya,
Y oir tu propia voz y responderte,
No me es por suerte dado?»—Así la increpa,
Y sus pasos dirige á las murallas.
Mas Vénus al marchar, con aire obscuro
Y con manto de niebla los circunda,
Para que nadie verlos ni tocarlos,
Ni detenerlos por su mal pudiese,
Ni la causa inquirir de su venida.
Ella sobre los aires tiende el vuelo
A su Pafos alegre y sus moradas,

Biblioteca Nacional de España

Do templo augusto consagrado tiene
Y cien altares, do constante huméa
El incienso sabéo, y tiernas flores,
Que en guirnaldas difunden sus aromas.

Ellos en tanto su camino siguen
Por la senda, que sírveles de guía,
Y ascienden á un collado asaz enhiesto,
Que la ciudad domina, y ven enfrente
Desde lo alto fortaleza y muro;
Admira Eneas la grandiosa mole,
Do antes fueron cabañas, y las puertas,
La agitación y el piso de las calles.
Ardorosos esfuérzanse los tirios
En los rudos trabajos: alzan unos
Murallas, y el alcázar edifican,
Las grandes piedras volteando á mano,
Otros lugar para morada eligen,
Y lo cercan con surcos, y señalan
Sitio al legislador, y asiento digno
Al magistrado y al Senado augusto.
Labran allí para formar los puertos,
Aquí del teatro los cimientos fundan,
Columnas gigantescas de las rocas
Cortan al par, de la futura escena
Alto ornamento.—Cual del nuevo estío
A los rayos del sol en sus labores
Las próvidas abejas se ejercitan
Por los floridos campos, cuando sacan
De sus adultos hijos los enjambres,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

O la líquida miel labran, llenando
Del dulcísimo néctar las celdillas,
O aligeran del peso á las que llegan,
O en escuadrón de la colmena lanzan
A los zánganos torpes, gente inutil:
Hierve el trabajo, y por doquier trasciende
La miel con la fragancia del tomillo.
—«¡Oh mil veces felices, clama Eneas,
Los que ven levantarse sus murallas!»—
Y tal diciendo, su mirada fija
En las almenas y altos capiteles;
Y por la niebla envuelto se introduce,
Sin ser de nadie visto, ¡caso extraño!
Entre aquellos varones confundido.

En medio de Cartago un bosque había
Alegre y apacible por su sombra,
Do fueron por las olas y los vientos
Al principio los tirios arrojados.
Allí encontraron al cavar la tierra
Una señal, que Juno les mostrara,
De un corcel la cabeza, indicio cierto
De que en guerras agregios brillarían,
Gente para vencer siglos y siglos.
Aquí la tiria Dido levantaba
Templo grandioso á la deidad de Juno
En dones opulento, y sacrosanto
Por la presencia del divino númen.
Por gradas de metal al átrio ascienden,
Su construcción de vigas bien trabadas

Biblioteca Nacional de España

De duro bronce, y en los férreos quicios
Rechinan al girar las altas puertas.
Por la primera vez en este bosque
Nuevo suceso ofrécese á la vista,
Y sólo entónces, el temor calmado,
Pudo esperar su salvación Eneas,
Y alivio en sus trabajos é infortunios.
Mientras del grande templo los primores,
Esperando á la reina, examinaba,
Y admira de Cartago la fortuna,
De los sabios artífices las manos,
Y la labor de las preciadas obras,
Por orden ve de Troya las batallas,
Guerra célebre yá, por todo el orbe
Por la voz de la fama desparcida.
Vió allí al Atrida y al anciano Príamo,
Y al mismo Aquiles tan cruel con ambos.
Párase, y derramando acerbas lágrimas,
—«¿Qué región, dice, qué lugar, oh Acates,
Hay en el orbe yá, que no estén llenos
De las aciagas desventuras nuestras?
Ve á Príamo; también aquí se rinde
Premio al valor y llanto á la desgracia,
Y el humano infortunio aquí se siente;
Los temores desecha; nuestro nombre
Será la salvación para nosotros.»—

Dice Eneas, y su alma entristecida
Con la vana pintura se recrea,
Gimiendo sin cesar, y al par bañando

Biblioteca Nacional de España

Con abudantes lágrimas el rostro.
Allí veía en derredor de Troya
Las luchadoras huestes: ve á los griegos
Huyendo rudamente perseguidos
Por la troyana juventud; ve á Aquiles
En su carro con yelmo penachudo
Acosar á los frigios sin reposo;
Y no lejos de allí las blancas tiendas,
Con lágrimas, de Reso reconoce,
Vendidas por traición al primer sueño,
Que sanguinario devastó Diomedes
Con matanza cruel, y á sus reales
Condujo los caballos ardorosos,
Sin que gustasen de Ilión los pastos,
Ni bebiesen aún del Janto el agua.

Ve en otra parte á Tróilo fugitivo,
Joven en lucha desigual trabado
Con el pérfido Aquiles: yá perdidas
Las armas, huye presuroso entonces,
O arrastrado más bien por sus corceles,
De espalda asido á su vacío carro,
Empuñando aún las riendas; más su cuello
Y cabellera por la tierra arrastran,
Y va rayando el polvo el asta vuelta.
De la implacable Palas entre tanto
Al templo las matronas se dirigen,
Al aire sus cabellos desparcidos,
Llevando un rico peplo por ofrenda,
Tristes y suplicantes, y los pechos

Biblioteca Nacional de España

Hiriendo y golpeando con las manos;
Mientras la diosa, torvo su semblante,
Tiene fija en el suelo la mirada.
Mira á Aquiles vendiendo por el oro
El cadaver de Hector, por tres veces
En redor arrastrado de los muros,
Y del fondo del pecho entonce exhala
Un profundo suspiro, contemplando
Los despojos, el carro y el cadaver
Del amigo infeliz, y al ver á Príamo
Extendiendo sus manos desarmadas;
Y á sí mismo se mira y reconoce
Con los aquivos príncipes mezclado.
Vé también las falanges del Oriente,
Y del negro Memnón las fuertes armas;
La legión de Amazonas acaudilla,
De lunados escudos, á la lucha
Con furioso valor Pentesiléa,
Que arde briosa en medio de las huestes:
Ciñe guerrera el cinturón de oro
Bajo el cortado pecho, y con varones
Se atreve á combatir aunque doncella.

Mientras admira Eneas sorprendido
Tantos primores y sucesos tales,
Fijo en mirarlos su ánimo tan sólo,
De juventud inmensa acompañada
La hermosísima Dido al templo llega.
Cual del Eurota en las riberas rige,
O en los collados del famoso Cinto

Biblioteca Nacional de España

Diana sus cantares y sus danzas,
Seguida por doquiera de mil ninfas
Que á acompañarla acuden; de sus hombros
Pende la aljaba, y en su marcha augusta
Vence á las diosas todas en grandeza;
Intimo gozo de Latona el pecho
Inunda con silencio misterioso.
Tal Dido, tal alegre se dirige
Por medio de los suyos, activando
Con su presencia las grandiosas obras
De su ciudad, y su futuro reino.
Y luego de la diosa en el alcázar
Penetra Dido, y, de armas circuida,
En la mitad del templo al solio asciende
Bajo la excelsa bóveda elevado;
Y en él sentada leyes y derechos
A los varones dicta, y distribuye
En partes justas las labores todas,
O al fallo las entrega de la suerte.

Y entonces mira de repente Eneas
Y vé acercarse allí con gran concurso
A Sergesto, y Antéo y á Cloanto,
Y otros varones teucros, por borrascas
Soberbias en el ponto perseguidos,
Y arrojados al fin á extrañas costas.
Túrbanse Eneas y su fiel Acates,
De gozo y de temor herido el pecho,
Ávidos de estrechar sus nobles diestras;
Mas el caso imprevisto los conturba,

Biblioteca Nacional de España

Y escuchan en la hueca nube ocultos,
Cuál fuera la fortuna de los socios,
En qué costas dejaran sus bajeles,
A qué venían, pues los jefes eran,
Cual elegidos de las naves todas,
Los que allí se acercaban suplicantes,
Y al templo con clamores acudían.

Luego que entraron, y de hablar licencia
Hubieron, Ilionéo, jefe insigne,
Con reposado acento así prorrumpe:
—«Oh reina excelsa, á quien otorga Jove
Fundar nueva ciudad, y con justicia
A gentes indomables poner freno:
Llegan á tí los míseros troyanos,
Y por vientos y mares perseguidos
Te ruegan suplicantes. De su flota
Benigna aleja los infandos fuegos,
Del piadoso linaje ten clemencia,
Y mira con bondad nuestro infortunio.
No á devastar los líbicos penates
venimos con el hierro, ni á la costa
A conducir tal vez presas robadas:
Ni tal nuestra intención, ni tal soberbia
Puede caber en ánimos vencidos.
»Una región existe, que los griegos
Hesperia nominaron, tierra antigua,
Y en las guerreras armas poderosa
Y fértil por su suelo; los enotrios
Varones la ocuparon, y hora es fama

Biblioteca Nacional de España

Que á tal nación del nombre de su jefe
Italia la llamó su descendencia.
Hacia allá cominaban nuestras naves,
Mas en borrasca de repente surge
El tormentoso Orión, y en ciegos vados
Soberbio nos estrella, y con auxilio
De los rugientes vientos, por las aguas,
Venciéndonos las olas, nos desparce,
De escollos en escollos arrojados,
Y pocos arribamos á tus costas.
»Mas ¿qué raza de hombres aquí habita,
Y qué nación tan bárbara consiente
Costumbres tales? ¿Se nos niega acaso
Noble hospitalidad en vuestra arena?
La guerra nos declaran, y prohiben
En la primera tierra establecernos.
Si el poder despreciais de los humanos
Y la fuerza mortal, tened seguro,
Y esperad de los dioses el castigo,
Que ni lo justo ni lo injusto olvidan.

»Eneas nuestro rey; no entre los hombres
Otro más justo fué, ni más insigne
En piedad, en la guerra y en las armas.
Si por suerte los hados le conservan,
Si goza aún del aura de la vida,
Si nó lo envuelven las crueles sombras,
No anticiparte temas, ni te pese
De contender propicia en los favores.
Armas en las regiones de Sicilia

Biblioteca Nacional de España

Tenemos los troyanos y ciudades,
Y al claro Acestes de la sangre teucra.
Abrigar en tus costas nos permite
Nuestra escuadra maltrecha de los vientos,
Y en las selvas cortar maderas aptas,
Para rehacer los remos y las naves.
Si nos fuera por suerte concedido,
Compañeros y rey recuperados,
Marchar á Italia, alegres y gozosos
A la Italia y al Lacio marcharemos.
Pero si toda salvación perdida,
A tí, el padre mejor de los troyanos,
El ponto de la Libia te sepulta,
Ni esperanza nos resta yá de Julo,
A las costas sicanias á lo menos,
De do vinimos por el mar lanzados,
Iremos á gozar nuestras moradas,
Buscando al par á nuestro rey Acestes.»—
Tal Ilionéo; y de los teucros todos
Suena de aprobación sordo murmullo.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Y así en breves palabras le contesta
Con modesto ademán entonces Dido.
—«Deponed el temor, nobles troyanos,
Las cuitas desechad; el nuevo reino
Y un infortunio grave me compelen
A defender con guardias las fronteras.
¿Mas quién de Eneas el linage ignora?
¿Quién la ciudad de Troya desconoce,
Sus varones excelsos, sus virtudes

Biblioteca Nacional de España

Y los incendios de su enorme guerra?
Ni duros corazones é insensibles
El tirio abriga, ni ata sus caballos
De la tiria ciudad el sol tan lejos.
Ya el rumbo deis hacia la grande Hesperia
Y campos de Saturno, ó las regiones
De Erice prefirais ó al rey Acestes,
Con mis auxilios marchareis seguros,
Y yo os ayudaré con mis tesoros.
¿Quereis en este reino estableceros
Aquí conmigo? Pues sabed que es vuestra
La ciudad que levanto. De las aguas
Sacad yá desde luego vuestras naves,
Que habrá de ser tratado el pueblo teucro
Sin diferencia alguna cual los tirios.
Y ojalá vuestro rey, el mismo Eneas,
Aquí arrojado por el noto fuese.
Yo enviaré mensajeros por las costas,
Examinar los líbicos confines
Yo dispondré, por si del mar lanzado
Por ciudades ó bosques anda errante.»—

Por tales dichos esforzado el pecho,
El fuerte Acates y el piadoso Eneas
Romper la nube con ardor ansían,
Y tal á Eneas se dirige Acates.
—«¿Y qué resuelves hora, hijo de Vénus?
Todo seguro está, recuperados
Naves y compañeros; uno falta,
A quien nosotros mismos sumergirse

Biblioteca Nacional de España

Vimos en medio de las fieras olas;
Y lo demás cual lo anunció tu madre»—
Dice, y al punto rásgase la nube
Y por el aire abierto se disipa.
Y preséntase Eneas, y sus hombros
Y su rostro, á los dioses semejante,
Brillan con clara lumbre esplendorosa;
Porque infundió la madre al hijo amado
Singular hermosura en sus cabellos,
Purpúrea luz de juventud luciente,
Y alegre majestad en sus pupilas:
Cual añade la mano del artífice
Brillo al marfil y mérito á la plata,
Y al pario marmol engastado en oro.

Entonces á la reina se dirige,
Y así ante todos habla de improviso.
—«Yo soy aquí presente el teucro Eneas,
Por quien ahora preguntais vosotros,
De las líbicas ondas libertado.
¡Oh tú la sola á quien dolor inspiran
Las desventuras de Ilión infausta!
Tú á nosotros, reliquias de los griegos,
Por tierras y por mares consumidos
En mil reveses, y de todo faltos,
En tu ciudad y alcazar nos acojes.
Tesoros no tenemos, Dido augusta,
Con que rendirte las debidas gracias;
Ni cuantos tiene la dardania gente
Por el orbe dispersa son bastantes.

Biblioteca Nacional de España

A tí los dioses, si en el cielo hay númenes,
Que miren con amor á los piadosos,
Y la justicia, si en la tierra existe,
Y la propia conciencia de lo recto
Premio digno te dén. Feliz el dia
En que gozaste de la luz primera,
Y mil veces felices los ilustres
Padres que venturosos te enjendraron.
Mientras los rios á los mares corran,
Mientras rodeen las sombras á los montes,
Mientras los astros en el cielo brillen,
En cualquiera región que yo existiere,
Tu nombre vivirá, tu honor y gloria» —
Dice, y la diestra mano dá á Ilionéo,
Y á su amigo Seresto al par la izquierda,
Luego á los otros, y al valiente Gias
Y al gran Cloanto.

La fenicia Dido
Suspensa queda ante el primer aspecto
De aquel varón y su funesta suerte,
Y así comienza á hablar. — «Hijo de diosa:
¿Qué hado tan adverso te persigue
Por tan grandes peligros, y qué fuerza
A tan bárbaras costas te lanzara?
¡Conque tú aquel Eneas, á quien Vénus
Del Simois frigio en la ribera undosa
De su dárdano Anquises concibiera!
Recuerdo que en verdad un tiempo vino
De su patria á Sidón Teucro expulsado,

Biblioteca Nacional de España

Con el poder de Belo pretendiendo
Nuevo reino fundar. Belo mi padre,
Que á Chipre entonces conquistado habia,
Y sometió triunfante á sus dominios.
Yá desde el tiempo aquel la triste suerte
Supe y ruina de la infausta Troya,
Y tu nombre y los reyes de la Grecia;
Que él mismo, aunque enemigo, con elogios
Insignes ensalzaba á los troyanos,
Y en venir se gloriaba de su estirpe.
Entrad, jóvenes, pues, en mis moradas,
Que á mí tambien fortuna semejante
Por trabajos innúmeros llevóme,
Hasta que al fin del hado perseguida
Aquí fijarme por bondad le plugo.
Y no ignorando lo que son desgracias,
Aprendí á socorrer al desgraciado.» —

Tal habla, y á la vez conduce á Eneas
A su real palacio, y en los templos
Manda rendir honores á los dioses;
Y veinte toros á la playa envía
A los troyanos, y á la par cien lomos
De ingentes y cerdosos jabalíes
Y cien pingües corderos con sus madres,
Y el don y la alegría del Dios Baco.
Y del palacio el interior decoran
Con fausto regio y esplendente lujo,
Y disponen en medio del alcazar
El futuro festín: allí tapices

Biblioteca Nacional de España

De púrpura soberbia bien labrados
Con arte prodigiosa; y en las mesas
Inmensa cantidad de rica plata,
Y las grandes hazañas de sus padres
Cinceladas en oro, ilustres hechos
En larga serie de varones tantos
Desde el principio de su antigua estirpe.

En esto Eneas, pues vivir tranquilo
El paternal amor no le consiente,
A las naves envía con presteza
Al fiel Acates, que á su Ascanio informe,
Y á la ciudad consigo le conduzca.
Todo el amor del cariñoso padre
Está en su Ascanio, y su cuidado todo.
Manda además traer preciosos dones
De las ruinas de Ilión salvados:
Con figuras artísticas bordadas
Un regio manto recamado en oro,
Y un velo ricamente entretejido
Con fimbria regia de amarillo acanto,
Que galas fueron de la argiva Elena,
De Micenas sacadas cuando á Troya
Marchara con adúltero Himenéo,
Don admirable de su madre Leda.
También el cetro que en Ilión usara
La hija mayor del infelice Príamo,
De perlas un collar y una corona
De oro labrado y rica pedrería;
Y á cumplir los mandatos se apresura

Biblioteca Nacional de España

El fiel Acates, y á las naves marcha.

Mas propósitos nuevos en su mente
Citeréa máquina y nuevas artes:
Que con distinta faz distinto aspecto
Venga Cupido en vez del dulce Ascanio,
Y con sus dones en amor furioso
El corazón inflame de la reina,
Y el fuego por sus huesos se difunda.
Que el hospedaje sospechoso teme
Y á los tirios falaces, y la indigna
La rencorosa Juno, y por la noche
Recorren por su mente mil cuidados;
Y así al amor alado se dirige.
—«Hijo, mi fuerza y mi poder tú solo:
Tú que desprecias del supremo Júpiter
Los rayos que vencieron á Tiféo,
A tu númen acudo, y suplicante
Hoy tu poder imploro. Bien conoces
Que del soberbio mar tu hermano Eneas
Fué por todas las costas arrojado,
Por encono de Juno vengativa,
Y su dolor mil veces lamentaste:
Hoy le posée la fenicia Dido,
Y con dulces palabras le retiene;
Yo de tal hospedaje el fin recelo.
Por la funesta intervención de Juno,
Jamás ociosa en ocasión propicia.
Así medito anticiparme á ella
En los engaños, y á la reina Dido

Biblioteca Nacional de España

Encender en amor, no por desgracia
Cambie su voluntad cualquiera númen;
Mas ame á Eneas con amor ardiente,
Cual yo le amo. Y si saber deseas
El medio fácil de lograr mi intento,
Escucha ahora el pensamiento mio.

»El niño Ascanio, mi mayor delicia,
Por llamamiento de su tierno padre
A marchar á Sidonia se prepara,
Llevando dones de la extinta Troya,
De las llamas y el piélago salvados;
A este dormido con profundo sueño
Le ocultaré yo misma ó en Citera,
O de la Idalia en el sagrado bosque,
No el engaño conozca y se presente.
Una noche no más tú su semblante
De todos conocido astuto finge,
Y niño engaña con la faz del niño.
Y cuando Dido al fin regocijada
Te tome en su regazo entre las regias
Mesas y los licores de Liéo,
Cuando te abrace, y en tu rostro imprima
Osculos dulces, tu secreta llama
Infunde en ella, y con veneno burla
Su incauto pecho.»—Los mandatos cumple
De su querida madre el Dios Cupido,
Y depone las alas, y gozoso
Marcha con el andar del propio Julo.
Plácido sueño por los miembros riega

Biblioteca Nacional de España

De Ascanio Vénus, y al idalio bosque
En su seno abrigado le conduce,
Donde el suave almoraduj le abraza
Con olorosa flor y dulce sombra.

Yá marchaba Cupido obedeciendo,
Y á los tirios llevaba regios dones
Alegre, acompañado de su Acates.
Cuando llegó, la reina se coloca
En medio de tapices suntuosos
En su lecho de oro recamado.
La teucra juventud concurre entónces,
Y con el padre Eneas se aproximan,
Y en la tendida púrpura se sientan:
Los pages dan para las manos agua,
Y extienden los finísimos manteles,
Y el pan en canastillos distribuyen:
Cincuenta mozas del palacio dentro
En larga fila, en preparar se ocupan
Manjares numerosos, conservando
El fuego para honrar á los penates,
Y otras ciento además y cien mancebos
De edad iguales, y dispuestos todos
Para cargar las mesas de viandas,
Y ministrar las copas con los vinos.
En los alegres atrios se congregan
Y entran los tirios, y en pintados lechos
Asiéntanse también al ser mandados.
Y de Eneas las dádivas admiran,
Del bello Julo el encendido rostro,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Sus fingidas palabras, y su veste,
Y el rico velo de amarillo acanto.
Y en especial la infortunada Dido,
Yá destinada á próxima rüina,
Saciar no puede de su mente el ansia,
Y arde en intenso amor mirando sólo,
Del niño al par prendada y de los dones.

Mas luego que abrazó Cupido á Eneas,
Cariñoso pendiente de su cuello,
De amor llenando á su fingido padre,
A Dido se dirige en tierno abrazo:
Esta sus ojos en el niño clava.
Y le estrecha ardorosa contra el pecho,
Y en su regazo con amor le abriga.
No conociendo la infelice Dido
El Dios tan grande, que en sus brazos tiene.
Cupido al par las órdenes recuerda
De su madre Acidalia, y va borrando
La imagen de Siquéo poco á poco
Del corazón de Dido, pretendiendo
Nuevo amor encender y viva llama
En pecho yá de amores olvidado
Y en corazón por largo tiempo ocioso
Luego que terminó el primer banquete.
Y alzados de las mesas los manjares,
Grandes copas ministran con los vinos
De flores coronadas. Rompe al punto
El clamoroso estrépito y las voces
Corren y atruenan los extensos atrios.

Biblioteca Nacional de España

De los dorados artesones penden
Lámparas encendidas, cuya lumbre
Ahuyenta las tinieblas de la noche.

Pide entonces la reina la grandiosa
Copa de oro y de preciadas piedras,
Y llénala de vino, la que Belo
Y tras él sus ilustres sucesores
En el real banquete usar solían;
Y todo yá en silencio así prorrumpe.
—«Júpiter, que á los huéspedes amparas
Con tu poder y leyes: haz que sea
Este día feliz para los tirios
Y los que vienen de la extinta Troya,
Y también lo recuerden nuestros nietos.
Ven, oh Baco, dador de la alegría,
Y tú, potente Juno bondadosa.
Y vosotros, oh tirios, favorables
Celebrad y aplaudid este concurso.»—
Dice, y liba en la mesa el néctar sacro,
Y la copa sus labios toca apenas,
Y á Bicias dala, y á beber le excita.
El presuroso la espumante copa
Apura, y se rocía con el vino,
Y beben luego los ilustres próceres.
Tañe el crinado Yopas dulcemente
En su templada cítara de oro
Lo que el insigne Atlante le enseñara.
Canta la errante luna, los diversos
Giros del claro sol, canta el origen

Biblioteca Nacional de España

Del humano linaje y de las bestias,
Dónde la fuente de las lluvias, dónde
La hoguera de los rayos, canta á Arcturo,
Las pluviosas Hiádas, las dos Osas;
Porqué el sol invernal se precipita
A hundirse en Oceano, y cuál la causa
Del marchar perezoso de las noches.
Y repiten los tirios los aplausos,
Y les siguen los teucros.
La infelice
Dido entre tanto en pláticas diversas,
Bebiendo largo amor, la noche pasa,
Mil cosas preguntando sobre Príamo,
Mucho también del valeroso Hector,
Con qué armas el hijo de la Aurora
Vino á la guerra, cuáles los famosos
Caballos que condujo el gran Diomedes,
Y cuál fuera el poder del fiero Aquiles.
—«Hora pues, huesped, nárranos, le dijo,
Desde su orígen las perfidias griegas,
Los graves infortunios de los teucros,
Y tus inciertos é infelices rumbos:
Pues te llevan errante siete estíos
De tierra en tierra y por los mares todos.»

Biblioteca Nacional de España

LIBRO SEGUNDO

CALLARON todos de su voz pendientes,
Y dice Eneas desde el alto asiento.
—«Renovar un dolor imponderable
Mandas, oh Reina, al referirte ahora
Cómo el reino troyano y sus tesoros
Destruyó el pueblo griego, y las desgracias
Que ví yo mismo, y que sufrí en gran parte.
¿Qué mirmidón ó dólope inhumano,
O qué guerrero del crüel Ulises,
Al escuchar tamaños infortunios,
El llanto contendrá?—La noche avanza
En su rápido curso por el cielo,
Y en su ocaso las pálidas estrellas
Al sueño nos invitan. Mas si tanto
Y tan grande interés tu pecho enciende
Por saber nuestros males, y de Troya

Biblioteca Nacional de España

La rüina escuchar, daré principio:
Aunque horroriza su recuerdo solo,
Y el ánimo abatido lo rehusa.

Yá quebrantados los caudillos griegos
Por tan terrible y dilatada guerra,
Y de funestos hados perseguidos,
Por arte y sugestión de Palas misma
Un caballo construyen tan enorme,
Que á manera de monte se levanta,
De bien trabado abeto, y simulando
Por su vuelta feliz sagrado voto.
Tal lo extiende la fama; y escogiendo
Por la suerte varones aguerridos,
Ocupan los costados tenebrosos,
Y los profundos senos y ancho vientre
Llenan de fuerza armada.—Frente á Troya,
Levántase no lejos una isla,
Ténedos es su nombre, de gran fama,
Y en el reino de Príamo opulenta;
Hoy ensenada humilde, surgidero
Mal seguro á las naves: allí arriban,
Y en su desierto litoral se esconden,
Mientras nosotros fáciles creímos
Que partieron al fin con rumbo á Grecia.
Y de aflicción tan larga libre Troya,
Abre sus puertas; visitar les place
El campamento dorio, los desiertos
Lugares, y la costa abandonada.
—«Aquí, dicen, las huestes dolopéas;

Biblioteca Nacional de España

Allí acampaba el inhumano Aquiles;
Aquí las naves; por allá solían
Avanzar con su ejército en campaña.»—

Asombra á muchos el funesto voto
A la casta Minerva, y la alta mole
Del caballo fatal al par admiran:
Que en la Ciudad penetre, y colocarlo
En el excelso alcázar aconseja
Timetes el primero; fuese dolo
O de los hados voluntad contraria.
Los más prudentes, en unión de Capis,
Lanzar al hondo piélago proponen
El sospechoso dón, insidia griega,
O bien quemarlo con voraces llamas,
O el vientre perforar, y cautelosos
Examinar sus escondidos senos.
Divídese en contrarias opiniones
El vacilante vulgo.—De repente
Baja corriendo desde el alto alcázar,
De muchedumbre inmensa acompañado,
Y en celo ardiendo el ínclito Laoconte,
Y desde lejos...—«Desgraciados...grita,
¿Cuál, ciudadanos, es vuestra locura?
Pensáis que para siempre el enemigo
De aquí marchara, ó que los dones griegos
Jamás de engaños carecer pudieran?
¿Conocéis así á Ulises? O se ocultan
Dentro de ese caballo los aquivos,
O es máquina quizás contra los muros,

Biblioteca Nacional de España

Para explorar tal vez nuestras moradas,
Y lanzarse de golpe sobre Troya,
O asechanza mayor acaso encierre:
Desconfiad, oh Teucros, del caballo;
Temo á los griegos, aunque ofrezcan dones.»
Dice, y arroja con potente brío,
Contra el costado y anchuroso vientre
Del caballo su lanza ponderosa;
Clavóse retemblando, y las profundas
Cavernas resonaron con gemidos.
Y si los Dioses para Troya adversos
Decretado no hubiesen su rüina,
Junto con el error de nuestra mente,
Nos hubiera impulsado aquella lanza
A acuchillar en sus oscuros antros
A los griegos; y ¡tú, sagrada Troya,
Vivirias aún! y ¡tú, de Príamo,
Existieras también, excelso alcázar!

En esto con tumulto y clamoréo
Unos pastores ante el Rey conducen
A un joven extranjero maniatado,
Que á las troyanas turbas se entregara;
Y que falaz á ejecutar venía
Traición infame, abriendo á los Aquéos
Las puertas de Ilión, sólo fiando
En su valor y astucia, y decidido
A triunfar ó sufrir segura muerte.
La juventud troyana por doquiera
En confuso tropel se precipita,

Biblioteca Nacional de España

Ansiando verle, y sin cesar le insulta.
Escucha la perfidia de los griegos,
Y juzga las demás por esta infamia.
Turbado, inerme, párase ante todos,
Y las dardanias huestes contemplando,
—«Ay!, exclama: ¿qué tierras, ni qué mares,
Pueden yá socorrerme? ¿qué me resta,
Desgraciado de mí? No en los aquivos
Tengo refugio alguno, y los troyanos
Piden yá para mí tormento y muerte.»—
A compasión nos mueven sus clamores,
Y los furiosos ímpetus se enfrenan;
Le exhortamos á hablar, á declararnos
Cuál su linaje fuese, cuál su intento,
Y cuál al entregarse su esperanza,
Y, depuesto el temor, así prorrumpe.

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelectual
SEVILLA

—«Yo la verdad entera, Rey augusto,
Te habré de revelar. Ni he de negarte,
Sea cual fuere mi fin, mi heleno origen:
Tal confesarlo debo. Hará la suerte
Desgraciado á Sinón; mas nunca, impía,
Falaz y mentiroso. - A tus oídos
Quizás alguna vez habrá llegado
El nombre del ilustre Palamedes,
Del linaje de Belo, y de su gloria
La insigne fama; quien por vil sospecha,
Por indicio fatal, por-que se opuso
A la terrible guerra, fué acusado
De pérfida traición, y por los griegos

Biblioteca Nacional de España

Condenado á morir, aunque inocente.
Muerto, le lloran yá. Mi triste padre
Falto de bienes me mandó á su lado,
Cual próximo pariente y compañero,
Al ejercicio de las nobles armas,
En tierna edad: y en tanto que él felice
Gozaba de poder, y el reino mismo
Por sus altos consejos florecía,
También nosotros de su nombre y gloria
Pudimos ostentar algún destello.

»Mas después que murió, sacrificado
—Nadie lo ignora—por la torpe envidia
De aquel pérfido Ulises, yo afligido
Arrastraba una vida miserable
En tinieblas y luto, por la muerte
Del inocente amigo atormentado;
Y, loco, no callé; que hice promesa
De ser su vengador, si á Argos mi patria,
Mostrándose la suerte más propicia,
Alguna vez tornaba victorioso.
Y alzaron mis palabras odios rudos,
Y este el origen fué de mi desgracia.
»Siempre de entonces con calumnias nuevas
Persiguiérame Ulises, esparciendo
Por el vulgo sospechas peligrosas,
Sus malas artes contra mí empleando,
Sin descansar jamás, hasta que Calcas...
¿Mas para qué mis tristes desventuras
Revuelvo inútilmente en la memoria?

Biblioteca Nacional de España

¿Qué me detengo? Si á los griegos todos
En grado igual aborrecéis, troyanos,
Basta lo expuesto, y acabad conmigo.
Así Ulises lo quiere, y con largueza
Os pagarán mi muerte los Atridas.»—

Encienden sus palabras el anhelo
De averiguar los hechos y sus causas,
Ignorando nosotros las astucias
Y las pelasgas artes engañosas;
Y así prosigue con pavor fingido.
—«Muchas veces los griegos desearon
Dejar á Troya, y emprender la fuga,
Al fin rendidos de tan dura guerra.
¡Así lo hubiesen hecho! Muchas veces
La ruda tempestad, del fiero ponto
El paso les cortó, y al retirarse
Aterrólos también furioso el austro;
Y cuando yá de acebo construido
Alzóse este caballo, por el éter
Rugieron los deshechos huracanes.
Confusos al oráculo de Apolo
A consultar á Eurípilo mandamos,
Y tal respuesta Febo nos envía:
—Aplacásteis, oh dánaos, á los vientos
Con sangre y sacrificio de una vírgen,
Cuando vinísteis por la vez primera
De Ilión á las playas; pues ahora
Con sangre y sacrificio de un aquivo
Impetraréis vuestro feliz regreso.—

Biblioteca Nacional de España

»Cuando esta voz á los oidos llega
Del pueblo heleno, quédanse pasmados,
Y sienten discurrir por sus medulas
Hielo terrible con temblor de muerte.
—¿A quién el hado, á quién el dios Apolo
Destinan á morir?—Ulise entonces,
Entre el tumulto, al adivino Calcas
Presenta en medio, y con instancia ruega
Que del dios el oráculo revele.
Yá muchos me anunciaban las perfidias,
Y el plan infame del artero Ulises,
Previendo lo futuro; el adivino
Se oculta por diez dias, y callando
Rehuye designar con su palabra,
Y entregar una víctima á la muerte;
Mas violentado por las grandes voces
Del Itaco crüel, y acordes ambos,
Rompe el silencio al fin, y me destina
Al sacrificio. Convinieron todos,
Soportando que el hado convirtiera
Las desdichas, que tristes recelaban,
En rüina de un solo desgraciado.

»Y llegó el día fatal; y al sacrificio
Yá preparaban la salada harina,
Y las sagradas vendas de la frente,
Cuando rompí las recias ligaduras,
Y á la muerte escapé; y entre las hierbas
De cenagoso lago quedé oculto,
Bajo las sombras de la obscura noche,

Biblioteca Nacional de España

Hasta que al mar se hiciesen, si partían.
Y esperanza ninguna yá me resta
De ver mi antigua patria y dulces hijos,
Y suspirado padre. Acaso impongan
A los tristes la pena de mi fuga,
Y expiarán mi delito con la muerte.
«Así te pido por los altos dioses,
Que de mis dichos la verdad penetran;
Por la inviolada fé, si queda alguna
En los hombres aún, ¡ah! yo te ruego
Que tengas compasión de tantos males:
Ten piedad del que acerbos infortunios
Sin culpa sufre.»—

Ante el fingido llanto
A compasión al punto nos movemos,
Y le damos la vida. El noble Príamo
Quitar manda, el primero, las esposas,
Y desatar los opresores lazos,
Y con amiga voz así le dice.
—«Seas quien fueres, olvida á los aquivos
Ausentes yá de aquí: tú serás nuestro;
Y á mis preguntas la verdad contesta.
¿Para qué los helenos esta mole
Del enorme caballo levantaron?
¿Quién fué el autor? ¿qué fin se propusieron?
¿Fué sacro voto, ó máquina de guerra?»—
Tal dice: mas Sinón como instruido
En los engaños y artificios griegos,
Alzando á las estrellas ambas manos

Biblioteca Nacional de España

Libres de las prisiones, así exclama.
—«¡Oh eternales lumbreras, é inviolable
Numen divino! ¡altares y nefandos
Cuchillos que evité! y ¡oh de los dioses
Infulas, que cual víctima ciñera!
Testigos sed de mi veraz palabra.
Permitidme romper los juramentos
Sagrados de la Grecia; permitidme
Odiar á aquellos hombres; y á los aires
Entregar sus secretos, si algo ocultan.
Ley ninguna á la patria yá me liga.
Tú, Príncipe, conserva tus promesas:
Tú, Troya, que serás por mí salvada,
Responde fiel, si la verdad te digo,
Y si tan grande beneficio otorgo.

»Siempre los griegos su esperanza toda
En la emprendida guerra cimentaron
En el auxilio y protección de Palas.
Mas desde el día infausto en que Diomedes,
El hijo de Tidéo, con Ulises,
Inventor de maldades, emprendieron
Del templo augusto arrebatar impíos
El fatal Paladión, y asesinando
Del alcázar excelso á los custodios,
Al fin robaron la sagrada efigie,
Osando profanar las puras vendas
De la diosa con mano ensangrentada...
A frustrarse empezó, y á deshacerse
Su esperanza: las fuerzas yá perdidas

Biblioteca Nacional de España

Y de la diosa el ánimo contrario.
Y Palas con portentos no dudosos
Su encono demostró. Que colocada
La estatua en los aquivos campamentos,
De los ardientes ojos despedía
Radiantes llamas, y sudor salado
Discurrió por sus miembros, y tres veces
De la tierra ¡oh prodigio! levantóse,
Hiriendo con furor su breve escudo,
Y al par blandiendo la vibrante lanza.

»Calcas al punto que la fuga emprendan
Por los mares, ordena en vaticinio:
—Que las aquivas armas no podrían
A Pérgamo rendir, sin que impetraran
De nuevo los auspicios de los númenes,
En Argos, y la imágen devolviesen,
Que llevaron consigo por el ponto
En corvas naves.—Por lo cual partieron
A favor de los vientos á Micenas,
Su patria, procurando nuevas armas;
Para volver propicios á los dioses;
Y atravesando el piélago de nuevo,
Otra vez de improviso presentarse.
Tal lo dirige todo el adivino;
Y en vez del Paladión arrebatado,
Por la diosa ultrajada, construyeron,
Según el vaticinio, aquesta efigie,
Para expiar el sacrilegio enorme.
Y mole tan inmensa mandó Calcas.

Biblioteca Nacional de España

Edificar de roble bien trabado,
Y alzarla hasta los cielos, porque nunca
Por las puertas de Troya entrar pudiera,
Ni dentro de sus muros colocarse,
Ni por su antigua religión el pueblo
Protegido estuviese. Mas si ahora
Violasen vuestras manos por desgracia
Este dón de Minerva, estrago horrible
Acabaría con el vasto imperio
De Príamo y los frigios.—Tal augurio
Caiga primero sobre el mismo Calcas.—
Pero si el dón por vuestras propias manos
Entrase en la ciudad, el Asia al punto
Al gran Peloponeso vencería
En cruda guerra, y tan fatal destino
Estaba á nuestros nietos reservado.»—
Con tales artificios y perfidias
Del perjuro Sinón creyeron todos,
Alucinados por su infame astucia,
Y por sus falsas lágrimas vencidos,
Los que no domeñaron con sus fuerzas
Ni Diomedes, ni Aquiles de Larisa,
Ni diez años de guerra, ni mil naves.

Terrible entonces singular portento
Preséntase á los míseros troyanos
De súbito, y sus ánimos conturba.
El ilustre Laoconte, de Neptuno
Sacerdote elegido por la suerte,
Un toro corpulento cabe el ara

Biblioteca Nacional de España

Inmola con solemne sacrificio.
Y hé aquí que de Ténedos partiendo
Sobre el tranquilo piélago se arrojan
(Me horrorizo al contarlo) dos serpientes
En inmensos anillos enroscadas,
Que al par hacia la orilla se dirigen:
El pecho entre las aguas levantado,
Sobre las ondas las sanguíneas crestas,
La cola enorme sin cesar batiendo
El mar levanta, y las hinchadas olas
En ondulantes círculos revuelve.
Suena intenso fragor, hierve la espuma,
Y saltan á la vez sobre la playa.
Sangre y fuego sus ojos despedían,
Y sus lenguas vibrando con silbidos
Lamen sus bocas. Á su vista todos
Huimos aterrados. Á Laoconte
Certeras se dirigen; pero antes
Á sus dos tiernos hijos se abalanzan,
Á sus cuerpos se enroscan, y mordiendo
Sus miembros inocentes, los devoran.

Luego se lanzan sobre el mismo padre,
Que á salvar á sus hijos corre armado;
Y con las fuertes roscas le religan,
Y le ciñen dos veces la cintura,
Y dos veces le oprimen la garganta
Los escamados lomos, elevando
Sobre Laoconte las altivas crestas.
De sórdido veneno y sangre impura

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelectual
SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Las ínfulas manchadas, con las manos
Forceja por romper los recios nudos,
Y alza horrendos clamores á los cielos,
Cual los bramidos del soberbio toro,
Que herida la cerviz de incierto golpe,
Huye del ara y la segur arroja.
Ambas serpientes se deslizan luego,
Al alto templo se dirigen, y entran
De la fiera Tritonia en el alcázar,
Y á los pies refugiadas de la diosa,
Tras su redondo escudo se guarecen.
Nuevo pavor los agitados pechos
Hace entonces temblar, y juzgan todos
Justa expiación del crimen de Laoconte,
Que osó clavar en el madero santo
La sacrílega lanza poderosa,
Y con acorde clamoreo piden
Que el simulacro en Ilión penetre,
Y de la diosa la piedad se implore.

Cortamos la muralla, y ancha puerta
Á la ciudad abrimos. Presurosos
Todos se aprestan al trabajo, y ponen
Del caballo á los pies ruedas potentes,
Y atan recias maromas á su cuello,
Y así traspasa de Ilión los muros
La máquina fatal de armas preñada.
Himnos sagrados en redor entonan
Coros de niños y doncellas puras,
Y gozan en tocar la dura cuerda;

Biblioteca Nacional de España

Avanza aquella mole, y dominando
Á la ciudad, colócase en su centro.
¡Oh sagrada Ilión, oh patria mía,
De los dioses morada! ¡oh fortaleza
De los troyanos en la guerra insigne!
Cuatro veces paróse en la muralla
La ingente mole, y en su oculto seno
Cuatro veces las armas resonaron.
Mas ¡ah! desmemoriados y dementes
Insistimos, y el monstruo formidable
Al fin colocan en el alto alcázar.
Casandra entonces la futura historia
De nuevo anuncia, que jamás creyeron,
Por designio de Apolo, los troyanos.
Y nosotros ¡ay tristes! para quienes
Brillaba yá su postrimero día,
Lo celebramos con solemne fiesta
Por toda la ciudad, con lauro y mirto
Adornando los templos de los dioses.

Gira entre tanto la celeste esfera,
La noche sobre el mar se precipita,
Cielo y tierra envolviendo con sus sombras
Y de los griegos los infames dolos.
Por la ciudad dispersos los troyanos
Callan al fin: de sus cansados miembros
El sueño se apodera. Y yá partia,
De Ténedos, en naves aprestadas,
El ejército aquivo aprovechando
La amiga sombra de la opaca luna,

Biblioteca Nacional de España

Para tomar las playas conocidas;
Y al mostrar una luz la nave regia,
Sinón, á quien los hados enemigos
De Ilión protegían, cauteloso
Del caballo falaz las puertas abre
Á los aquivos en su vientre ocultos,
Y á la luz los devuelve, el monstruo abierto;
Y de la hueca mole descolgados
Por una cuerda salen los caudillos:
Primero Macaón lleno de gozo,
Esténelo, Tisandro, el fiero Ulises,
Y Átamas, y Toante y Neoptolemo,
El hijo de Peléo, y Menelao,
Y el mismo Epéo, que forjó el engaño.
Invaden la ciudad en sueño y vino
Sepultada; los guardias asesinan;
Y abren á los antiguos compañeros
Las puertas de Ilión, y los reciben,
Formando acordes aguerrida hueste.

Era el momento en que al primer reposo
Entréganse rendidos los mortales,
Grato dón de los dioses, cuando en sueños
Paréceme que Héctor se presenta,
Tristísimo y deshecho en largo lloro;
Cual le viera arrastrado en otro tiempo
Por el carro fatal, ennegrecido
Del polvo y sangre, y con los pies hinchados
Por las duras correas que le oprimen.
¡Cuál estaba, ¡ay de mí!, cuán diferente

Biblioteca Nacional de España

Del Héctor que volviera revestido
Con las armas de Aquiles, ó incendiara
Las naves griegas con troyano fuego!
Sucia la barba, de cuajada sangre
Manchados los cabellos, y mostrando
Las cien heridas, qne en los patrios muros
Recibiera; y al par me parecía
Que yo también con llanto doloroso,
Y á tal varón mis voces dirigiendo,
Estas palabras tristes pronunciaba:
—«¡Oh luz de Troya, y esperanza firme
De los teucros! ¿Por qué tan larga ausencia?
¿De qué regiones, Héctor deseado,
Vienes ahora? ¿Cómo al fin te vemos,
Sin fuerzas yá, tras desventuras tantas
De los tuyos, de Troya y de sus hijos?
¿Qué causa vil desfiguró tu rostro?
¿Y por qué esas heridas estoy viendo?»—
Nada contesta, ni aún siquiera atiende
Á mis vanas preguntas, y arrancando
De su pecho tristísimo gemido,
—«Huye de aquí veloz, hijo de Venus,
Y sálvate, me dice, de las llamas.
El enemigo la ciudad ocupa;
Troya desde su cumbre se arrüina;
Por Príamo y la patria asaz hicísteis;
Si Pérgamo pudiera defenderse
Todavía, mi diestra la salvara.
Hoy las sagradas joyas y Penates
Ilión te confía: tú los toma

Biblioteca Nacional de España

Por compañeros de tu infausta suerte;
Con ellos busca la ciudad excelsa,
Que el mar surcando fundarás un día.»—
Así dice: y traslada con sus manos,
Desde lo más recóndito del templo,
Las ínfulas, y á Vesta poderosa,
Y el venerando fuego inextinguible.

Mézclanse en tanto lúgubres clamores
Por toda la ciudad; y á cada instante
Más y más claros se oyen los sonidos,
Y el estruendo creciente de las armas,
(Aunque el palacio de mi padre Anquises
Lejos se hallaba y de árboles cercado.)
Sacudo el sueño; y á lo alto subo
De mi morada, y pongo atento oído,
Atónito, cual queda el ignorante
Pastor, que de lo alto de una roca
El rüido percibe cuando prenden
En las mieses las llamas combatidas
Por el austro furioso; ó se despeña
El rápido torrente por el monte,
Y los campos, los fértiles sembrados
Y las campiñas de labor devasta,
Arrastrando tras sí las altas selvas.
Y entonces la verdad se alzó patente,
Y las viles traiciones de los griegos.
Yá en rüinas conviértese el palacio
De Deifobo, abrasado por las llamas,
Que devoran también el de Ucalengo;

Biblioteca Nacional de España

El fuego brilla en las sigéas ondas;
Álzase el vocerío de la gente
Y el bélico clangor de las trompetas,
Y á las armas acudo en mi locura,
(Que no era cuerdo yá tomar las armas);
Mas el ánimo ardiendo de coraje,
En són de guerra aglomerar las huestes
Anhelaba, y con fuerzas aguerridas
Al alcázar volar; la mente impulsan
El furor y el encono contemplando
Que es glorioso morir bajo las armas.

En esto Panto ilustre, hijo de Otréo,
Ministro del alcázar y de Apolo,
De las armas aquivas libertado,
Las sacras joyas, los vencidos dioses
En sus manos conduce, y con su nieto
Corre loco á mis puertas.—«¿Qué destino,
Oh Panto, nos aguarda?» le pregunto.
«Hacia qué fortaleza iremos todos?»—
Apenas dije, cuando así responde
Con profundo gemido.—«Yá ha llegado
Para Ilión su postrimero dia;
Su rüina total, inevitable.
Murieron los troyanos, murió Troya
Murió la gloria excelsa de los teucros.
Yá Júpiter crüel ha trasladado
Nuestro poder y reino á los aquivos;
En la incendiada Troya el griego impera;
El caballo fatal, que se levanta

Biblioteca Nacional de España

En medio de los muros, de su seno
Armada gente sin cesar arroja,
Y Sinón nos insulta victorioso,
Y lleva por doquiera los incendios.

«Millares de hombres por las anchas puertas
Entran en la ciudad, tantos cual nunca
De Micenas vinieron; con las armas
Obstruyen otros las estrechas calles,
Con terrible matanza amenazando
Las aceradas puntas relucientes.
En vano de las puertas los custodios
Intentan los primeros el combate,
Y ciegos en la lucha se resisten.»—
Ante tales palabras del Otrida,
Y por los altos Númenes guiado,
A las armas me arrojo y al incendio,
Donde me llaman las crueles furias,
Y el bramido y clamor, que al cielo toca.
Rifo y el viejo Ifito se me ofrecen,
Que al lucir de la luna me acompañan,
Y Dimas, que á mi lado se me agrega
Con Hípanis y el férvido Corebo,
El hijo de Migdón, que por acaso
Llegó en aquellos días, encendido
En el amor vehemente de Casandra,
Y á Príamo prestaba, como yerno,
Y al ejército frigio sus socorros.
¡Desgraciado de él, que de su esposa
Los tristes vaticinios no escuchara!

Biblioteca Nacional de España

Al verlos yá compactos y resueltos
Á arrostar el combate, así les hablo:
—«¡Oh mancebos, oh pechos valerosos
Inútilmente! Si queréis seguirme
Al supremo y seguro sacrificio,
Nuestra aciaga fortuna yá estais viendo.
Los dioses, que este reino sustentaban,
Huyen, abandonando los altares
Y el santuario; á la incendiada Troya
Prestamos nuestro auxilio. Mas muramos;
Lancémonos en medio de las armas.
La sola salvación de los vencidos
Es no esperar en salvación ninguna.» —

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelectual
SEVILLA

Así unióse la ira en los mancebos
Á su valor, y cual rapaces lobos,
Que por rabia famélica impelidos
Parten entre las sombras, esperados
Por sus cachorros con hambrientas fauces,
Tal nos lanzamos á indudable muerte,
En medio de las armas enemigas;
Y al centro de Ilión nos dirigimos
Entre las sombras de la noche envueltos.
¿Quién los estragos, y matanza horrible
Podrá explicar de tan infausta noche?
¿Ó quién los llorará con digno llanto?
Cae la antigua Ilión dominadora
Por luengos años: por doquiera yacen
Numerosos cadáveres dispersos
En las calles, los templos y las casas.

Biblioteca Nacional de España

Mas no la sangre se derrama sola
De los troyanos; que el valor renace
De los vencidos en los nobles pechos,
Y sucumben los griegos vencedores.
Por todas partes el mortal quebranto,
El miedo y el pavor por todas partes,
Y veces mil la imagen de la muerte.

Preséntase el primero de los griegos
Á nuestro paso con la fuerza armada
Andrógeo, creyéndonos aquivos;
Y con acento de amistad nos dice:
—«Apresuráos, varones: ¿qué os detiene
Con tal pereza y con demora tanta?
Otros saquean la incendiada Troya,
Asolándolo todo... ¿y de las naves
Venís vosotros hora?»—Tal nos dice,
Y observando á la vez nuestro silencio,
Conoció que se hallaba entre enemigos,
Y enmudece turbado, y se retira.
Cual el que yendo entre ásperos zarzales,
Si al pisar en la tierra, de repente
Oprime una culebra con su planta,
Apártase aterrado presuroso,
Al verla levantarse enfurecida,
Irguiendo hinchado su cerúleo cuello...
Tal aturdido á nuestra vista Andrógeo
Retrocede. Sobre ellos nos lanzamos;
Y presa del pavor, no conociendo
El lugar do se hallaban, por doquiera

Biblioteca Nacional de España

Sembramos sus cadáveres. Protege
Nuestro primer esfuerzo la fortuna.

Corebo por el éxito gozoso
Y lleno de valor,—«Oh compañeros,
Nos dice entónces: prosigamos fuertes
De salvación el único camino,
Que la fortuna muéstranos propicia.
Cambiemos los escudos, adoptando
Las armas de los griegos ¿Quién exige
Valor y no el ardid al enemigo?
Ellos nos dan sus armas».—Tal diciendo
Se viste la cimera penachuda
Y el escudo de Andrógeo refulgente,
Y argiva espada á su costado ciñe.
Imítanle también Dimas y Rifo,
Y toda aquella juventud gozosa:
Del reciente botín con los despojos
Ármase cada cual.—Así marchamos,
Entre los mismos griegos confundidos,
Sin los auspicios de los patrios númenes,
Y entre las sombras de la noche envueltos,
En cien rudos encuentros victoriosos,
Mil aquivos al Báratro lanzamos.
Los unos en las naves se refugian,
Y á las seguras playas se dirigen;
Presa los otros de cobarde miedo,
De nuevo suben al fatal caballo,
Á ocultarse en su seno conocido.

Biblioteca Nacional de España

Mas ¡ah! contra el designio de los dioses
Nada esperarse puede. —Arrebatada
Del templo y santuario de Minerva
La doncella Casandra, hija de Príamo,
Era llevada. Sueltos sus cabellos,
Y alzando al cielo sus ardientes ojos;
Sus ojos, que sus manos delicadas
Atan duras prisiones. Tal escena
No soporta Corebo enfurecido,
Y entre las densas huestes enemigas
Arrójase á morir. Seguimos todos,
Y en medio del combate nos lanzamos;
Mas desde el alto templo disparadas
Las flechas de los nuestros nos envuelven:
Que matanza misérrima origina
El torpe error ante las armas nuevas
De griega forma y los penachos griegos.

Bramando entonces de furor los dánaos
Por la ilustre doncella arrebatada,
Avanzan por doquier acometiendo:
El fortísimo Ayax, los dos Atridas,
Y la inhumana hueste dolopéa.
Cual los contrarios vientos cuando luchan
Céfiro y Noto, en huracán deshecho,
Y Euro con sus caballos refulgentes:
Crugen las selvas, espumante ruge
Neréo, revolviendo desde el fondo
Con el tridente los extensos mares.
Los que á favor de las nocturnas sombras

Biblioteca Nacional de España

Ahuyentar consiguiera nuestra astucia
Por toda la ciudad, y dispersarlos,
Aparecen de nuevo, y los escudos,
Y las mentidas armas reconocen,
Y el lenguaje distinto de los nuestros,
Y en fuerzas superiores nos arrollan;
Y á manos de Penéleo asesinado
Corebo muere sucumbiendo cerca
Del templo de la diosa armipotente.
También sucumbe Rifo valeroso,
De los troyanos el varón más justo,
De la recta virtud el más amante;
No así juzgado por los altos dioses.
Acuchillados por los teucros mismos
Allí perecen Hípanis y Dimas;
Ni pudo ¡oh Panto! tu piedad salvarte,
Ni las sagradas ínfulas de Apolo.
¡Oh troyanas cenizas! ¡Oh supremo
Incendio de mis lares! Sed testigos
De que en tan grande estrago, ni las armas
Huí, ni de los griegos la fiereza.
Si la hubiese el destino decretado,
Digno fuí por mis hechos de la muerte.

Parto luego de allí; por los clamores
Al palacio de Príamo llevados
Fieles me siguen el anciano Ifito,
Pesado por la edad, y Pelias débil
Por la herida de Ulises. Lucha horrenda,
Descomunal combate allí encontramos,

Biblioteca Nacional de España

Cual si guerra no hubiese en otros puntos,
Ni en toda la ciudad víctimas tantas.
Del indomable Marte los furores
Vemos allí: los griegos escalando
Los elevados techos, y la puerta
Por la testudo inmensa al par sitiada;
Y, fijas las escalas en los muros
Sobre los postes, por las gradas suben,
Oponiendo á las flechas los broqueles
Con las siniestras manos, y apresando
La elevada techumbre con las diestras.
Los teucros á su vez las fuertes torres
Y las firmes cubiertas de las casas
Demuelen, preparando su defensa,
Al ver cercano su postrer momento,
Con armas tales en su misma muerte,
Y lanzan los dorados artesones,
Rica y preciada gloria de sus padres.
Las puertas otros con desnudo acero
En apiñada multitud defienden.
Renuévase en mi pecho el ardoroso
Celo por acudir al regio alcázar,
Y ayudar con socorro á los varones,
Y dar nuevo valor á los vencidos.

Á espaldas del palacio á las estancias
De Príamo guiaba oculta puerta
Por do solía la infeliz Andrómaca,
En nuestro reino, visitar sin fausto
Á los suegros, llevando á su Astianacta.

Biblioteca Nacional de España

Por ella subo á la eminente altura,
De donde dardos sin cesar los teucros
Inútiles lanzaban.—Gigantesca
Sobre los altos techos á las nubes
En paraje pendiente se elevaba
Inmensa torre, de la cual solían
Los de Troya observar las naves griegas,
Y el campamento aquivo. Allí emprendemos
Con férreos picos demolerla en torno,
Cortando por la unión de los sillares
Del tiempo carcomidos; y arrancada
De su alto asiento, despeñada rueda
Con estrago y fragor, en ancha zona
Los ejércitos griegos aplastando.

Mas surgen nuevas huestes, y no cesan
Las piedras y los dardos.—Arrogante
Yérguese Pirro en la primera entrada
Lleno de gozo, y lleno de esplendores
Por las armas de acero brilladoras.
Cual la serpiente, á quien el frío invierno
Bajo la tierra entumecida oculta;
De hierba venenosa alimentada,
Y yá desnuda de la piel antigua,
Nueva se alza en juventud radiante;
Y erguida al sol, y levantado el pecho,
Enrosca fácil su lustrosa espalda,
Y vibra el dardo de su triple lengua.
El gigante Perifas, y de Aquiles
Auriga y escudero Automedonte,

Biblioteca Nacional de España

Y aquella esciria juventud compacta
Invaden el palacio, y devorantes
Hacen subir las llamas á lo alto.
El mismo Pirro el hacha destructora
Empuña con ardor de los primeros.
Destruye los umbrales, y las puertas
De bronce arranca de los altos quicios.
Y rota la firmísima armadura
De duro roble en anchuroso espacio,
Abre amplia brecha, y aparecen luego
El interior, los atrios del alcázar
De los antiguos reyes, y de Príamo
Las secretas moradas suntuosas.
Vése aguerrida en el umbral primero
La hueste armada, dentro del palacio
Se oyen lamentos y hórrido tumulto,
Y llantos y alaridos de mujeres
Resuenan en las cóncavas estancias,
Tocan á las estrellas los clamores,
Y llenas de pavor vagan errantes
Por los salones regios las matronas,
Y abrazan las columnas y las besan.

Con el paterno ardor avanza Pirro;
Ni las cerradas puertas ni las guardias
Le pueden contener; los quicios tiemblan
Al repetido golpe del ariete,
Y arrancadas las hojas caen al suelo:
Ábrese por la fuerza ancho camino,
Allánanse los dánaos las entradas,

Biblioteca Nacional de España

Matando á los primeros, y penetran,
Y de soldados el palacio inundan.
No de otro modo el espumante río
Sale, rotos los diques, destruyendo
Con su corriente las opuestas moles;
Por los campos se extiende impetuoso,
Y los arrasa con caudal creciente,
Arrastrando tras sí reses y establos.
Ví yo mismo furioso en el combate
Á Neoptolemo, y á los dos Atridas
En la entrada. Yo ví á Hécuba triste
Y á sus cien compañeras. Yo ví á Príamo
Las aras recorrer, y allí con sangre
Regar el fuego, que á los altos dioses
Consagrara piadoso. Los cincuenta
Tálamos de sus hijos, esperanza
De larga descendencia, se derrumban,
Y las soberbias puertas de oro frigio
Y de ricos despojos revestidas.
Lo que perdonan las voraces llamas
Es presa de los griegos.—
Tal vez, Reina,
Saber querrás de Príamo la suerte.
Luego que vió la mísera ruina
De la triste ciudad, y destruidos
Puertas y umbrales, y en el mismo alcázar
Y en sus extensos atrios á los griegos,
Sobre sus hombros viste, temblorosos
Por la avanzada edad, el noble anciano
Las por tan largo tiempo ociosas armas;

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelectual
SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Ciñe el acero inútil, y se arroja
Á morir en las huestes enemigas.

Bajo la limpia bóveda del cielo,
En medio del palacio se elevaba
Un magnífico altar, y un laurel cerca
Viejísimo cubriendo con su sombra
El ara sacra y los penates dioses.
Hécuba en vano y sus amantes hijas,
Como palomas que en bandadas huyen
De cruel borrasca, á los altares vuelan,
Y á los excelsos númenes se acogen,
Sus sagradas estátuas abrazando.
Y al ver Hécuba á Príamo anhelante
Con la armadura juvenil vestido,
—«¿Qué locura, le dice, amado esposo,
Á ceñir esas armas te ha impulsado?
¿Ó á qué tremendo fin te precipitas?
Ni auxilio tal, ni tales defensores
Son de valer en tan suprema angustia,
Ni, aunque viviese ahora, mi Héctor mismo.
Cede, y aquí te acoge: estos altares
Nos salvarán, ó moriremos juntos.» —
Dice, y á sí atrayendo al noble anciano,
En el sagrado asiento le coloca.

En esto, libertado de la muerte
El hijo del rey Príamo Polites,
Huye herido los pórticos cruzando
Entre las huestes y enemigas armas,

Biblioteca Nacional de España

Y atraviesa los atrios yá desiertos.
Corre armado tras él furioso Pirro,
Y heríale de nuevo con su lanza,
Y casi le apresaba con la mano,
Hasta que al fin llegando á la presencia,
Y ante los mismos ojos de sus padres,
Cae moribundo, y su existencia exhala,
Un torrente de sangre derramando.
Príamo entonces, aunque yá se mira
Tan cercano á morir, no se refrena,
Ni su voz ni su cólera reprime,
Y exclama airado:—«Que los altos dioses,
Si hay numen vengador allá en el cielo,
Te impongan el castigo y pena justa
Por tal audacia y tan infame crimen.
Á tí, que ver me has hecho en mi presencia
Morir al hijo mío, y con su muerte
Has ultrajado el rostro de su padre.
No fué por cierto tan feroz Aquiles,
De quien tú te supones enjendrado,
Con su adversario Príamo; mas noble,
Respetó los derechos y las leyes,
Y la sagrada fé del suplicante,
Y el exánime cuerpo de mi Héctor
Me dió para el sepulcro, y permitióme
Á mi reino volver y mi palacio.»—
Dice el anciano, y una flecha arroja
Sin fuerza para herir, la cual al punto
Por el ronco broquel es repelida,
Y en medio del escudo pende inútil.

Biblioteca Nacional de España

—«Tú de mis hechos, le contesta Pirro,
Cual nuncio irás ante mi padre Aquiles;
No olvides el narrarle mis acciones,
Y que he degenerado de mi sangre;
Mas hora morirás.»—Dice, y al ara
Arrastra al Rey, y al caer temblando
En el lago de sangre de su hijo,
Prende en la izquierda mano sus cabellos,
Alza en la diestra la brillante espada,
Y hasta el puño la esconde en su costado.

Tal de Príamo fué la suerte acerba,
Tal su infausto destino: el ver á Troya
Incendiada y á Pérgamo en ruinas.
Él, que fuera del Asia rey potente
En tantos pueblos y regiones tantas,
Hora yace en la playa informe tronco,
Cortada de los hombros la cabeza,
Y un cadáver sin nombre.—Horrible espanto
Crüel me invade en el primer momento,
Y pasmado quedé. Cuando le miro
Morir al golpe de tremenda herida,
La imágen triste de mi dulce Padre,
De la edad de aquel rey, surge en mi mente,
Acordéme de Creusa abandonada,
Del palacio en rüinas, y el peligro
De mi pequeño Ascanio. En vano busco,
Mirando en torno, multitud amiga,
Que yá rendidos me abandonan todos;
Perecieron los unos arrojándose

Biblioteca Nacional de España

De las cumbres al suelo, y desperados
Se entregaron los otros á las llamas.

Yá me encontraba solo, cuando observo
Que del templo de Vesta en los umbrales
Vagaba Elena triste, procurando
Para ocultarse retirado asilo.
Bastante luz prestaban los incendios
Á mí, que errante me fijaba en todo.
Ella, furia común de Grecia y Troya,
Á los Teucros temiendo, sus contrarios,
Por la rüina y destrucción de Pérgamo,
Del griego la venganza, y los furores
Del esposo ultrajado, en los altares
Busca refugio, para no ser vista.
Ardo en furor y rencoroso anhelo
De vengar á mi patría en sus estragos,
Y dar justo castigo á tanto crimen.
—«¿Que ha de volver incólume á sus lares,
Y á Micenas y á Esparta victoriosa
Como reina después de su trïunfo,
Y ha de ver á sus padres, y á sus hijos,
Y á su esposo y palacio, acompañada
De numeroso séquito de Teucros
Y frigios servidores? ¿Y entre tanto,
Bajo el hierro crüel perece Príamo,
Y arde Troya abrasada por las llamas,
Y son lago de sangre sus riberas?
¡Oh! no será: que si glorioso nombre
Quien mata á una mujer jamás merece,

Biblioteca Nacional de España

Ni de alabanza es digna tal victoria,
Loor tendré por extinguir la infamia,
Y dar debida pena á la culpable;
Y dulce será al alma ver saciado
De la venganza el devorante fuego,
Y dar satisfacción á las cenizas
Y á los sagrados manes de los mios.» —

Tal mi mente agitábase furiosa,
Y me lanzaba yá, cuando visible,
Más clara que jamás ante mis ojos,
Entre puros fulgores se presenta
Mi excelsa madre en medio de la noche,
Mostrando que en verdad era una diosa;
Cual suele, tan hermosa y tan augusta,
Ser vista por los dioses inmortales.
Tiende hacia mí su diestra y me detiene,
Y sus labios de rosa desplegando,
—«¿Qué ignota desventura (tal me increpa)
Provoca, oh hijo, tus feroces iras?
¿Á qué tanto furor? ¿Cuándo, ni dónde
Jamás te abandonaron mis desvelos?
¿Porqué no miras ántes dó se encuentra,
En su avanzada edad, tu padre Anquises,
Y si Creusa tu esposa, y tu hijo Ascanio
Viven aún? Por las aquivas huestes
Se hallan todos cercados por doquiera,
Y fueran del acero ó de las llamas
Víctimas yá sin mi amoroso amparo.
Ni esa Lacedemonia, que aborreces,

Biblioteca Nacional de España

Ni es Páris, á quien culpas; es la ira,
La crueldad implacable de los dioses,
La que destruye la opulenta Troya,
Y en rüinas convierte su grandeza.
Mira, que yo disparé la nube,
Que en densas brumas en redor te envuelve,
Y ver impide á tus mortales ojos.
No temas los mandatos de tu madre,
Ni obedecer sus órdenes rehuses.
«Allí do ves las destrozadas moles,
Y piedras sobre piedras hacinadas,
Y nubes ondulantes de humo y polvo,
Allí Neptuno está, los fuertes muros
Con su inmenso tridente sacudiendo,
Y los anchos cimientos conmovidos,
De su honda base la ciudad arranca.
En las escéas puertas se alza Juno,
La sanguinaria Juno la primera,
Ceñida de su acero, y furibunda
Llamando de las naves á sus huestes.
Mira á Tritonia en el excelso alcázar,
De refulgente nimbo circuída,
Con la crüel Medusa por escudo.
El mismo Padre Omnipotente infunde
Valor y fuerza próspera á los griegos;
Él inspira á los dioses, y los mueve
Contra las armas teucras. Huye pronto,
Pón fin á estos trabajos, hijo mío;
No te abandonaré, é irás seguro
Conmigo misma hasta el hogar paterno.»—

Biblioteca Nacional de España

Dijo mi madre, y desparece rauda
Entre las sombras de la noche densas.
Mil visiones horribles aparecen,
Y los augustos sacrosantos númenes,
Enemigos de Troya; y parecióme
Que Ilión sucumbia entre las llamas,
Que era Troya arrancada de su asiento.
Cual olmo secular, que se alza erguido
Sobre la cima de encumbrado monte;
Si á porfía los rústicos lo hieren
Con repetidos golpes de las hachas,
Todavía soberbio se resiste,
Y vacilante su agitada copa
Sacude la ramosa cabellera,
Hasta que yá vencido poco á poco
Por tanta herida, da el postrer gemido,
Y el valle destrozando, se derrumba.

Al fin desciendo, y atravieso incólume,
De la diosa mi madre acompañado,
Entre el incendio y enemigas huestes:
Que abren paso las armas, y huye el fuego.
Mas al llegar á la paterna estancia,
Mansión de mis mayores ¡ah! mi padre,
Á quien ansiaba yo salvar primero
Subiéndolo á los montes, se me niega
Á marchar al destierro, rechazando
Sobrevivir á Troya destruída.
—«Vosotros ¡ay! los que teneis, exclama,
Entera juventud, y sangre y fuerzas,

Biblioteca Nacional de España

Y robustos alientos varoniles,
La fuga apresurad; si á mí los dioses
La existencia quisieran dilatarme,
Hubiesen conservado mis moradas;
Basta y sobra con ver tan fiero estrago,
Sobrevivir de Troya á las cenizas.
Vosotros yá, cual si estuviese muerto,
Dad el último «adios» á mi cadáver,
Y huid de aquí, que yo con propia mano
La muerte me daré, ó el enemigo
Extinguirá mi vida por clemencia,
Buscando mis despojos; poco importa
Verse privado al fin de sepultura.
Los númenes há tiempo me aborrecen
Y arrastro por la edad inútil vida,
Desde que el Padre de los altos dioses
Y rey de los humanos, con el fuego
De su rayo me hirió.»—

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelectual
SEVILLA

Dice, y constante
En su tenaz propósito persiste.
Mas deshechos en lágrimas nosotros,
Creusa, Ascanio y los deudos le rogamos
Que no envolviese en la desgracia suya
La rüina de todos, ni ayudase
Al hado que crüel nos perseguía;
Mas insiste de nuevo, y persevera
En el mismo lugar y el mismo intento.
Yo entonces otra vez las armas tomo,
Y la muerte prefiero en mi infortunio.

Biblioteca Nacional de España

¿Y qué otra decisión tomar podía?
¿Ó qué mejor fortuna me esperaba?
—«¿Pensabas que pudiese ¡oh Padre mío!
Partir, y en la desgracia abandonarte?
¿Sonó quizás tal crimen en tus labios?
Si es designio supremo de los dioses
Que de tan gran ciudad ni restos queden,
Y tal resolución reina en sus pechos;
Si tu suerte y la suerte de los tuyos
Les place unir á la espirante Troya,
Franca á tan dura muerte está la puerta;
Pirro vendrá manchado en abundancia
Con la sangre de Príamo: él, que sabe
Ante su padre asesinar al hijo,
Y al padre junto al ara.»—

—«¿Y para esto
Del fuego me salvaste y de los dardos,
Madre sagrada... para ver ahora
Dentro de mi mansión al enemigo,
Y á Ascanio, y á mi Padre, y á mi Creusa
Vilmente asesinado cada uno
En el lago de sangre de los otros?»—
—«Las armas, oh varones, traed las armas,
Llama la última luz á los vencidos,
Dejadme yá volver á los aquéos,
Y repetir furioso los combates,
Que no por cierto moriremos todos
En este día sin quedar vengados.»—

Biblioteca Nacional de España

Ciño otra vez el refulgente acero,
Yá embrazaba el escudo, y de mi estancia
Iba á partir, cuando mi amante esposa
En los mismos umbrales me detiene,
Y abrazada á mis piés, y presentando
Á mi pequeño Julo, así clamaba:
—«Si partes á morir, juntos nos lleva
Á toda suerte de aflicción contigo.
Si en esas armas tu pericia funda
Seguras esperanzas... ¡ah! primero
Defiende tu palacio, donde quedan
Tu tierno hijo con tu anciano Padre,
Y á quien antes llamabas dulce esposa.» —
Y tal clamando, resonar hacía
Con sus lamentos la morada entera.

Sorpréndenos entonces de improviso
Admirable portento. Entre el coloquio
Y los abrazos de los tristes padres,
Un süave fulgor vemos bañando
La cabeza de Julo con su lumbre.
Lamía, sin dañarlos, sus cabellos,
Y su fuego cebarse parecía
En redor de sus sienes. Temblorosos
Y del miedo turbados acudimos,
Sacudiendo la ardiente cabellera,
Y extinguir pretendemos con el agua
El fuego santo. Mas mi padre Anquises
Alza alegre sus ojos á los cielos,
Y su voz y sus manos elevando,

Biblioteca Nacional de España

—«Omnipotente Júpiter, exclama:
Si te aplacan las preces y los votos,
Míranos, y mis súplicas acoge.
Si algo nuestra piedad de ti merece,
Danos, Padre, tu auxilio, y fiel confirma
Estos auspicios prósperos.» —Apenas
Habló mi anciano Padre, y se oye al punto
Hacia la izquierda pavoroso trueno,
Y una estrella del cielo desprendida,
Su faz llevando entre las densas sombras,
Se vió correr con esplendente lumbre
Sobre los altos techos deslizada,
Y ocultarse la vimos en la selva
Del Ida, señalándonos camino;
En dilatada zona luz brillante
Cual relámpago envía, y se percibe
Humo y olor de azufre por doquiera.
Entonces yá mi Padre convencido,
Se dirige á los cielos y á los dioses,
Y la sagrada estrella adora humilde:
—«No me detengo yá, dice: dispuesto
Me hallo á partir á do guiéis mis pasos:
Salvad, oh patrios dioses, esta casa,
Y salvad á mi nieto. Estos augurios
Vuestros son, y al poder de vuestro numen
Está confiada Troya.—Cedo, hijo,
Á marchar al destierro no me opongo.»—

Dice: y más claro yá se percibía
El crugir de las llamas por los muros,

Biblioteca Nacional de España

Y el calor del incendio más cercano.
—«Ea pues, Padre mío, yo te llévo
Sobre mi cuello y hombros, que esta carga
Es leve para mí. Cualquier que sea
Nuestra fortuna, igual nuestro peligro
Ó igual será la salvación de ambos.
Vendrá el pequeño Julo, y á lo lejos,
Nos seguirá también mi amada esposa.»—
—«Y vosotros, oh fieles servidores,
Grabad en la memoria lo que os digo.
Hay al salir de Troya una colina,
Y un templo antiguo á Ceres consagrado,
Hoy yá desierto, y cerca se levanta
Un vetusto ciprés, que nuestros padres
Há luengos años por piedad conservan;
Á este lugar, mas por distintos rumbos,
Irémos todos.» —«Los penates dioses,
Oh Padre mío, y las sagradas joyas,
En tus manos los lleva, que tocarlos
Me está vedado á mí después de tantas
Guerras, y de matanza tan reciente,
Hasta que en aguas de corriente rio
Me lave y purifique.»—

Tal diciendo,
Ciño sobre mis hombros vigorosos,
Y en derredor del cuello mis vestidos,
Y de un rojo león la piel adapto,
Y coloco la carga; de la diestra
Tomo al pequeño Julo, que me sigue

Biblioteca Nacional de España

Con paso desigual; detrás mi esposa.
Por lugares sombríos penetramos;
Y á mí, á quien ni las flechas enemigas,
Ni las aquivas huestes en campaña
Turbaron nunca, de terror me llenan
Las leves auras, y cualquier rüido,
Haciéndome temer á un mismo tiempo,
Por la carga y la dulce compañía.
Yá me acerco á las puertas, yá pensaba
De la infausta Ilion haber salido,
Cuando los golpes de frecuentes pasos
En mis oidos resonar parecen,
Y observando mi Padre entre las sombras,
—«Huye, dice: que avanzan, hijo mío,
Los brillantes escudos se divisan,
Y las armas de bronce refulgentes.»—

Algún maligno numen perturbara
Entonces mi razón entre temores;
Porque, marchando por extrañas sendas
Fuera de los caminos conocidos,
¡Desgraciado de mí! Creusa mi esposa,
Ó fuese arrebatada por los hados,
Ó que el rumbo perdiese, ó que rendida
Á descansar acaso se sentara...
Nada hay cierto; más ¡ah! que desde entonces
No ha vuelto á presentarse á nuestros ojos.
Y ni advertí su pérdida al principio,
Ni lo pensé en mi mente, hasta llegados
Al monte y templo, que piedad antigua

Biblioteca Nacional de España

Á Ceres consagrara. Allí reunidos,
Faltaba sólo mi adorada Creusa,
Frustrando de los teucros la esperanza,
De su hijo y su esposo. Y yá demente,
¿Á quién de entre los dioses y los hombres
Yo no inculpé? ¿Ni qué mayor desdicha
Ví en la muerte de Troya? Á los amigos
Encomiendo á mi padre y mi hijo Ascanio,
Y los dioses penates de los teucros,
Y en recóndito valle los oculto.
Y vuelvo á la ciudad, y otra vez tomo
Las refulgentes armas, decidido
Á repetir los valerosos hechos,
Y nuevamente recorrer á Troya,
Y arrostrar los peligros con la vida.

Torno á las puertas é imponentes muros
Por do primero atravesé, y los pasos
Anteriores observo, y examino:
Horror por todas partes, y doquiera
Hasta el mismo silencio aterra el alma.
Á mi morada me dirijo entonces,
Por si hubiese tal vez retrocedido;
Los griegos la ocupaban; voraz fuego
Por el viento azotado la envolvía
Hasta los altos techos, y furiosas
Alzábanse las llamas por los aires.
De Príamo al palacio y al alcázar
Marcho después, y á visitarlos torno.
Desiertos yá los pórticos y el templo

Biblioteca Nacional de España

De la alma Juno, sus despojos guardan,
Como fieles custodios escogidos,
Fenix y el fiero Ulises. En montones
Revueltos y hacinados se veían
Doquiera allí de Troya los tesoros,
En el horrible incendio arrebatados
Del secreto santuario de la diosa;
Las mesas de los dioses, las sagradas
Copas de oro macizo, y vestiduras
Tomadas por botín; en larga fila
Niños y madres de temores llenas
Estaban en redor.—Y yo atrevido
No dejé de dar voces en las sombras,
Y las calles llené con mis lamentos,
Loco llamando á Creusa sin descanso
Con inútil clamor.—

Mas cuando en balde
Por toda la ciudad buscaba ansioso,
Por inmensa aflicción enfurecido...
La triste imagen de la misma Creusa,
Su sombra, agigantada, ante mi vista
De súbito aparece. Quedo absorto,
Se erizan mis cabellos, y se anuda
La voz en mi garganta. Ella queriendo
Con sus razones aliviar mis cuitas,
—«¿Y á qué, me dice, mi querido esposo,
Á tu insano dolor das rienda suelta?
Nada acontece sin designio augusto
De los próvidos dioses. No: ni el hado,

Biblioteca Nacional de España

Ni aquel supremo Rey del alto Olimpo,
Llevar contigo á Creusa te permiten;
Largo destierro que sufrir te resta,
Y surcar la extensión de vastos mares:
Irás á Hesperia, do recorre y baña
El lidio Tíber con tranquilo curso
Campos feraces de potentes pueblos;
Allí sucesos prósperos te esperan,
Y te están preparados regio trono,
Y regia esposa. Seca, pues, el llanto,
Que hora derramas por tu amada Creusa.
Del mirmidón ó dólope soberbio
No veré las mansiones fastuosas,
Ni iré sujeta en baja servidumbre
Á las matronas griegas. Soy troyana,
Y soy la nuera de la diosa Venus,
Mas en estas regiones me retiene
La madre augusta de los altos dioses.
Adios: y que ames siempre á nuestro hijo.»—
Dice Creusa, y me deja abandonado,
Á mí, que ardientes lágrimas vertiendo,
Anhelaba decirle muchas cosas.
Tres veces me esforcé por abrazarla,
Tres veces se escapó su vana imagen,
Como sueño fugaz, cual aura leve.

Tal al fin espirando yá la noche,
Á los míos me vuelvo, y admirado

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

De compañeros multitud inmensa
Encuentro allí, varones y matronas,
Y noble juventud aparejada
Para el destierro y desgraciada plebe.
Concurrieron allí de todas partes,
Con ánimo resuelto y con riquezas,
Para emprender el rumbo por el ponto
Á cualquiera región, que yo eligiese.
Yá del Ida en la cumbre se elevaba
La blanca Aurora conduciendo el día,
Y ocupadas las puertas por los griegos,
Esperanza ninguna de socorro
Quedaba. Cedo al fin: tomo á mi padre,
Y con él hácia el monte me dirijo.

Biblioteca Nacional de España

LIBRO TERCERO

Mas cuando yá, por su designio augusto,
Los númenes supremos derrocaron,
Con injusto rigor, el noble reino
De Príamo y del Asia la grandeza,
Y por tierra cayó el soberbio alcázar,
Deshecha en humo la neptunia Troya,
De los sagrados dioses los augurios
Á buscar el destierro nos compelen
En regiones desiertas.—Cabe Antandro
Á las faldas del Ida, monte frigio,
Apréstase una flota, no sabiendo
El rumbo que los hados señalaran,
Ni dónde el fin de la arriesgada empresa.
Congréganse los jefes presurosos:
Apenas comenzaba yá el estio,
Y, á merced de los hados, á los vientos

Biblioteca Nacional de España

Dar las velas dispone el padre Anquises.
Dejo entonces con lágrimas acerbas
El litoral infausto de mi patria,
Sus puertos y los campos do fué Troya.
Yá triste desterrado al mar me entrego,
Con los socios, mi hijo y los penates,
Y los dioses mayores.—No remota
La patria está de Marte, extensos campos,
Que los tracios cultivan, do reinara
En otro tiempo el guerreador Licurgo,
Asilo de Ilión cuando sus dioses
Amigos eran de los dioses nuestros,
Y propicia á nosotros la fortuna.
Allá dirijo el rumbo, y en su costa,
Sin voluntad de los adversos hados,
Las primeras murallas edifico,
Y Eno las llamo de mi propio nombre;
Ofrezco sacrificios á Dionéa,
Mi madre, y á los númenes excelsos,
Que inspiraron las obras comenzadas,
Y un toro corpulento sacrifico
Al alto rey de los celestes dioses.

De un montecillo próximo la cima
Con espeso ramaje coronaban
Incultas ramas de cornejo y mirto.
Acércome, y procuro de la tierra
Los verdes ramos arrancar, queriendo
Adornar los altares con sus hojas,
Y horrible y singular portento admiro.

Biblioteca Nacional de España

Al romper, arrancando las raíces,
El primer tallo, destilar le veo
Obscura sangre, que la tierra mancha;
Horror glacial mis miembros estremece,
Y súbito pavor mi sangre hiela.
Sigo, y al arrancar por vez segunda
Flexible rama, penetrar ansiando
La causa oculta, su corteza arroja
Nuevas gotas también de obscura sangre.
Mil ideas revuelvo allá en mi mente,
Y á las ninfas del bosque suplicaba,
Y al padre Marte, que preside y reina
En los géticos campos, que alejasen
El mal augurio, y en feliz auspicio
La visión convirtiesen. Mas queriendo
Con esfuerzo arrancar la tercer rama,
Apoyando en la arena las rodillas...
De las entrañas de la tierra sale,
¿Osaré relatarlo? cruel lamento,
Y resuena esta voz en mis oídos.
—«¿Cómo, Eneas, á un mísero destrozas?
Deja á quien yá descansa en el sepulcro,
Y no profanes tus piadosas manos.
Ni la sangre que ves brota de un leño,
Ni extraño á tí me produjera Troya.
De estas avaras costas huye, huye
De esta región infiel. Soy Polidoro.
Aquí me sepultaron bajo flechas
Hora en agudas ramas convertidas.»—
Presa de duda y de temor mi mente,

Biblioteca Nacional de España

Quedo absorto, se erizan mis cabellos,
Y se anuda la voz en mi garganta.

Tiempos atrás al joven Polidoro,
Para salvarle del común estrago,
Mandó en secreto, con riqueza suma,
Al rey de Tracia el infelice Príamo,
Por las armas de Troya temeroso
Ante el asedio de Ilión infausta;
Mas cuando el tracio rey vió quebrantado
El troyano poder, y su fortuna
Deshecha yá, las victoriosas armas
Sigue de Agamenón; sacros deberes
Falaz conculca; y asesina impío
Á Polidoro, y sus riquezas roba.
—¡Nefanda sed de oro! ¿Á qué no obligas
Á los humanos pechos?—Cuando deja
Mis miembros el pavor, narro á mi padre
Y del pueblo á los próceres preclaros
Esta visión, prodigio de los númenes;
Y en un solo sentir todos acordes
Salir deciden de la tierra impía,
Y abandonando el profanado asilo,
Dar las velas al viento. Á Polidoro
Consagramos las pompas funerales,
Y cubriendo con tierra su sepulcro,
Altares á sus manes erigimos
De negras cintas y ciprés ornados,
Y los ciñen en torno las troyanas,
Sueltos, según costumbre, los cabellos.

Biblioteca Nacional de España

Tibia leche de vasos espumantes
Derramamos, y sangre de las víctimas
De las sagradas copas; y el postrero
«Adios» en grandes voces repetimos,
Y encerramos su alma en el sepulcro.

Y cuando yá, tranquilo el mar y el austro,
El piélago inspirónos confianza,
Y el aire leve en susurrante soplo
Nos invita á partir, los compañeros
Las naves sacan, la ribera cubren,
Y zarpamos del puerto; y las ciudades
Aléjanse y las costas de nosotros.
Hay en medio del mar llamado Egéo
Una isla agradable: pingüe tierra
Á Doris y á Neptuno consagrada,
Que errante por las playas y las costas,
Al cabo la enclavó el piadoso Febo
Entre la alta Micone y la Giaréa,
Para que inmóvil respetada fuese,
Y á los furiosos vientos despreciara.
Hacia allá me dirijo, y yá cansados,
Ella apacible en su seguro puerto
Nos acoje: salimos de las naves,
Y veneramos la ciudad de Apolo.

Anio, rey de los hombres, y de Febo
Sacerdote á la vez, ciñendo juntos
El laurel y las ínfulas sagradas,
Sale á encontrarnos, y en el padre Anquises

Biblioteca Nacional de España

Antiguo compañero reconoce,
Y estrechando las manos como prenda
De hospicio fiel, partimos á su alcázar;
Y venerando yo del dios el templo
Sobre vetustas rocas erigido...
—«¡Oh Tímbreo Apolo! suplicaba, danos
Moradas propias, y linaje y muros,
Y ciudad permanente á los errantes
Generoso concede. Salva ahora
De Pérgamo y de Troya los despojos,
Estas reliquias tristes libertadas
Del odio griego y del feroz Aquiles.
¿Á quién seguir ordenas? ¿Hácia dónde
El rumbo dirigir, ó establecernos?
Otórganos, oh Padre, tus auspicios,
Y á iluminor desciende nuestras almas.» —

Tal dije: y de repente todo tiembla,
Las puertas mismas y el laurel de Apolo,
Y en derredor el monte se estremece;
Ábrese el santuario, y en su centro
Sonar se siente el trípode sagrado;
Prosternados humildes en la tierra
Oímos esta voz:—«Fuertes varones,
Aquella región misma de do arranca
de vuestros padres la primera estirpe,
Al regresar vosotros á sus costas,
Propicia os abrirá su fértil seno.
Buscad ahora vuestra madre antigua,
Allí dominará por todo el orbe

Biblioteca Nacional de España

De Eneas el linaje poderoso,
Sus nietos y los hijos de sus nietos.» —
Así habló Apolo: inmenso vocerío
Álzase con tumulto de alegría;
—¿Cuál será la ciudad... todos preguntan,
Donde convoca Febo á los errantes,
Y nos manda volver?—Mi padre entonces
Revolviendo en su mente las historias
De varones antiguos...—«Oid, nos dice,
Oh próceres: sabed vuestra fortuna.
Yace en medio del ponto hermosa isla,
Creta, la isla del augusto Jove,
Do gigantesco el Ida se levanta,
Y ella es la cuna del linaje nuestro;
En cien grandes ciudades dividida
Nación rica y potente.—De allí vino,
Si no recuerdo mal las tradiciones,
El padre Teucro á las retéas costas,
Y lugar eligió para su reino.
Ilión no existía, ni erigido
Hallábase de Pérgamo el alcázar,
Pues habitaban los profundos valles:
De aquí la protección de la alma diosa,
De la madre Cibeles; de aquí vino
La música del sacro Coribante,
El bosque Idéo, el misterioso arcano
En el sagrado rito, y los leones
Al carro uncidos de la gran Señora.
Sigamos, pues, sin vacilar la ruta
Por los supremos dioses designada,

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelectual
SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Y aplacando á los vientos, demos rumbo
Á los reinos de Creta no distantes
Largo espacio de aquí, si el alto Jove
Viene á ayudarnos, al tercero día
Á la cretense playa arribaremos.» —
Dijo, y honores sobre el ara rinde
Sacrificio ofreciendo á las deidades,
Un toro corpulento al dios Neptuno,
Y otro á tí, bello Apolo; y una oveja
Negra á las tempestades procelosas
Y otra blanca á los céfiros propicios.

Vuela en esto la fama pregonando
Que expulsado del reino de su padre,
Partiera al fin el jefe Idomenéo,
Que están desiertas las cretenses costas,
Libres yá sus moradas de enemigos,
Y abandonada la región entera.
Partimos, pues, de los ortigios puertos
Volando por el piélago, y dejamos
Á Naxo atrás la de preciadas vides,
Plácida isla á las bacantes grata,
Y á Olíaros, postrera de las Cícladas
Acá y allá sembradas por el ponto,
Y á la verde Donisa y blanca Paros.
Insistente clamor se alza en los nautas,
Y anímanse los teucros á porfía,
Á dirigir el rumbo sin demora
Á Creta, á la mansión de nuestros padres;
Próspero viento favorece entonces,

Biblioteca Nacional de España

Y arribamos al fin á las antiguas
Costas cretenses, y con vivo anhelo
De la ansiada ciudad alzo los muros,
Y Pérgamo la llamo. Al pueblo exhorto,
Gozoso de tal nombre, á amar sus lares,
Y á erigir elevada fortaleza;
Y yá las naves en la seca orilla,
La ardiente juvenfud se consagraba
Á nuevas bodas y á los nuevos campos,
Y yo familias ordenaba y leyes.
Mas corrompido de repente el aire
Por la atmósfera extensa, peste horrible
Funesta nos invade destruyendo
Hombres y brutos, árboles y mieses.
Año en muertes crüel: ya desgraciados
La vida pierden ó existencia lánguida
Arrastran miserables. Las campiñas
Sirio agostaba con calor ardiente,
Secábase la hierba, y los sembrados
Enfermos nos negaban el sustento.
Mi padre entonces á surcar me exhorta
El vasto ponto regresando á Ortigia,
Á consultar á Apolo y al oráculo,
Su protección pedir y su consejo;
Qué fin espere á desventuras tantas,
Dónde buscar auxilio nos convenga
Ó adonde el curso dirigir debamos.

Era la noche, y por el ancho mundo
Aprisionaba el sueño á los mortales:

Biblioteca Nacional de España

Y las sacras efigies de los dioses,
Y los penates teucros, que yo mismo
Del furor de las llamas libertara,
Y trajera de Troya, ante mis ojos
Entre sueños visibles se presentan,
Á los brillantes rayos de la luna,
Que al través de las puertas penetraban,
Y así me dicen, aliviar queriendo
Con sus palabras mi mortal cuidado.
—«Lo que el divino Febo te diría
Si volvieses á Ortigia, aquí te anuncia,
Y en su nombre nos manda á tus hogares.
Tras el incendio y destrucción de Troya
Tu fortuna seguimos y tus armas,
Y en tus naves el piélago espantoso
Hemos bajo tus órdenes surcado.
Nosotros mismos hasta el alto cielo
Encumbraremos tu feliz progenie,
Y la nación tendrá, por tí fundada,
El imperio del orbe. Tú edifica
Excelsos muros á los altos dioses;
No te arredren los ásperos trabajos
De marcha dilatada; de estas costas
Es forzoso partir; el delio Apolo
No te ordenó arribar á estas regiones,
Ni residir en Creta.—«Una comarca
Existe, que los griegos apellidan
Hesperia: tierra antigua y poderosa
En las armas, y fértil por su suelo.
Los varones Enotrios la ocuparon,

Biblioteca Nacional de España

Y del nombre del jefe, según fama,
Italia la llamó su descendencia:
Tal es nuestra morada. De aquí Jasio,
De aquí el ilustre Dárdano procede,
De nuestra raza generosa estirpe;
Álzate, pues, gozoso, y á tu Padre
Esta verdad indubitable narra.
Parte á Corito y las ausonias tierras;
Te niega Jove los cretenses campos.»—

Atónito al mandato de los dioses,
Y á su vista real—que no era un sueño,
Pues que mirando en mi presencia estaba
Sus rostros, sus ceñidas cabelleras,
Y su mismo semblante allí presente—
Sudor helado por mis miembros corre;
Salto del lecho, y á los cielos alzo
Mis manos con mis voces suplicantes,
Y sacrificio inmaculado ofrezco
En nuestro hogar; y tras el sacro rito
Gozoso á Anquises el prodigio narro:
De su raza conoce el doble origen,
Los dos progenitores, y confiesa
Su extraño error en los antiguos pueblos;
Y recordando al fin,—«Oh hijo, exclama,
Á quien los hados de Ilión persiguen:
Sólo á Casandra de la historia nuestra
Oí vaticinar. Tales destinos
Á nuestra noble estirpe concedía
Del Itálico reino: y muchas veces

Biblioteca Nacional de España

«Hesperia, Italia» resonó en sus labios.
Mas ¿quién pensó que á la remota Hesperia
Arribaran los teucros? ¿Quién entonces
Creyó en los vaticinios de Casandra?
Cumplamos, pues, las órdenes de Apolo,
Hora instruídos con mejor consejo.»—
Tal dice, y sus palabras con aplauso
Seguimos, la región dejando al punto
Y en ella algunos de los tristes socios.

Damos la vela al viento, y nuestras quillas
Surcan el vasto ponto, y navegando
En alta mar, sin divisar yá tierra,
Mas cielo y agua por doquier tan sólo,
Se condensan obscuros nubarrones
Sobre mi frente, que consigo arrastran
La negra noche y tempestad deshecha:
Y el mar entre tinieblas se embravece,
Los vientos sin cesar vuelcan las ondas,
El piélago en montañas se levanta,
Y dispersos nos lanza su oleage;
Oculta el día tenebrosa bruma,
Y del cielo la luz la noche roba;
Arden, rotas las nubes, por el éter
Relámpagos sin cuento; y arrojados
Fuera de rumbo, y en ignotos mares
Errantes navegamos. Ni distingue
El mismo Palinuro día ó noche
En el sombrío espacio, ni la ruta
Que ha de seguir por el revuelto ponto.

Biblioteca Nacional de España

Sin sol tres días entre ciegas sombras
Vagamos, y tres noches sin estrellas,
Y vimos tierra al fin al cuarto día,
Y montes que á lo lejos humeaban;
Y amainadas las velas, á los remos
Se abalanzan los nautas sin demora,
Baten briosos la sonante espuma,
Y el mar cerúleo con las quillas hienden.

Recíbenme, yá libre de los mares,
En sus riberas las pequeñas islas
De griego nombre Estrófades llamadas,
Que abraza el Jonio mar entre sus ondas:
Allí Celeno habita, y las crüeles
Harpías ahuyentadas del palacio
Y mesa de Finéo. Ni hubo mónstruo
Con ellas comparado más terrible,
Ni peste más fatal surgió en la tierra
Al poder de los dioses, abortada
De las funestas ondas de la Estigia.
Alados cuerpos con virgíneos rostros,
De corvas garras y de inmundos vientres,
Y siempre macilentas por el hambre.
Apenas penetramos en el puerto,
Paciendo vimos en alegres campos
Grandes manadas de vacunas reses,
Y cabras por doquiera sin custodio.
Con las armas al punto acometemos,
Y del rico botín la mejor parte
Á Jove y á los dioses consagramos;

Biblioteca Nacional de España

Las mesas disponemos en la playa,
Y festín celebramos suculento.
De repente se lanzan de los montes
Con estrépito horrible las harpías,
Batiendo con furor las negras alas,
Y roban los manjares, é inficiona
El aire y tierra su contacto inmundo,
Torpes graznidos al fetor uniendo;
De nuevo entónces en lugar remoto,
Bajo cóncava peña, en circuito
De gigantescos árboles cercado
Y cubierto de sombras imponentes,
Ordenamos las mesas, y en las aras
El venerando fuego reponemos.
Y arrójase otra vez la turba impía
De entre las sombras por la parte opuesta,
Y revuela en redor de las viandas
Con las garras horribles, y su aliento
De nuevo los manjares emponzoña.

Llamo entonce á las armas, y dispongo
Con la raza crüel entrar en guerra.
Diligentes apréstanse al mandato,
Y entre la hierba ocultan las espadas
Y los fnertes escudos; y al ruído
Que al lanzarse difunden las harpías
Por la corva ribera, dá Miseno,
En elevada cumbre de atalaya,
Con la bocina la señal de guerra.
Y acometiendo con esfuerzo insólito

Biblioteca Nacional de España

En combate inaudito, herir procuran
Á las marinas nauseabundas aves;
Mas ni en las leves plumas las espadas,
Ni en la huída las flechas las hirieron,
Y con rápida fuga á las estrellas
Se remontan, y dejan destrozados
Los manjares y torpes inmundicias.
En eminente cima levantada
Cual profetisa la fatal Celeno,
En triste vaticinio así prorrumpe.
—«¿Conque después de la matanza horrible
De becerros y bueyes, oh troyanos,
Nos declaráis la guerra, pretendiendo
Arrojar las harpías inocentes
Del reino de sus padres? Este augurio
Escuchad, y grabadlo en vuestras almas.
Lo que el augusto Padre Omnipotente
Predijo á Febo, el mismo Febo Apolo
Anunciómе también, y yo os revelo
La mayor de las furias, oh troyanos.
Á Italia os dirigís en vuestra ruta,
Y á favor de los céfiros propicios
Arribaréis á Italia y á sus puertos;
Pero no ceñiréis con fuertes muros
La ciudad concedida, sin que el hambre,
Para expiación de la sangrienta injuria,
Á devorar las mesas os obligue.»—
Dijo, y volando se perdió en la selva;
Y heló el temor de súbito la sangre
De los teucros, y el ánimo abatido,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

No por la guerra yá la paz pretenden,
Mas pedirla con preces y con votos,
Ora fuesen deidades verdaderas,
Ora crüeles y asquerosas aves.
Desde la playa eleva el padre Anquises
Las extendidas manos á los cielos,
Y á los dioses mayores invocando,
Solemne sacrificio les ofrece.
—«Libertadnos, oh dioses, de este augurio,
Alejad de nosotros tal desgracia,
Y clementes salvad á los piadosos.»—

Las jarcias aflojar ordena entonces,
Y de la playa desatar los cables;
Hinche el noto las velas y partimos,
Á través de las ondas espumosas,
Á do el viento y piloto nos conducen.
Y en medio de los mares aparecen
La selvosa Zacinto y Duliquio,
Y Samos, y Nerito celebrada
Por su gigante y árduo promontorio;
Los escollos de Ítaca salvamos,
El reino de Laerte, y maldecimos
La tierra madre del crüel Ulises.
Álzase luego la nublosa cumbre
Del formidable Léucade, do Apolo
Osténtase terrible al navegante,
Allá nos dirigimos fatigados,
Y á la humilde ciudad nos acojemos;
Arrojamos las anclas, y las popas

Biblioteca Nacional de España

En la abrigada playa se guarecen;
Y gozando de tierra inesperada
Ofrecemos á Jove sacrificios,
Cumpliendo en los altares nuestros votos.
Y con los patrios juegos honorando
Nuestros socios del Accio las riberas,
En óleo ungidos los desnudos cuerpos
En las troyanas luchas se ejercitan.
Que place verse libres de enemigos,
Después de atravesar con nuestras naves
Tantas ciudades griegas en la fuga.

El sol en tanto su completo curso
Por el cielo recorre un año entero,
Y el invierno glacial furioso agita
Las olas con los fuertes aquilones.
Tomo de bronce cóncavo el escudo,
Arma preciada del ilustre Abante,
Y lo fijo en las puertas, y este verso
Los hechos explicando:—«Aquestas armas,
Despojo de los griegos vencedores,
Aquí las clava Eneas.»—Mando al punto
Zarpar del puerto, y ocupar los bancos:
Hieren el mar los nautas á porfía,
Revolviendo las ondas con los remos;
De Feácia las altas fortalezas
Apenas divisadas desparecen,
Y del Epiro hacia las nobles playas
Dirigiendo la ruta, de Caonia
Arribamos al puerto, y ascendimos

Biblioteca Nacional de España

Á la ciudad excelsa de Butroto.
Noticias estupendas é increíbles
Por doquiera la fama difundía;
Que Heleno, hijo de Príamo, imperaba,
Cual rey supremo en las ciudades griegas,
Y de Pirro heredara los dominios,
Unido con la viuda en matrimonio;
Que Andrómaca de nuevo sometida
Al yugo estaba de varón troyano.
Absorto quedo, y con anhelo ardiente
De hablar con él, y de sus labios mismos
Tales nuevas oir. Parto del puerto,
Abandonando naves y riberas,
Y en un sagrado bosque junto á un río,
Que por recuerdo Símois nominaron,
Y á la faz y no lejos de Butroto,
Solemnes libaciones ofrecía
Andrómaca y los dones funerales
A las cenizas del divino Héctor;
Y sus manes sagrados invocaba
Cabe un sepulcro de frondoso cesped,
Y doble altar á su memoria alzado.
Cuando me ve de las troyanas armas
Cubierto, cual prodigio misterioso,
Pierde el sentido, hiélanse sus huesos,
Y aterrada cayó por largo espacio,
Hasta que exclama al fin.—«¿Y eres tú mismo?
¿Vienes á mí cual verdadero nuncio?
¿Vives aún, oh hijo de la diosa?
¿O, si perdiste la preciosa vida,

Biblioteca Nacional de España

Dónde mi Héctor está?»—Dijo, y el llanto
Inundó sus megillas, y los aires
Llenó con sus tristísimos lamentos.
Pocas palabras pronuncié confuso,
Y así respondo entre cortadas voces:
—«Vivo en verdad; pero mi vida arrastro
En medio de peligros y desgracias;
No dudes, la verdad está presente.
¿Y, perdido ¡ay de mí! tu ilustre esposo,
Víctima fuiste de fatales hados,
O te halagó de nuevo la fortuna
Digna de tí? ¿Y á la memoria excelsa
Fiel permaneces del divino Héctor,
O esposa eres de Pirro?»—El rostro inclina,
Y con turbado acento así responde:
—«¡Oh feliz entre todas Polixena,
Hija de Príamo, inocente virgen,
Á quien cupo morir cabe el sepulcro
Del pérfido enemigo, asesinada
Bajo los muros de Ilión augusta!
Que no fué sorteada entre adversarios,
Ni cual cautiva destinada al lecho
De infame vencedor.—Mas yo infelice
Tras el incendio de la infausta Troya,
Llevada fuí por los diversos mares,
Sujeta como esclava á servidumbre,
Y víctima del fausto y la soberbia
Del hijo fiero del crüel Aquiles,
Que infiel prendado de la bella Hermione,
Con la griega celebra su himeneo,

Biblioteca Nacional de España

Y á Heleno esclavo le cedió la esclava.
Mas en amor Orestes encendido
Por su robada esposa, y arrastrado
Por las insanas furias le sorprende,
Y ante el altar de Apolo le asesina:
Y, muerto yá, de sus dominios parte
Dá á Heleno, que en memoria de su hermano
El troyano Caón, le dió por nombre
«Campos caonios, y región caonia:»
Y de ese monte en la empinada cumbre
Alzó, cual vés, de Pérgamo el alcázar.
»¿Y á tí qué vientos ó hados te rigieron?
¿Ó qué dios por ventura te condujo
Á estas playas de tí desconocidas?
¿Goza el aura vital tu hijo Ascanio,
Que en el sitio de Troya te naciera?
¿Recuerda y siente á su perdida madre?
¿Y de su padre Eneas y mi Héctor
Arde en sus venas el valor antiguo,
Y robustos alientos varoniles?» —
Así llorando dijo, y exhalaba
Inútiles suspiros de su pecho.

En esto del alcázar descendía,
De muchedumbre inmensa acompañado
De Príamo infeliz el hijo Heleno;
Reconoce á los suyos, y gozoso
Fiel nos conduce á su mansión excelsa,
Mezclando sus palabras con el llanto.
Marcho, y admiro la pequeña Troya,

Biblioteca Nacional de España

Y Pérgamo en cien cosas imitada,
Y un riachuelo, que Janto denominan,
Y abrazo, en mi ilusión, la puerta Escéa;
Y conmigo los teucros se complacen
En aquella ciudad, de Troya hermana.
Recíbelos el rey en anchos atrios,
Y en medio del alcázar aderezan
Ricos manjares en vajillas de oro,
Libando alegres las preciadas copas.

Así pasaban rápidos los días,
Y las auras la lona acariciaban,
Y el austro henchía las tendidas velas:
Entonce al vate Heleno me dirijo,
Y así le ruego.—«Tú, troyano ilustre,
De los dioses intérprete sagrado,
Tú, que de Febo inspiración recibes,
Que el trípode, el laurel y las estrellas,
Y el canto de las aves y su vuelo,
Sabio penetras por bondad divina,
Mis cuitas calma.—Mis caminos todos
Los vaticinios prósperos trazaron;
Buscar á Italia y las ansiadas tierras
Me aconsejaron próvidos los dioses;
Sola Celeno, la funesta harpía,
Un horrendo prodigio me anunciara,
Venganzas tristes, y funestas hambres:
Di; ¿qué peligro salvaré primero,
Ó cómo venceré tales trabajos?»—
Heleno entonces, con sagrado rito,

Biblioteca Nacional de España

Un robusto becerro sacrifica,
Y de los dioses el favor implora;
Las ínfulas desdiñe de la frente,
De la mano me lleva ante tus aras
Temblando á tu poder ¡oh sacro Apolo!
Y con divino labio así prorrumpe.
—«Sé bien, hijo de Venus, que los dioses
Tu rumbo por los mares decretaron;
Así los hados Júpiter dirige,
Y revuelve y sortea las fortunas,
Orden marcando á los sucesos todos.
Yo en breve te diré cómo los mares
Has de surcar con éxito seguro,
Y cómo al puerto arribarás de Ausonia;
Me impiden saber más las tristes Parcas,
Y me prohibe Juno revelarlo.
Esa Italia que tú cercana juzgas,
Y cuyos puertos ocupar ansías,
Lejos de tí se encuentra, separada
Por largas tierras y camino incierto.
Y antes el remo doblaran las ondas
Del mar trinacrio, y la llanura inmensa
Del mar de Ausonia surcarán tus naves,
Y cruzarás los infernales lagos
Y la isla de Circe, antes que logres
La ciudad erigir en tierra amiga.

«Señales te daré, tú cuidadoso
En el fondo del alma las conserva.
Cuando te hallares pensativo al margen

Biblioteca Nacional de España

De oculto río entre copudos robles,
É ingente y blanca cerda apareciere,
Que, en el suelo tendida, con sus ubres
Á treinta hijuelos blancos amamanta,
Allí el lugar de la ciudad futura,
Allí de tus fatigas el descanso.
Ni del hambre el augurio te horrorice,
Que á devorar las mesas te obligara;
Te mostrarán los hados el camino,
Y Apolo ayudará cuando lo invoques.

»Huye de esa región y de esas costas
Fronteras de la Italia, á do se extiende
De nuestro mar el férvido oleage.
Sus ciudades de pérfidos helenos
Habitadas están. Allí los Locrios
Alzaron de Naricio las murallas,
Y allí ocupó los salentinos campos
Con sus huestes el licio Idomenéo;
Allí Petilia humilde, que el caudillo
Y rey de Melibea Filoctetes
Con fortísimos muros defendiera.
Así á través de dilatados mares
Arribará tu flota, y en el puerto
Sobre las aras cumplirás tus votos,
Tu frente y cabellera en circuito
Con un velo de púrpura ceñidas,
Porque faz enemiga no perturbe
El santo sacrificio de los dioses,
Y los auspicios prósperos destruya.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Tal rito en las sagradas ceremonias
Observen los troyanos, y tú mismo,
Y piadosos tus nietos lo conserven.

»Mas cuando yá los vientos te llevaren
De Sicilia al confin, y de Peloro
Ensancharse mirares el estrecho,
En largo derrotero tuerce el rumbo
Al mar y tierra del siniestro lado,
Y huye las ondas y la diestra orilla.
Es fama que por grandes convulsiones
Fué esta región inmensa destrozada:
¡Tal poder destructor tienen los siglos!
En otro tiempo un solo continente
Eran las dos; mas el violento ponto
En medio penetró con fieras ondas,
De la Hesperia arrancando la Sicilia,
Y dividiendo campos y ciudades,
Nuevos límites dióles y riberas,
Corriendo hirviente por estrecho paso.
»Escila ocupa la derecha costa,
Y la siniestra la feroz Caribdis,
Que absorbe en remolino por tres veces
Del vasto mar las ondas turbulentas,
Lanzándolas al báratro profundo,
Y á los aires devuélvelas de nuevo
Azotando los astros con la espuma.
En tanto Escila en su caverna hórrida,
Entre ciegas tinieblas encerrada,
Abre sus fauces, y las naves sorbe,

Biblioteca Nacional de España

Y en los duros peñascos las estrella.
Su rostro humano y de doncella el seno,
Cuerpo inmenso de pez, vientre de lobo,
Y de horrendo delfin la enorme cola.
Doblar más vale de Paquino el cabo,
Torciendo el rumbo en dilatada vuelta,
Que una vez sola contemplar á Escila
En su antro informe, y el estruendo horrible
Escuchar de sus canes y sus rocas.
»Si hay ciencia alguna en mí; si al adivino
Ha de prestarse fé; si el dios Apolo
Inspira la verdad en nuestras almas,
Una sola enseñanza sobre todas,
Que una y mil veces en tu mente inculco,
De mis labios escucha, hijo de Venus.
Rinde culto con preces y con votos
De Juno excelsa al sacrosanto numen,
Y con ofrendas, súplicas y dones
Vence el rencor de la potente diosa:
Y así dejando la trinacria orilla,
Á Italia al fin arribarás triunfante.

»Al acercarte á la ciudad de Cumas,
Y á los lagos divinos, y al Averno
Cercado en torno de sonantes selvas,
Allí verás bajo profunda roca,
Abriendo y revelando lo futuro,
Á la Sibila, que los nombres graba
En las hojas y sabias predicciones;
Y aquellos vaticinios por la virgen

Biblioteca Nacional de España

En las hojas impresos, ella misma
Por orden los coloca, y á su antro
De nuevo retirada, allí los deja:
Ellos en sus lugares inmutables
Sin variación alguna permanecen;
Mas si al girar las puertas en sus goznes
Penetra el viento, y con su leve soplo
Altera el orden de las tiernas hojas,
Jamás de recoger ella se cuida
Las que volaron por la extensa gruta,
Ni á su lugar las vuelve, ni dispone
De nuevo los pasados vaticinios;
Y el que de allí se ausenta sin consejo,
De la diosa aborrece la morada.
»Mas tú detente, sin temor de daño;
Y aunque te increpen los troyanos mismos,
Y el mar exija navegar al punto,
Y puedas alcanzar prósperos vientos,
No omitas visitar á la Sibila,
Y pedir sus oráculos con preces,
Y que sus labios abra, y vaticine.
Ella de Italia te expondrá los pueblos,
Y las guerras futuras, y los modos
De evitar ó vencer los infortunios,
Y á tus ruegos dará rumbo felice.
Ésto mis labios revelarte deben;
Marcha, pues, y con hechos inmortales
Encumbra á Troya á los excelsos astros.»—
Tal con amiga frase el adivino
Dice, y manda llevar preciados dones

Biblioteca Nacional de España

De oro brillante y de marfil labrado
Á los bajeles, y copiosa plata,
Y palanganas ricas de Dodona,
Y las armas de Pirro; su loriga
De malla densa con anillos de oro,
Y de triple tejido reforzada,
Su yelmo y su cimera penachuda;
Y dones especiales á mi padre,
Y caballos, y guias y remeros,
Y de armas pertrecha á mis troyanos.

Mi padre Anquises entre tanto ordena
Las velas preparar, y sin demora
Aprovechar los vientos favorables:
Y con grandes honores la palabra
De Febo el sacerdote le dirige.
—«¡Oh Anquises, á quien Venus halló digno
De su tálamo augusto! ¡Oh de los dioses
Varón querido, y de la gran ruina
De Pérgamo dos veces libertado!
Allí la Italia para tí se eleva;
Dirige el rumbo á sus ansiadas costas:
Mas vagarás primero por el ponto,
Que la ausonia región que Apolo anuncia
Lejos se halla de aquí. Parte, le dice,
Padre feliz por la piedad del hijo:
¿Para qué te detengo, y mis palabras
Retardan el impulso de los austros?»—
Y Andrómaca no menos generosa,
Y en la suprema despedida triste,

Biblioteca Nacional de España

Preciosas vestes de colores varios
Labradas de oro, y clámide de Frigia
Regala á Ascanio con honor debido,
É innúmeros tejidos admirables,
Y,—«Acepta, dice, acepta, caro joven,
Este dón cual recuerdo de mis manos,
Y cual testigo del amor perenne,
De Andrómaca de Héctor; y recibe
Los últimos presentes de los tuyos;
¡Oh tú, la imagen que me resta sola
De mi hijo Astianacta! Así su rostro,
Así sus ojos y sus manos eran,
Y hora en tu misma edad joven brillara.»—
Y yo entre acerbas lágrimas les digo.
—«Sois dichosos, gozad vuestra fortuna;
Mientras nosotros arrastrar nos vemos
De peligro en peligro por los hados;
En dulce paz vivís, que ni los mares
Tenéis que atravesar, ni las regiones
Buscar de Ausonia, que se alejan siempre;
Del Janto veis la imagen, y de Troya
Por vuestras manos mismas fabricada,
Con mejores auspicios, y á los griegos
Menos expuesta. Si por suerte un día
Llego á ocupar el Tiber y sus campos,
Y á ver alzados los excelsos muros
Á mi claro linaje concedidos,
Y los antiguos pueblos de mi estirpe;
Del Epiro y la Hesperia, como hermanas,
Que el mismo fundador Dárdano tienen,

Biblioteca Nacional de España

Y la misma fortuna, al fin haremos,
Por voluntad y amor, sólo una Troya.
¡Que á nuestros nietos nuestro amor se extienda!»

Partimos luego por el mar undoso,
Á las vecinas costas de Ceráunia,
De donde arranca en dirección á Hesperia
Por las ondas brevísimo camino.
Se oculta el sol en tanto, densas sombras
Las montañas envuelven, y á la orilla
Del mar, en la ribera deseada,
Sorteados los remeros, descansamos;
Y por la arena seca desparcidos
Los cuerpos fatigados, sueño dulce
De los rendidos miembros se apodera.
Aun no la noche recorrido había
La mitad de su curso, y diligente
Álzase Palinuro de su lecho,
Y los vientos escucha y examina;
Las estrellas estudia deslizadas
Por el callado cielo, observa á Arcturo,
Las pluviosas Hyádas, las dos Osas,
Y de oro armado el Orión brillante.
Y al ver que todo en el tranquilo cielo
Próspera calma augura, de la popa
Da la señal, las tiendas se levantan,
El camino emprendemos, y las velas
Á los plácidos vientos desplegamos.
Yá fulguraba la dorada Aurora,
Ocultas las estrellas, y divisan

Biblioteca Nacional de España

A lo lejos collados nebulosos
Y sobre el mar á la tendida Italia:
—«Italia»—clama Acates el primero,
Y con gozo y clamores de alegría
Saludan á la Italia los troyanos.
Mi padre entonces de guirnalda ciñe
La copa llena de sagrado vino,
A los dioses erguidos en la alta popa
Así invocando.—«Oh dioses poderosos,
De los mares y tierras y borrascas;
Dadnos próspero viento en nuestra ruta,
Y ayudadnos propicios.»—Con frecuencia
Las auras deseadas se repiten,
Y más cercano el puerto se divisa,
Y aparece en el alto promontorio
El templo de Minerva: los troyanos
Amainan el velamen, y á la playa
Tuercen las proras.
En el mar de Oriente
Oculto en honda curva yace el puerto,
Y espumas lanzan las opuestas rocas
Por las hirvientes olas azotadas;
Y á manera de torres dos escollos
Tienden sus brazos cual muralla doble,
Y lejos de la orilla se alza el templo.
Observo allí como primer augurio
Cuatro caballos blancos cual la nieve,
Despuntando la hierba por el campo.
—«Oh tierra amiga, exclama el padre Anquises,
La guerra llevas en tu fértil seno:

Biblioteca Nacional de España

Ármanse por la guerra los corceles,
Y siempre ese animal la guerra anuncia;
Mas uncidos también al carro fueron,
Y el freno soportaron bajo el yugo,
Y signo son de paz y de esperanza.»—
Los númenes supremos imploramos
De Palas, la de armas resonantes,
Que recibió primero á los dichosos,
Y ante el altar cubierta la cabeza
Con velo frigio, y observando fieles
El precepto mayor que diera Heleno,
Con el sagrado rito á Juno Argiva
Rendimos los honores ordenados;
Y una vez terminado sin demora,
Ni interrupción alguna el sacrificio,
Volvemos las velíferas entenas,
Y la región y campos sospechosos
De los griegos salvamos.
La ancha boca
Preséntase del golfo de Tarento,
Ciudad hercúlea, si la fama es cierta;
Álzase enfrente el templo de Lacinia,
La ciudad de Caulonia y Scilacéo,
Do naufragan las naves. Y en Trinacria
Del mar distante se divisa el Etna,
Y el rugido del piélago espantoso
Rompiéndose en las peñas escuchamos,
Y su ronco fragor llena la playa,
Y álzanse en remolinos las espumas,
Y removidas hierven las arenas.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

—«Esta es Caribdis en verdad, prorrumpe
El padre Anquises, estos los escollos
Y horrendas rocas, que anunciaba Heleno;
Libertáos, oh troyanos, del peligro,
Y remad vigorosos»—Habló apenas,
Y obedecidos fueron sus mandatos:
Tuerce el primero la crujiente prora
Hacia el mar de la izquierda Palinuro,
Y á poder de los remos y los vientos
La escuadra toda hacia la izquierda avanza.
Al cielo en ondulante torbellino
Nos alza el mar, y roto el oleaje,
En el profundo abismo nos sumerge;
Tres veces los escollos repitieron
Rudo clamor entre las huecas rocas,
Tres veces vimos la revuelta espuma
Subir al cielo y descender deshecha,
Luego nos abandona el sol y el viento,
Faltos de fuerzas, é ignorando el rumbo
Las costas de los cíclopes tocamos.

Ancho puerto del Noto defendido;
Mas cerca ruge con estrago horrible
El Etna atronador, que á veces lanza
Torbellinos de pez y lava ardiente
Por los aires en negros nubarrones,
Y globos encendidos flameantes
Que tocan las estrellas; y otras veces
Piedras arroja, y las entrañas mismas
Arrancadas del monte, y con estruendo

Biblioteca Nacional de España

Innúmeros peñascos derretidos,
Hirviendo sin cesar la síma horrenda.
Es fama que debajo de esa mole
Yace el cuerpo de Encélado abrasado
Per el rayo de Júpiter, y encima
Asentado se encuentra el Etna inmenso
Llamas lanzando de la hoguera rota,
Y cuando mueve el cuerpo fatigado,
Trinacria toda con fragor retiembla,
Y con humo los cielos obscurece.
La noche entera tan terribles monstruos
Ocultos en la selva soportamos,
Del estrépito aquél sin ver la causa:
Ni los astros su lumbre difundían,
Ni el éter el fulgor de las estrellas;
Mas densa bruma encapotaba el cielo,
Y la avanzada noche tenebrosa
La luna entre las nubes ocultaba.

Álzase á poco precursor del día
El astro matinal, y yá la Aurora
Ahuyentaba las húmedas tinieblas,
Cuando de pronto de la selva sale
Figura extraña de varón ignoto,
En suma languidez extenuado
Y miserable aspecto, y á la orilla
Extendiendo las manos suplicante;
Fijo la vista, suciedad horrible,
Desgreñada la barba, y los vestidos
En girones sujetos con espinas,

Biblioteca Nacional de España

Y en todo lo demás soldado griego
Del ejército armado contra Troya.
Él cuando vió las iliacas vestes,
Y desde lejos la armadura teucra,
Párase á nuestra vista sorprendido,
Y la marcha detiene; mas á poco
Rápido hacia la orilla se adelanta,
Y con llantos y ruegos,—«Oh troyanos,
Yo os pido por los astros y los dioses,
Por esta luz del cielo que me alienta,
Que de aquí me saquéis; esto me basta,
Y á cualesquiera tierras conducidme.
Yo de la armada aquiva fuí soldado,
Lo sé y confieso, y que invadí en la guerra
Los lares de Ilión: y si tan grande
Juzgáiz la injuria de tan alto crimen,
Arrojadme á las olas, exclamaba,
Y sumergidme en el inmenso ponto.
Si á manos de los hombres pereciere,
Grato será morir.»—Dijo, y en tierra
Cayó de hinojos, y quedó clavado,
Abrazando á la par nuestras rodillas.

Á declarar su nombre y su linaje,
Y á confesar la historia le exhortamos
De su aciaga fortuna. Al punto Anquises
Al joven tiende cariñosa diestra;
Tal prenda de amistad valor le infunde,
Y depuesto el temor, así nos habla.
—«Es Itaca mi patria, soy de Ulises,

Biblioteca Nacional de España

Del infeliz Ulises compañero;
Mi nombre es Aqueménides, mi padre
Era Adamasto, que en fortuna pobre
Á Troya me envió. ¡Que aquella suerte,
Aunque suerte infeliz, durado hubiera!
Aquí mis compañeros, por olvido,
Me abandonaron, al partir huyendo
De estas playas crüeles, en el antro
Inmenso del ciclope. Tenebrosa
É ingente es su morada, y de manjares
Ensangrentados é inmundicias llena,
Y él toca las estrellas por su altura.
¡Librad la tierra, oh dioses, de tal plaga!
Ni bello aspecto, ni agradable trato,
De entrañas se alimenta de infelices
Y sangre corrompida. Ví yo mismo
Su inmensa mano atenazar dos cuerpos
de mis socios, tendido en su caverna,
Y allí junto al peñón despedazarlos,
Anegando el umbral la sangre impura;
Yo le ví devorar trozos de carne,
Que repugnante corrupción manaban,
Y miembros ví calientes todavía
En sus dientes temblar. Pero no impune:
Que Ulises no sufrió tantas crueldades,
Ni descuidó su vida en tal peligro.
»Luego que el monstruo de manjares harto,
Y sepultado en vino dobló el cuello,
Y cubrió con su cuerpo la caverna,
Arrojando dormido por la boca

Biblioteca Nacional de España

Pútrida carne con sangriento vino,
Nosotros, invocadas las deidades,
Y á cada cual su oficio designado,
En redor le cercamos cautelosos,
Y el ojo enorme y solo que ocultaba
Bajo su torva frente, y parecía
Escudo argolio ó luminar febéo,
Con un agudo dardo traspasamos,
Vengando así los manes de los socios.
»Huid, infortunados, de estas tierras,
Arrancad de este puerto las amarras:
Tan enormes como este Polifemo,
Que hora ordeña en el antro sus ovejas,
Habitan á lo largo de estas costas
Cien horrendos ciclopes, que vagando
Andan errantes por las altas cumbres;
Llenar tres veces á la luna he visto,
Desde que arrastro miserable vida
En las cavernas y desiertos bosques,
Y en la morada inculta de las fieras:
Observo á los gigantes monstruosos
Desde lejana roca, y me extremece
El escuchar sus voces y sus pasos.
»Aquí me brindan mísero alimento
Los árboles con bayas, con su fruto
El cornejo durísimo, y las hierbas
Con sus toscas raíces arrancadas;
Y de contínuo en derredor mirando,
He visto lo primero vuestra flota
Venir hacia esta playa, y decidíme,

Biblioteca Nacional de España

Cualquier que fuese, á someterme á ella.
Me basta huir de la región nefanda;
Mejor vosotros con cualquiera muerte
Esta vida extinguid.»—Apenas dijo,
Y en la cumbre del monte divisamos
Con su ganado al mismo Polifemo,
Que mole inmensa con su paso mueve,
Marchando hacia la costa conocida.
Monstruo feroz, descomunal, informe,
Que de la vista falto, en tosco pino
La mano apoya y la pisada afirma;
Sus lanudas ovejas le acompañan,
Su placer, y consuelo de sus males;
Rústica flauta de su cuello pende.
Luego que siente las primeras olas,
Entra en el mar, y la fluente sangre
Del ojo herido con las ondas lava,
Por el dolor los dientes rechinando;
Y al interior del mar camina luego,
Que sus altos costados baña apenas.

Lejos de allí nosotros temerosos
La fuga apresuramos; recibimos
Cual era justo al triste suplicante,
Y en silencio cortamos las maromas,
Y las aguas surcamos vigorosos,
Batiendo el mar los remos á porfía.
Nos oye Polifemo, y al rüido
Y murmullo de voces vuelve el paso;
Mas cuando siente que le faltan fuerzas

Biblioteca Nacional de España

Para apresarnos con su diestra enorme,
Ó superar con su gigante marcha
del Jonio mar el rápido oleaje,
Lanza un grito espantoso, que estremece
El vasto ponto y las inmensas ondas,
Y aterra en torno la región de Italia,
Y hace rugir al Etna cavernoso;
Y de las selvas y los altos montes
Se arrojan los ciclopes convocados,
Y al puerto corren, y la playa cubren.
Allí de pié con la mirada torva,
Alzando la cabeza hasta los cielos,
Á los étneos hermanos contemplamos
En horrendo concilio. Cual levantan
Sus copas las encinas por los aires,
Ó el gigante ciprés, en la alta selva
De Jove, ó en el bosque de Diana.

El acerbo temor nos compelía
Los cables á soltar, y dar las velas
Á donde el viento próspero soplase,
Mas prohibe de Heleno el vaticinio
Entre Escila y Caribdis dar el rumbo
Con peligro de muerte tan cercano,
Y así volver las velas resolvemos.
Álzase en esto el Bóreas favorable
Partiendo del estrecho de Peloro,
Y las fauces vencemos del Pantago,
Que allí entre piedra viva desemboca,
Y salvamos el golfo de Megara,

Biblioteca Nacional de España

Y la humilde península de Tapso,
Señalando Aqueménides las costas
Recorridas por él en rumbo inverso
Con el mísero Ulises.—Del undoso
Plemirio enfrente elévase una isla
En las sicanias ondas enclavada,
Que Ortigia nominaron los antiguos;
Es fama que hasta aquí llegara Alféo,
De la Elidea región río potente,
Abriendo bajo el mar oculto paso;
Y hora brotando por tu misma boca,
Dulce Aretusa, á confundirse corre
Con las aguas del golfo de Sicilia.

Allí obedientes, á los altos númenes
De la isla adoramos, y partimos;
Y atrás dejando las feraces tierras
Que Heloro fertiliza desbordado,
Doblamos el gigante promontorio
Y las salientes rocas de Paquino;
Y aparece á lo lejos Camarina,
El lago que secar vedara Apolo,
La gran ciudad de Gela y su campaña,
Llamada así del nombre de su río;
Alta después Acraga se presenta,
La de nobles corceles productora,
Sus dilatados muros ostentando;
Y á tí, Selino, con tus ricas palmas
Te dejamos también, del viento al soplo.
Corto luego las ondas Lilibéas

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Por latentes escollos peligrosas,
Y de Drépano al fin al puerto arribo;
Á aquella triste y luctuosa playa.
Allí después de recorrer el piélago
Perseguido por hórridas tormentas,
¡Desgraciado de mí! perdí á mi padre,
Al padre Anquises, mi consuelo solo
En mis rudos trabajos é infortunios.
—¡Que á mí de tantos males yá rendido,
Tú, el mejor de los padres, me abandonas,
En vano de mil riesgos libertado...!
Ni Heleno, que sucesos tan terribles
Vaticinó, ni la crüel Celeno,
Me anunciaron tan grande desventura:
Esta fué mi desgracia postrimera,
Este el mísero fin de mis viajes;
Y al partir de las playas sicilianas,
Un dios á vuestras costas me condujo.»—
Así, todos atentos, refería
El padre Eneas su funesta suerte
Por fatales decretos de los dioses,
Y por los mares sus inciertos rumbos:
Calló por fin: y término poniendo
Á su discurso, se entregó al descanso.

Biblioteca Nacional de España

LIBRO CUARTO

Yá la Reina del mortal cuidado
Há tiempo herida, la profunda llaga
Del amor en sus venas alimenta,
Y en su secreta llama se consume.
Las virtudes revuelve en su memoria
Del egregio varón, la gloria insigne
De su linaje, y en su pecho guarda
Grabados sus palabras y su rostro,
Y el afán intranquilo no concede
Á sus miembros el plácido descanso.
Yá la cercana aurora difundía
La luz del sol por la extendida tierra,
Las húmedas tinieblas ahuyentadas,
Cuando loca de amor busca á su amante
Hermana, y su durísimo tormento
Nárrale así: —«¡Qué insomnio tan terrible

Biblioteca Nacional de España

Me agita sin cesar, hermana mía!
¡Qué extraño huésped favorece ahora
Nuestra región! ¡Qué bello su semblante!
¡Qué valor en su pecho generoso!
¡Cuán ilustre en las armas! No me en gaño;
Corre sin duda por sus nobles venas
La sangre de los dioses; torpe miedo
Á los mezquinos pechos los delata.
¡Cuál fuera por los hados combatido!
¡Qué rudo batallar! ¡Ah! si no fuese
Resolución en mí firme, inmutable
El rechazar el vínculo sagrado,
De mi primer amor víctima triste
Burlada por la muerte.... si no odiara
Con el alma la antorcha de Himenéo
Y el tálamo nupcial, quizás podría
Por solo Eneas cometer tal crimen.

«Desde la infausta muerte de mi esposo
Siquéo, profanados los Penates
Por fratricida mano.... te lo juro,
Tan sólo este varon, hermana mía,
Interesar mi alma consiguiera,
Haciendo vacilar mi firme pecho.
Siento la llama del amor antiguo;
Mas ábranse primero las entrañas
Para mí de la tierra; ó poderoso
Jove me lance con su ardiente rayo
Del hondo averno á las obscuras sombras
Y á la noche sin fin, antes que pueda

Biblioteca Nacional de España

Ofenderte, oh Pudor, y tus derechos
Y leyes quebrantar. Aquél que en lazos
Se unió primero del amor conmigo
Se llevó mis amores: que él los guarde,
Y conserve consigo en el sepulcro.»—

Dice, y su seno en lágrimas inunda:
Y —«¡Oh hermana, le responde, más querida
Para mí que la luz de la existencia!
¿Y ha de agostarse en soledad tan triste
Tu juventud? ¿Ni gozarás los dones
De Venus, y el placer de dulces hijos?
¿Piensas que á las cenizas y los manes
Les inquieta tu afán? Bien: ni en la Libia,
Ni antes en Tiro domeñar tu pecho
Alcanzara jamás varón alguno:
Á Yarbas despreciaste, y los ilustres
Caudillos, que alimenta en sus regiones
Rica en victorias la africana tierra.
¿Y con el grato amor también acaso
Osarás combatir?—¿Quizás ignoras
En cuál comarca el reino estableciste?
De un lado las getúlicas legiones,
En la guerra invencibles, nos rodean:
Los númidas allí, gente indomable,
Y la Sirte crüel. Del otro lado
La región abrasada del desierto,
Y los Bárceos furiosos. ¿Y qué guerras
No se alzarán de la ciudad de Tiro,
Cumpliendo Pigmalión sus amenazas!

Biblioteca Nacional de España

Los auspicios sin duda de los dioses
Y la sagrada protección de Juno,
Del viento á los impulsos dirigieron
Las naves de Ilión á nuestras costas.
»¡Cuál verás florecer, hermana mia,
Esta ciudad, y cómo engrandecerse
Con tales bodas tu naciente reino!
¡Cuántas hazañas alzarán la gloria
De los fenicios por las armas teucras!
Pide á los dioses su favor; ofrece
Sacrificio agradable; estrecha el lazo
De amistad con el huésped, y mil causas
Inventa, que demoren su partida.
Ora la tempestad que agita el piélago,
Ya el pluvioso Orión, ó ya las naves
Maltrechas por borrascas soportadas,
Ó el enemigo cielo tormentoso.» —

Á estas palabras el amor yá ardiente
La abrasa más y más; brota en su pecho,
Antes lleno de dudas, la esperanza,
Y se extingue el pudor; y presurosas
Al templo marchan, de los altos dioses
El favor implorando. Sacrifican
Escogidas ovejas, según rito,
Á Céres, que dió leyes á los campos,
Y al padre Baco y al hermoso Febo,
Y á Juno, sobre todo, protectora
Del lazo conyugal. La misma Dido
Radiante de hermosura alza en su diestra

Biblioteca Nacional de España

La copa, y la derrama entre las astas
De cándida novilla; ó ya delante
De los pingües altares suntuosos,
É imágenes sagradas de los dioses
Preséntase, y renueva cada día
Sus dones, y los pechos destrozados
Observa de las víctimas, y atenta
Consulta las entrañas palpitantes.

¡Oh! del augur la ciencia qué mentida!
¿Qué aprovechan los templos, qué los votos
Al alma enamorada? El dulce fuego
Las entrañas en tanto le consume,
Y la secreta llaga abierta vive,
Dentro del corazón. La triste Dido
Abrasada de amor vaga furiosa
Por toda la ciudad: como la incauta
Cierva, que herida en los cretenses bosques
Por el pastor, que la veloz saeta
Sin saberlo le clava, presusora
Las selvas y los montes salva huyendo,
Y la flecha mortal en el costado
Lleva clavada.—Acompañando á Eneas
Ora por las murallas le conduce,
Y le presenta las riquezas tirias
Y la nueva cindad; comienza á hablarle,
Y, cortada la voz, calla de nuevo.
Ora al morir el día, los banquetes
Repite, y otra vez en su locura
Quiere escuchar las míseras desdichas

Biblioteca Nacional de España

De la triste Ilión, y de los labios
Del narrador feliz queda pendiente.
Y luego al retirarse, cuando apaga
Poco á poco su luz la opaca luna
Y las estrellas pálidas muriendo
Invitan al descanso, triste y sola
En su mansión desierta se reclina
En el estrado que ocupara Eneas,
Y aun ausente de allí le vé, y le escucha;
Ó bien á Ascanio, imagen de su padre,
En su regazo estrecha, por si puede
Engañar al amor.... Mas entre tanto
Ni se elevan las torres comenzadas,
Ni en las armas se emplea y ejercita
La juventud, ni puerto y fortaleza
Á la guerra preparan, las gigantes
Obras de construcción interrumpidas,
Y los ingentes muros, y las altas
Máquinas levantadas hasta el cielo.

Cuando de Jove la querida esposa,
La augusta Juno, conoció de Dido
La funesta pasión, que ni aun la fama
Cortar podia su furor insano,
Así á Venus increpa.—«Gloria insigne
Has alcanzado con tu dulce hijo,
Y gran despojo y memorable nombre.
¡Que á una sola mujer vencer lograra
La astucia de dos dioses! Bien conozco
Que tú nuestras murallas has temido

Biblioteca Nacional de España

De la excelsa Cartago recelosa.
¿Y á qué tanto rigor? ¿A qué conduce
Tanto y tanto luchar? ¿Mejor no fuera
Establecer la paz inquebrantable
Con dulces himenéos? Cuanto ansiabas
Has logrado en verdad: consume á Dido
La llama del amor, y hasta los huesos
Penetra y la devora. Hagamos pacto,
Y á este pueblo rijamos de consuno
Con el mismo poder. Dido obedezca
Al frigio esposo, y dénse á mi dominio
Los tirios como dote.» —Entonces Venus
La intención simulada penetrando
De establecer en la africana costa
El itálico reino, así responde.
—«¿Y quién tan loco rechazar podría
Proyecto tal, ó acaso prefiriera
En dura guerra pelear contigo,
Si propicia mirase la fortuna
Tu razonado intento? Mas dudoso
El hado es para mí; ni sé si Jove
Querrá para los tirios y troyanos
Una sola ciudad, ó que se unan
Y asocien ambos pueblos por las bodas.
Á tí su esposa, con tu ruego amante,
Su alto designio investigar te es dado;
Hazlo, oh diosa, y acordes marcharemos.»—
—«Tal mi empeño será, contesta Juno;
Mas oye la razón, escucha cómo
Obrar exige la ocasión presente.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

»Soberbia cacería proyectada
Tienen Dido y Eneas, cuando inunde
El sol mañana con su luz el mundo.
Yo, mientras ellos sus corceles bravos
Aguijan sin cesar, y en torno cercan
La selva con las redes, desde el cielo
Desataré las nubes tenebrosas
En granizos deshechas, y los aires
Conmoveré con truenos. Negra noche
Envolverá la gente dispersada,
Y Dido y el caudillo de los teucros
En una gruta buscarán refugio.
Allí estaré presente; y si me consta
Tu voluntad propicia, en firme lazo
Los uniré de matrimonio estable,
Dándole á Eneas por esposa á Dido:
Tal será su himenéo.»—

Accede al punto
Ante el ardid de Juno sonriendo
La hermosa Citeréa.—Y entre tanto
Del seno de los mares se levanta
La nueva aurora, y al rayar el día
La noble juventud llega brillante,
Y los lazos aprestan y las redes,
Y los recios venablos de anchos filos,
Y con jaurías de exquisito olfato,
Y galopando en rápidos bridones
Los ginetes masilios se presentan.

Biblioteca Nacional de España

Aguardan en las puertas del palacio
Á la Reina los próceres fenicios,
Que goza de su lecho perezosa,
Y enjaezado de púrpura y de oro
Un soberbio corcel, el espumante
Freno tascando.—Espléndida aparece,
Circundada de innúmero cortejo,
Al fin la hermosa Dido, revestida
De clámide sidonia franjeada,
Aljaba de oro, y en dorados nudos
Prendidos los cabellos, y la veste
De refulgente púrpura ceñida
Con áureo broche.—Con el tierno Ascanio
Llegan los frigios, y entre todos luce
Por su apuesto ademán el noble Eneas,
Que une á la comitiva sus ginetes.

Tal como Febo cuando el Janto undoso
Y la Licia invernal abandonando
Á la materna Delos se traslada,
Y los coros renueva; y los driópes,
Los de Creta y pintados agatirsos
Cantan con regocijo ante las aras,
Él de Cinto recorre las colinas
Los flotantes cabellos recogidos
En lazo de oro, y con guirnalda bella
Ceñidos á su frente, y resonando
Las saetas pendientes de los hombros.
No menos arrogante marcha Eneas:
¡Tánta hermosura en su semblante egregio!

Biblioteca Nacional de España

Luego que ascienden á los altos montes
Y á las guaridas y espesuras, saltan
De las peñas trepando por las cimas
Las montaraces cabras. De otra parte
Escuadrones de ciervos se desprenden
De los árduos collados, y atraviesan,
Entre nubes de polvo fugitivos,
Por los campos abiertos. Por el valle
Goza el joven Ascanio, galopando
En brioso alazán; y en la carrera
Ya adelanta á los unos, ya á los otros,
Ansiando ver entre las greyes mansas
Algún terrible jabalí espumante,
Ó algún rojo león bajar furioso.
Empieza en tanto el cielo á conmoverse
Con grandes truenos, ruge la tormenta
Arrojando granizos, y los tirios,
Los troyanos y el nieto de la diosa,
Acá y allá dlspersos por el miedo,
Buscan techo y abrigo por los campos,
Y ruedan por los montes los torrentes.

Llegan Dido y el Jefe de los teucros
A la misma espelunca. Allí la tierra
Hace señal primero, y luego Juno
De las sagradas nupcias protectora;
Enciende sus antorchas fulgurantes
El éter sabedor del Himenéo,
Y ulularon las ninfas en las cumbres.
¡De muerte y destrucción primero día,

Biblioteca Nacional de España

Causa primera de funestos males!
Ni la fealdad del crimen, ni la fama
Á Dido turban, ni el amor furtivo
Hora le inquieta yá, que con el nombre
De nupcias cubre su tremenda culpa.

Vuela al punto la Fama por las grandes
Ciudades libias; la ligera Fama,
El más rápido mal que hay bajo el cielo;
Le da vigor el movimiento mismo
Y en fuerzas crece cuanto más camina;
Tímida cuando empieza, mas á poco
Levántase soberbia por los aires;
Se arrastra humilde por la tierra, y presto
Esconde su cabeza entre las nubes;
La madre tierra la enjendró indignada
Del furor de los dioses, la postrera
Hermana fué de Encélado y de Ceo.
Monstruo descomunal, horrendo monstruo,
De piés ligeros, y veloces alas,
Bajo las plumas, que su cuerpo cubren,
Otros tantos oculta abiertos ojos,
Locuaces lenguas y parleras bocas
Y orejas aguzadas; con rüido
Recorre el ancho cielo por las noches
Y la tierra sombría, y nunca cierra
Sus despiertas pupilas dulce el sueño;
Asiéntase de día vigilante
Sobre altos techos ó encumbradas torres,
Y las grandes ciudades amedrenta

Biblioteca Nacional de España

Nuncio igual de verdades y mentiras.
Noticias mil divulga por los pueblos
Gozosa entonces, y los hechos falsos
De igual manera que los ciertos narra.
Que arribara á la Libia el claro Eneas,
De la troyana estirpe descendiente,
Y que la hermosa Dido se dignaba
Unirse á tal varón, y que encendidos
En torpe llama, y olvidado el reino,
Entrambos el invierno dilatado
En vergonzosos goces consumían.

Esto doquiera la maligna diosa
De labio en labio sin cesar difunde;
Y al rey Yarbas el vuelo dirigiendo,
Con sus palabras en furor le enciende,
Y acrecienta sus iras.—Él nacido
De Júpiter Ammón y la robada
Garamántida ninfa, en sus estados
Cien magníficos templos erigiera,
Y cien altares al excelso Jove,
Y el fuego santo, velador eterno
De los dioses custodio consagrara,
Regando con la sangre de las reses
El pingüe suelo, y las sagradas puertas
Con guirnaldas de flores adornando.
Diz que fuera de sí, y en rabia ardiendo
Por el duro rumor, ante las aras
Y las sacras estátuas de los dioses
Elevando las palmas suplicantes

Biblioteca Nacional de España

Así rogaba:—«Oh Jove Omnipotente,
En cuyo honor la raza mauritana
Liba en festín en lechos tapizados
El néctar de Lenéo: ¿acaso el crimen
Á tus ojos se oculta? Acaso en balde
Temblamos todos cuando el rayo vibras,
Y son vanos los truenos y centellas
Con que aterras el alma? ¡Oh padre Jove!
Esa mujer, que á nuestras costas vino
Errante un dia, y en comprado suelo
Su pequeña ciudad edificara,
Á quien cedimos campos y riberas
Estableciendo pactos, nuestras bodas
Ingrata rechazó, y hora en su reino
Recibe al teucro Eneas como esposo.
Y ese Páris, de grey afeminada
Doquiera cortejado, y que orna y ciñe
Su barba y perfumada cabellera
Con mitra lidia, de su bien robado
Goza procaz. Y yo que sacrificios
En tus aras ofrezco, alcanzo sólo
El nombre vano que la fama otorga.»—

Oye el augusto Jove las plegarias,
Que asido á los altares le dirige;
Y á las regias murallas de Cartago
La vista torna, y á los dos amantes,
Que su propio decoro despreciaban,
Y así á Mercurio sus designios dicta.
—«Llama, hijo, á los céfiros, le dice,

Biblioteca Nacional de España

En sus alas desciende, y al caudillo
Dárdano increpa, que en Cartago mora,
Y olvida las ciudades, que piadosos
Los hados le conceden. Lleva presto
Por las rápidas auras mis mandatos.
No tal lo prometió su hermosa madre,
Ni para esto de las armas griegas
Dos veces le salvó; mas ofrecióme
Que jefe digno de la teucra estirpe,
Á la guerrera Italia regiría,
Madre futura de potentes reinos,
Sometiendo á su ley el orbe todo:
Si ni la gloria de venturas tantas
Su pecho enciende, ni labrar procura
Él mismo su grandeza, ¿á su hijo Ascanio
Ha de privar de la ciudad de Roma?
¿Qué proyecta insensato? ¿Qué esperanza
Entre gente enemiga le detiene?
¿La descendencia ausonia no contempla
Y los campos lavinos? Parte, y dile
Que se haga al mar: sé tú mi mensajero.» —

Dijo, y se apresta á obedecer Mercurio
Las órdenes del Padre Omnipotente:
Calza primero los talares de oro,
Que con sus alas igualando al viento
Sobre la tierra y mares le conducen;
La vara empuña con la cual del Báratro
Saca las almas pálidas, ó al triste
Tártaro las arroja; dá los sueños,

Biblioteca Nacional de España

Ó los quita á placer; y abre piadoso
Los ojos yertos, que cerró la muerte;
Corta los aires apoyado en ella,
Y las revueltas nubes procelosas,
Y yá volando, la eminente cumbre
Divisa, y las laderas escarpadas
Del poderoso Atlante, que sostiene
Con su vértice el cielo: del Atlante;
Ceñida su penífera cabeza
Siempre de negra bruma, y combatida
Del viento y tempestad; su espalda cubre
Manto de nieve, y ríos caudalosos
Se precipitan de su vieja barba,
Rigida siempre por glaciales fríos.

Aquí Mercurio descansó, batiendo
Las alas por igual; luego lanzóse
Desplomando su cuerpo hacia las aguas.
Cual el ave que en torno á las riberas,
Y á las rocas en peces abundantes,
Vuela rasando las marinas ondas,
Entre el cielo y la tierra así volaba,
Del abuelo materno desprendido,
El dios Cilenio, que los aires surca
Y la arenosa playa de la Libia;
Mas cuando toca con los piés alados
Las rústicas cabañas, mira á Eneas
Que alcázares levanta, y que los techos
Reedifica doquier: espada ciñe
De pórfidos brillantes esmaltada

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Á su costado, y de sus hombros pende
Clámide tiria de encendida púrpura,
Precioso dón, que la opulenta Dido
Labrara en tela recamada de oro.
Llega veloz al príncipe, y le dice:
—«¿Conque asientas ahora los cimientos
De Cartago, cual siervo de una esposa,
Y soberbia ciudad aquí edificas,
De tu reino y deberes olvidado?
El mismo Rey de los eternos dioses,
Que cielo y tierra en su poder dirige,
Del luminoso Olimpo á tí me envía;
Él traerte me ordena sus mandatos
Por las auras veloces. ¿Qué proyectas?
¿Con qué esperanza tan precioso tiempo
Pierdes hora en la Libia? Si la gloria
De futuras grandezas no te mueven,
Si no trabajas tú por tu honra misma,
Mira á Ascanio crecer; mira el destino
De tu heredero Julo, á quien se debe
La romana región, de Italia el reino.»—

Habla Cilenio así; mientras decía,
La apariencia mortal abandonando,
Á los humanos ojos desparece,
Desvanecido entre las ténues auras.
Á tal visión estupefacto Eneas
Enmudece, se erizan sus cabellos,
Y se anuda la voz en su garganta;
En ansias arde de emprender la fuga,

Biblioteca Nacional de España

Y abandonar tan deliciosas tierras,
Por los altos decretos aterrado.
—¿Qué hará infeliz? ¿Con qué valor ahora,
Con qué rodeos á la reina amante
Sus cuitas expondrá? ¿Con qué palabras
Dará comienzo?—Y en contrarios rumbos
Su espíritu se agita arrebatado,
Mil planes indeciso revolviendo,
Y así en sus dudas proceder resuelve.
Llama entonces al férvido Cloanto,
Á Mnesteo y Sergesto, y que la flota
En secreto aparejen les ordena;
En la playa reunir los compañeros,
Las armas preparar, y sigilosos
De aquella novedad callar la causa.
Él á su vez cuando la noble Dido,
Ignorándolo todo, ni aun recela
El fin de tanto amor, con hábil modo
Para esta empresa buscará los medios,
Y para hablarle la ocasión propicia.
Y obedecen alegres el mandato,
Y sus órdenes cumplen diligentes.

Mas presiente la reina los ardides,
¿Y quién puede engañar á un pecho amante?
Conoce la primera las futuras
Desgracias, y cual ciertas la estremecen;
La misma Fama le refiere impía,
Su delirio aumentando, que las naves
Armando están, y que á marchar se aprestan:

Biblioteca Nacional de España

Fuera entonces de sí corre furiosa
Por toda la ciudad, cual la Bacante
Que en la trienal orgía se arrebata,
Al moverse del dios el simulacro,
Y al invocar á Baco se enfurece
Del Citerón en el clamor nocturno.
Halla á Eneas al fin, y así le increpa.
—«¿Y tanto crimen ocultar pensabas,
Oh pérfido, dejando mis estados
Por vil sorpresa? ¿Ni mi amor eterno,
Ni la fé prometida, ni la horrible
Muerte crüel, que acabará con Dido,
Te pueden contener? ¿Y armar la flota
En el invierno tu crueldad intenta,
Y acelerar la fuga por los mares
En medio de los fieros aquilones?
Y si existiera aún la antigua Troya,
Á lo menos á Troya marcharías,
Por el undoso piélago en tus naves,
Y no á extrañas regiones ignoradas,
Y á ciudades de tí desconocidas.

»¿Huyes tal vez de mí? Por este llanto,
Por la fé que tu diestra me jurara,
Yá que nada de mí triste me resta,
Por nuestra unión y comenzadas bodas,
Si algo de tí merezco, si algo mío
Dulce fué para tí, ¡oh! yo te ruego
Que tengas compasión de la rüina
De este mi reino: si lugar aun queda

Biblioteca Nacional de España

Á las ardientes súplicas, que dejes
Tu funesto propósito te pido.
Por tí los pueblos todos de la Libia,
Y los tiranos númidas me odian;
Los tirios se levantan. Por tí solo
Perdí el pudor y mi primera fama,
Qne remontó mi gloria hasta los cielos.
¿Á quién me entregas á morir, oh huesped,
Que este nombre me queda de un esposo?
¿Qué espero yá? ¿que Pigmalión mi hermano
Destruya mi ciudad? ¿Ó que cautiva
El rey gétulo Yarbas me conduzca?
Si al partir á lo menos me quedara
Alguna descendencia... si tuviese
Á mi lado jugando en mi palacio
Algún pequeño Eneas, que en su rostro
Te recordara á tí... no abandonada,
Ni cautiva del todo me creyera.»—

Dijo: y Eneas con la vista inmóvil
Por la orden de Júpiter, reprime
Dentro del pecho su mortal cuidado,
Y así responde al fin.—«Jamás, oh Reina,
Las mercedes innúmeras, que narras,
Podré negar... ni me será molesto
Acordarme de Elisa, mientras pueda
Acordarme de mí, mientras que rija
Mi espíritu estos miembros; mas ahora
Poco habré de decir. Nunca esta marcha
Ocultarte pensé con dolo impío:

Biblioteca Nacional de España

No te engañes; ni nunca como esposo
Pretendí el himenéo, ni á tus costas
Vine para pactar nupciales lazos.
Si los dioses vivir me permitiesen
Por mi propio querer, y mis destinos
Según mi arbitrio dirigir, entonces
Antes de todo á la ciudad de Troya,
Y á las dulces reliquias de los míos
Culto prestara, y el palacio augusto
De Príamo existiera, y con mis manos
Hiciera renacer de sus rüinas
Á Pérgamo en favor de los vencidos.
Mas á la grande Italia el gríneo Apolo
Dirigir nuestro rumbo nos ordena;
Á Italia los oráculos de Licia:
Es este nuestro amor, esta la patria.
Si á tí que eres fenicia te retienen
Los muros de Cartago, y la hermosura
De líbica ciudad, ¿á qué envidiarles
Á los troyanos que en la tierra ausonia
Se establezcan? Tambien para nosotros
Es lícito buscar reinos extraños.

»Cuando la noche con sus negras sombras
La tierra cubre, y en el alto cielo
Las ardientes estrellas se levantan,
Del padre Anquises la irritada imagen
Me reprende entre sueños y me aterra;
Y me atormenta Ascanio, y la injusticia
Contra mi tierno y adorado hijo,

Biblioteca Nacional de España

Á quien le robo de la Hesperia el reino,
La región que los hados le conceden.
También ahora el nuncio de los dioses
Enviado por Júpiter me trajo
En las rápidas auras sus preceptos.
Por la vida de entrambos te lo juro:
Yo ví al Dios entre lumbre esplendorosa,
Yo le ví las murallas penetrando,
Y su voz escucharon mis oidos.
Ni á tí ni á mí tus quejas atormenten;
No por mi voluntad busco la Italia.»—

Con ánimo mirábale contrario,
Mientras hablaba, Dido, revolviendo
Acá y allá los intranquilos ojos;
Con la vista devórale indignada,
Y así prorrumpe desbordada en ira.
— «Ni fué tu madre, pérfido, una diosa,
Ni Dárdano el autor de tu linaje;
En las duras entrañas de sus peñas
Cáucaso te engendró; tigres de Hircania
Á sus feroces pechos te criaron.
¿Á qué disimular? ¿Mayores males
Puedo acaso temer? ¿Gimió siquiera
Ante mi llanto? ¿Me miró tan sólo?
¿Vertió lágrima alguna enternecido?
¿Compadecióse de la triste amante?
¿Qué mayor prueba de crueldad espero?
Yá ni Juno ni el Padre de los dioses
Miran con justos ojos mis desgracias;
No hay yá fé ni en la tierra ni en el cielo.

Biblioteca Nacional de España

»Del mar á nuestras costas arrojado
Yo pobre le hospedé; con él ¡oh necia!
Partí mi reino; sus deshechas naves
Salvé, y sus compañeros de la muerte.
¡Ay de mí, que las furias me atormentan!
¿Y ahora los oráculos de Licia,
Y el divo Apolo por mi daño auguran?
¿Y el nuncio de los cielos enviado
Por Jove mismo, en las veloces auras
Duros mandatos contra mí conduce?
¿Tal de los altos dioses el empleo?
¿Es este el interés que los inquieta?

»Ni te detengo yá, ni te respondo,
Vete; busca esa Italia por los mares,
Busca esos reinos á favor del aura;
¡Ah! si algo pueden los piadosos númenes,
Yo espero que entre bárbaros escollos
Hallarás el castigo de tu culpa,
Y muchas veces llamarás á Dido.
Yo por doquier con teas enemigas
Te seguiré en la ausencia; y cuando el alma
La helada muerte de mi cuerpo arranque,
Á tus ojos mi sombra vengadora
En todas partes estará presente,
Y expiarás ¡oh malvado! tanto crímen:
Lo oiré á la Fama en el profundo Averno.»—

Calla de pronto, y de dolor transida
Huye de las miradas y se oculta,

Biblioteca Nacional de España

Dejando á Eneas, que al temor vencido
Preparaba entre dudas la respuesta.
Recíbenla sus siervas en los brazos
Desfallecida; á su mamórea estancia
Llévanla, reclinándola en su lecho.
Ansiaba Eneas consolar á Dido,
Su pena mitigar, y su quebranto
Arrancar, si pudiese, con razones,
Gimiendo sin cesar, herida el alma
De inmenso amor; mas de los dioses cumple
Los preceptos, la flota visitando.

Emprenden los troyanos las faenas,
Sacan las altas naves de la playa,
Botan al mar las embreadas quillas,
Y, con el ansia de emprender la fuga,
De rústicos maderos de la selva
Preparan, y de ramas aun frondosas
Los remos y los mástiles: y al punto
Marchar se vieron, y salir de golpe
Por toda la ciudad.—Cual las hormigas
Cuando trasladan el montón de trigo,
Próvidas recordando el crudo invierno,
Y en sus cubiertas trojes los encierran:
Marchan en negra fila por el campo,
Y entre las hierbas por estrecha calle
Trasportan el botin. Arrastran unas
Los gruesos granos con heróico esfuerzo,
Y otras en tanto el escuadrón dirigen,
Á las más perezosas aguijando:
La senda toda del trabajo hierve.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

¡Cuál era tu aflicción, oh triste Dido,
Tales escenas presenciando entónces!
¡Qué gemidos brotaban de tu pecho,
Al comtemplar desde tu excelso alcázar
Hervir por todas partes la ribera,
Y ver el ancho mar ante tus ojos
Por tanto clamoréo conturbado!
¡Á cuánto sacrificio, amor infame,
Á los humanos pechos no sometes!
Ora entrégase al llanto, ya con ruegos
Probar intenta el ánimo de Eneas,
Y rendirle al amor, y nada omite
Antes de sucumbir á inútil muerte.
—«¿No observas de la playa el movimiento,
¡Oh hermana! exclama Dido, y los troyanos
Cuál se aceleran, y en tropel concurren?
Invitan yá las lonas á las auras,
Y los nautas alegres en las popas
Coronas colocaron.—Si he podido
Tal dolor esperar, hermana mia,
Soportarlo podré; tú sin embargo
Otorga este favor á mi infortunio.

«Yá que el pérfido á tí fiaba sola
Sus íntimos secretos por cariño,
Y sola tú de su alma conociste
La entrada fácil y ocasión propicia,
Vé al soberbio enemigo, tú, mi hermana,
Y háblale suplicante.—Que yo nunca
En Áulide juré con los helenos

Biblioteca Nacional de España

La destrucción de la troyana gente,
Ni á Pérgamo envié contraria flota,
Ni removí los manes y cenizas
Del padre Anquises. ¡Ah! ¿porqué rehusa
Dar sus duros oídos á mis ruegos?
¿Adónde en su furor se precipita?
Que condolido de la triste amante
Este favor postrero le conceda:
Próspero viento espere y fácil fuga;
Yá no reclamo el matrimonio antiguo,
Que el pérfido violó, ni que se prive
Del Lacio hermoso, ni su reino pierda.
Espacio breve pido, tregua y calma
Á este furor, hasta poder por suerte,
Al tormento vencida, acostumbrarme.
Esta postrera gracia te suplico:
Tén de tu hermana compasión; y cuando
Yá favor tan inmenso me concedas,
Lo olvidaré tan sólo con la muerte.»—

Tal suplicaba, y sus amargos ruegos
Lleva, y refire su afligida hermana;
Mas no conmueve á Eneas llanto alguno,
Ni voz alguna bondadoso escucha;
Que lo impiden los hados, y el dios mismo
Obstruye sus oidos generosos.
—Como la vieja encina poderosa
Por los alpinos vientos azotada,
Que acá y allá con ímpetu soplando
Por arrancarla luchan á porfía:

Biblioteca Nacional de España

Suena el fragor, y sacudido el tronco,
Cúbrese con las hojas la ancha tierra;
Mas, á la roca asida , cuanto al cielo
Levanta su alta copa por los aires,
Tanto al abismo su raíz extiende.
Tal el Héroe troyano combatido
Una vez y otra por constantes ruegos,
Siente en su noble pecho la amargura;
Mas su mente inmutable permanece,
Llanto inútil vertiendo.

Dido entonces
La muerte con terror pide á los hados;
Tedio le infunde hasta la luz del cielo;
Para insistir en despreciar la vida,
Ve en los altares do el incienso huméa,
Al ofrecer los dones ¡caso horrible!
Ennegrecerse los licores sacros,
Y convertirse el vino en sangre impura.
Á nadie tal prodigio refiriera,
Ni aun á su misma hermana. Y en el templo
De mármol en su alcázar erigido
Á su primer esposo, á quien rendía
Honores admirables, adornado
Con blancos velos y hojas en guirnalda,
Oir le pareció en la noche oscura,
Llamándola, las voces de su esposo.
Y muchas veces el funesto canto,
Oyó en los techos del siniestro buho,
Y su voz como llanto prolongarse.

Biblioteca Nacional de España

Y la aterran tambien las predicciones
De los antiguos vates repitiendo
Terrible vaticinio. El mismo Eneas
La atormenta feroz en su locura
Entre sueños. Y siempre verse sola,
Y siempre recorrer largas distancias
Sin comitiva alguna se imagina,
Y en desiorta región buscar sus tirios.
Tal vé de las Euménides Pentéo
Las huestes, y dos Tebas y dos soles;
Tal Orestes agítase en la escena,
Y huye la sombra de su madre armada
De teas y serpientes, y del templo
Que custodian las furias vengadoras.

Luego que Dido á la aflicción rendida,
Al poder de las furias se somete,
Y resuelve morir, el tiempo estudia
Consigo misma y la ocasión y el modo:
Habla á su triste hermana; en el semblante
Su propósito encubre, simulando
En la serena frente la esperanza.
—«Felicítame, pues, hermana mía;
Yá encontré, dice, el medio poderoso
De que vuelva á ser mío, ó de librarme
Para siempre de él.—En los confines
Del Oceano, donde el sol se oculta,
De los etiopes la región se extiende,
Do el gigantesco Atlante con sus hombros
Sostiene el alto cielo, de brillantes

Biblioteca Nacional de España

Estrellas tachonado. De allí vino,
Presentándose á mí, potente maga
De masilia nación, que los jardines
Guardó de las Hespérides y el templo,
Y las sagradas ramas en el árbol,
Y al dragón vigilante alimentaba,
Mezclando dulce miel y adormidera.
Ella los pechos libertar promete
Del amor, ó infundirles sus cuidados,
Al poder de conjuros; en los ríos
Hace parar las aguas, y en el cielo
Retroceder los astros en su curso,
Y levantarse á los nocturnos manes;
La tierra oirás mugir bajo sus plantas,
Y de los montes bajarán los olmos.

«Te juro, cara hermana, por los dioses,
Por tí lo juro, y por tu dulce vida,
Que á mi pesar al fin estoy dispuesta
Á las mágicas artes. Tú en secreto
Alza en el interior al aura libre
Una pira, y la espada que el impío
Dejó colgada, y los vestidos todos,
Y el tálamo nupcial, que en mi desgracia
Mi ruina fué, sobre ella los coloca.
Place extinguir el último recuerdo
Del nefando varón, y así lo ordena
La maga profetisa.»—Dijo, y baña
La palidez su rostro: y Ana en tanto
No piensa que fatal designio oculte

Biblioteca Nacional de España

Su hermana con las nuevas ceremonias,
Ni tal furor sospecha en aquel alma,
Ni teme mayor daño, que en la muerte
Funesta de Siquéo: y lo ordenado
Prepara presurosa.

Mas la Reina,
Yá erigida la pira con ramage
De pino y roble en interior recinto
Al cielo abierto, adorna con guirnaldas
Los muros y con fúnebres coronas;
Los vestidos coloca sobre el lecho,
Y la espada y la efigie del impío,
Yá convencida de su triste suerte.
Altares hay en torno: y desplegando
Su labio al fin la fiel sacerdotisa,
Suelto el cabello, con clamor tonante,
Treseientos dioses inspirada invoca;
Al Caos, á Erebo, y Hécate triforme,
Diosa de triple faz, virgen Diana:
Y derrama también agua ficticia
Del lago del Averno; y tallos mezcla
Cortados antes con segur de cobre
Al rayo de la luna, y saturados
De jugo venenoso; y de la frente
Arrancado del potro el hipomanes
De su madre delicia.—Dido entonces,
Desceñida la veste, el pié desnudo,
La harina y sal ante el altar presenta
Con sus manos piadosas, por testigos

Biblioteca Nacional de España

Invocando á los dioses y los astros
De su hado fatal conocedores.
Y á aquél numen dirige su plegaria,
Si hay alguno, que próvido y severo
Valga al amante que en su fé es burlado.

Era la noche, y por el ancho mundo
Al apacible sueño se entregaban
Los fatigados cuerpos, y las selvas
Y los soberbios mares al descanso;
Las estrellas en medio de su curso,
Y en profundo silencio el campo todo;
Las duras bestias y pintadas aves,
Los que habitan las líquidas lagunas
Y en los zarzales ásperos del monte,
En la tranquila noche silenciosa
Con dulce sueño sus pesares templan,
Del corazón las cuitas olvidadas.
Mas no descansa el ánimo agitado
De la infelice Dido; nunca el sueño
Cierra sus ojos, ni la noche calma
De su pecho el dolor; sus ansias crecen,
Y la arrebata el fuego de la ira.
Insiste pues, y en estos pensamientos
Revuélvese su mente.—«Conque ahora
¿Qué rumbo seguiré? ¿Tornaré acaso
De nuevo á mis antiguos amadores,
Para ser por los mismos desdeñada?
¿Pretenderé las bodas suplicante
De los númidas, yo, que tantas veces

Biblioteca Nacional de España

No me digné admitirlos por esposos?
—¿Ó seguiré las iliácas naves
Al poder espirante de los teucros?
¡A fé que es grato recibir favores
De los antes por mí favorecidos,
De los que así conservan en sus almas
Las gracias recibidas!—¿Y quién de ellos
Consentirlo podrá, aunque yo quisiera,
Y despreciada en sus soberbias naves
Acogerme querrá?—¿Quizás ignoras,
Ni sientes, desgraciada, los perjurios
De la familia infiel de Laomedonte?
—¿Qué pues? ¿Iré yo sola acompañando
A los nautas triunfantes?—¿O cercada
De tirios, y mi ejército potente
Contra ellos marcharé?—Mas ¿cómo ordeno
Otra vez navegar, y lanzo al ponto
A los que apenas de su patria Tiro
Pude arrancar?—Morir más bien mereces:
Extingue tu dolor con el acero.
—Tú, hermana, por mis lágrimas vencida,
Tú con tan duros males la primera
Mi amante corazón así oprimiste,
Y al crüel enemigo me entregaste.
—¿Y no debiera yo libre de bodas,
Pasar la vida al modo de las fieras,
Libre también de tan funestos daños?
—¡No he guardado la fé que á las cenizas
Prometí de Siquéo!»—En quejas tales
Su corazón deshecho prorrumpía.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Eneas en tanto sobre la alta popa,
Cierto yá de partir, todo aprestado,
Entrégase al reposo. Y entre sueños
La imágen otra vez se le aparece
Del dios Mercurio, con igual semblante,
La misma voz y rubia cabellera,
Y el color y los miembros juveniles,
Y así de nuevo sus mandatos dicta.
—«¿Puedes al sueño darte, hijo de Venus,
En la ocasión presente? ¿No conoces
Los próximos peligros que te cercan?
¿Ni oyes soplar los céfiros propicios?
Ella maquina miserables dolos
Y maldades injustas en su pecho
Segura de su muerte, y la devora
El fuego de la ira: parte al punto,
Aléjate veloz hora que puedes;
Pronto vieras turbados estos mares
Por naves enemigas, y brillando
Con el fulgor siniestro de las teas,
Si te alumbrase aquí la nueva aurora.
Álzate, pues, y parte sin tardanza:
¡Que es un sér la mujer siempre mudable!»—
Dice, y desaparece confundido
Entre las negras sombras de la noche.

Por la visión entonces aterrado
Sacude Eneas el sueño, y á los nautas
Férvido increpa.—«Despertad veloces,
Los bancos ocupad, varones fuertes,

Biblioteca Nacional de España

Y desplegad ligeros el velamen.
Un dios bajado desde el alto cielo,
De nuevo manda acelerar la fuga,
Y cortar las maromas.»—«¡Oh dios santo,
Cualquiera que tú seas! obedientes
Tus preceptos cumplimos y gustosos;
Ayúdanos benigno, y las estrellas
En el cielo dirígelas propicias.»—
Dice, y desnuda su brillante acero,
Y corta las amarras con su filo.
Igual ardor abrasa á los troyanos;
Precipitados corren, y la playa
Dejan al fin; debajo de las velas
Desparece la mar; y en rudo esfuerzo
La espuma cortan, y las ondas rompen.

Yá la naciente aurora abandonando
El lecho de Tritón, por la ancha tierra
Sus nuevos resplandores esparcía;
Y la primera luz de la alborada
De su atalaya ve la triste Dido,
Y la armada partir con fácil viento.
Y mira yá desiertas las orillas
Y el puerto sin remeros; y mil veces
Hiere el hermoso pecho con su mano,
Y mesa su dorada cabellera.
—«¡Oh Júpiter! exclama: ¿ese extranjero
Ha de partir, sirviéndole de escarnio
Nuestro reino? ¿Cartago poderosa
No los perseguirá con fuertes armas,

Biblioteca Nacional de España

Ni arrojará á las aguas nuestras naves?
Id, encended veloces vuestras teas,
Las velas desatad, batid los remos.
—¿Qué digo? ¿dó me encuentro? ¿qué locura
Turba mi mente así?—¡Dido infelice!
Hora los fieros hados te atormentan;
Tiempo fué cuando el cetro le entregabas.
—¿Tál la fidelidad y el juramento
De aquél que dicen que salvó consigo
A los penates, y á su padre Anquises,
Rendido por la edad, sobre sus hombros?
—¿No pude yo despedazar su cuerpo,
Y esparcirlo en las ondas?—¿Y no pude
A sus socios matar y al mismo Ascanio
Al filo de la espada, y ofrecerlo
Por manjar en la mesa de su padre?
¡Fuera tal vez el éxito dudoso!
Mas resuelta á morir, ¿á quién temía?
—Hubiera yo en sus naves arrojado
Las incendiarias teas, y su flota
Abrasado entre llamas; y extinguido
Al hijo, al padre y á la raza entera,
Muriendo yo tras ellos desperada.

»¡Oh sol, que con tus luces examinas
Las obras todas por el ancho mundo;
Y tú, Juno, sapiente consejera
De las sagradas nupcias; y tú, Hécate,
En las nocturnas fiestas aclamada;
Y vosotras, oh furias vengadoras;

Biblioteca Nacional de España

Excelsos dioses de mi fin testigos;
Ved: y el castigo dad á las maldades,
Y mis preces oíd.—Si está resuelto
Por voluntad de Jove, que el impío
A las tierras y puerto deseado
Arribe al fin con término felice,
Haced que perseguido por las armas
De un pueblo audaz en sanguinaria guerra,
De los patrios confines arrojado,
Y de los brazos de su dulce Julo,
Auxilio implore inútil, y presencie
Las muertes de los suyos vergonzosas;
Y á las inicuas leyes sometido
De ignominiosa paz..... que no disfrute
Su reino, ni la luz de la existencia;
Mas perezca con muerte prematura,
Y que en la arena al fin yazga insepulto.
Esto pido, y mi súplica postrera
Exhalo, y sello con mi sangre.—¡Oh tirios!
Con odio eterno perseguid su estirpe,
Y su raza futura.—Tal tributo
Rendid á mis despojos. Que ese pueblo
No halle amor en vosotros ni alianza.
»Álzate, vengador de mis cenizas,
Y en tu furor á las colonias teucras
Extingue con la espada y con el fuego,
Siempre y doquiera que sus fuerzas muestren.
Nuestras costas contrarias á sus costas;
A sus mares contrarios nuestros mares;
De sus armas las nuestras enemigas;

Biblioteca Nacional de España

Y luchen con sus nietos nuestros nietos.»—
Así dice: y revuélvese agitada
Por todas partes su confusa mente,
Ansiando yá perder la odiosa vida.

Habla á Barcen, nodriza de Siquéo,
Que la suya deshecha en negro polvo
En su patria quedó, y así le ruega.
—«Haz, amada nodriza, que mi hermana
Venga aquí, que su cuerpo purifique
Con clara linfa de corriente río;
Las víctimas sagradas expiatorias
Consigo traiga; y tú ciñe entre tanto
Con las piadosas ínfulas tu frente.
Que pienso consumar el sacrificio
Al rey de la onda estigia preparado,
Y fin poner á mis desgracias todas,
Y entregar á las llamas esta pira
Con las prendas del pérfido caudillo.»—
Dijo la Reina: con senil esfuerzo
El paso aceleraba la nodriza.

Mas aterrada Dido y temblorosa
Ante el horrible comenzado intento,
Los ojos revolviendo ensangrentados,
Por el horror manchadas las mejillas,
Pálida ante la muerte yá cercana,
Al centro del palacio se dirige;
Sube furiosa á la elevada pira,
Y allí el acero dárdano desnuda,

Biblioteca Nacional de España

No para tal destino fabricado.
Y cuando ve las iliacas vestes
Y el conocido tálamo, un momento
Pensativa detiénese y llorosa;
Y al fin sobre aquel lecho reclinada
Estas palabras últimas pronuncia.
—«Dulces reliquias cuando Dios y el hado
Así lo permitieron, esta vida
Recibid, y libradme de estos males.
He vivido, y el curso, que la suerte
Trazara á mi existencia, consumado;
Ahora pasará mi augusta imagen
Al hondo Averno.—Yo ciudad preclara
Edifiqué, y alzados ví sus muros;
Vengué á mi esposo y castigué á mi hermano.
—»¡Ah! feliz en verdad, asáz felice,
Si jamás de los teucros los bajeles
A nuestras costas arribado hubieran.»—

Dijo, y besando el lecho así prosigue.
—«¿Moriré no vengada?—Mas muramos:
Conviene así pasar al negro abismo.
Que estas llamas devore con sus ojos
Desde alta mar el pérfido troyano,
E impresa lleve la crüel desgracia
De mi muerte fatal.»—Dice, y al punto
Atravesada por el duro acero
La ven caer sus fieles servidores,
Bañadas viendo en espumosa sangre
Las manos y la espada.—Los sollozos

Biblioteca Nacional de España

El alto alcázar llenan; presurosa
Por la triste ciudad la fama corre;
Los hogares repiten los gemidos,
Y llantos de mujeres, y en los aires
Resuenan los clamores luctuosos.
Cual si la antigua Tiro, ó si Cartago
En rüinas deshechas sucumbiesen
A enemigo poder, ó si las llamas
Los palacios furiosas abrasasen,
Y los sagrados templos de los dioses.

Oye el rumor exánime la hermana,
Y al tropel aterrada de las gentes,
Hiriendo el rostro y golpeando el pecho,
Rompe por la apiñada muchedumbre,
Y á la espirante por su nombre llama.
—«¿Todo para este fin, hermana mía?
¿Tal me engañabas? ¿Tan horrendo daño
Esa pira, ese fuego, esos altares
Guardaban para mí?—Y abandonada,
¿Por dónde ahora empezaré mis quejas?
—¿A tu doliente hermana no quisiste
Por compañera de tu horrible muerte?
—Llamárasme á tu lado en tu infortunio,
Y el mismo hierro, y el instante mismo
Hubieran con entrambas acabado.
—¿Levanté con mis manos esa pira,
Y mi voz invocó los patrios dioses,
Para encontrarme ausente en tu desgracia?
Tú con tu infausta muerte has extinguido

Biblioteca Nacional de España

A tu hermana, á tu pueblo, á los Sidonios
Excelsos padres y á tu gran Cartago.
—Dadme, y con agua lavaré su herida;
Y si áun le resta el postrimer aliento,
Recójanlo mis labios.»—Tal exclama:
Las altas gradas sube, y estrechando
A la expirante hermana contra el seno,
Lanza amargos gemidos, y la sangre
Enjuga con su veste.—

Dido en tanto
Alzar procura los cargados ojos,
Y le faltan las fuerzas; en su pecho
Resuella sin cesar la abierta herida.
En el codo apoyándose tres veces
Levantóse; tres veces desplomada
Sobre el lecho cayó. Buscó en lo alto
La luz del cielo con errantes ojos,
Y gimió con pesar al encontrarla.
Compadecida la potente Juno
De tanto afán y muerte laboriosa,
Á Iris manda desde el alto Olimpo,
Que rompa el lazo, que á los miembros une
El alma luchadora.—No muriendo
Por decreto del hado, ni de muerte
Merecida; mas sólo arrebatada
De súbito furor, víctima triste
Con prematuro fin, ni Proserpina
El dorado cabello habia cortado,
Ni condenado al Orco su cabeza.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Vuela bañada en gotas de rocío,
Y en torrentes de luz Iris radiante
Con sus alas de oro por el cielo;
Y por el sol herida, mil colores
Difunde en torno.—Plácida se posa
Sobre la regia frente; y....—«Yo enviada
Esta ofrenda á Plutón sagrada llevo,
Y del mísero cuerpo te desato.»—
Dice, y corta el cabello con su diestra;
Y se extinguió el calor; y al punto mismo
Se disipó la vida por los aires.

Biblioteca Nacional de España

LIBRO QUINTO

EMPRENDE Eneas con su armada en tanto
La conocida ruta, y yá cortaba
Las negras olas á favor del viento,
Mirando las murallas, do relumbra
La ardiente hoguera de la triste Elisa.
Del incendio voraz la causa ignora;
Mas el dolor por el amor violado
En la mujer amante hasta el delirio,
En los troyanos pechos inspiraba
Fatal presagio.—Luego que las naves
Llegaron á alta mar, sin ver yá tierra,
Mas sólo cielo y el extenso ponto,
Se condensan obscuros nubarrones
Sobre su frente, tras de sí llevando
La ciega noche y tempestad deshecha,
Y el tenebroso piélago horroriza.

Biblioteca Nacional de España

Y Palinuro desde la alta popa,
—«¡Ay! exclama; ¿por qué los cielos ciñen
Tan densas tempestades? ¿Qué previenes
Contra nosotros tú, padre Neptuno?»—
Dice, y las jarcias recoger ordena,
Y acudir vigorosos á los remos;
È inclinando los senos de la lona
Del aquilón al soplo, tal prorrumpe:
—«¡Oh magnánimo Eneas, aunque Jove
Así lo ofrezca, con borrascas tales
Jamás esperaré llegar á Italia:
Mudados braman los contrarios vientos,
Que surgen del negrísimo Occidente,
Y en torba nube se condensa el aire.
Ni fuertes somos á luchar en contra,
Ni aun podemos marchar; que nos supera
Adversa la fortuna. Mas sigamos
El camino que próvida nos traza.
»No distantes de aquí deben hallarse,
Si no hubo error cuando observé los astros,
De Èrice fiel las fraternales costas
Y puertos de Sicilia.»—Y tal responde
El padre Eneas.—«En verdad há tiempo
Que observo de los austros el constante
Batallar, y tu inútil resistencia:
Tuerce el rumbo á las proras.—¿Hay acaso
Región alguna para mí más grata
Do guarecer las trabajadas naves,
Que aquella tierra, que al dardanio Acestes
Me conserva feliz, y que en su seno

Biblioteca Nacional de España

Del padre Anquises los despojos guarda?»—
Dijo, y al punto al puerto se dirigen;
Hinche la vela el céfiro propicio,
Corta el turgente piélago la flota
Y tocan las arenas conocidas.

Desde la cumbre de elevado monte
Ve á lo lejos Acestes admirado
Llegar á tierra las amigas popas:
Èl, á quien teucra madre y el Crimiso
Engendraron, veloz corre á su encuentro,
Armado con los dardos y las flechas,
Y de imponente piel de osa africana
Revestido.—Viviendo en su memoria
De los antiguos padres el recuerdo,
Se felicita al ver los que regresan
Por el mar fatigados; y gozoso
Con agreste opulencia los recibe,
Y los consuela con amigos dones.

Cuando el claro esplendor del nuevo día
Ahuyentó las estrellas, y en Oriente
Dió la primera luz, convoca Eneas
Desde todos los puntos de la playa
Á los teucros, y así desde un collado
Los exhorta.—«Troyanos generosos,
Raza de la alta sangre de los dioses:
Hoy, corriendo los meses, se completa
El año, desde aquel aciago instante,
En que á la tierra mísera entregamos

Biblioteca Nacional de España

Las amadas reliquias y los huesos
De mi divino Padre, y á su nombre
Los fúnebres altares erigimos.
Hoy es, si no me engaño, el triste día,
Acerbo siempre y siempre venerando:
Que así lo habéis querido, ¡oh sacros dioses!
»Aunque me hallase desterrado ahora
En las Sirtes Getúlicas, ú opreso
En el mar de la Argolia ó en Micenas,
Este voto anual yo rendiría
Y las solemnes funerarias pompas,
Y altares con ofrendas consagrara.
Más venturosos hoy, nos encontramos,
Por consejo, sin duda, de los dioses
Y su augusto poder, ante los huesos
Y sagradas cenizas de mi Padre,
A estos amigos puertos arrojados.
Ea, pues, ofrezcamos sacrificios
Agradables, pidiendo vientos prósperos;
Que propicio mi Padre me conceda
Todos los años los piadosos dones
Presentar en los templos erigidos
A su memoria en la ciudad fundada.

»Acestes generoso, hijo de Troya,
Dos bueyes le regala á cada nave:
Llevad vuestros penates al banquete,
Y los que adora Acestes bondadoso.
Si á los mortales la novena aurora
Ciñendo el orbe todo con sus rayos,

Biblioteca Nacional de España

Limpio y alegre día concediere,
Un certamen naval daré á los teucros.
Y los de ágiles piés en la carrera,
Los en robustas fuerzas poderosos,
Los diestros en lanzar agudos dardos
O voladoras flechas, los que pugnan
De duro cesto armados, lleguen todos,
Y esperen justo premio á la victoria.
—Guardad hora silencio, y vuestras frentes
Con ramos coronad.»—Dice, y de mirto
Ciñe sus sienes: Èlimo le imita
Con el anciano Acestes y su Ascanio,
Y la florida juventud troyana.

Marcha luego al sepulcro entre millares
De teucros en compacta muchedumbre:
Allí dos copas de precioso vino
Libando, según rito, las derrama
Sobre la tierra, y dos de nueva leche,
Y otras dos de la sangre de las víctimas.
Esparce en derredor purpúreas flores,
Y así prorrumpe.—«¡Salve, Padre santo:
Y vosotras, cenizas veneradas,
Hoy en vano devueltas! ¡Salve, oh sombra,
Y alma de mi Padre! El alto cielo
No permitió llegar contigo á Italia,
Ni á los campos que el hado concediera,
Ni á las orillas del ausonio Tíber.»—
Dice, y del fondo del sepulcro sale
Serpiente colosal de siete roscas,

Biblioteca Nacional de España

Que dulcemente el túmulo abrazando,
En redor de las aras se desliza;
Brillan cerúleas manchas en su lomo,
Y dorado fulgor en sus escamas:
Cual resplandece el arco entre las nubes,
Herido por el sol, con mil colores.
Queda Eneas absorto ante el prodigio;
Ella se arrastra con su enorme cuerpo
Entre las copas y ligeros vasos,
Y prueba los manjares, y abandona
Las aras, yá probadas las ofrendas,
Y sin daño causar marcha de nuevo,
Y al fondo del sepulcro se retira.

Con tal visión renueva el sacrificio
En honor de su Padre comenzado,
Dudando si era del lugar el Genio,
O tal vez el ministro de su Padre.
Cinco tiernas ovejas sacrifica
Y cinco cerdos, y de negros lomos
Cinco novillos; y á la par derrama
El vino de las copas, invitando
Al alma augusta del divino Anquises,
Y sus manes salvados de Aqueronte.
Llevan también ofrendas cuantas pueden
Los teucros inundando los altares,
Y becerros inmolan.—Ponen otros
En orden las calderas, y esparcidos
Sobre la blanda yerba, fuego aplican
Al asador tostando las entrañas.

Biblioteca Nacional de España

Llega por fin el día suspirado;
Y en clara lumbre á la novena aurora
Conducen los caballos de Faetonte.
La fama y el poder del grande Acestes
Juntan allí los pueblos comarcanos;
Llenan la playa en plácido concurso,
Ansiando ver los unos á los teucros,
Y dispuestos los otros al certamen.
En el centro del circo se colocan
A la vista los premios ofrecidos:
Verdes coronas, trípodes sagrados,
Y palmas, recompensa á la victoria,
Y las armas, y en púrpura teñidas
Preciosas vestes, y de plata y oro
Multitud de talentos.—De una altura
Pregona la trompeta clamorosa
Los juegos anunciados.

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelectual
SEVILLA

Dan comienzo
Cuatro bajeles al primer certamen
Iguales en poder y en remos fuertes,
Y entre toda la escuadra los mejores.
Con briosos remeros va regida
La veloz nave Priste por Mnestéo,
Que presto fuera habitador de Italia,
Y de la raza de los Memios padre.
La grandiosa Quimera manda Gias,
De ingente mole, que ciudad semeja,
Y que la teucra juventud impele
En tres filas de bancos y de remos.

Biblioteca Nacional de España

Sergesto, de quien nace la familia
Sergia llamada, la Centáuro rige;
Y la Escila Cloantö, que da nombre,
¡Oh romano Cluento! á tu linaje.

Hay una roca en el inmenso ponto
Enfrente y lejos de la hirviente playa,
Que el hinchado oleaje azota y cubre,
Cuando el poniente del invierno helado
Oculta las estrellas. Campo extenso
Se eleva sobre el mar, quietas las ondas;
Grato refugio á las marinas aves.
Allí por meta puso el padre Eneas,
Verde y frondosa encina, desde donde
Partir supiesen y cruzar los nautas
En largos circuitos.—Los lugares
Ocupan por la suerte designados;
Brillan los jefes en las altas popas
De púrpura y de oro revestidos,
Y de coronas de álamo se ciñe
La juventud restante; los desnudos
Hombros en óleo ungidos resplandecen.
Asiéntanse en los bancos, y apoyados
Los brazos en los remos, anhelantes
Esperan la señal con impaciencia;
Los nobles pechos la inquietud agita,
Y el afan ardoroso de la gloria.
Luego que la señal dá la trompeta
Rápidos á la vez arrancan todos:
El náutico clamor el cielo hiere,

Biblioteca Nacional de España

Hierven doquier las espumantes olas
Por los robustos brazos azotadas,
Las aguas hienden á la par con surcos,
Y ábrese el vasto ponto, por los remos
Y el espolón tridente removido.
—No tan veloces el estadío invaden
Cuando se lanzan, de su cárcel libres,
Arrastrados por rápidos corceles
Los carros al certamen. Ni se agita
Así el auriga sacudiendo sueltas
Las riendas sobre el tiro, y encorvado
El ondulante látigo blandiendo;
El valle todo y la extendida playa
Por las voces y vítores resuenan,
Y los collados el clamor repiten.

Parte el primero por las ondas Gias,
Por multitud frenética aclamado:
Sigue Cloanto con mejores remos,
Mas en nave de mole ponderosa,
Que á su pesar tardía le retiene:
Con marcha igual la Priste y la Centáuro
Tras ellas corren, y el lugar primero
Con rudo esfuerzo conseguir procuran:
Y ya avanza la Priste, ya la vence
La gigante Centáuro, ya se igualan
Juntas las proras, y el salobre ponto
En luengo espacio con las quillas surcan.
Yá al escollo se acercan, yá tocaban
La ansiada meta, cuando el noble Gias

Biblioteca Nacional de España

En medio de la mar así á Menetes,
De su nave piloto, increpa á voces.
—«¿Porqué te alejas tanto á la derecha?
Cambia el rumbo hacia acá: sigue la costa;
Que los peñascos de la izquierda orilla
Roce la nave; los demás se engolfen
En alta mar.»—Tal dice; mas temiendo
Menetes los escollos, tuerce raudo
Hacia el undoso piélago la prora.
—«¿Adónde vas con tan diverso rumbo?
Vira otra vez, Menetes, clama Gias;
Vuelve á las rocas.»—Y entre tanto observa
Tras sí á Cloanto, que á vencerle avanza,
Casi ocupando las cercanas ondas.
Hiende á la izquierda entre la misma nave
De Gias y los férvidos peñascos;
Rápido se adelanta, y yá vencida
La meta, ocupa el piélago seguro.

Arde en los huesos del mancebo triste
El dolor y la ira; y no faltaron
Lágrimas en su rostro. Olvida entonces
Su decoro y las vidas de los suyos,
Coge á Menetes y de la alta popa
Le arroja al mar; y al gobernalle acude
Como jefe y piloto de la nave;
Arenga á los remeros, y á las rocas
Tuerce el timón. Menetes entretanto
Sube del seno de la mar devuelto,
Viejo y pesado, y arrojando á chorros

Biblioteca Nacional de España

El agua sus vestidos. A la cima
Del elevado escollo se dirige,
Y en un seco peñón al fin se sienta.
Burlarou de él los teucros cuando al fondo
Del mar cayó, cuando nadar le vieron,
Y devolver el agua por la boca.

Surgió con esto plácida esperanza
De trïunfo en Sergesto y en Mnestéo,
De superar á Gias detenido.
Toma el primer lugar Sergesto entonces,
Y á la roca se acerca: mas no vence
La quilla toda, que al costado mismo
El espelón la acosa de la Priste.
Recorriendo la nave entre los nautas
Así Mnesteo los exhorta:—«Oh teucros,
Por mí cual compañeros elegidos
De la infausta Ilión en la rüina:
Remad, remad briosos; dad ahora
Muestra de aquel valor, de aquellas fuerzas
En las Gétulas sirtes empleadas,
Y en el mar de la Jonia, y en las ondas
Del borrascoso golfo de Maléa.
No pido para mí el lugar primero,
Ni pugno por vencer. ¡Así pudiese....!
—Triunfen aquellos, á quien tú, Neptuno,
Tal concediste.—Por vergüenza nuestra
No seamos, amigos, los postreros;
Esto lograd, varones; tal deshonra
Valientes evitad.»—Reman al punto

Biblioteca Nacional de España

Con esfuerzo supremo; la ferrada
Nave con los empujes se estremece,
Y huye la mar; agítanse los miembros;
Seca la boca el anhelar constante;
Un río de sudor sus cuerpos baña,
Y el suspirado honor les da la suerte.
Pues avanzando con furor Sergesto
Hacia el escollo en peligroso espacio
Entre la Priste y el peñón, su nave
Mísera encalla en las salientes rocas.
Retiemblan los peñascos, y los remos
Al chocar en las piedras estallaron;
Queda suspensa la encallada prora.
Levántanse los nautas con clamores,
Y preparando las ferradas picas
Y las astas agudas, de las aguas
Sacan los rotos remos.
Mas ardiente
Y gozoso Mnestéo ante el fracaso,
Con los veloces ordenados remos,
Y los vientos propicios, raudo hiende
El sosegado mar, y en fácil curso
Por el abierto ponto se desliza.
—Cual la paloma que aterrada sale,
De su morada oculta entre las peñas,
Bate las alas al partir ruidosas
Sobre su dulce nido, y por los campos
Cruza agitada; mas á poco el aire
Rápida corta con tranquilo vuelo
Y apenas mueve las veloces plumas.

Biblioteca Nacional de España

Así Mnestéo, así corta la Priste,
Volando rauda, las postreras ondas,
Llevada sólo por su propio impulso.

Deja á Sergesto, que ardoroso lucha
Contra el escollo y los estrechos vados,
Y en vano pide auxilio, pretendiendo
Surcar las aguas con los remos rotos.
Alcanza luego á Gías, y á la grande
Quimera, la de mole ponderosa,
Que por la falta de piloto cede.
Sólo Cloanto le supera entonces
Cerca yá de la meta. Hacia él arranca
Con nuevos bríos y supremo aliento;
Auméntase el clamor, aplauden todos,
A la victoria con ardor le incitan,
Y resuena el estrépito en los aires,
Claman los unos indignados viendo
Ajado su decoro, ó en peligro
El honor que lograron, y quisieran
Cambiar la vida por la ansiada gloria.
Alienta á otros el feliz suceso:
Pueden vencer, porque vencer anhelan;
Y premio al fin hubieran conseguido,
Igualadas tal vez entrambas proras,
Si Cloanto, tendiendo hacia los mares
Sus manos suplicantes y sus voces,
No hubiera con sus votos y sus preces
El favor invocado de los númenes.
—«Dioses, que con imperio poderoso

Biblioteca Nacional de España

Regís los mares, cuyas aguas surco:
Yo agradecido ofreceré en las aras,
En esta playa misma, un blanco toro
Cual por voto me obligo, y á las ondas
Lanzaré sus entrañas, derramando
Precioso vino al par en los altares.» —

Oyeron las Nereidas en el fondo
Del mar su voz, y el coro de las hijas
De Forco con la virgen Panopéa.
Y el mismo dios Portumno con su mano
La nave impele con potente impulso,
Que más veloz que el Noto y la saeta
Rápida hacia la tierra se dirige,
Y al fin penetra en el profundo puerto.
Entonce Eneas, convocados todos
Por solemne pregón, según costumbre,
Declara vencedor al gran Cloanto,
Y en verde lauro coronó su frente.

Dale á escoger, por premios á las naves,
Tres becerros, y vinos, y de plata
Abundantes talentos. A los Jefes
Tambien regala singulares dones:
Al vencedor, de púrpura escogida
De Melibéa, clámide preciosa,
Con doble fimbria, y recamada en oro.
Resalta en su labor el joven regio
En el Ida frondoso fatigando,
Ardiente y anhelante, con las flechas

Biblioteca Nacional de España

En la carrera á los veloces ciervos,
Que de Jove el ministro con sus garras
Del Ida arranca, y á los cielos sube:
En vano con asombro suplicantes
Tienden á las estrellas ambas manos
Los ancianos custodios, y el ladrido
El aire atruena de furiosos perros.
Al que en su esfuerzo obtuvo vigoroso
El segundo lugar, por premio otorga
Expléndida loriga reforzada
De triple anillo de oro, que en los muros
De la excelsa Ilión, y junto al margen
Del Símois caudaloso, á Demoléo
Arrancó vencedor el mismo Eneas;
Honra y defensa al par en los combates.
Llevarla apenas en los hombros pueden
Segaris y Fegéo los esclavos
Por su recia labor doble y pesada,
Y antes con ella armado Demoléo
Acosaba á los teucros en la fuga.
Dos palanganas de preciado bronce
Son el premio tercero, y ricos vasos
De plata con figuras cinceladas.

Premiados y orgullosos con los dones,
La sien ceñida de purpúreas vendas,
Marchaban todos yá, mientras Sergesto
Con gran trabajo del escollo libre,
Privado de los remos de una banda,
Prueba á mover la deshonrada nave.

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelectual
SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

—Cual la serpiente, á quien ferrada rueda
Coge y aplasta en medio de la via,
O el caminante con peñon pesado
La hiere, y medio muerta la abandona:
Da con su cuerpo repetidas vueltas,
Huyendo en vano; ya, feroz en parte,
Arden sus ojos, y silbidos lanza,
Levantando soberbia el alto cuello;
Mas á la vez doliente por la herida,
Ni en sus anillos anudarse puede,
Ni yá en su grave cuerpo replegarse.
Con tales remos se movía apenas
La tarda nave, mas al fin acuden
A las velas, que henchidas por los vientos,
Al puerto la conducen victoriosa.
Gozoso Eneas por la nave y socios
Del naufragio salvados, una esclava
Da á Sergesto por premio prometido,
Foloe su nombre, natural de Creta,
Que dos gemelos á sus pechos cría,
Y diestra de Minerva en las labores.

Tras el certamen se dirige Eneas
A un verde campo, que la grama alfombra,
Por selvas y collados circuído.
Del valle en medio en forma de teatro
Se extiende un circo, do el troyano jefe
Entre socios innúmeros penetra,
Y ante el noble concurso toma asiento.
Invita allí con recompensa digna

Biblioteca Nacional de España

Los generosos ánimos, que anhelen
Contender en la rápida carrera,
Y los premios propone. Los troyanos
Concurren todos, y á la vez con ellos
Los valientes varones de Sicilia.
Niso el primero, y el robusto joven
Eurídalo, radiante de hermosura,
De Niso amado con honesta llama;
Tras ellos Diores, de la egregia estirpe
De Príamo inmortal, vástago regio;
Y Salio con Patrón, aquel nacido
En Acarnania, y éste de Tegéa.
Siguen después los jóvenes trinacrios
Èlimos y Panopes, cazadores,
De las selvas frecuentes habitantes,
Y del anciano Acestes compañeros;
Y muchos otros que la fama olvida.

Álzase entonces el piadoso Eneas,
Y así les habla:—«Dóciles oidme,
Y alegres atended á mis razones:
Ninguno de vosotros, oh mancebos,
Saldrá sin ser por mí recompensado.
Dos dardos os daré, labor de Creta,
De bien bruñido acero, relucientes,
Y preciada segur de doble filo,
De plata cincelada guarnecida:
Honor que ofrezco por igual á todos.
Otros dones tendrán los tres primeros,
Y verde oliva ceñirá sus frentes.

Biblioteca Nacional de España

El primer vencedor por premio obtenga
Un bridón arrogante enjaezado;
Una aljaba el segundo de amazona,
De saetas provista de la Tracia,
Y de ancho tahalí de oro pendiente,
Que cierra un broche con preciosa piedra;
El tercer vencedor contento marche
Con este yelmo griego.»—

Apenas dijo,
Y ocupan los lugares designados:
Y de repente, la señal oída,
Cual tempestad deshecha, raudos parten
Del señalado límite, y avanzan
En rápida carrera por el circo,
Fija la vista en la distante meta.
Corre el primero Niso, y á lo lejos,
Delante de los otros, más veloce
Que el huracán y el rayo, se distingue:
Trás él va Salio, más á gran distancia;
Euríalo el tercero, aunque mediando
Espacio extenso, y Élimo le sigue;
Y cerca de éste, é igualados casi
Los hombros y los piés, vuela Diores;
Y si campo restara suficiente,
Le venciera tal vez ó le alcanzara.
Fatigados al fin de la carrera,
Yá el término tocaban, cuando Niso
Resbálase en la hierba humedecida
Con sangre de becerros inmolados;

Biblioteca Nacional de España

Y al vacilar el joven generoso,
Yá vencedor en ovación alegre,
La incierta planta asegurar no pudo,
Cayendo al cabo en el inmundo lodo
Y en la sangre sagrada. Mas no olvida
A Euríalo, ni olvida sus amores:
Levántase en la tierra peligrosa,
Y opónese ante Salio, quien al punto
Cayó tendido en la abundante arena.
Salta Euríalo entonces vigoroso,
Y triunfador por gracia del amigo,
Llega el primero, entre ruidosas voces
Y vítores frenéticos volando:
Llega el segundo Elimo; y la tercera
Palma recaba Diores.—Arde en ira
El triste Salio, y el extenso circo
Con sus clamores llena ante el concurso,
Y á la faz de los próceres y jueces,
Pidiendo á voces el honor debido,
Con astucia y con dolo arrebatado.
Mas el favor y el llanto decoroso
Y sus bríos á Euríalo protegen,
Más agradables en su hermoso cuerpo;
Y apóyale Diores con aplausos,
Que en vano el premio conseguido hubiera
En el postrer lugar, si los honores
Se otorgaran á Salio del primero.

A tal demanda les responde Eneas:
—«Mancebos, vuestro premio está seguro,

Biblioteca Nacional de España

Y nadie alterará del triunfo el orden;
Lamentar permitidme la desgracia
Del inocente amigo.»—Y tal diciendo,
De africano león la piel ingente,
De crin pesada y con las garras de oro,
Regala á Salio; mas protesta Niso:
—«Si á los vencidos dás tan grande premio,
Y así los compadeces, padre Eneas,
¿Qué recompensa para Niso guardas?
Yo mereciera la primer corona
Por unánime aplauso, si la suerte
No hubiese sido, cual á Salio, adversa.»—
Y mostraba á la vez de lodo inmundo
Afeados sus miembros y su rostro.
El padre Eneas sonriente mira
Al joven Niso, y entregarle ordena
Rico pavés, que Didimón labrara,
Y del templo arrancado de Neptuno
Por los aquivos: tan preciada joya
Fué del ilustre joven recompensa.

Terminado el certamen, y los premios
Yá con solemne fiesta repartidos,
Dijo Eneas:—«Si alguno de vosotros
Tiene valor y alientos en su pecho,
Salga, y levante las ferradas manos.»—
Dice, y dos premios por la lucha ofrece:
Lucio novillo al vencedor, con cintas
Y oro adornado; y esplendente yelmo
Y una espada, consuelo del vencido.

Biblioteca Nacional de España

Erguido al punto y con vigor mostrando
En la expresión sus colosales fuerzas,
Álzase Dares entre gran murmullo;
Quien solo combatir osó con Páris,
Y á Butes vencedor, de enorme cuerpo,
Que de bebricia estirpe, y de la sangre
Engendrado de Amico se decía,
Cabe el sepulcro del ilustre Héctor,
Hirió de muerte, y moribundo al cabo
Dejó tendido en la rojiza arena.
Tal la cabeza irguiendo ostenta Dares
Sus anchos hombros, y alternando extiende
En recios golpes los robustos brazos,
Azotando los aires. Otro anhelan
Para luchar con él; mas ni uno solo
De la agitada turba numerosa,
Con tal varón á contender se atreve,
Ni las manos ceñir con férreo guante.
Lleno de gozo, pues, y confiado
En superar en el combate á todos,
De pié ante Eneas, sin demora alguna,
Prende del asta con la mano izquierda
A un toro, y así dice:—«Si ninguno
Osa luchar, oh hijo de la diosa,
¿A qué estamos aquí? ¿Por cuánto tiempo
Esperando estaré? Dispón que lleve
Los dones que ofreciste.» —Y los troyanos
Acordes murmuraban, y pedian
Que á tal varón los premios se otorgasen.

Biblioteca Nacional de España

En esto el grave Acestes, que sentado
Hallábase en la hierba junto á Entelo,
Le increpa con ardor.—«¿Y tantos dones
Consentirás paciente que se obtengan
Sin lucha alguna? ¿Tú, que en vano fuíste
Entre los héroes todos el más fuerte?
¿Dónde el dios Erix, á quien tú llamabas
En balde ante nosotros tu maestro?
¿Dónde tu fama por Trinacria toda,
Y los trofeos que en tu casa ostentas?»—
Dice, y responde Entelo:—«Ni me falta
El amor del aplauso, ni la gloria
Huye arrojada por cobarde miedo.
La torpe senectud la sangre hiela,
Y en el cuerpo las fuerzas debilita.
Si, cual en otro tiempo, yo gozara
De la robusta juventud los bríos,
Que el necio Dares con placer ostenta,
Combatiera en verdad; mas no impulsado
Por recompensa, ni el gentil becerro:
Que no me mueven los preciados dones.»—
Dice, y en medio con furor arroja
Los dos férreos cestones ponderosos,
Que usar solía con potente mano,
Y á los brazos ceñir su duro cuero,
Érice valeroso en los combates.

Pasmados todos con horror admiran
Las siete pieles de gigantes toros
Con el hierro y el plomo reforzadas;

Biblioteca Nacional de España

Más que todos se asombra el mismo Dares,
Y el combate rehusa. El noble Eneas
Revuelve acá y allá con mano fuerte
El ferrado volumen ponderoso;
Y así el anciano Entelo exclama al punto:
—«¡Si de Hércules los cestos y las armas
Hubiéseis visto, y el fatal combate
En estas mismas playas acabado...!
Estas armas entonces esgrimía
Érice hermano tuyo; mira en ellas
La sangre, y destrozado su cerebro:
Con ellas peleó contra el robusto
Y valeroso Alcides, y yo mismo
Con ellas combatí cuando la sangre
Más ardiente las fuerzas aumentaba,
Y la envidiosa ancianidad mis sienes
Con el blanco cabello no cubría.
Pero si así rechaza el teucro Dares
Nuestras armas, las luchas igualemos,
Si place á Eneas, y lo aprueba Acestes.
Yo las terribles de Érice renuncio;
Depón, Dares, el miedo, y al par deja
Los troyanos cestones.»—Tal diciendo,
Quita el doble ropaje de sus hombros,
Y los robustos y fornidos brazos
Desnuda, y gigantéo se presenta
De la arena en mitad, de pie y erguido.
Saca entonces el noble hijo de Anquises
Cestos iguales, y con ellos liga
Las manos de los dos, y ambos extienden,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Sobre las puntas de los pies alzados,
Á lo alto los brazos arrogantes;
Atrás retiran las enhiestas frentes,
Salvando del ataque las cabezas;
Y enlazando las manos con las manos,
El combate provocan valerosos.
—Dares de ágiles pies favorecido,
Y confiado en juventud robusta;
Membrudo y poderoso por su mole
El viejo Entelo, mas su aliento agita
Sus grandes miembros con escasa fuerza,
Y tiemblan sus rodillas vacilantes.
Cien golpes sin herir lanzan briosos,
Hieren cien golpes los costados huecos,
Y el hondo pecho resollar se siente;
Y en las orejas y en las sienes mismas
Hieren cien veces las veloces manos,
Y al duro hierro las mejillas crujen.

De pie é inmóvil ponderoso Entelo
En el mismo lugar, los golpes burla
Con ágil cuerpo y vigilantes ojos;
Dares, cual quien opugna excelso muro
Ó gigante castillo con las armas,
Ya á la siniestra embiste, ya á la diestra,
Con arte el campo explora, y con asaltos
Incesantes y vanos acomete.
Yérguese Entelo y á los cielos alza
La diestra amenazando; pero Dares
Ve de lo alto descender el golpe,

Biblioteca Nacional de España

Y hábil lo esquiva, y rápido se salva.
Desfoga al aire sus ardientes bríos
El anciano, y al suelo se desploma
Su vasto cuerpo y su pesada mole,
Como suele caer en la alta cumbre
Del Erimanto ó del soberbio Ida,
De raíz arrancado el hueco pino.

Álzanse los troyanos ardorosos
Y la trinacria juventud; al cielo
Sube el clamor, y generoso Acestes
Corre y levanta al desgraciado amigo;
Mas no acobarda al héroe el infortunio,
Y torna más ardiente á la pelea,
Aumentando sus fuerzas el coraje;
Su ardor enciende la vergüenza misma
Y el notorio valor; y sin demora
Persigue á Dares por el circo todo
Con golpear continuo de ambas manos,
Sin descanso ni tregua: como saltan
Los granizos innúmeros, que arroja
Deshecha tempestad, así los golpes
Lanza sobre él el héroe de Sicilia,
Y le acosa, y le hiere sin reposo.
Mas no consiente compasivo Eneas
Con tanto encono prolongar las iras,
Ni que se cebe con crueldad Entelo,
Y da fin al combate; y consolando
Al fatigado Dares, tal prorrumpe:
—«¿Qué locura, infeliz, así te embarga?

Biblioteca Nacional de España

¿Las fuerzas enemigas no conoces,
Y los dioses adversos? Cede al hado.»—
Dijo, y la lucha con su voz dirime.
Los fieles compañeros á las naves
Al desdichado con amor conducen;
Débiles sus rodillas temblorosas,
Acá y allá caída la cabeza,
Por la boca arrojando espesa sangre,
Y de sangre cubiertos boca y dientes.
Reciben, por Eneas convocados,
La espada y yelmo; y para Entelo dejan
El becerro y la palma.—Y orgulloso
El vencedor y ufano con la gloria,
—«¡Oh hijo, exclama, de la diosa! ¡Oh teucros!
Los hechos conoced, y cuáles fuerzas
Gozó mi cuerpo en años juveniles,
Y de qué triste muerte habéis librado
Al infelice Dares.»—Así dijo;
Y enfrente del becerro se coloca,
Dón y anhelado premio del certamen,
De pie, y alzada la potente diestra
De los duros cestones guarnecida;
Y á plomo hiere con pesado golpe
En medio de las astas al becerro,
Que, roto el cráneo, vacilante cáe,
Y muerto cubre la tendida arena.
Clama entonces Entelo fervoroso:
—«¡Oh Érice inmortal! por la de Dares
Esta vida mejor á tí consagro,
Y el arte y armas vencedor te ofrezco.»—

Biblioteca Nacional de España

Al punto invita Eneas al concurso,
Si algunos quieren, de las ráudas flechas,
Y los premios propone. Con su mano
Arbola de la nave de Seresto,
El alto mástil, y del tope atada,
Cual blanco de las rápidas saetas,
Suspende una paloma. Llegan todos;
Y en un yelmo de bronce echadas suertes,
Con vítores y aplausos el primero
El nombre sale de Hipocón de Hirtaco;
Sigue Mnestéo, que la oliva ciñe
Cual triunfador en el naval certamen;
El tercero Euritión, tu hermano ilustre,
Oh Pándaro divino, que al mandato
De Minerva rompiste la alianza,
Lanzando el primer dardo á los aquivos;
Sale el último al fin del hondo yelmo
El noble Acestes, que en destreza y arte
Con la florida juventud compite.

Arman y doblan los varones todos
Con grandes fuerzas los flexibles arcos,
Y sacan las saetas de la aljaba:
Y vuela por el cielo la primera,
Del estridente nervio despedida,
La del joven de Hirtaco; el aire corta
Y poderosa clávase en el mástil;
Tiembla el árbol, sacude horrorizada
Sus alas la paloma, y los aplausos
Por doquiera resuenan y los vítores;

Biblioteca Nacional de España

Diestro y hábil Mnestéo, el arco tiende,
Con la flecha y la vista al blanco asesta;
Mas no pudo infeliz herir al ave,
Sólo el lazo cortar, de que pendía
Atada por un pie, y ella á los cielos
Volando por los aires elevóse.
Rápido observa á la fugaz paloma,
Que las veloces alas bate alegre,
Con arco y flecha Eurition armado;
Férvido invoca á Pándaro, y dispara
Y al ave hiere entre la negras nubes;
Cáe al punto, clavada la saeta,
Y en los astros dejó la dulce vida.
Perdida la victoria, sólo Acestes
Restaba yá, que al aire disparando,
Á un tiempo demostró su ágil destreza,
Y de su arco el resonar vibrante.

De súbito présentase á los ojos
Fatal prodigio, anunciador terrible
De futuras desgracias, por los hechos
Confirmadas después, y por los vates
En predicción tardía declaradas.
Que al volar por los aires la saeta
Inflámase trazando ardiente vía,
Y por las tenues auras se consume;
Cual los astros que giran por el cielo
Arrastrando encendida cabellera.
Atónitos los ánimos levantan
Súplicas á los dioses de consuno

Biblioteca Nacional de España

Sicilianos y teucros asombrados;
Ni el presagio rechaza el grande Eneas,
Mas abrazando á Acestes generoso
Ofrécele amplios dones, y así dice:
—«Acepta, ¡oh padre augusto! el rey potente
Del alto Olimpo con prodigios tales
De honor excelso te declara digno:
Del mismo Anquises como don acepta
Esta preciada copa cincelada,
Gran presente que el ínclito Ciséo,
Rey de Tracia, donara como prenda
Y sello de amistad al padre Anquises.»—
Dice, y verde laurel ciñe á su frente,
Y sobre todos vencedor le aclama;
Y el bondadoso Eurición no envidia
El honor otorgado, aunque él tan sólo
Hizo caer al ave desde el cielo;
Tiene en los premios el lugar segundo
Quien la cuerda cortó con firme dardo;
Y el último lugar aquel obtiene
Que en el mástil clavó la aguda flecha.

Y terminado apenas el certamen,
Llama Eneas á Epítide, custodio
Y compañero del imberbe Julo,
Y así le dice, como á fiel amigo:
—«Vé sin demora á Ascanio, corre y dile,
Que si aprestado el escuadrón brillante
Está de los mancebos, é instruídos
En la carrera los corceles bravos,

Biblioteca Nacional de España

Al punto venga con su hueste ilustre
En honor de su abuelo, y que se muestre
Diestro y ágil en armas.»—Tal ordena,
Y manda despejar el ancho circo
Al pueblo, que esparcido lo ocupaba,
Y queda por doquier patente el campo.
Y los jóvenes llegan esplendentes
En enfrenados rápidos bridones,
Ante los ojos de sus mismos padres,
Y en vítores frenéticos porrumpe
La juventud de Troya y de Sicilia;
Todos, según costumbre, los cabellos
Ceñidos con el yelmo coronado,
Y de agreste cerezo doble lanza
Con aceradas relucientes puntas;
El ligero carcaj al hombro algunos,
Y del cuello pendiente y ondulando
Suelta cadena de oro sobre el pecho.

Tres eran las escuadras, tres los jefes,
Y doce los ginetes generosos
En cada escuadra, al capitán iguales:
Una de tiernos jóvenes la manda,
Gozoso con el nombre de su abuelo,
El noble nieto del insigne Príamo,
Hijo tuyo, Polites, que del Lacio
Vino á aumentar á poco las ciudades;
Monta alazán brioso de la Tracia,
De albos pies, bicolor, que erguido ostenta
Blanco lucero en la gallarda frente;

Biblioteca Nacional de España

Es Atis el segundo, ilustre joven,
De quien la raza de los Acios nace,
Del dulce Julo predilecto amigo;
Y es el postrero Ascanio, por su forma
Sobre todos sin par, gentil y bello,
En sidonio caballo generoso,
Don y recuerdo del amor de Dido;
Y la restante juventud montaba
Trinacrios potros del anciano Acestes.

Con vítores reciben los troyanos
A los mancebos, ávidos de gloria,
Y en ellos con agrado reconocen
Los rostros de sus padres. Cuando alegres
Yá en sus corceles bravos recorrieron,
Y examinaron el concurso todo,
Con una voz y el látigo tronando,
Da desde lejos la señal Epítide.
Ellos de tres en tres iguales marchan,
Dividen luego el escuadrón los jefes
En grupos separados: y al chasquido
De segunda señal, de nuevo parten:
Cruzan el campo en dirección contraria,
Y en combate las flechas dispararon.
Y nueva marcha emprenden, nuevos giros,
Y evoluciones nuevas circulares
Corriendo en torno, y con ardor celebran
De batalla campal gran simulacro.
Ya con ardid la retirada imitan,
Ya blandiendo las lanzas acomenten,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Ya, pactada la paz, siguen acordes:
Como aquel laberinto en la alta Creta
Tejido de mil calles tortuosas
Entre obscuras paredes, que formaban
Camino incierto y engañosa vía,
Con error al salir inexplicable;
Tal complicados marchan en sus giros
Los troyanos mancebos, imitando
Ora el ataque ó ya la retirada;
Cual cortan los delfines la llanura
Del líquido Carpato con sus juegos,
O del Líbico mar las ondas hienden.
Tal uso de carreras y batallas
Estableció el primero el noble Ascanio
Cuando á Albalonga circundó con muros,
Y enseñó su ejercicio á los latinos;
Y así también como el ilustre joven,
Y cual la egregia juventud troyana,
Enseñaron sus hijos los albanos;
Y tal lo recibió la excelsa Roma
Por patrio honor, llamando todavía
Troya, y troyana hueste á los mancebos;
Y aún hoy celebra tan solemnes fiestas
En honra de su padre consagradas.

Mas cambia de repente la fortuna
Y con ella la fé. Mientras rendían
Ante el sepulcro con sagrados juegos
Los debidos honores, Juno infausta,
Aun no saciado su rencor antiguo,

Biblioteca Nacional de España

Del cielo á Iris á la armada envía;
Los vientos mueve en su favor, su encono
Malévola en su pecho revolviendo.
Rauda volando la celeste virgen
Por el arco brillante en mil colores
Invisible desciende.—Ve el concurso
De teucros y trinacrios numeroso,
La ribera examina, y ve desiertas
Las playas, y la flota abandonada.
En lejano paraje solitario
Lamentaban la pérdida de Anquises
Las troyanas matronas, y tendiendo
La vista hacia las aguas, y llorosas
Así clamaban con acento acorde:
—«¡Cuántas ondas ¡ay míseras! y cuántos
Inmensos mares que surcar nos restan!»—
Al cielo piden la ciudad ansiada,
Tedio les causa el navegar penoso.

Diestra en dañar entre ellas se desliza
Iris falace; el hábito divino
Y la faz deponiendo, astuta finge
El rostro y continente de Beróe,
Del ismario Doriclo anciana esposa,
De noble sangre, y nombre y descendencia;
Y á las matronas de Ilión unida,
—«¡Oh infelices, exclama, las que al hierro
De las aquivas huestes no lograron
Morir bajo los muros de su patria!
¡Oh mísera nación! ¿á qué ruína

Biblioteca Nacional de España

Te guarda la fortuna? Siete estíos
Corridos van desde el troyano incendio,
Y por diversos mares y confines,
Por varios climas y ásperas regiones,
Á merced de los astros y las aguas,
Por el extenso piélago vagamos,
Tras esa Italia que huye de nosotras.
»De Érice aquí las fraternales tierras
Y el generoso Acestes. ¿Quién impide
Los muros cimentar en estas playas,
Y dar ciudad al fin á los errantes?
¡Oh patria y oh penates, libertados
Vanamente del pérfido enemigo!
¿No ha de haber en el orbe yá murallas
Con el nombre de Troya? ¿En parte alguna
Verán mis ojos los hectóreos ríos
Símois y Janto?—

¡Ah! Venid veloces,
Quemad conmigo las infaustas naves.
Yo ví en sueños la imagen de Casandra;
Ella me dió las teas encendidas,
Y—»Aquí buscad á Troya, aquí, me dijo,
Tenéis vuestra ciudad.»—Urge el momento,
Propicia es la ocasión, no más queramos
Esperar los augurios. Cuatro altares
Ved á Neptuno alzados: el dios mismo
Nos dá valor y abrasadoras teas.»—
Tal diciendo, de súbito arrebata
El fuego destructor; álzalo ardiente

Biblioteca Nacional de España

En su elevada diestra, y á las naves
Con ímpetu lo arroja. Asombro y pasmo
Invade el corazón de las troyanas.
La anciana Pirgo entonces, de los hijos
Numerosos de Príamo nodriza,
—¡Oh matronas, les dice, no es Beróe,
No es de Doriclo la retéa esposa;
Ved de esplendor divino las señales
En sus ojos ardientes y en su rostro,
Notad su voz, sus pasos y su aliento.
Yo misma al separarme dejé enferma
A Beróe, llorosa lamentando
Verse privada del sagrado rito,
Sin ofrecer á Anquises los honores.»—
Dice: y á los bajeles las matronas,
Atónitas, dudosas y confusas,
Tienden la vista con malignos ojos,
Entre el amor de la región presente,
Y del futuro reino vacilando.

La diosa entonces hacia el almo cielo
Las alas bate, y en las altas nubes
Traza en su vuelo el arco esplendoroso.
Turbadas con asombro ante el prodigio,
Y de furor rabiando las matronas,
En clamores prorrumpen, y arrebatan
El venerando fuego; los altares
Otras despojan con dolor y encono,
Las frondas y las hachas arrojando;
Y dando rienda á las voraces llamas

Biblioteca Nacional de España

Vulcano destructor, quema furioso
Los remos y los bancos, y destruye
De duro abeto las pintadas popas.

Al sepulcro de Anquises y al teatro
Lleva Eumelo veloz la nueva triste
Del pavoroso incendio de las naves;
Y todos ven alzarse hacia las nubes
Negra columna de humo y de pavesas.
Corre Ascanio el primero, que gozoso
Dirige los ecuestres ejercicios,
Y en su bridón soberbio galopando,
Sin que puedan los jefes contenerle,
A las confusas gentes se encamina;
Y—«¿Qué furor es este, ciudadanas?
¿Qué pretendéis, oh míseras, prorrumpe?
No al griego destruís; no el enemigo
Campamento, quemáis vuestra esperanza;
Yo vuestro Ascanio soy.»—Dice y arroja
Ante sus pies el yelmo que cubría
En los bélicos juegos su cabeza;
Corre á la vez Eneas presuroso,
Y en multitud inmensa los troyanos.
Ellas por el temor despavoridas
Dispersas huyen por la extensa costa,
Selvas buscando ó cóncavas montañas,
Donde ocultarse, con terror profundo;
Sus hechos y sus vidas aborrecen,
Conocen á los suyos, y del pecho
A Juno arrojan.—Pero no deponen

Biblioteca Nacional de España

Sus indómitos ímpetus las llamas
Ni el incendio voraz; y vomitando
Humo denso la estopa, á arder comienza
Entre la dura tablazón de roble,
Y levántase el fuego poderoso
Y por todo el bajel fiero discurre;
Los heróicos esfuerzos nada valen,
Ni las aguas lanzadas á torrentes.

Quita Eneas la veste de los hombros,
Tiende al cielo las palmas, y el auxilio
De los benignos dioses implorando,
—«¡Oh Júpiter, exclama, omnipotente!
Si no aborreces á los teucros todos,
Si tu antigua piedad clemente mira
Las humanas desgracias, danos, Padre,
Salvar la flota del terrible incendio,
Y á estos pocos troyanos de la muerte.
Si lo merezco yo (que esto me resta)
Arrójeme á morir tu ardiente rayo,
Y esta mi vida con tu diestra extingue.»—
Apenas dijo, y de repente ruge
Insólita tormenta, en densa lluvia;
Los montes y los campos estremece
De ruda tempestad el ronco trueno,
Y las aguas los cielos á raudales
Y los austros negrísimos arrojan
Las popas inundando, y humedecen
La dura tablazón medio abrasada,
Hasta extinguir el devorante fuego,

Biblioteca Nacional de España

Y salvar los bajeles del estrago,
Perdidas cuatro de las tristes naves.
Turbado el padre Eneas y confuso
Ante el fatal suceso, vacilaba,
Revolviendo en su pecho sus cuidados,
Si morar en los campos de Sicilia,
Olvidando del hado los decretos,
O de Italia buscar las nobles costas.

Álzase entonces el anciano Nautes,
Por la tritonia Palas protegido
Y en sus artes divinas enseñado,
Sobre todos insigne prediciendo
Ya de los dioses las funestas iras,
O de los hados el designio y orden.
Ansiando consolar al padre Eneas,
Así le dice:—«¡Oh hijo de la diosa!
Sigamos del destino los decretos;
Cualquier que sea nuestra aciaga suerte,
Hay que vencer con ánimo tranquilo:
Aquí el troyano Acestes engendrado
De sangre de los dioses; sus consejos
Pide y abraza á su querer propicio:
Entrega á su cuidado los varones
Que sobran yá de las perdidas naves,
A los que causan tus empresas tedio
Y tus rudos trabajos é infortunios,
Los débiles ancianos, las matronas
Del mar cansadas, cuanto inútil llevas
Y del rudo peligro temeroso.

Biblioteca Nacional de España

Ellos en estas costas edifiquen,
Si quiere Acestes, la ciudad ansiada,
Y la llamen Acesta de su nombre.»—
A estas palabras del anciano amigo
Ánimo cobra Eneas, revolviendo
Tantos cuidados en su mente inquieta.

Yá en su negra carroza el cielo ocupa
La triste noche; y súbito aparece
Descendiendo la faz del padre Anquises,
Y—«¡Oh hijo, le decía, más amado
Para mí que la luz de la existencia,
Cuando gozaba yo la dulce vida,
Y á quien los hados de Ilión persiguen!
Por mandato de Júpiter potente,
Que tu flota salvó de los incendios,
Vengo hora á tí. Desde su excelso trono
De tus males al fin compadecióse:
Del venerable Nautes obedece
Los prudentes consejos. Lleva á Italia
Fuertes varones, juventud selecta;
Que habrás de combatir allá en el Lacio
Con raza tosca de costumbres rudas.
»Mas de Plutón descenderás primero
Al palacio infernal. Por los profundos
Avernos busca, oh hijo, mis mansiones,
Que yo en el ímpio Tártaro no habito,
Ni me ocultan allí las tristes sombras;
Mas moro alegre en los Elíseos Campos
En amable consorcio con los buenos.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Allí te llevará la alma Sibila,
Si cien víctimas negras inmolares,
Y aprenderás tu larga descendencia,
Y las ciudades de tu nuevo reino.
Adios, que yá la noche ha recorrido
La mitad de su curso, y del Oriente
Me acosan los caballos anhelantes.»—
Dice, y cual humo entre las auras huye.
—«¿Adónde, oh padre, vas, adónde marchas?
¿De quién huyes, oh padre, clama Eneas,
O quién te roba á mis amigos brazos?»—
Tal dice, y removiendo las cenizas,
El fuego adormecido aviva al punto.
A los penates de Ilión venera
Y de Vesta el oculto santuario,
Y sacrificio fervoroso rinde
Con pan sagrado y con piadoso incienso;
Convoca á todos, y el primero á Acestes,
De Jove los mandatos les declara,
Y los preceptos de su padre Anquises,
Y cuál resolución su mente abriga;
Nadie su firme voluntad rehusa,
Y acepta el claro Acestes los mandatos:
A la ciudad destinan las matronas,
La plebe voluntaria y los varones,
A quien de gloria la ambición no enciende;
Las tablas y los bancos de las naves
Se renuevan del fuego destrozados,
Y los remos aprestan y las jarcias:
Pocos son los varones escogidos,

Biblioteca Nacional de España

Mas ardientes y bravos en la guerra.
Traza el troyano rey con el arado
La futura ciudad, reparte en suertes
Para nuevas moradas los solares,
Y—«Aquí Ilión, les dice, aquí está Troya.»—
Gozoso Acestes con el nuevo reino,
El foro crea, y convocando entonces
A los ancianos, les ordena leyes:
Y en la cumbre del Erix gigantéo,
Que á las estrellas con su cima toca,
A Venus Cipria con piedad erige
Augusto templo, y sacerdote asigna
Al sepulcro de Anquises, y consagra
Bosque sagrado á su memoria y culto.

El pueblo todo espléndidos banquetes
Por nueve días celebró y piadoso
Selemnes sacrificios; y los vientos
Con blando soplo la llanura inmensa
Calman del mar, y el Austro susurrante
A navegar al punto nos invita.
Álzase en tanto por la corva playa
Luctuoso clamor, y los abrazos
De amarga despedida se repiten:
Y las mismas matronas y varones,
A quienes antes la aspereza ruda
Del indomable ponto horrorizaba,
Marchar quisieran y sufrir gustosos
De la obligada fuga los trabajos:
Con sus palabras el piadoso Eneas

Biblioteca Nacional de España

Consuela su aflicción, y al teucro Acestes
Encomienda con lágrimas los socios.
Manda inmolar á Érice en las aras
Tres becerros, y negra corderilla
A las fieras tormentas; y los cables
Por orden desatar; y coronada
Su noble frente de cortada oliva,
De pié y erguido en la lejana prora,
Y en su diestra la copa levantando,
Lanza al mar las entrañas de las víctimas,
Derramando á la vez el claro vino.
Álzase viento próspero de popa,
Que impulsa fácil á los tristes nautas,
Baten el vasto piélago á porfía,
Y su llanura inmensa raudos hienden.

Por tales cuitas trabajada Venus
Habla á Neptuno, y las amargas quejas
Exhala así de su agitado pecho.
—«De Juno vengativa el ciego encono
E insaciable rencor, oh gran Neptuno,
Oblíganme á pedirte suplicante:
Ni el largo tiempo, ni piedad alguna
Mitigan su furor, ni la quebrantan
El imperio de Jove ni los hados;
No sacia su fiereza haber deshecho
Con odio impío la ciudad potente,
Que en medio de la Frigia dominaba,
Ni aun arrastrar sus míseras reliquias
Por toda clase de crüel tormento.

Biblioteca Nacional de España

Persigue aún de la extinguida Troya
Los huesos y cenizas. Ella sólo,
Ella sabrá de su rencor la causa.
»Testigo tú de la borrasca horrible,
Que de súbito há poco, ardiendo en ira,
En las líbicas ondas levantara,
Juntó cielos y mares, confiando
Inútilmente en los furiosos vientos
Del dios Eólo, y aun tu reino mismo
Osada perturbó.—¡Maldad nefanda!
Ella agitando á las matronas teucras
Las naves incendió con torpe dolo,
Y yá perdida de la escuadra parte
A quedar obligóles, inclemente,
En extraña región abandonadas.
Este favor te pido: que sus velas
Vuelen seguras por las quietas ondas;
Y si en justicia ruego, si las Parcas
La ciudad ofrecida les conceden,
Haz que arriben al Tíber laurentino.» —
Habla entonces el hijo de Saturno,
Dominador de los porfundos mares,
Y así responde: —»Hermosa Citeréa,
Todo esperarlo debes en mis reinos,
De donde tienes tu encantado origen:
Y así yo lo merezco. Muchas veces
Reprimí los furores y la rabia
Del cielo y de las olas, y testigos
Son en la tierra el Símois y el Janto.
Constante velo por tu amado Eneas:

Biblioteca Nacional de España

Cuando acosaba el furibundo Aquiles
Hasta los muros las troyanas huestes,
Á millares los hombres sucumbiendo,
Y llenos de cadáveres los ríos
Su tardo curso al superar gemían,
Ni al mar lograba su corriente undosa
El Janto dirigir... yo de la furia
Del hijo de Peléo en hueca nube
Salvé á tu Eneas, que ni el hado mismo,
Ni inferiores sus fuerzas protegían;
Aunque arrancar mi corazón quisiera
De su hondo asiento los excelsos muros
De Troya la perjura, que en mal hora
Yo con mis propias manos fabricara.
Depón yá tu temor; vive en mi pecho
La misma voluntad á tí propicia:
Seguro arribará, cual lo deseas,
Al puerto del Averno. Uno tan sólo
Perecerá en el Ponto sumergido:
Uno por muchos perderá la vida.»—

Luego que el padre mitigó las penas
Y alegró el corazón de la alma Venus,
A su carroza los caballos unce
Sujetos con los frenos espumosos,
Y los deja partir, sueltas las riendas:
Por la llanura inmensa de los mares
Rápido vuela en su cerúleo carro;
Humíllanse al pasar las fieras ondas,
Y tiende el ponto sus revueltas aguas

Biblioteca Nacional de España

Debajo de las ruedas resonantes,
Y huye la tempestad por todo el éter.
Surgen acompañando al dios Neptuno
Grandes cetáceos, con el coro antiguo
De Glauco, y Palemón y los Tritones
Rápidos y el ejército de Forco;
Van á su izquierda Tetis y Melite,
La virgen Panopéa, Nesce, Espío,
Y la bella Talía y Cimodoce.

En la mente de Eneas indecisa
Bullen goces y plácida esperanza;
Manda arbolar los mástiles al punto,
Y desdoblar ligeros el velamen;
Todos á un tiempo la labor emprenden,
A un lado y otro con igual esfuerzo
Los senos de las velas desplegando;
Y todos atan, retorciendo á una,
Los cabos en redor de las entenas.
Impulsa el viento próspero la armada,
Marcha delante el rumbo dirigiendo
De la flota el ilustre Palinuro,
Y obedientes tras él siguen lo jefes.
Del cielo casi la mitad tocaba
La negra noche en su húmeda carrera,
Y al pié del remo, al plácido reposo,
Sobre los duros bancos desparcidos,
Sus miembros dan los fatigados nautas.
Rápido entonces se desliza el Sueño
De los etéreos astros, y remueve

Biblioteca Nacional de España

El aire tenebroso, y las espesas
Sombras cortando, oh triste Palinuro,
Llega, inocente, á tí con mil visiones.
Siéntase el dios en la elevada popa,
Y á Forbas simulando, así le dice:
—«Hijo de Jasio, Palinuro ilustre,
Mira cuál llevan las traquilas aguas
La flota por el mar; el aura espira
Con blando soplo; es hora de descanso;
Reclina la cabeza sin temores,
Y hurta al trabajo los cansados ojos;
Yo mientras velaré por algún tiempo,
Y cumpliré gustoso tus oficios.»—
Abre apenas los ojos Palinuro,
Y así responde:—«¿Por ventura piensas
Que ignoro yo del ponto sosegado
La faz y quietas ondas, ó pretendes
Que confíe en el monstruo formidable?
¿Cómo habré de entregar al pío Eneas
A los austros dolosos, tantas veces
Por los tranquilos cielos engañado?»—
Tal decía, y asido al gobernalle
No lo abandona un punto, en las estrellas
Fija su vista. Mas el dios sus sienes
Con una rama de beleño toca
En las aguas letéas empapada,
Con virtud soporosa de la Estigia,
Y cierra al fin sus vacilantes ojos;
Y apenas, al reposo inesperado
Sus adormidos miembros languidecen,

Biblioteca Nacional de España

Con ímpetu veloz sobre él se lanza,
Y con timón y parte de la popa
Le arroja al mar, llamando con clamores
A los teucros el mísero en su angustia;
Y vuela el dios sobre las tenues auras.
Sigue la flota próspero su curso
Por el rey de los mares protegida;
Y yá tocaba las infames rocas
De las Sirenas, bárbaros escollos,
Un tiempo de los náufragos sepulcro,
Por innúmeros huesos albeantes,
Y entre las roncas peñas resonaba
El incesante flujo de las ondas.
Y observa entonces el piadoso Eneas
Que marchaba la nave sin piloto,
Y en las sombras nocturnas la dirige
En medio de las aguas tenebrosas,
Herida el alma, y sin cesar gimiendo
Por la acerba desgracia del amigo.
—«¡Oh infeliz Palinuro! que, fiando
Del limpio cielo y de la mar tranquila,
Yacerás insepulto en playa ignota.»—

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

LIBRO SEXTO

Así entre acerbas lágrimas decía:
Y riendas da á la escuadra, y navegando
Arriba al fin, en la región Eubéa,
De Cumas á las costas; al mar vuelven
Las proras, que las anclas afianzan
Con su diente tenaz; las anchas popas
Cubren la extensa orilla, y salta al cabo
La ardiente juventud en playa hesperia:
El duro pedernal hieren los unos,
Que del fuego los gérmenes entraña,
Talan los otros los espesos bosques
De las fieras guarida, y á los socios
Muestran los claros ríos descubiertos.
Entonce el pío Eneas se dirige
Al alto alcázar do preside Apolo,
Y á la vasta caverna tenebrosa,

Biblioteca Nacional de España

Reservada mansión de la Sibila,
A quien el dios espíritu potente
Y mente excelsa bondadoso otorga,
Y revela á su arbitrio lo futuro;
De Diana penetran en las selvas
Y en los dorados techos.—Cual es fama,
Dédalo huyendo el reino sanguinario
Y la furia de Minos, á los aires
Con temerario vuelo confióse,
Cruzando por insólito camino
A la región helada de las Osas,
Y al fin parando en el Cuméo alcázar;

Allí te consagró, divino Apolo,
Sus alas voladoras y amplio templo,
Y en sus puertas grabó la triste muerte
De Andrógeo infortunado, y el terrible
Castigo á los Cecrópidas impuesto
De dar en expiación ¡desdicha horrenda!
Siete inocentes hijos cada un año,
Y allí la urna de la suerte infame.
De Creta la región hállase enfrente
En medio de los mares elevada;
Allí el crüel amor al fiero toro
De la infiel Pasifáe, y el biforme
Engendro horrible, el torpe Minotauro,
De liviandad nefanda monumento;
Y el error y trabajo inexplicable
Del árduo é intricado laberinto;
Mas del amor inmenso de la reina

Biblioteca Nacional de España

Compadecido Dédalo, sus pasos
Dirige fiel con hilo misterioso,
Los ocultos secretos descubriendo.
Y tú tambien en obra tan preciada,
Oh Ícaro infeliz, tuvieras parte,
Si el intenso dolor lo permitiera:
Dos veces procuró grabar en oro
El acerbo infortunio, mas dos veces
Desfallecieron las paternas manos.
Yá atentos con la vista examinaban
Las obras todas, cuando llega Acates,
Enviado primero á la Sibila,
Con la bella Deifóbe, hija de Glauco,
Sacerdotisa de Diana y Febo,
Que al rey tales palabras le dirige:
—«De contemplar artísticas escenas
No es ocasión; de tu rebaño intacto
Siete becerros inmolar importa,
Y otras tantas ovejas escogidas.»—
Tal dice; y sin demora presurosos,
Para cumplir las órdenes sagradas,
Guiados por la fiel sacerdotisa,
Marchan al alto templo los troyanos.

Hay en la roca Eubéa un antro hendido
Con cien anchas entradas y cien puertas,
Por donde salen resonantes voces,
Respuestas cien que dicta la Sibila.
Apenas el umbral sagrado tocan
Cuando la virgen—«De invocar los hados

Biblioteca Nacional de España

Es este, dice, el singular momento:
Aquí está el dios, el dios está presente.»—
Tal diciendo del atrio ante la entrada,
De súbito inmutóse su semblante,
Cambió el color su rostro, y desgreñados
Sus hermosos cabellos aparecen;
Su corazón agítase anheloso,
Y el divino furor hinche su pecho,
Y mayor á los ojos se presenta:
Ni humana es yá su voz, desde el instante
En que del dios el numen más cercano
La llena con su espíritu, y la inspira.
—«¿Tardas, troyano Eneas, en tus ruegos?
¿Tardas, le dice, en ofrecer tus votos?
Antes no se abrirán que tú lo implores
De la mansión terrífica las puertas.»—

Dijo, y silencio guarda: miedo helado
Corrió de todos por los duros huesos,
Y de sus labios tan sentidas preces
El rey exhala:—«¡Oh Febo poderoso,
Tú que de Troya los trabajos miras
Con ojos de piedad; tú que las flechas
Dárdanas y las manos dirigiste
De Páris contra Aquiles inhumano!
Yo con tu auxilio los inmensos mares
Crucé ceñidos por extensas tierras,
Y la región masilia separada,
Y los campos vecinos de las Sirtes,
Y hemos tocado al fin las fugitivas

Biblioteca Nacional de España

Costas de Italia. El infortunio aciago
De Troya deje yá de perseguirnos.
Y vosotros también, dioses y diosas
Contrarios á Ilión y á su grandeza,
Dejad de atormentar al pueblo teucro.

»¡Y tú, Sibila santa, profetisa,
Que sabes y revelas lo futuro!
No pido un reino que indebido sea:
Haz que los teucros, los errantes dioses,
Los númenes de Troya perseguidos,
Haz que en el Lacio al fin hallen asiento.
Yo dos templos á Febo y á Diana,
Dedicaré, de mármoles preciosos,
Y de Apolo en honor solemnes días;
Y á tí también secreto santuario
En mi reino alzaré, do se conserven
Las suertes y las altas predicciones
Por tí para mi raza reveladas,
Escogidos varones consagrando.
Te ruego sólo que á las leves hojas
No entregues tus oráculos divinos,
No arrebatados por los aires vuelen,
Ludibrio de los vientos; tú tan sólo,
Tú con tus labios mismos profetiza.»—
Tal dice, y enmudece; y furibunda,
Agítase y revuélvese gigante,
Tocada apenas del poder de Febo,
Por la inmensa caverna la Sibila,
Por si puede arrojar del pecho al numen,

Biblioteca Nacional de España

Que sin tregua la acosa poderoso,
Y su voz y su alma domeñando,
Al oráculo excelso la dispone.
Y ábrense de repente las cien puertas
Del grande templo sin esfuerzo alguno,
Y lanzan de la augusta profetisa
Al aire los sagrados vaticinios.

—«¡Oh varón que del piélago espantoso
Los pérfidos peligros soportaste!
Espérante mayores en la tierra.
De Lavino á los reinos los troyanos
Al fin arribarán: tamaña cuita
De tu pecho depón; querrán en breve
No haber tocado las lavinas costas.
Guerras, hórridas guerras estoy viendo,
Y ensangrentado el espumoso Tíber;
Ni te habrán de faltar Símois y Janto,
Ni campamento dorio; el Lacio mismo
Nuevo Aquiles feroz yá te prepara,
Cual el otro también hijo de diosa;
Ni faltará otra Juno vengativa
A los míseros teucros. En tu angustia,
¿A quién no invocarás tú suplicante?
¿A qué ciudad de Italia, á qué regiones
No pedirás auxilio en tu desgracia?
Será otra vez de tan inmensos daños
Nueva causa la esposa que te hospede,
Y las funestas nupcias extranjeras.
Que jamás te quebrante el infortunio;

Biblioteca Nacional de España

Mas arróstralo audaz con más arrojo
Que tu adversa fortuna te permite.
De una aquiva ciudad, lo cual ni sueñas,
Te se abrirá de salvación camino.»

Así sus vaticinios anunciaba
Con ambiguas palabras misteriosas,
En su templo, de Cumas la Sibila,
Y de miedo y horror llena los pechos;
Brama en el antro, y la verdad futura
Vela entre sombras. El divino Apolo
En su furia la rige y la refrena,
O bien agita su interior de nuevo.
Luego que cesa en su furor, y callan
Sus inspirados labios, habla Eneas,
Y así prorrumpe:—«¡Oh virgen profetisa!
No surgen para mí nuevos trabajos,
Ni nueva faz de inopinada angustia;
Todo lo presentí, lo vi en mi mente.
Una gracia te pido: pues que existe
La puerta aquí del rey del hondo averno,
Y el lago tenebroso, que alimentan
Las rebasadas aguas de Aqueronte,
Ante la faz concédeme que vaya
Y á la presencia de mi amado Padre:
Enséñame el camino, y á mis pasos
Abre benigna las sagradas puertas.
Yo de saetas mil y de las llamas
Sobre estos hombros le salvé, y piadoso
De en medio le arranqué del enemigo.

Biblioteca Nacional de España

Él fué de mis caminos compañero;
Conmigo soportó del mar airado
Y del cielo las rudas tempestades,
Enfermo y débil, mas con nobles bríos
A su edad y á sus fuerzas superiores.
Él mismo me ordenó que á tí llegara
Y suplicante tu favor pidiese.
Ten compasión, oh virgen, te lo ruego,
Del hijo y padre, pues lo puedes todo;
Que no en vano te diera Proserpina
Presidir en los bosques infernales.
Si pudo Orfeo recobrar su esposa,
Fiado de la cítara traciana
En las sonoras cuerdas; si muriendo
Salvó á su hermano con su vida Polux,
Y este camino sin cesar recorre...
¿Y á qué he de recordar al gran Teséo?
¿Y á qué al divino Alcides? Mi linaje
Del altísimo Júpiter desciende.»—

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Tal suplicaba del altar asido,
Y así comienza á hablar la Profetisa.
—«Troyano ilustre, ilustre hijo de Anquises,
De la sangre engendrado de los dioses:
Fácil es descender al hondo averno;
Días y noches de Plutón la puerta
Abierta está; mas el regreso es árduo;
Ardua labor y empresa peligrosa
Salir triunfante á las vitales auras:
Pocos, aun hijos de los altos númenes,

Biblioteca Nacional de España

Tal privilegio disfrutar lograron,
Ó por amor de Jove poderoso,
Ó al cielo alzados por virtud ardiente.
Cubren el centro tenebrosas selvas,
Y con sus negras aguas el Cocito
Le cerca en derredor. Mas si es tan grande
Tu férvido querer y vivo anhelo
De ver el negro Tártaro dos veces,
Y dos veces pasar el lago Estigio,
Y te place arrostrar tan loca empresa,
Oye cuál debes proceder primero.

»Oculto existe en la frondosa copa
De un árbol colosal un ramo de oro
De suaves hojas y flexible tallo,
Consagrado á la Juno del infierno.
Todo el bosque lo encubre, y las obscuras
Selvas lo esconden en su seno umbrío;
Y nadie al Orco descender alcanza,
Si antes del árbol arrancar no logra
El bello ramo de las hojas de oro:
Llevar tal prenda, cual presente suyo,
Ordenara la hermosa Proserpina;
El primero cortado, al punto brota
Un tallo nuevo del metal precioso;
Marcha, pues, y con ojos vigilantes
Busca y arranca la preciada joya.
Ella á tu afán se ofrecerá propicia,
Si es que te llaman los piadosos hados;
Si así no fuere, ni con fuerza alguna

Biblioteca Nacional de España

Vencer, ni con los golpes del acero
Podrás cortarlo de su firme tronco.
«Mientras consejos en mi templo pides,
¡Ah! tú lo ignoras: insepulto yace
El exánime cuerpo de un amigo,
Y la escuadra el cadáver inficiona:
Condúcele ante todo á su morada,
Y dále generosa sepultura;
Y dos negras ovejas le dedica
Por primer sacrificio expiatorio:
Así visitarás el bosque Estigio,
Y al fin los reinos al mortal vedados.»—

Dijo, y selló sus labios la Sibila.
Entonce Eneas con semblante triste,
Y clavados los ojos en la tierra,
Marcha dejando el antro formidable,
Y revuelve consigo allá en su mente
Los futuros sucesos ignorados.
Con él va Acates, su leal amigo,
Y sigue sus pisadas, con las mismas
Cuitas llenando el agitado pecho,
Y en pláticas diversas conversando,
Quién fuera el teucro, cuyo cuerpo exánime
Inhumar ordenara la Sibila.
Mas al llegar, observan en la playa
El mísero cadáver de Miseno,
Víctima triste de nefanda muerte;
Miseno, hijo de Eolo, el más insigne
En llamar á la guerra á los varones,

Biblioteca Nacional de España

Con su clarín el ánimo encendiendo:
De Héctor divino compañero ilustre
Por su trompa y su lanza; en los combates,
Á su lado el primero. Cuando Aquiles
A Héctor arrancó la dulce vida
Quedando vencedor, al teucro Eneas
Unióse fiel el héroe valeroso,
Y no á inferior oficio destinado.
Mas cuando altivo resonar hacía
Con su hueco clarín los roncos mares,
Y á certamen retaba en su locura
Con su trompeta á los marinos dioses,
Envidioso Tritón, si ha de creerse,
Le ahogó indignado con las fieras ondas,
Al varón en las peñas estrellando.

Todos en torno con furor clamaban,
Y más que todos el piadoso Eneas:
Y con acerbo llanto, presurosos
De la Sibila los mandatos cumplen,
En derredor el ara del sepulcro
Con frondoso ramaje circundando,
Para elevar el túmulo hasta el cielo.
A una vetusta selva se dirigen,
Intrincada guarida de las fieras;
Cortan los pinos, y del hacha al golpe
Gime la añosa encina; el roble duro
Con cuñas hienden y el robusto fresno;
Los grandes olmos por los montes ruedan.
Eneas el primero en tales obras

Biblioteca Nacional de España

A los teucros anima, y al trabajo
Igual á todos ardoroso acude.
Mil ideas revuelve allá en su mente
Triste mirando la profunda selva,
Y tal exclama en tono suplicante.
—»¡Oh si aquel ramo de oro se mostrara
En el árbol en medio de este bosque,
Puesto que todo al fin asaz fué cierto
Cuanto de ti, Miseno, habló la diosa!»—

Apenas dijo Eneas, y veloces
Descienden dos palomas de la altura
Ante sus ojos, y en el verde suelo
Posan sus plantas. Reconoce el héroe
En las palomas las maternas aves.
Y así gozoso ruega.—«Sedme guías,
Y si hay algún camino que conduzca
Á donde el ramo de oro con su sombra
Cubre la fértil tierra, allá mis pasos
Por este bosque dirigid propicias;
Y tú, Madre sagrada, en tales dudas
No me abandones.»—Dice, y se detiene;
Y observa los augurios de su vuelo,
Y hacia donde en su rumbo se dirigen,
Y ellas, picando á veces en la hierba,
Hasta el extremo en su volar avanzan,
Á do llega siguiéndolas la vista;
Mas al tocar del pavoroso Averno
Las fétidas gargantas, raudas parten,
Y se deslizan por el aire tenue,

Biblioteca Nacional de España

Y en el árbol ansiado al fin se posan;
Y del oro el fulgor sobre las ramas
De color desigual, luciente brilla.
Cual suele en el invierno en la alta selva,
Los árboles vestir el tierno visco,
Cuando con nueva fronda reverdece,
Resplandeciendo sus dorados tallos,
Que abrazan en redor troncos ajenos,
Tal era el brillo y esplendor del oro
Sobre la opaca encina, y tal las hojas
Sonaban por los vientos agitadas.
Con avidez y poderoso impulso
Arrancando la rama presuroso,
Llévala Eneas de la diosa al templo.

Entretanto los teucros en la playa
Lloraban á Miseno, consagrando
A sus restos las últimas exequias:
Alzan de teas y cortado roble
Ingente pira: con obscuras ramas
Cubren los lados; en redor la ciñen
Con fúnebres cipreses, y en la cima
Sus refulgentes armas por corona.
Allegan unos con el agua hirviente
De bronce las calderas humeantes,
Y lavan y ungen el helado cuerpo.
Lóranle todos; en el lecho alzado
El llorado cadáver se coloca,
Y sobre él de púrpura preciada
Las conocidas y preciosas vestes;

Biblioteca Nacional de España

Llevan otros el féretro en los hombros,
Dolorosa misión; y según rito,
Por vetusta costumbre de los padres,
Vueltos los rostros, á la ingente pira
El fuego aplican de encendidas teas;
Y arden á un tiempo los preciados dones,
El incienso y manjares, y el aceite
De las sagradas copas derramado.
Cuando todo en cenizas convertido
Cesó el incendio, las reliquias lavan
Con vino y las pavesas consumidas,
Y los huesos recoge Corinéo,
Y en la urna de bronce los encierra;
Tres veces roció con agua pura,
Mojando un ramo de frondosa oliva,
A los teucros, y así purificados,
Dijo llorando las finales preces.
Grandiosa sepultura el noble Eneas
Manda erigir y colocar sus armas,
El remo y la trompeta, en la alta cumbre
De un gigantesco monte, que Miseno
De su nombre se llama, y por los siglos
Eternamente llevará este nombre.
De la casta Sibila el rey troyano
Vuela á cumplir al punto los preceptos.

Hay en aquel confín honda caverna,
Sima espantable con inmensa boca,
De negro lago en torno circuída
Y tenebrosa selva: no las aves

Biblioteca Nacional de España

Sobre ella pueden revolar impunes:
Tal fétido vapor de su hondo seno
Exhala, y sube hasta los cielos mismos;
Averno por los griegos nominada.
Cuatro negros novillos lleva Eneas,
Y con solemne rito la Sibila
Vino derrama en sus gallardas frentes:
Y las más largas crines arrancando
De entre las astas, al sagrado fuego
Como primer ofrenda las arroja,
Á Hécate invocando, diosa excelsa
En el cielo y el Tártaro potente.
Unos con los cuchillos sacrifican
Las reses, mientras otros en las copas
Ávidos cogen la caliente sangre;
Y de negro vellón una cordera
Inmola el mismo Eneas con su espada
En honra de la madre de las furias
Y de su grande hermana, al par que ofrece
A tí una vaca estéril, Proserpina.
Erige luego las nocturas aras
Al rey del lago Estigio, y en el fuego
Las entrañas coloca de los toros,
Óleo pingüe sobre ellas derramando.

Y hé aquí que al rayar en el Oriente
Del nuevo sol el esplendor primero,
Debajo de sus pies ruge la tierra,
Conmuévense las selvas y collados,
E imponentes resuenan los ladridos

Biblioteca Nacional de España

De los furiosos canes en las sombras,
De la diosa anunciando la venida.
—«Lejos, profanos, lejos, clama á voces
La inspirada Sibila: huid al punto,
Y desierto dejad el bosque sacro.
Y tú, con pecho denodado, Eneas,
Ocupa yá la suspirada vía,
Que ahora del valor es el instante,
Y el firme acero impávido desnuda».—
Dijo la diosa, y por el antro abierto
Se precipita con furor divino;
Intrépido los pasos de su guía
Sigue con marcha igual el noble Eneas.

¡Oh dioses, que en imperio soberano
Dominais en las almas inmortales!
¡Calladas sombras, Caos y Flegeton,
Lugares de silencio pavoroso
Entre las nieblas de la eterna noche!
Referir lo que oyera permitidme,
Revelar permitidme los secretos
En las entrañas de la tierra ocultos,
Entre espantosas brumas eternales.
Iban envueltos en las densas sombras
De solitaria noche por los reinos
Y alcázar de Plutón deshabitados;
Cual á la escasa luz de opaca luna
Por ignorada selva se camina,
Luego que Jove de tinieblas cubre
El vasto cielo, y á los seres roba

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelect
SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

La noche tenebrosa los colores.
Ante el mismo vestíbulo del Orco,
Y en su primera entrada, el triste llanto
Y las acerbas vengadoras Cuitas
Pusieron su mansión; allí las pálidas
Enfermedades, la Vejez y el Miedo,
El Hambre de maldades consejera,
Y la Pobreza vil, de horribles formas;
La Muerte y el Trabajo, el Sueño triste,
Hermano de la Muerte, y los que dañan
Al alma humana miserables goces.
Mora enfrente la Guerra matadora,
Los tálamos de hierro de las Furias,
Y la Discordia, con sangrientas cintas
Atados sus cabellos de serpientes.

En medio, un olmo de gigante altura
Sombrío tiende sus añosos brazos;
En él se asientan los inanes Sueños
A sus hojas asidos, según fama;
Y muchos monstruos de diversas formas
En las puertas habitan; los Centauros,
Las biformes Escilas, y el Briaréo
De brazos cien, la Hidra sibilante
Con horrendo estridor, bestia terrible,
Y de llamas armada la Quimera;
Las hermanas Gorgonias, las Harpías,
Y el gigante Gerión de triple cuerpo.
De miedo y de temor pasmado Eneas
Desnuda al punto la brillante espada

Biblioteca Nacional de España

A los monstruos con ella amenazando.
Y si la sabia profetisa entonces
No le enseñara que tan sólo eran
En vana imagen pavorosas vidas
Sin cuerpo, por doquier volando errantes,
En balde con la espada acometiendo
Sombras inanes perseguido hubiera.

Parte de aquí el camino que conduce
Del Aqueronte á las tartáreas ondas,
Que turbio sin cesar furioso hierve
En cenagoso y vasto remolino,
Y en el Cocito arroja sus arenas.
Es de este río el sórdido Caronte
Barquero horrible y guardador celoso;
Escuálida su faz, y desgreñada
Su blanca barba, y de ojos chispeantes;
Inmunda capa de sus hombros pende.
Él mismo con varal su barca rige,
Y dispone las velas, y los muertos
Así traslada en la mohosa nave;
Viejo en verdad, mas con vejez lozana,
Y, cual propia de un dios, verde y robusta.
Aquí desparramada muchedumbre
Por la costa en tropel se precipita;
Matronas y varones, y las almas
De héroes ilustres, niños y doncellas,
Mancebos en la pira colocados
Ante los ojos de sus tristes padres:
Como caen á millares en los bosques

Biblioteca Nacional de España

Las hojas, á los fríos del Otoño;
Ó cual vuelan las aves en bandadas
Al través de los mares, cuando el crudo
Helado invierno las ahuyenta impío,
Y á más templados climas las impele.
Pasar pedían todos los primeros,
Tendiendo suplicantes ambas manos,
Por el anhelo de la opuesta orilla;
Mas el rudo barquero, ya á los unos
Grato recibe, ó ya con torvo ceño
Á los otros repele de la costa.

Eneas conmovido y admirado
Ante el grande tumulto,—«Dime, exclama:
¿A la margen del río tal concurso,
Qué significa, oh Virgen? ¿Qué pretenden
Estas almas aquí? ¿Por qué las unas
Se apartan de la orilla, mientras otras
Cortan las turbias olas con los remos?»—
—«Hijo de Anquises, de los dioses hijo:
Respóndele la anciana profetisa:
El profundo Cocito estás mirando
Y la Estigia laguna: por tal numen
Temen jurar los dioses inmortales,
Y si juran, faltar al juramento.
La multitud que ves ante tus ojos
Es toda gente pobre y no enterrada;
Caronte aquel barquero; los que surcan
La onda Estigia son los sepultados.
Nadie las negras aguas, ni la ronca

Biblioteca Nacional de España

Corriente pasar puede, sin que logre
A sus míseros huesos sepultura.
Andan cien años por la orilla errantes
Volando en derredor de la ribera,
Y admitidos después, cruzan al cabo
Las deseadas olas estancadas.»—
Párase al punto el noble hijo de Anquises,
Y sus pasos detiene, revolviendo
Ideas mil en su agitada mente,
Y su inicua fortuna lamentando.
Allí ve á Oronte, capitán un día
Del bajel de los Licios, ve á Leucaspis
Tristes por no gozar de sepultura;
Con él partieron de la infausta Troya,
Y el proceloso mar y el austro impío,
Las naves envolviendo y los varones,
Sus cuerpos sepultaron en las aguas.

Preséntase el piloto Palinuro,
Que al observar el curso de los astros
En el líbico mar, de la alta popa
Cayera ha poco, y pereció infelice
Entre las crespas ondas sumergido.
Luego que Eneas conoció en las sombras
Al amigo.—«¿Quién, dice, de los dioses
Te robó, Palinuro, á nuestros brazos,
Sumergiéndote en medio de las aguas?
Dilo en verdad, porque el divino Febo,
A quien nunca falaz hallé en mi vida,
Enga ióme tal vez en esto sólo.

Biblioteca Nacional de España

El me anunció que, salvo de los mares,
De Ausonia arribarías á los puertos.
¿Tan fieles sus promesas?»—«No el divino
Oráculo de Apolo te engañara,
Ilustre hijo de Anquises, le contesta;
Ni un dios me sumergió en las negras ondas;
Que asido al gobernalle cual piloto
Rigiendo el curso, despeñado ¡ay triste!
Al mar caí, conmigo arrebatando
El deshecho timón en la caída.

»Por los ásperos mares te lo juro:
Que no tanto por mí sentí la muerte,
Cuanto temiendo que la pobre nave,
De timón y piloto despojada,
Víctima fuese de las ondas fieras.
Tres largas noches por el vasto ponto
Las aguas me arrastraron y los vientos,
Y en las gigantes olas levantado,
A la primera luz del cuarto día
La Italia vi; nadando poco á poco
En tierra firme al fin senté la planta;
Mas al trepar ansioso por el monte
Los ásperos ramajes apresando,
Por el peso agoviado de las ropas
Empapadas del mar, horda salvaje
Feroz me embiste con crueles armas,
Creyéndome, ignorantes, rica presa.
Hora en poder me encuentro de las olas,
Juguete por las costas de los austros.

Biblioteca Nacional de España

»Así te pido por la luz alegre
Del cielo, y por las auras; por tu padre,
Por la esperanza de tu tierno Julo,
Sálvame de estos males, Jefe invicto,
O entiérrame, buscando, tú que puedes,
En los velinos puertos mi cadáver.
O si hay algún camino por la diosa
Tu excelsa madre á tí manifestado,
—Que no es creíble que tan grandes ríos
Oses pasar, y la laguna Estigia
Sin el poder y auxilio de los dioses—
Tiende tu diestra al triste sin fortuna,
Y llévame contigo por las ondas,
Y que descanse, al menos en la muerte,
En plácidas mansiones.»—

Así dijo,
Y tal comienza á hablar la profetisa.
—«¿De dónde, oh Palinuro, tu deseo,
Anhelo tan cruel? ¿Cómo insepulto
Las aguas has de ver del lago estigio,
Y las fieras corrientes de las Furias,
Y has de pisar la contrapuesta orilla
Sin el mandato de los dioses? Deja
De esperar doblegarlos con tus ruegos.
Escucha, y mis palabras nunca olvides,
Para consuelo de tu acerba suerte.
«Los pueblos comarcanos, las ciudades
En ancha zona en derredor, movidas
Del cielo por prodigios misteriosos,

Biblioteca Nacional de España

Tus huesos honrarán con sacrificios,
Y erigirán suntuosa sepultura,
Solemnes funerales celebrando;
Y toda la región eternamente
El nombre llevará de Palinuro.» —
Tales palabras el dolor ahuyentan
Del triste corazón, y la honda cuita,
Pensando que una tierra generosa
Se honrará con su nombre.

Y el camino
Prosiguen hacia el río comenzado.
Apenas desde el agua los divisa
Caminar por el bosque silencioso,
Sus pasos dirigiendo á la ribera,
Increpalos así rudo Caronte.
—«Quienquiera que tú seas, que á mi río
Armado te diriges, di al momento
A qué vienes, y aquí detén tu marcha.
Este el lugar de las eternas sombras,
Del sueño y de la noche; no á los vivos
Puede admitir la barca de la Estigia.
Ni me agradó pasar por este lago
A Alcides, y á Teséo y Piritóo,
Aunque ilustres varones invencibles,
Y aunque engendrados de los altos dioses:
Al custodio del Tártaro el primero
Ató en cadenas con su propia mano,
Y temblando arrancólo con violencia
Del sólio de Plutón; mientras los otros

Biblioteca Nacional de España

Sacar en su soberbia pretendieron
Del tálamo del rey á nuestra Diosa.»—

Y así en breves palabras le responde
De Anfriso la sagrada profetisa.
—«Ni tales asechanzas aquí existen,
Ni aquí se blande el enemigo acero.
No lo temas, y deja de inquietarte:
Que aterre el Cancerbero por el antro
A las almas del cuerpo separadas
Con su eterno ladrar, como es debido;
Justo es que la casta Proserpina
De Plutón los umbrales no abandone.
El teucro Eneas, en piedad insigne
Y en las guerreras armas, á las sombras
Hoy desciende del Tártaro profundo,
Para ver á su Padre: y si este ejemplo
De piedad señalada no te mueve,
Esta preciosa rama reconoce.»—
Y muestra al par el ramo que ocultaba
Bajo su veste; y del airado pecho
Templóse al punto el malhadado encono.
No más dijo: y admírase Caronte
De la rama fatal, dón venerable
Por él no visto en dilatado tiempo,
Y vuelve luego la cerúlea popa,
Y acércase á la orilla; arroja fuera
Las almas que á lo largo se asentaban
En el tendido banco del remero;
La entrada de la nave facilita,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Y en su seno recibe al grande Eneas;
La débil barca bajo el peso gime,
Por las grietas el agua penetrando.
Incólumes la túrbida corriente
Pasan el Jefe teucro y la Sibila,
Y en las ovas y el limo desembarcan;
Y el ingente Cerbero de tres bocas
Enorme recostado en su antro obscuro
El reino de Plutón ladrando atruena.
Viendo la diosa que del Can los cuellos
En ásperas serpientes se erizaban,
De plantas soporosas y de mieles
Preparado manjar le arroja al punto;
Abre el furioso Can su triple fauce,
Y con hambre rabiosa lo devora,
Y, desplomada su gigante mole,
En la tierra tendido el antro cubre.
Entra Eneas, dormido el Cancerbero,
Dejando yá la orilla de aquel río,
Que á nadie es dado atravesar dos veces.

Óyense luego en la primera entrada
Las voces y gemidos, y los lloros
De las almas de niños inocentes,
Que negro día arrebató inhumano
Del pecho de sus madres sin fortuna,
Y al fin, privados de la dulce vida,
A la parca cruel los entregara.
Van después los á muerte condenados
Por falso crimen; mas en este reino

Biblioteca Nacional de España

No sin juício ni sin juez penetran.
Minos, inquiridor, la urna agita,
El concilio convoca de las almas,
Y las vidas escruta y los delitos.
Siguen luego los tristes, que la muerte
Con propia mano sin razón se dieron
Cansados de vivir, y despreciaron
Así sus almas. ¡Ah! ¡cómo quisieran
Subir ahora á la región del éter
La pobreza á sufrir y los trabajos!
Los hados lo prohiben, y los ciñen
Las negras ondas, y con nueve giros
Enciérralos el lago de la Estigia.
No distantes de aquí por todas partes
Vense tendidos los *llorosos campos,*
Que tal nombre les dan, donde se ocultan
En sendas escondidas los que el fiero
Amor en sus crueldades consumiera,
Y una selva circúndalos de mirto:
No los deja el amor ni aun en la muerte.
Allí ve á Fedra y Procris, ve á Erifile
Mostrando con dolor la acerba herida
Por el puñal del hijo sanguinario,
Y á Evadne y Pasifáe; ve á Laodamia
Acompañada de la hermosa Cenis,
Antes gallardo joven, y hoy devuelta
A su sexo primero por los hados.

Vagaba entre ellas la fenicia Dido,
Reciente aún la herida, por umbrosa

Biblioteca Nacional de España

Extensa selva. Cuando el Jefe teucro
Conocióla, al pararse, entre las densas
Obscuras sombras, cual se ve la luna
Envuelta en nieblas, ó parece verse,
Al comenzar el mes, así prorrumpe
Con dulce amor y doloroso llanto:
—«¡Ay mi Dido infeliz! ¿Conque fué cierto
Que, por el duro hierro atravesada,
Extinguióse tu mísera existencia?
Yo fuí la causa de tu infausta muerte:
Por los astros lo juro y por los dioses;
Por la fe, si hay alguna, del Averno
Te juro, oh Reina, que forzado un día
Partí de tus dominios. Los mandatos
De los supremos dioses, que hoy me impelen
A caminar entre las negras sombras
Por hórridos y sucios lodazales,
Y en el profundo seno de la noche,
Me obligaron entonces con su imperio.
Nunca pude creer que mi partida
Tan inmenso dolor te produjese.
Detente un poco, y no de mi presencia
Tan rápida te apartes. ¿De quién huyes?
Son estas ¡ay! las últimas palabras,
Que hablar contigo me permite el hado.» —

Con tales dichos procuraba Eneas
Las penas mitigar de la infelice
Encendida en furor y en vivo encono,
Y en sus ojos las lágrimas brotaban.

Biblioteca Nacional de España

Ella, vuelta la faz, con torvo ceño,
Siempre los ojos en la tierra fijos,
Ni el rostro vuelve con razones tales,
Cual de mármol de Paros dura estátua;
Hasta que al fin veloz se precipita,
Y huye indignada por la umbrosa selva,
A do Siquéo, su primer esposo,
Con un amor igual sus cuitas calma.

Y herido Eneas del fatal suceso
Marcha llorando su funesta suerte
Y la partida de la triste amante,
Y el camino prosigue comenzado.
Yá los postreros campos ocupaba
Frecuentados por ínclitos guerreros:
Ve allí á Tidéo, que al encuentro sale,
Y en las armas insigne á Partenope,
Y del lívido Adrasto ve la sombra.
Aquí los teucros que en la dura guerra
Murieron, y que son asaz llorados,
Y sollozó al mirar tan larga fila.
Vió á Glauco y á Medón y Tersiloco,
Y á los tres hijos célebres de Antenor,
De Céres sacerdote á Polibetes,
Y á Idéo, que abrazaba todavía
Sus armas y su carro, y miles otros
Que de izquierda y derecha se acercaban,
Y de verle una vez aun no contentos,
En su marcha les place detenerle,
Y la causa inquirir de su venida.

Biblioteca Nacional de España

Mas cuando ven al Jefe de los teucros,
Y sus armas brillar entre las sombras
Los griegos campeones, las falanges
Del grande Agamenón, de miedo tiemblan:
Vuelven unos la espalda, cual medrosos
En Troya se acogieron á las naves,
Otros en baja voz tímidos hablan,
Muerto en sus labios el clamor primero.

Y ve al hijo de Príamo, Deifobo,
Su cuerpo crudamente lacerado,
Cortada la nariz de horrenda herida,
Y de heridas también el rostro lleno,
Las sienes, los oídos y ambas manos.
Apenas conociólo el teucro Jefe
Cubriendo sus heridas tembloroso,
Así le dice con amantes voces.
—«Oh Deifobo, guerrero armipotente,
Vástago insigne de la sangre teucra,
¿Quién tan cruel en tí cebó su saña?
¿Cómo osó con tal furia destrozarte?
La Fama dijo en la suprema noche
Que fatigado en la matanza horrible
Hecha á los griegos, sucumbiste al cabo
Sobre un montón de míseros despojos;
Yo mismo entonce en la retéa playa
Te alcé soberbio túmulo, y tres veces
A grandes voces invoqué tus manes;
Pero no pude verte, oh dulce amigo,
Ni enterrarte al partir en patrio suelo.»—

Biblioteca Nacional de España

—»Nada, oh amigo, de cumplir dejaste,
El noble hijo de Príamo contesta:
Con Deifobo y sus manes tus deberes
Llenaste fiel; mas inclemente el hado,
Y el crimen de la pérfida espartana
Me sumergieron en tan densos males.
Ella dejó de su maldad inicua
Tan triste monumento. Tú lo viste,
Y aun conviene por cierto recordarlo:
Cuando pasamos la suprema noche
Entre gozos falaces, cuando en Troya,
Por sus altas murallas penetrando,
Entró el fatal caballo, que en su seno
Ejércitos armados ocultaba,
Ella celebra, simulando coros,
Fiestas á Baco en borrascosa orgía
Con las troyanas en redor clamando;
Y en medio de ellas desde el alto alcázar
Traidora alzando la encendida tea,
Así llamaba al pérfido enemigo.

«Yo entonces intranquilo y soñoliento
Por los cuidados en el lecho estaba,
Y plácida quietud y sueño dulce
Semejante á la muerte allí embargóme.
Saca de mis moradas entre tanto
Todas las armas mi escogida esposa,
Y de mi lado hasta mi fiel espada,
Y con dolo y traición las puertas abre,
Y llama, é introduce á Meneláo.

Biblioteca Nacional de España

Creyó sin duda con tan gran presente
A su amante obsequiar, así la infamia
Borrar queriendo de su antiguo crimen.
¿Mas á qué te detengo? sobre el tálamo
Arrójase, y con él Ulises fiero,
Aquel Elóida, autor de mil maldades.
»¡Oh dioses! si con súplicas piadosas
Justo castigo alcanzo, haced que sufran
Tormento igual los pérfidos helenos.
¿Y á tí qué causas aun estando vivo,
Al lugar de los muertos te conducen?
Dilo, no tardes... ¿por las fieras ondas
Del mar y sus borrascas arrojado,
Ó por mandato de los altos dioses?
¿Ó qué suerte cruel así te obliga
A visitar las hórridas moradas
Sin sol, y el reino del eterno espanto?»—

Mientras hablaban, la rosada aurora
La mitad de su curso por la esfera,
Con sus caballos recorrió veloce
Y el tiempo concedido consumieron;
Mas su fiel compañera la Sibila
Así en breves palabras le amonesta.
—»Avanza, Eneas, rápida la noche,
Y las horas pasamos en lamentos.
Divídese aquí en dos este camino;
Parte el de la derecha hacia el alcázar
Del gran Plutón y á los Elíseos campos;
Y conduce al lugar el de la izquierda,

Biblioteca Nacional de España

Do sufren los malvados su castigo,
Y al Tártaro profundo.»—Tal hablaba,
Y así Deifobo.—«¡Oh gran Sacerdotisa!
No te enojes; que yo torno de nuevo
Al reino de las sombras espantoso
Hasta cumplir el tiempo señalado.
Y tú marcha feliz, oh gloria nuestra,
Con hados más propicios.»—Así dice,
Y parte retirándose al momento.

Mira Eneas de súbito, y observa
A la izquierda y al pie de una alta roca
Extensa fortaleza circundada
De triple muro, á la que cerca en torno
Con sus voraces llamas encendidas
El tartáreo Flegéton estrellando
Su corriente en las peñas resonantes;
Grandiosa puerta enfrente con columnas
De sólido diamante, que ni humanas,
Ni aun las divinas fuerzas, con el hierro
Pueden romper. A los etéreos astros
Férrea torre se eleva por los aires;
Allí sentada y vigilante siempre
La feroz Tisifone noche y día,
Cubierta con su manto ensangrentado,
Guarda celosa la primera entrada.
Óyense allí gemidos espantosos,
Y el cruel resonar de los azotes,
Y el ruido de hierros estridente
Y arrastradas cadenas. Aterrado

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Del estrépito aquel párase Eneas,
Y--«Dime, exclama, oh diosa, ¿qué tormentos
Y á qué clase de crímenes se imponen?
¿Qué lloro es éste que á las auras sube?»—
Y así la profetisa le contesta.
—«¡Oh caudillo preclaro de los teucros!
En la horrenda mansión de los precitos
No es dado penetrar á ningún justo;
Mas cuando á mí los infernales bosques
Presidir me ordenara Proserpina,
Élla las penas me mostró del Orco,
Por todos los tormentos me condujo.

»Radamanto de Creta el cetro rige
De estos reinos durísimos, y escucha
Los delitos y recto los castiga,
Y obliga á confesar á los malvados
Las culpas en el mundo perpetradas,
Y que ocultaron con maligna astucia,
Y que expiar ¡oh necios! dilataron
Hasta el momento de tardía muerte.
Empuña luego el sanguinario azote
La cruel Tisifone vengadora,
Y con él los verbera, y los insulta;
Y á la vez los acosa con las fieras
Serpientes formidables en su mano,
Y de las furias la legión convoca.
»Ábrense entonces las sagradas puertas
Con horrísono estruendo rechinando:
Vieras qué guarda en el umbral primero,

Biblioteca Nacional de España

Cuál la faz que el vestíbulo custodia.
Dentro su asiento tiene la deforme
Hidra feroz con sus cincuenta fauces.
Allí el Tártaro se abre hacia el abismo
Dos veces lo que dista el elevado
Celeste Olimpo de la vista humana.
Aquí la raza antigua de Titanes,
Primeros hijos de la madre tierra,
Por el rayo de Júpiter lanzados,
En el profundo abismo se retuercen.
Aquí de los Alóidas los gigantes
Enormes cuerpos vi, que al cielo mismo
Acometer osaron, con sus manos
Queriendo abrirlo, y al potente Jove
Derrocar de sus reinos celestiales.

»Vi sufriendo el castigo á Salmonéo,
Que de Jove los rayos imitara,
Y los horribles truenos del Olimpo:
Él por la Grecia y la ciudad de Elis
Llevado en ovación iba exigiendo
Para sí los honores de los dioses,
Las fulgentes antorchas agitando,
En su triunfal carroza, que arrastraban
Cuatro corceles bravos espumosos.
El rugido fingió de la tormenta,
Y del rayo el fulgor inimitable,
Hiriendo sus caballos duras planchas
De limpio acero con el córneo casco.
Mas envuelto entre nubes tenebrosas

Biblioteca Nacional de España

El Padre Omnipotente, el dardo lanza
Sin luces y sin hachas humeantes,
Y lo despeña en torbellino horrendo.
«Era de ver á Ticio, de la tierra
Madre común alumno, que cubría
Nueve yugadas con su cuerpo enorme.
Horrendo buitre con el corvo pico
Su hígado inmortal devora fiero,
Y las entrañas, que á la par renacen
Para eterno sufrir inextinguible;
En lo profundo de su pecho mora
Sin dar descanso á las nacientes fibras,
Royendo siempre su manjar perpetuo.

«¿Y qué si á los Lapitas te narrara,
De Ixión el tormento y Piritóo?
Sobre ellos de continuo amenazando
Enorme peña descolgada pende,
Yá, yá para caer, y tras de ella
Otra igual desprendida la amenaza.
En mesa de oro y deliciosos lechos
Y con regio esplendor ricos manjares
Ante su vista preparados tienen;
Mas de las furias la mayor hermana
Junto se asienta, y furibunda impide
Tocar á las viandas con las manos;
Y álzase con la tea abrasadora,
Y con su voz de trueno los increpa.
»Aquí los que en la vida aborrecieron
A sus propios hermanos, ó á sus padres

Biblioteca Nacional de España

Con pérfidas entrañas maltrataron;
Los que en fraude envolvieron al cliente,
Los que encerraron, duros egoístas,
Como en oculto nido sus tesoros,
Sin dar avaros á los suyos parte:
De gente tal innúmera caterva.
Los á muerte damnados por adúlteros,
Los que guerras injustas emprendieron,
Los que la fe jurada quebrantando
Cometieron traición á sus señores:
Todos esperan el fatal castigo.

»No el género de penas me preguntes,
Ni cuál la causa de su acerba suerte.
Vuelcan los unos gigantesco risco,
Colgados otros en movibles ruedas
Giran veloces en atroz tormento;
El infeliz Teséo está sentado,
Y allí estará sentado eternamente.
El misérrimo Flégias por las sombras
A todos amonesta á grandes voces:
—«Aprended enseñados la justicia,
Y á no menospreciar á las deidades.»—
Este vendió á su patria por el oro,
A un tirano entregándola potente,
Y derogar la ley á precio puso,
Y otras nuevas dictar; esotro impío
El tálamo invadiera de su hija,
Y celebró vedados himenéos.
Todos horrendo crimen perpetraron,

Biblioteca Nacional de España

De su osadía por gozar el fruto.
»Si cien bocas tuviese, si cien lenguas
Y voz de hierro, ni aun así las clases
Narrar podría de maldad y crimen,
Y de las penas infinitos nombres.»—
Tal dijo, y añadió la profetisa:
—«Marcha pues, y prosigue tu camino,
Y tu sagrado compromiso cumple;
El paso aceleremos. Las murallas
Viendo estoy, que en sus fraguas encendidas
Labraron los cíclopes, y las puertas
En el arco de enfrente, do debemos
El ramo presentar según las leyes.»—
Dijo, y caminan por sombrías calles,
El espacio que media atravesando,
Y llegan á las puertas deseadas,
Y el pórtico ocupando el padre Eneas,
Su cuerpo roció con agua pura,
Y el ramo fija en el umbral frontero.

Todo acabado, y á la augusta diosa,
Ofrecido yá el don, á los alegres
Lugares y jardines deleitosos,
Y á las selvas y bosques fortunados,
Y felices moradas se dirigen.
Allí más puro el éter con su lumbre
De púrpura y de luz el campo inunda
Con otro vivo sol y nuevos astros.
En la palestra, que la grama alfombra,
Los unos en los juegos se ejercitan,

Biblioteca Nacional de España

Ó ya luchando en la rojiza arena;
Otros en coros danzan, ó repiten
Cánticos dulces; con su luenga veste
El tracio Orfeo, sacerdote y vate,
Canta, y al par acorde con los dedos,
Ó con el plectro de marfil sonoro,
Las siete cuerdas de su lira pulsa.

Aquí de Teucro el ínclito linaje,
Su prole antigua, hermosa descendencia,
Los magnánimos héroes, en mejores
Tiempos nacidos, el ilustre Asáraco,
Ilo inmortal, y Dárdano, de Troya
Egregio fundador. Admira lejos
Armas y carros de varones fuertes
Abandonados yá; y están clavadas
Las lanzas en la tierra, y por los campos
Paciendo acá y allá sueltos bridones.
Los que en la vida de armas y carrozas
Amantes fueron, ó en criar gozaron
Regalados corceles, hoy sumidos
De la tierra en el seno se recrean
Con los mismos amores y delicias.
Por la hierba dispersos en festines
Ve á izquierda y á derecha alegres coros,
En oloroso bosque de laureles,
Cantando himnos en honor de Febo;
De donde arranca en presuroso curso
Erídano potente caudaloso,
Y arrebatado corre por la selva.

Biblioteca Nacional de España

Allí el noble escuadrón de los que heridas
Luchando por la patria recibieron;
Allí los sacerdotes que guardaron
Perpetua castidad; allí los vates
Dignos de Apolo, intérpretes divinos;
Allí los que en las artes y las ciencias
Cultivaron inventos portentosos,
Y los que haciendo el bien lograron justos
Arrancar al olvido su memoria;
Erguidas llevan sus benditas frentes
Y con ínfulas cándidas ceñidas.

Reunidos habla la Sibila á todos
Y en especial al ínclito Muséo,
Que de innúmera turba rodeado,
Sobre los hombros de los más descuella.
—«Decid, almas felices, y tú, augusto
Insigne vate, ¿en qué regiones mora,
Ó en qué lugar habita el padre Anquises?
Por él aquí venimos, y por verle
Los ríos del Erebo atravesamos»—
Y el héroe tal respuesta le dirige.
—«No hay para nadie aquí morada fija,
Pues habitamos los umbrosos bosques,
Y son los frescos prados y riberas
Al pie de las corrientes nuestros lechos;
Mas si tal voluntad abriga el alma,
Salvad este collado, que yo mismo
De marcha fácil os pondré en la senda.»—
Dice, y delante avanza, y de la cima

Biblioteca Nacional de España

Muéstrales campos verdes y brillantes,
Y descienden, la cumbre abandonando.

Un valle extenso de verdor perenne
Recorre con amor el padre Anquises,
Y las almas visita, que en su tiempo
A la suprema luz irán un día;
El número contaba de los suyos,
Y su cara é ilustre descendencia,
Los hados, las costumbres, las fortunas,
Y gloriosas hazañas de sus héroes.
Luego que vió por la tendida grama
Dirigirse hacia él al noble Eneas,
Alza alegre sus palmas á los cielos,
Y en lágrimas bañadas las mejillas,
Así prorrumpe en voces cariñosas.
—«Llegaste al fin, y tu piedad probada
En favor de tu padre, oh hijo amado,
Venció el duro camino á estas regiones.
¿Conque me es concedido ver tu rostro,
Y oirte, y responder á tus palabras?
Tal lo esperé con ánimo anhelante,
Contando ansioso sin cesar los días,
Y no quedó burlado mi deseo.
Yo te recibo, pero ¡cuántas tierras
Has cruzado, hijo mío, y cuántos mares,
Y cuán rudos peligros soportado!
¡Cómo temí por tu futura suerte!
¡Cómo temí que daños encontraras
En los líbicos reinos.»—Y él contesta:

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

—«Tu imagen fiel, tu imagen, padre mío,
Que tantas veces se ofreció á mi vista,
Obligóme á venir á estas moradas;
Están mis naves en el mar tirreno;
Concédeme estrechar, padre, tu diestra,
Y no te niegues á mis dulces brazos.»—
Dice, y el rostro con su llanto inunda:
Tres veces se esforzó por abrazarle;
Tres veces se escapó su imagen vana,
Como sueño fugaz, cual aura leve.
Ve Eneas entre tanto en valle oculto
Un bosque retirado y silencioso
De alegre selva y susurrantes ramas,
Y baña allí con límpida corriente
El Letéo las plácidas mansiones,
Y vuelan en redor gentes y pueblos;
Cual en los prados en sereno estío
Se posan en la flores las abejas,
Por los cándidos lirios desparcidas,
Y resuena en los campos el murmullo.

Horrorízase Eneas de repente,
Y las causas pregunta en su ignorancia;
Cuáles fuesen los ríos; qué varones
En tan inmensa multitud cubrían
Las riberas dichosas.—«Son las almas,
Responde el padre Anquises, que aquí esperan
Otros cuerpos por orden de los hados,
Y en las corrientes liban del Letéo
Licor de dichas y perpetuo olvido;

Biblioteca Nacional de España

Tiempo há que anhelaba ante tus ojos
Mostrarlas en verdad, y referirte
De los míos la prole numerosa,
Para que más aún goces conmigo
Cuando poseas la encontrada Italia.»—
—«¿Y es, oh padre, creíble, le contesta,
Que algunas almas á los cielos suban
En vuelo raudo, y que desciendan luego
De los pesados cuerpos á la cárcel?
¿Qué anhelo tan cruel las atormenta
Por la mísera vida?»—«Todo, oh hijo,
Declararte sabré, calmar tus ansias.»—
Y sigue hablando Anquises, y por orden
Así le explica los misterios todos.

—»Desde el principio al cielo y á la tierra
Y líquidas llanuras de los mares,
Al globo de la luna esplendoroso,
Y á los gigantes astros da la vida
Espíritu eternal, que dentro alienta,
Alma del mundo que la inmensa mole
Y el cuerpo colosal del universo
Agita, por sus miembros derramada.
De aquí el humano ser tiene su origen,
Los brutos de los campos y las aves,
Y los monstruos, que encierra en sus marmóreas
Corrientes limpias el inmenso ponto.
De aquí reciben el vigor ardiente
Y el germen celestial de nuevas vidas,
Si los miembros terrenos y mortales

Biblioteca Nacional de España

Y los dañados cuerpos no lo impiden.
De aquí nace el temor, de aquí el deseo,
De aquí el placer y los dolores nacen;
Y ni se fijan en la luz celeste
Las almas en su cárcel tenebrosa,
Y aunque abandonen el supremo día
La vida miserable, no del todo
Los males dejan de los torpes cuerpos,
Que mil miserias arraigadas crecen,
Y en ellas viven por extraños modos,
Por su unión con aquellos dilatada.

«Así las penas sufren, así expían
Con los castigos sus antiguas culpas:
Suspensas unas en el aire leve,
Borran otras las manchas del pecado
Con aguas á torrentes ó con fuego;
Todos sufrimos merecidas penas,
Y enviados después al amplio Elíseo,
Gozamos pocos los alegres campos;
Hasta que yá corrido el largo tiempo,
Y el término llegado de la cuenta,
La mancha extinta, á su pureza torna
El alma celestial purificada,
Cual limpio fuego, como el aura simple;
Y al expirar mil años en su curso,
En escuadrón innúmero apiñado
Las lleva un dios al plácido Letéo,
Para que olviden del pasado mundo
Las míseras desgracias soportadas,

Biblioteca Nacional de España

Y el anhelo vehemente nazca en ellas
De volver á la carcel de los cuerpos.»—

Dijo Anquises, y al hijo y la Sibila
En medio del concurso los conduce
De la ruidosa turba de las almas;
Y asciende á una colina, desde donde
En larga hilera distinguir pudiese,
Y conocer los rostros que se acercan.
—«Atiende, oh hijo, que la gloria insigne
Que ha de seguir á la dardania prole,
Con mis palabras declararte quiero;
La ilustre descendencia generosa
De la itálica gente, las excelsas
Almas, que honra darán á nuestro nombre,
Y tu nueva fortuna revelarte.
»¿Ves aquel joven que por suerte ocupa,
Apoyado en el asta, el más cercano
Lugar junto á la vida? será Silvio,
Saldrá el primero á las etéreas auras;
Engendrado será de ítala sangre,
Póstuma prole tuya, nombre albano,
Á quien Lavinia, tu futura esposa,
Daráte á luz en escondida selva,
Al expirar tus postrimeros años;
Rey de los bosques y de reyes padre,
Por quien la raza ilustre de los teucros
En Albalonga reinará potente.
»Mira cerca de él al noble Procas
Gloria y honor de la troyana estirpe,

Biblioteca Nacional de España

Á Capis, Numitor, y á Silvio Eneas,
Tu nombre mismo, como tú en las armas
Y como tú por la piedad egregio,
Si alguna vez impera en Albalonga.
»Mira cuántos mancebos ostentando
Fuerzas viriles, y las altas frentes
Con la cívica encina coronadas:
Ellos á Gabia fundarán un día,
Y á Nomento y Fidena, y en los montes
Levantarán los muros Colatinos,
Por el casto pudor asaz gloriosos,
Y á Pomecia, y á Castro, y Bole y Cora
Nombre darán, parajes hoy sin nombre.

»Contempla allí también al grande Rómulo,
Hijo de Ilia y del potente Marte,
De la sangre de Asáraco nacido,
Compañero en el trono de su abuelo:
¿No ves sobre su yelmo refulgente,
Cual noble signo de inmortal grandeza,
Doble penacho, con que Jove augusto,
El padre de los dioses, lo distingue?
Mira á la excelsa Roma prepotente,
Cuyo imperio, merced á sus auspicios,
Ha de igualar á la extensión del orbe,
Y al Olimpo sus almas en alteza,
Y feliz por sus hijos ella sola
Con muros cercará siete collados;
Cual la madre fecunda Berecintia,
Por el parto gozosa de los dioses,

Biblioteca Nacional de España

Recorre de la Frigia las ciudades
En su carro, de torres coronada,
Cien nietos abrazando, dioses todos
Y moradores todos del Olimpo.
»Vuelve tus ojos hora hacia esta parte,
Y á tu nación, á tus romanos mira.
Este es César, y aquí la ilustre estirpe
De Julo que debajo de los ejes,
Ha de nacer, de la extendida esfera.
Es este aquel varón, varón excelso
A tí por tantas veces prometido,
Hijo de un dios, el grande Augusto César:
Èl los dorados siglos en el Lacio
Restaurará donde reinó Saturno,
Y á las tierras del Indo y Garamanta
Dilatará su poderoso imperio.

»Una región existe que se extiende
Fuera del curso de los bellos astros
Y del giro del sol, donde el Atlante
Sustenta el alto cielo con sus hombros
Tachonado de fúlgidas estrellas.
Al anunciar los dioses su venida,
Llénanse de terror los caspios reinos
Y la región Meocia, y se conturban
Las siete bocas del gigante Nilo.
Ni tierras tantas recorriera Alcides,
Aunque matara á la terrible cierva
De pies de bronce, y de pavor librara
Los temerosos bosques de Erimanto,

Biblioteca Nacional de España

Y con su arco estremecer hiciera
De la Lérnea laguna los confines;
Ni Baco triunfador cuando desciende
Del collado de Nisa gigantesco
En su carroza, que los tigres llevan
Por las riendas de pámpanos regidos.
¿Y con heroicos hechos nuestra gloria
Extender dudaremos por el orbe?
¿Y temerás aún con torpe miedo
Fundar tu reino en la región Ausonia?
»¿Quién es aquel de oliva coronado,
Que ofrendas sacras con piedad conduce?
En sus blancos cabellos y su barba
Al rey romano insigne reconozco,
El primero que á Roma dará leyes;
De pobre patria, de la humilde Cures
Alzado un día á dilatado imperio.
Tras él va Tulo, que la paz ociosa
Romperá de la patria, y á la guerra
Moverá los pacíficos varones,
Ejércitos armando poderosos,
Del triunfo yá olvidados y la gloria.
Síguelo cerca el arrogante Anco,
Del aura y los aplausos populares
Aun aquí codicioso hasta el exceso.

»¿Quieres ver hora á los Tarquinios reyes,
De Bruto vengador el alma fiera
Y los haces al fin recuperados?
El el primero gozará de cónsul

Biblioteca Nacional de España

Alto el poder y la segur terrible,
Y á sus hijos, que mueven nuevas guerras,
Él, de la hermosa libertad amante,
Padre infeliz condenará á la muerte.
Sus hechos juzguen como estimen justo
Los siglos venideros: de la patria
El generoso amor domina siempre,
Y de la gloria la ambición inmensa.
Mira á los Decios y á los nobles Drusos,
Cruel con la segur mira á Torcuato,
Y al gran Camilo, vencedor excelso,
Que salvará de Roma las banderas.

»Aquellas dos que ves almas concordes
Brillar aquí con sus iguales armas,
Mientras en sombras de la noche moran,
¡Qué guerras ¡ay! levantarán un tiempo,
Si llegan á tocar la luz ansiada!
¡Cuán fieras entre sí contrarias huestes!
¡Cuánto estrago cruel, cuánta ruina!
De las cumbres desciende de los Alpes
El suegro, y del alcázar de Monaco,
Y con fuerzas de Oriente armado el yerno.
¡Oh hijos! no entreguéis las nobles almas
A tan funestas guerras, no sañudos,
No de la madre patria contra el pecho
Revolváis vuestras armas poderosas;
Tú el primero desiste, tú que tienes
Del sacro Olimpo tu linaje augusto;
Arroja de tus manos, hijo mío,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

El arma parricida.--Aquel insigne
Vencedor de Corinto y los Aqueos
Al alto Capitolio coronado
Subirá en su carroza victorioso.
Aquel de Argos triunfará y Micenas,
Reino de Agamenón, del mismo Pirro,
Hijo feroz del inhumano Aquiles,
Así vengando á los troyanos padres
Y de Minerva el profanado templo.

»¿Y quién no hará de tí mención honrosa,
Oh gran Catón, ni de tu gloria, oh Coso,
Ni del linaje del ilustre Graco,
Y los dos Escipiones, de la Libia
Terror y estrago, y rayos de la guerra?
¿Quién no honrará á Fabricio tan excelso
En su pobreza misma, y á Serrano,
Que el grano siembra en los labrados surcos?
«¿Y adónde arrebatáis, Fabios, mi mente?
Aun yá cansado, mi entusiasmo os rindo.
Tú eres, Máximo, aquél, que solo sabe
Por la prudencia conservar la patria.
Otros harán que aliente el mismo bronce,
Y rostros vivos sacarán del mármol;
Oradores serán más elocuentes
Otros también, y el giro de los orbes
Y de los astros marcarán el curso;
Mas tú, Romano, regirás los pueblos
Con inmenso poder; serán tus artes
Establecer la paz, á los vencidos

Biblioteca Nacional de España

Perdonar, y rendir á los soberbios.»—
Tal habla Anquises, y prosigue al punto,
Admirados el hijo y la Sibila.
—«Mira á Marcelo insigne y señalado
Por el rico botín de la victoria,
Cuál sobre todos vencedor descuella.
Con sus corceles calmará el tumulto
Que turbe un día la nación romana;
Al Peno postrará y al Galo fiero,
Y las terceras armas yá rendidas
En honor colgará del gran Quirino.»—

Y esto diciendo le interrumpe Eneas,
Al ver marchar con arrogante forma,
Mancebo augusto y con brillantes armas,
Mas nada alegre el rostro, y en la tierra
Sus ojos fijos.—«¿Quién, pregunta, oh padre,
Quién es aquel que con semblante triste
Sigue de cerca al triunfador glorioso?
¿Es acaso hijo suyo? ¿Por ventura
Es algún nieto de mi estirpe ilustre?
¡Qué multitud ruidosa le acompaña!
¡Cuán parecido el noble continente!
Mas negra noche envuelve su cabeza,
Con triste sombra en derredor volando.»—
Entonce el padre Anquises con gemidos,
Brotándole las lágrimas, responde:
—«No inquieras, hijo mío, las desgracias
Y el llanto de los tuyos. Á éste sólo
Le mostrarán los hados á las tierras,

Biblioteca Nacional de España

Y no permitirán que vuelva á verse.
¿Os pareció potente en demasía,
Oh sacros dioses, la nación romana,
Si tal merced perpetua disfrutase?
¡Qué llanto arrancará de los varones
Aquel campo de Marte junto á Roma!
¡Y tú, Tiber, qué fúnebres exequias
No has de ver al pasar cabe su tumba!
Ni habrá mancebo de la teucra gente
Que levante cual él en esperanza
De sus padres latinos la alta gloria;
Ni en tiempo alguno la romana tierra
De un hijo igual se ufanará con gozo.
¡Oh piedad! ¡noble fe! ¡oh en las batallas
Invicta diestra! Ni saldría impune
Si osara alguno acometerle armado,
Ni cuando á pie abordara al enemigo,
Ni cuando hiriera con potente esfuerzo
Del caballo espumoso los hijares.
¡Oh infortunado joven! si rompieses
De los funestos hados los decretos,
Tú Marcelo serás.—Á manos llenas
Lirios traed, y en dones abundantes
Esparciré en su honor purpúreas flores,
Y con tales ofrendas, aunque vanas,
Honraré la memoria de mi nieto.»—

Tal la región entera recorrían
Por los aéreos dilatados campos,
Y todo por doquier lo examinaban.

Biblioteca Nacional de España

Y cuando Anquises reveló á su hijo
Los lugares, sucesos y varones,
Y en su pecho encendió la llama ardiente
Del noble amor á la futura gloria,
Anúnciale las guerras venideras,
Los pueblos de Laurento, de Latino
La famosa ciudad, los varios modos
De evitar ó sufrir los infortunios.
Dos puertas hay en el confín del Sueño,
De cuerno la primera, según fama,
Pasan por ella las visiones ciertas;
La otra brillante de marfil bruñido,
Por la que envían los profundos Manes
Al aura libre los ensueños falsos.
Tal Anquises hablando caminaba
Con el ilustre hijo y la Sibila,
Y por la ebúrnea puerta los despide.
Marcha con dirección el noble Eneas
A las naves, preséntase á los teucros,
Y por la recta costa el mar surcando
Al puerto de Cayeta se dirige;
Las anclas echan de las altas proras,
Y las popas al fin la playa cubren.

Biblioteca Nacional de España

LIBRO SEPTIMO

Tú también, oh Cayeta, fiel nodriza
Del claro Eneas, sempiterna fama
Diste al morir á nuestras nobles costas;
Y tus huesos conserva tu sepulcro,
Y tu nombre y honor la grande Hesperia,
Si es tal honor acaso gloria alguna.
Cumplidas las exequias según rito,
Yá el túmulo de tierra levantado,
Y tranquilas del piélago las ondas,
Tiende el velamen el piadoso Eneas
Y zarpa de la playa. Favorable
Sopla en la noche el apacible viento,
Y no niega su luz la blanca luna,
Y brilla á su esplendor temblando el ponto;
Rozan las naves las vecinas costas
De la tierra de Circe, do opulenta

Biblioteca Nacional de España

La hija del sol con su perenne canto
Hace sonar los inaccesos bosques;
Y para luz nocturna en su admirable
Palacio enciende el oloroso cedro,
Tejiendo con el peine ricas telas.

Óyense allí gemidos, y el furioso
Rugir de leones fieros, reluchando
Entre cadenas en la media noche,
Y erizados cerdosos jabalíes,
Y osos enfurecidos en sus jaulas,
Y con horrendo aullar enormes lobos;
Hombres que Circe, la maligna diosa,
Con hierbas poderosas convirtiera
En cuerpo y rostro de animales fieros;
Para evitar que los troyanos píos
A tan crueles playas arribasen,
Y de fiereza tal víctimas fuesen,
El dios Neptuno las tendidas velas
Hinchó con vientos prósperos, la fuga
Les otorgó propicio, y los condujo
Fuera del golfo de fervientes vados.
Yá con los rayos de dorada lumbre
Brillaba el mar, y la rosada aurora
En su carroza de carmín y güalda
Del cielo fulguraba en las alturas,
Cuando callan las auras de repente,
Y el viento cesa, y del tranquilo ponto
Rompen las aguas luchadores remos.
Y ve desde alta mar entonce Eneas

Biblioteca Nacional de España

Un bosque inmenso, por el cual el Tiber
En deliciosa y rápida corriente
Al ponto corre entre rojiza arena.
De la ribera grata moradoras,
Diversas aves en redor del río,
Y por encima de la extensa orilla,
Volando acá y allá por todo el bosque,
Los cielos alegraban con su canto.
Manda el rumbo torcer, y hacia la costa
Las proras dirigir, y yá gozoso
Abrigo busca en el umbroso Tiber.

Inspírame, oh Erato, y á tu influjo
Del Lacio antiguo narraré la historia,
Sus reyes, y los usos y costumbres,
Cuándo su flota por la vez primera
Hizo arribar á las ausonias playas
Ejército extranjero; y el origen
De la primera guerra y sus principios.
Tú, diosa, al vate bondadosa inspira:
Yo narraré las guerras espantosas,
Narraré los ejércitos, los reyes
A las matanzas con ardor lanzados,
Y las tirrenas huestes, y la Hesperia
Lanzada toda á las feroces armas.
Orden mayor de cosas y sucesos
Preséntase á mi vista, y más difícil
Y grande empresa acometer me es dado.
Feraces campos, plácidas ciudades
Anciano yá con su poder mandaba

Biblioteca Nacional de España

En dilatada paz el rey Latino;
Él de Fauno engendrado y de Marica,
Esclarecida ninfa de Laurento;
Pico, padre de Fauno, á tí Saturno,
Como padre también te reconoce;
Tú el primer fundador de su linaje:
Ningún hijo varón Latino tuvo,
Por voluntad expresa de los númenes;
Uno murió al nacer, en tierna infancia:
Una hija sola espléndido el palacio
Ocupaba y estancias suntuosas,
Apta mujer para tener marido,
Y por su edad para las bodas apta;
De muchos por el Lacio pretendida
Y dilatada Ausonia; y más que todos
Arrogante pidióla el noble Turno,
Por su ilustre ascendencia prepotente,
A quien la reina con amor ansiaba
Unir á su linaje, como yerno;
Mas lo impiden portentos horrorosos
De los augustos dioses.

Un sagrado
Laurel frondoso en interior recinto
La piedad conservó de los mayores
Por muchos años; árbol misterioso,
Que al fundar las primeras fortalezas
Allí encontró Latino, según fama,
Y consagróle á Apolo, y de su nombre
A la nueva ciudad llamó Laurento.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

De abejas denso prodigioso enjambre
Con zumbido estridente atravesando
El éter espacioso, la alta copa
Ocupó del laurel, y cual racimo,
Unas con otras por los pies trabadas,
De una frondosa rama asidas penden.
Exclama un vate al punto.—«Hacia estas costas
Un extraño varón venir se observa;
De aquella región misma armada gente
También hacia esta tierra se dirige,
A dominar en el supremo alcázar.»—

Cuando otra vez al lado de su padre
Teas enciende en el altar sagrado
La doncella Lavinia ¡caso horrible!
Vese prender el fuego de repente
En sus largos cabellos, y la llama
Todo el ornato chisporreando quema,
Y arden el regio velo y la corona
Insigne por su rica pedrería;
Y en humo envuelta y llamas devorantes,
El fuego abrasador doquiera cunde,
Incendiando el palacio hasta los techos.
¡Caso horrendo, y al par maravilloso!
Que presagiando su futura gloria
Por sus hechos ilustre, horrible guerra
Anunciaba también para su pueblo.
El rey por los prodigios aterrado
Solícito al oráculo se acoge
Del fatídico Fauno, su alto padre,

Biblioteca Nacional de España

Y á consultar acude presuroso
Los sacros bosques de la Albúnea selva,
De todas la mayor, en la que mana
La sacra fuente sonorosa, umbría,
Que mefítico olor exhala en torno.
De aquí el consejo y las respuestas piden
Las itálicas gentes en sus dudas,
Y la Enotria región.

Cuando los dones
Viene á ofrecer el Sacerdote sacro,
Y en la callada noche se reclina
Sobre el vellón de las tendidas pieles
De ovejas inmoladas, y procura
Los sueños misteriosos, mil visiones
Observa revolando prodigiosas,
Y escucha voces varias, y el coloquio
Disfruta de los dioses, conversando
Con las profundas sombras del Averno.
Aquí entonces el padre y rey Latino
Pidiendo á los oráculos respuesta,
Él mismo, según rito venerado,
Cien lanudas ovejas sacrifica.
Cuando dormido recostado yace
Sobre el vellón de las tendidas pieles,
Tal voz se escucha del profundo bosque.
—«No las latinas bodas, hijo mío,
Pidas para tu hija, ni confíes
En el tálamo augusto preparado.
Vendrá un yerno extranjero, que tu nombre

Biblioteca Nacional de España

Alzará hasta los astros con su sangre;
De un mar al otro mar cuanto en su curso
Ve el sol desde el Oriente hasta el Ocaso
Verán sus descendientes sometido,
Y su imperio regir bajo sus plantas.»—

No la respuesta que le diera Fauno
En la callada noche y los consejos,
En sus labios reprime el rey Latino;
Mas, volando la fama en ancha zona,
Los lleva por las ítalas ciudades.
Cuando la teucra juventud ataba
Las naves al peñón de la ribera,
Eneas y los jefes más insignes
Y el bello Julo bajo extensas ramas
De un árbol gigantesco recostados
Disponen los manjares; por el suelo
Tortas colocan de preciado trigo,
Debajo de las viandas, como mesas
De ricos cereales (porque Jove
Tal lo ordenara) y á la par añaden
Frutas silvestres. Consumidos luego
Los manjares selectos preparados,
La escasez de viandas les obliga
A acometer á los exiguos panes,
Y con manos y dientes atrevidos
A devorar en torno el pan funesto
Sin perdonar las tortas extendidas.
—«Hasta las mesas mismas devoramos»,—
Exclama Julo, y nada más añade.

Biblioteca Nacional de España

Esta la voz primera, que á los teucros
El fin de los trabajos anunciara.
Oyóla de los labios de su hijo
El padre Eneas, y al poder del numen
Prorrumpe con asombro.—«Salve, oh tierra,
Por decreto del hado á mí debida;
Y vosotros también, fieles Penates,
De la perdida Troya protectores;
Aquí nuestra mansión, esta es la patria.
Mi padre Anquises (lo recuerdo ahora)
Tales secretos me anunció del hado.
—«Cuando arribares, hijo, me decía,
A playa ignota, y te obligara el hambre,
Después de los manjares consumidos,
A devorar las mesas, ten presente
Que allí cansado encontrarás tu patria,
Y funda allí nuestra ciudad primera,
Sus casas, y sus fuertes y sus muros.»—
»Esta es aquel hambre; tal suceso
Pondrá término al fin á las desgracias.
Ánimo, pues, y llenos de alborozo
A la primera luz del sol naciente,
Qué lugares, qué hombres los habiten,
Qué ciudad y qué gentes, inquiramos,
Partiendo á varias partes desde el puerto.
Libad las copas en honor de Jove,
Con preces invocad al padre Anquises,
Y reponed los vinos en las mesas.»—
Y tal diciendo de frondosa rama
Ciñe sus sienes; del lugar al Genio,

Biblioteca Nacional de España

Y á la primera Tierra de los dioses,
Y á las Ninfas también, y aún á los ríos,
Hasta entonces ignotos, imploraba:
È invocaba á la Noche, y las brillantes
Lumbreras de la Noche precursoras,
Y á Júpiter del Ida, y á Cibeles,
La madre Berecintia, y á sus padres
Del Cielo y del Erebo moradores.
El padre de los dioses por tres veces
Tronó en el alto cielo despejado,
E hiriendo con su mano poderosa,
Ardiente nube desde el éter muestra
Con ráfagas de luz y rayos de oro.

Grato rumor entonces de repente
Por las troyanas huestes se difunde,
De haber llegado el venturoso instante
De fundar la ciudad asaz debida.
A porfía disponen las viandas,
Y alegres todos por el gran augurio
Las copas llenan de preciados vinos
De flores coronadas. Cuando inunda
Las tierras con su luz el nuevo día,
Exploran la región doquier dispersos,
La ciudad, los confines y las costas
De la nueva nación. Allí la fuente
Encuentran del Numico; allí está el Tíber,
Y los fuertes latinos allí habitan.
Cien legados Eneas escogidos
De entre la noble multitud troyana,

Biblioteca Nacional de España

Con la oliva de Palas coronados,
A la augusta ciudad del rey envía,
Y dones al varón llevar ordena,
Y la paz impetrar para los teucros.
Y con rápidos pasos sin demora
A cumplir se aceleran los mandatos;
Y él mismo traza con ligero surco
La linde allí de la ciudad futura,
Y funda las primeras fortalezas
En la costa, cual firme campamento,
Que fuerte empalizada y muro ciñen.

Y yá el camino recorrido habían
Los jóvenes legados, y las torres
Y elevados palacios observaban
De los latinos, y á sus muros llegan.
Allí con los caballos se ejercitan
De la ciudad en torno los mancebos
Y la florida juventud, y rigen
Los carros por el campo polvoroso;
Los duros arcos tienden, y los brazos
Al aire lanzan las flexibles flechas;
Y á la carrera y lucha se provocan.
Un mensajero en su corcel avanza,
Y lleva al rey anciano la noticia
De haber llegado con ignotas vestes
Extraños hombres de gigantes cuerpos.
A su palacio convocarlos manda
El rey Latino, y en el viejo solio
De su padre se asienta entre los suyos.

Biblioteca Nacional de España

Palacio augusto, colosal, sublime
En cien altas columnas sustentado
De la ciudad alzábase en la altura,
De Pico de Laurento regio alcázar,
Horrendo por las selvas espantosas
Y augusta religión de sus mayores.
Feliz augurio fué para los reyes
En tal palacio recibir el cetro,
Allí erigiendo las primeras fasces:
Allí el templo y la curia, allí el sagrado
Lugar de los banquetes, do solían
Inmolar los mayores sus corderos,
Y en prolongadas mesas asentarse.
Allí de sus abuelos las efigies,
De cedro antiguo, en órden colocadas,
Del vestíbulo son egregio adorno:
Ítalo ilustre allí, Sabino el padre,
De la vid plantador, en cuya estatua
La corva hoz conserva, y de Saturno,
Y de Jano bifronte las imágenes,
Y los antiguos reyes, los que heridas
nuchando por la patria recibieron.
Penden también de los sagrados postes
Despojos mil, las enemigas armas,
Corvas segures y cautivos carros,
Dardos, escudos, penachudos yelmos,
De las puertas enormes los cerrojos,
Y espolones de naves arrancados.
Con cetro quirinal y veste corta
Y con pequeño escudo en la siniestra

Biblioteca Nacional de España

Se ostenta allí sentado el noble Pico,
De bravos potros domador valiente,
A quien por vano amor su amante Circe
Con vara de oro y venenosas hierbas
Hirióle un día, y convirtióle en ave,
Y de vario color pintó sus alas.

En templo tal y en el antiguo solio
De sus padres sentado el rey Latino,
Convoca á su presencia á los troyanos,
Y con plácido acento así les habla.
—«Decid, Dardanios, (pues la raza vuestra,
Vuestra ciudad, y rumbo por el ponto
Conocemos aquí) ¿cuál vuestro intento?
¿Qué causa trajo á las ausonias playas,
O qué necesidad, á vuestras naves
Por las cerúleas dilatadas ondas?
¿Acaso por error en vuestra ruta,
O por recias borrascas arrojados,
Cual las que en alta mar sufren los nautas?
Habéis entrado en las riberas mismas
De nuestro Tíber; poseéis el puerto;
No huyáis de nuestro asilo; estad seguros
Que los latinos, de Saturno prole,
De suyo justos, sin la ley ni fuerza,
Guardan del dios antiguo la costumbre.
Y recuerdo en verdad (aunque la fama
Es más obscura que los años mismos)
Que referían los ausonios padres,
Que Dárdano nacido en estos campos,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Penetró en las ciudades de la Frigia,
Y en la treicia Samos, que por nombre
Hoy Samotracia lleva, y que partiendo
De su mansión tirrena de Corito,
Ocupa regio solio en el alcázar
Del almo cielo entre brillantes astros,
Y goza altar como los sacros dioses.»—

Tal dijo, y le responde así Ilionéo.
—«Oh rey, de Fauno generosa sangre:
No de la mar las olas nos lanzaron,
Ni negra tempestad á vuestras costas
Arrojónos cruel, ni astro enemigo
Nos engañó, por suerte, en nuestra ruta.
A esta ciudad nos dirijimos todos
Con firme voluntad y por consejo,
De los reinos más grandes arrojados,
Que el sol miraba desde el alto Olimpo;
De la prole dardania el padre es Jove;
Jove el principio del linaje nuestro.
El mismo rey, de la suprema estirpe
De Júpiter, Eneas el troyano,
A tu real palacio nos envía.
Cuán rudas tempestades, desbordadas
De la cruel Micenas, los idéos
Campos rasó de Frigia; con qué hados
Europa y Asia á destruir vinieran,
Lo oyeron los que habitan, si hay algunos,
Los terrestres confines, que separa
Con su flujo y reflujo el oceano,

Biblioteca Nacional de España

Y los que encierra, si los hay, la zona,
Que el sol abrasa con ardor inicuo,
Entre las cuatro zonas extendida.
»Después de aquel diluvio, trabajados
Por tanto mar y dilatadas ondas,
Sólo rogamos reducido abrigo
Para los patrios dioses, costa amiga,
Y agua y aire, que á todos pertenecen.
Y no seremos de tu reino indignos,
Ni habrá de ser pequeña vuestra fama,
Ni tanto beneficio olvidaremos,
Ni pesará jamás á los ausonios,
En su seno acoger á los troyanos.
Por los hados de Eneas te lo juro,
Y su potente diestra yá probada
Ora en la fé, ó en armas y en la guerra:
Muchos pueblos, oh rey, muchas naciones
Nuestra alianza y amistad pidieron.
No porque á tí lleguemos suplicantes
Nuestra raza desdeñes. Los mandatos
Y los decretos de los altos dioses
A explorar vuestra tierra nos obligan:
Dárdano aquí nació, y aquí nos llama;
Apolo con preceptos apremiantes
Buscar nos ordenó el tirreno Tíber
Y la sagrada fuente de Numico.
»Pequeños dones de anterior fortuna
Te da también Eneas, las reliquias
De la incendiada Troya libertadas:
En esta copa de oro el padre Anquises

Biblioteca Nacional de España

Libaba ante el altar; este el asiento
Do Príamo infeliz, según costumbre,
Leyes daba á los pueblos convocados;
El cetro, la tiara y sacras vestes,
Labor de las troyanas.»—

Así dijo
Ilionéo, y su vista en él clavaba
El rey Latino, inmóvil en el suelo,
Volviendo á veces los atentos ojos.
Pero no su interés conmueve tanto
Ni el cetro, ni la púrpura bordada
De Príamo infelice, cual la boda
Y el tálamo futuro de su hija;
Y del antiguo Fauno el vaticinio
Meditaba en su mente:—Que éste el yerno
Fuera quizás, que de región extraña
Había de venir, según los hados,
Llamado al reino con igual auspicio;
Que de él la descendencia nacería
Por su valor ilustre, cuyo imperio
Habría de ocupar el orbe todo.—
Y al fin gozoso exclama.—«Que los dioses
Pongan próspero fin á estos principios,
Y á su divino augurio. Al teucro Jefe
Se dará cuanto anhelas. No desdeño
Vuestros preciados dones. Mientras viva
El rey Latino, ni feraces campos
Os habrán de faltar, ni la opulencia
De la perdida Troya. Si tan grande

Biblioteca Nacional de España

Anhelo abriga vuestro jefe insigne
De hospicio con nosotros y alianza,
Que venga él mismo, sin temor alguno
De los amigos rostros; que es sin duda
Signo de paz el estrechar su diestra:
Id pues á vuestro rey vosotros hora,
Y estos mandatos míos referidle.
»Una hija tengo, á la que no consienten
Ni los patrios oráculos divinos,
Ni mil prodigios en el alto cielo,
Unir á algún varón de nuestra raza:
Que yerno llegará de extrañas tierras
Al Lacio, anuncian inspirados vates,
Que con su sangre á los etéreos astros
Nuestro nombre alzará. Y así lo creo:
Que este es el yerno, que los hados piden,
Y si mi suerte la verdad augura,
Así lo acepto.»—

Dice el rey, y ordena
Corceles elegir de los trescientos,
Que brillantes las cuadras ocupaban,
Y entregarlos por orden á los frigios;
Con pintadas gualdrapas y con púrpura
Cubiertos los alípedes bridones;
Penden collares de oro de sus cuellos,
Ornados van de oro refulgente,
Y frenos de oro con ardor tascando.
Para Eneas ausente carro hermoso
Con dos caballos de celeste origen,

Biblioteca Nacional de España

Por la abierta nariz lanzando fuego;
De la raza bastarda, que ingeniosa
Crió furtivamente la hechicera
Circe con los caballos de su padre.
Con tales dones á su rey los teucros,
Y con la paz y ofertas de Latino,
En sus bridones rozagantes vuelven.

De Argos Inaquia, regresaba entonces,
Llevada por los aires, la de Júpiter
Esposa vengativa, y desde el éter,
Más alto que el Paquino promontorio,
La teucra armada y al gozoso Eneas
Mira la diosa: y dolorida viendo
Fijar su planta en la región amiga,
Y moradas alzar, y abandonadas
Dejar las naves, se detiene Juno,
Y agitando indignada la cabeza,
Palabras tales exhaló del pecho.
—«¡Oh estirpe odiada, y hados de los frigios
A los míos contrarios! ¿Por ventura,
No en los igéos campos perecieron?
¿Pudieron ser opresos yá cautivos?
¿Y no ardieron con Troya sus varones?
¡Ah! que en medio del fuego y de las flechas
Camino hallaron.—Y creí por cierto
Vencido mi poder: y de odios harta
Fin puse á mis rencores..... Mas ¿qué digo?
Los perseguí enemiga con encono,
Cuando arrojados de su patria fueron

Biblioteca Nacional de España

A merced de las ondas, y me opuse
Por el inmenso ponto á los errantes:
Del cielo y de la mar las fuerzas todas
Fueron contra los teucros empleadas.
Mas ¿qué me aprovecharon, ni las Sirtes,
Ni Escila, ni Caribdis espantable?
Defiéndenlos del Tíber caudaloso
Las deseadas plácidas riberas,
De mi rencor y el piélago seguros.
»Pudo Marte perder á los Lapitas,
Gente feroz, y el padre de los dioses
Entregar á las iras de Diana
La antigua Calidonia. ¿Qué delitos
Calidón y Lapitas perpetraron?
¿Y yo de Jove la suprema esposa,
Que nunca abandoné arriesgada empresa,
Y á todo acometí con propio esfuerzo,
Por Eneas vencida? Si no basta
Mi gran poder, imploraré sin duda
Otro poder mayor doquiera exista.
Si no puedo inclinar los altos dioses,
Conmoveré á los dioses del Averno.
—Que á privarles del reino de Latino
Fuerza no encuentre, y que inmutable sea,
Por los hados, Lavinia su consorte.....—
Mas podré dilatarlo; mil estorbos
Lanzaré en su camino; entre ambos reyes
Sembraré divisiones y discordias.
¡Que á tanto precio su alianza labren
El suegro y yerno á costa de los suyos!

Biblioteca Nacional de España

Sangre troyana y rútula tu dote,
¡Oh virgen! y Belona tu madrina.
Ni Hécuba sola, hija de Ciséo,
Las teas incendiarias concibiera.
Será el hijo de Venus otro Paris,
Y habrá funestas teas encendidas
Contra la nueva Troya, que renace.»—

Dice la diosa, y con furor dirige
A la tierra su vuelo. De la horrenda
Mansión de las hermanas furibundas
Y las tinieblas hórridas del Orco,
A Alecto evoca de los duelos madre,
En cuyo pecho luctuoso moran
Las tristes guerras, iras y rencores,
Las asechanzas y malvados crímenes:
Monstruo á quien odia hasta su padre mismo
Plutón y sus hermanas del Averno:
En formas mil distintas se convierte
De fieros rostros, y serpientes miles
De su cabeza brotan. A ésta Juno
Dirígese y excita en voces tales:
—«¡Oh hija de la noche! Dame, oh virgen,
Con tu propio poder potente auxilio.
No quebrantados nuestro honor y fama
En este suelo cedan; que los teucros
No estrechen por la boda al rey Latino,
Ni del ítalo reino se apoderen.
Tú puedes aun hermanos cariñosos
Armar cruel en fratricida guerra,

Biblioteca Nacional de España

Y trastornar con odios las familias;
Llevar á los hogares el azote,
Y las ardientes teas funerarias:
Mil nombres tienes, de dañar mil artes;
Sacude, y abre tu fecundo pecho,
Rompe la paz que tienen convenida,
Los crímenes esparce de la guerra,
Haz que la juventud quiera las armas,
Que las pida, y al par las arrebate.»—

Infecta de veneno medusino,
Al Lacio al punto se dirige Alecto,
Y del rey laurentino al alto alcázar;
Y asedia la morada silenciosa
De Amata, à quien las iras y cuidados,
Ora por el arribo de los teucros,
O las de Turno deseadas nupcias,
Con gran furor encienden y atormentan;
Y una serpiente de sus crines lanza
De Amata al pecho la maligna diosa,
Que de su seno en lo profundo anida,
Para que, á influjo del terrible monstruo,
Todo el palacio con su furia turbe.
Ella suavemente deslizada
Entre la veste y delicado seno,
Sin apenas tocarla, se revuelve;
Y engañando falaz á la furiosa,
Alma cruel de víbora le inspira.
Ya cual áureo collar le adorna el cuello,
Ya como cinta sus cabellos prende,

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelectual
SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Ya por sus miembros lúbrica discurre.
Mientras penetra la primer ponzoña
De líquido veneno los sentidos,
Y fuego abrasador sus huesos quema;
Sin percibir aún en todo el pecho
La llama del furor su noble alma,
Mas con amor materno y con ternura,
Y largo lloro por su dulce hija
Y frigios himenéos, tal prorrumpe:
—«¿Cómo tú padre á los errantes teucros
Has de dar á Lavinia en matrimonio?
¿Tú de tu hija compasión no tienes?
¿No la tienes de tí? ¿No de su madre,
A quien, robando infame la doncella
El pérfido, al primer viento propicio
Se hará á la mar, y dejará sin hija?
»¿No de tal modo penetró en Esparta
El troyano pastor, robando á Elena,
De Leda hija, y la condujo á Troya?
¿Dónde tu santa fe? ¿Dónde el antiguo
Cuidado de los tuyos? Dó la diestra
Dada mil veces á tu deudo Turno?
Si un yerno imponen de nación extraña
Al latino poder; si está resuelto;
Si de tu padre Fauno los mandatos
Así te apremian, en verdad afirmo,
Que toda tierra separada y libre
De nuestro cetro es, extraña tierra:
Tal el augurio de los altos dioses.
Si de Turno el origen examinas,

Biblioteca Nacional de España

Ínaco, Acrisio sus antiguos padres,
Y la Grecia su patria.»—

Tal la reina;
Y observa que son vanos sus esfuerzos.
Halla á Latino á su querer contrario,
Y al par de la serpiente la ponzoña
Feroz de sus entrañas se apodera,
Y con furor se extiende por sus miembros.
Atormentada entonces la infelice
Por los terribles monstruos, sin descanso
Por la inmensa ciudad corre frenética.
Cual la peonza, que en extensa plaza
Vuela agitada en prolongados giros
Al látigo vibrante de los mozos,
Que en torno la rodean, y la azotan,
Fijando su atención toda en el juego:
Recorre en curvas dilatado espacio,
Bajo el azote que veloz la hiere;
Y es admirado su voluble curso
Por necia multitud é imberbe turba,
Y danle bríos los continuos golpes.
No más lenta revuélvese furiosa
Por las ciudades y feroces pueblos;
Y cual obsesa del poder de Baco,
Con grande audacia y con furor más grande,
Vuela al punto á las selvas, y allí esconde
Entre montes frondosos á su hija,
Para robar el tálamo á los teucros,
O dilatar las bodas. Y clamando

Biblioteca Nacional de España

A grandes voces con terrible furia,
—« Évohe, » gritaba, « oh Baco, » tú, tú solo
Digno de la doncella; el tierno tirso
Por tí llevó; por tí en los coros danza;
Y para tí crió su cabellera.» —

Corre la fama, y sienten en su pecho
Igual ardor de furias las matronas
Que á buscar nuevo abrigo las impele.
Sus casas dejan, y á los aires lanzan
Las sueltas cabelleras y sus cuellos;
De trémulos clamores y alaridos
Llenan algunas el extenso espacio;
Y de pieles ceñidas, furibundas
De pámpanos las astas agitaban:
Y Amata en medio con fervor sostiene
Una tea encendida, celebrando
De la hija y de Turno el himenéo.
Y revolviendo los sangrientos ojos,
Y con torvo semblante, de repente
—«Oh matronas del Lacio, oíd, exclama,
Doquiera estéis: si algún amor existe
Por Amata infeliz en vuestros pechos,
Si el derecho de madre os interesa,
Vuestros cabellos desatad al punto,
Y lanzaos conmigo á las orgías ».—
Tal Alecto á la reina entre los bosques
Y desiertas moradas de las fieras
Urge doquier bajo el poder de Baco.
Cuando la diosa satisfecha estuvo

Biblioteca Nacional de España

De los furores, al primer esfuerzo,
Y perturbada la familia toda
Del rey Latino, rápida se lanza,
Triste sus negras alas desplegando,
Del valeroso Rútulo á los muros;
Ciudad que Dánae, por el raudo Noto
Del mar lanzada, con colonia acrisia
Allí fundó; lugar que los mayores
Ardua llamaron, cuyo nombre excelso
De Árdea conserva aún, más sin fortuna.

Aquí tranquilo en su mansión grandiosa,
Entre las sombras de la negra noche,
Turno en profundo sueño reposaba:
Alecto entonces de su torvo ceño
Y sus miembros de furia se despoja;
Rostro senil transforma su semblante,
Aran las rugas su marchita frente,
Ínfulas ciñe á sus cabellos blancos,
Y de frondosa oliva los corona;
Y así á la anciana Cálibe fingiendo,
De Juno y de su altar sacerdotisa,
A los ojos del joven se presenta,
Y—«¿Sufrirás, le dice, noble Turno,
Que inútiles se frustren tus esfuerzos,
Y que tu cetro trasladado sea
Al dárdano colono advenedizo?
Hora te niega el rey el matrimonio,
Y los premios ganados con tu sangre,
Y un heredero de nación extraña

Biblioteca Nacional de España

Búscase para el reino.—Vuela ahora,
Corre iluso á peligros tan ingratos,
Destruye los ejércitos tirrenos,
Protege con la paz á los latinos.—
» La omnipotente hija de Saturno
Venir á tí, cuando en la media noche
En plácido reposo descansaras,
Me ordenó, y sus mandatos declararte.
Alza veloz; prepárate á la lucha,
Arma á la juventud, corre á las puertas,
Bate á los jefes téucros acampados
En la ribera del hermoso río,
Y abrasa presto sus pintadas naves:
El gran poder lo manda de los dioses;
El mismo rey Latino, si no otorga
El matrimonio, y su promesa cumple,
Que sienta de enemigo al mismo Turno,
Y le pruebe en las armas».—

Tal decía;
Y burlándose el joven le contesta:
—« No faltó quien trajera á mis oídos
La nueva del arribo de la flota,
Cual hora afirmas, al undoso Tíber;
No con fingidos miedos me amedrentes:
No se olvida de mí la diosa Juno.
A tí la ancianidad yá quebrantada,
Oh madre, por los años, é ignorante
De la verdad, decrépita la mente,
Con inútiles cuitas te atormenta,

Biblioteca Nacional de España

Y con vano temor así te engaña
Sobre las guerras y armas de los reyes.
A tí cual vate custodiar te importa
Las efigies y templos de los dioses;
Y de la guerra y de la paz se ocupen
Los varones llamados á la guerra ».—

A tales dichos la furiosa Alecto
Se enciende en ira: de repente invade
Insólito temblor al joven Turno;
Pasmáronse sus ojos; y descubre
Su faz horrenda la maligna furia;
Silba con las serpientes del Averno,
Y retorciendo sus flameantes ojos,
Repele al joven, que anheloso espera,
Pretendiendo añadir nuevas razones.
Álzanse entre sus crines dos serpientes,
Y el azote sacude con chasquidos,
Y con furiosos labios tal le increpa:
—« Héme aquí, la rendida por los años,
A quien burla con fútiles temores
Sobre las guerras y armas de los reyes
La ancianidad, que la verdad ignora.
Fíjate pues, y escucha. Soy hermana
De las crueles furias infernales:
Llevo en mi mano guerras y exterminio».—
Dice, y al joven con furor arroja
Una tea encendida, que en su pecho
Clávase, y lanza negros resplandores.
Rompe el pavor inmenso su letargo,

Biblioteca Nacional de España

Sudor copioso, que en su cuerpo brota,
Baña sus miembros todos y sus huesos;
Brama y pide frenético las armas,
Y por toda la estancia al par las busca,
Hasta en su lecho; pues en él se ceba
El amor del acero con la ira,
Y de la guerra la locura insana.
Cual la vasija que la llama azota,
Aplicada la leña á sus costados,
Con vivo fuego y con ardor sonante·
Al intenso calor el agua bulle,
Y dentro se enfurece, y humeando
En espumoso río se desborda;
Ni puede yá la ola contenerse,
Y en obscuro vapor al aire sube.

Rota la paz, á los insignes jóvenes
Marchar contra Latino les indica,
Y preparar las armas les ordena:
—Que es su destino defender la Italia,
Lanzar al invasor de sus confines;
Que en contra de ambos, teucros y latinos,
Bastaba él solo.—Y cuando tal dispuso,
Y votos hizo á los excelsos dioses,
A la guerra se exhortan á porfía
Los generosos rútulos: á éste
Mueve el decoro egregio y la hermosura
Y juventud del rey; á aquél la gloria
De la regia prosapia; al otro impelen
Los claros hechos de su noble diestra.

Biblioteca Nacional de España

Mientras Turno á los rútulos inspira
Valor y bríos, la furiosa Alecto
Vuela batiendo las estigias alas
Hacia los teucros, y con nueva astucia,
Busca el lugar en la ribera, donde
Ora con redes, ora en la carrera
A las fieras acosa el bello Ascanio.
Entonces la doncella del Cocito
Súbita rabia infunde en las jaurías,
Las narices tocando de los perros
Con conocido olor, para que al punto
A los ciervos persigan ardorosos:
Tal la causa primera de los males,
Que á la guerra inflamó los rudos pechos.

Un ciervo había de gallarda forma,
E ingente al par por las arbóreas astas,
De las maternas ubres arrancado,
Que criaba Tirréo, con sus hijos,
Guarda de aquellas dilatadas tierras,
A quien del rey las greyes obedecen.
Silvia, de ellos hermana, al ciervo dócil
A sus mandatos, con esmero cuida;
En sus cuernos guirnaldas entrelaza,
Péinalo amante, y lávalo en la fuente;
Él las caricias goza de su mano,
Y á la mesa comiendo de su dueño,
Vaga durante el día por la selva;
Mas á la noche, y aunque á veces tarde,
Vuelve á su casa, á su mansión querida.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Y su esplendor hasta las nubes lanzan.
Tal las olas del ponto al primer viento
Comienzan á albear, luego se elevan
Poco á poco, y aún más hinchadas crecen;
Y desde el hondo asiento el mar alzado
Hasta los cielos en montañas sube.
En la primera fila Almón el joven,
Hijo mayor de Tírreo perece
Al vibrar la saeta, que en su cuello
Abrió herida profunda, y con su sangre
Cortó su voz, y hasta su debil vida;
Muchos cuerpos, en torno, de varones:
El anciano Galeso allí sucumbe,
Cuando á la paz por mediador se ofrece,
Varón solo justísimo, y en tierras
Riquísimo á la vez en otro tiempo
En la ausonia región: cinco rebaños
De ovejas su caudal, cinco de bueyes,
Y cien arados sus campiñas labran.

Mientras así, con éxito dudoso,
Las huestes por los campos combatían,
Fiel la potente diosa á sus promesas,
Luego que se empapó la guerra en sangre,
Y muertes hubo en la primer batalla,
La Italia deja, y por el ámplio cielo
Elévase hasta Juno victoriosa,
Y con soberbia voz así le dice:
—«Yá la discordia por la triste guerra
Tienes á tu placer: dí que se unan

Biblioteca Nacional de España

En amistad ahora y alianza.
Ya que manché á los teucros con la sangre
De los ausonios, aún mayores hechos
Añadiré, si tu querer me consta.
Yo llevaré á la guerra con rumores
Los pueblos comarcanos; yo las almas
Inflamaré en amor al fiero Marte,
Para que acudan todos en auxilio;
Esparciré las armas por los campos.»—
—« Yá los horrores en verdad abundan,
Y los engaños, le contesta Juno;
Yá están en pié las causas de la guerra;
Yá de cerca se lucha cuerpo á cuerpo;
Nueva sangre tiñó las armas todas,
Que diera en un principio la fortuna.
Tales nupcias celebren, bodas tales
El hijo ilustre de la diosa Venus
Y el mismo rey Latino. Aquel que impera,
Padre y dominador del sumo Olimpo,
Vagar no te permite libremente
Por las etéreas auras. Sal de ellas;
Si algún nuevo suceso la fortuna
Trajese luego, dispondré yo misma».—
Tal se expresó la hija de Saturno,
Y bate Alecto las crujientes alas
De ponzoñosas víboras, y vuela
A la mansión horrenda del Cocito,
Dejando las moradas celestiales.
Hay un lugar en medio de la Italia,
Bajo elevados montes; (en remotos

Biblioteca Nacional de España

Confines por la fama celebrado.)
Valle de Ansanto, á quien en torno ciñe
Obscuro bosque con frondosas ramas,
Por cuyo centro entre peñascos corre
Un torcido torrente fragoroso.
Horrenda sima allí, por do se muestran
Del cruel Plutón las puertas infernales.
Roto Aqueronte en vórtice profundo
Abre las negras fauces pestilentes,
Y hundido en ellas el odioso Numen,
De su furia descansan tierra y cielo.

Dá entre tanto la hija de Saturno
A la guerra feroz la postrer mano;
Acude á la ciudad despavorida
La multitud inmensa de pastores,
Y de Almón, tierno joven, el cadáver
Transportan fieles, y el del gran Galeso,
Con cien heridas deformado el rostro;
Y de los dioses el auxilio imploran,
Y al rey Latino con furor conjuran.
Turno en medio el tumulto está presente,
Dobla el terror del fuego y la matanza.
—«Que al reino llaman á los teucros, grita,
Que se han unido con la frigia estirpe,
Y de su seno sin razón le arrojan.»—
Entonce aquellos cuyas mismas madres
Al báquico furor alegres danzan,
Atravesando selvas sin camino,
(Tal del nombre de Amata el grande influjo.)

Biblioteca Nacional de España

De todas partes en tropel se agolpan,
Y áun á Mavorte en su furor fatigan.
Todos del Numen infernal movidos
Piden, contra los hados, guerra infanda;
Contra el querer de dioses y de augurios.
Acometen y asedian á porfía
De Latino el palacio, quien resiste
Como roca del piélago inmutable,
Como peñón del mar, que en vasta mole
Entre el fragor horrísono creciente
Y rugidos constantes de las ondas
Inmovil permanece: en vano braman
En derredor los ásperos escollos
Y peñas espumosas; la alga leve
Replégase estrellada en sus costados.

Mas conociendo que poder le falta
A superar los hórridos designios,
Y marcha todo á voluntad de Juno,
Conjurando cien veces á los dioses,
Y á las auras inanes, tal exclama:
—«¡Cuál ¡ay de mí! los hados nos destrozan!
¡Cómo la tempestad cruel nos hiere!
Con la sangre sacrílega vosotros
Pagaréis vuestra culpa, desdichados.
Triste suplicio á tí, triste y funesto
Te espera, oh Turno; y á los altos dioses
Ofrecerás al fin votos tardíos.
Yá para mí es la paz, en todas partes
Puerto hallaré seguro: seré sólo

Biblioteca Nacional de España

De solemnes exequias despojado.»—
No dijo más; enciérrase en su alcázar,
Y del reino las riendas abandona.

Fué esta costumbre en el antiguo Lacio,
Que por sagrada los albanos pueblos
Conservaron después, y que aun existe
Entre los usos de la excelsa Roma,
Cuando instaban á Marte á nueva guerra,
Ora contra los Getas animosos,
O los Hircanos, Árabes ó Indos,
O los que habitan do la aurora nace,
O contra el Parto, con el ansia noble
De recobrar perdidas las banderas.
Dos puertas tiene de la guerra el templo,
Por piedad religiosa consagradas,
Y por miedo y temor al fiero Marte.
Cien cerrojos de bronce las defienden,
Por hierros eternales guarnecidas,
Y el mismo Jano de su umbral custodio.
Luego que por los padres del Senado
La guerra es decretada, el Consul mismo
Con la veste romúlea ceñida,
Y revestido de gabina toga,
Ábrelas, en sus quicios rechinando;
La voz de guerra da; sigue ferviente
La juventud, y á su clamor concorde
En ronco son responde la bocina.
Por tal costumbre entonce al rey Latino
A declarar la guerra á los troyanos

Biblioteca Nacional de España

Entusiasta su pueblo compelía,
Y la nefasta puerta abrir al punto.
Niégase el rey al triste ministerio,
Y vuelve las espaldas, y se oculta
De su palacio entre las ciegas sombras:
Baja en esto la reina de los dioses
Del alto cielo, y con sus propias manos
Impele, y abre las pesadas puertas,
Y, al girar en sus quicios eternales,
Rompe á su esfuerzo los ferrados postes.

Arde en furor la adormecida Ausonia
Antes tranquila; por los libres campos
Marchando á pié los unos se ejercitan,
Y en la carrera con ardor los otros
Montan con furia indómitos corceles,
Entre nubes envueltos polvorosas.
Armas procuran todos; los escudos
Limpian y las saetas con la grasa,
Y afilan en la piedra las segures;
Banderas tremolar anhelan todos,
Y escuchar el clanglor de las trompetas.
Cinco grandes ciudades á porfía,
Renovaban las armas en sus yunques;
Tibur soberbia, Atina poderosa
Y Antemna con sus torres coronada,
Y Árdea con Crustumera; labran yelmos
De la cabeza cóncava defensa,
Escudos tejen con el dócil mimbre,
Y de metal corazas; mientras otros

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelectual
SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Bañan en plata las lucidas grebas:
Y de la hoz, y reja y corvo arado
Aquí acabó el honor y amor antiguo.
En la fragua las armas de sus padres
Forjan de nuevo. Suenan las bocinas;
Dase de guerra la señal pactada:
Éste temblando su colgado yelmo
Del techo arranca; aquél bravos corceles
Obliga al yugo, viste su loriga
De triple malla de oro, toma escudo,
Y fiel espada á su costado ciñe.

Abrid ahora el Helicón, oh diosas;
Mis cantos inspirad: decid los reyes
Que en la funesta guerra pelearon;
Qué fuerzas en el campo los siguieran,
Qué varones ilustres con sus hechos
Excelsa hicieron á la madre Italia,
Y en qué batallas se encendió potente.
Lo recordais, oh diosas, y benignas
Referirlo podeis: llegó á nosotros
Tan solo el aura leve de la fama.
La guerra empieza el áspero Mecencio,
Despreciador impío de los dioses,
En la costa tirrena; allí sus huestes
Arma, y va junto á él su hijo Lauso,
Cual ninguno entre todos arrogante,
Excepto el joven Turno de Laurento;
Desbravador de potros, y de fieras
Cazador incansable. Mil varones

Biblioteca Nacional de España

De la ciudad le siguen de Agilina,
Mas en vano en verdad; digno por suerte
De gozar con fortuna el reino patrio,
Y digno de otro padre que Mecencio.

Tras estos dos hermoso carro ostenta
Por los campos y palma victoriosa,
Y caballos triunfantes Aventino,
El hijo hermoso del hermoso Alcides;
En el paterno escudo cien serpientes
Y la hidra de sierpes circundada;
Rea sacerdotisa, con astucia
A un Dios unida por furtivo enlace,
En valle umbroso y á la falda misma
Le diera á luz del Aventino monte,
Después que Alcides, Gerión extinto,
Victorioso á los campos de Laurento
Llegara, y sus rebaños de la Iberia
Lavó en las aguas del tirreno Tíber:
Terribles lanzas y crueles picas
Sus armas son en la campal batalla,
Con aceradas escondidas puntas,
Y agudos dardos de sabino origen.
Él en la horrenda piel de león envuelto,
De crines espantosas erizadas
Cubierta la cabeza, y ostentando
De la fiera cruel los albos dientes;
Tal en su alcázar penetraba horrible,
A sus hombros ceñido el manto hercúleo.
Los dos hermanos jóvenes de Argiva

Biblioteca Nacional de España

Noble Catilo y el valiente Coras
Su patria dejan, la ciudad de Tibur,
De su hermano Tiburto así llamada:
Y entre las densas armas al combate
Lánzanse luego en las primeras filas.
Cual los Centauros, de las nubes hijos,
Cuando descienden de la excelsa altura,
En su veloz carrera atrás dejando
A Omolen, y Otris de nevada cumbre.
Cede á su paso la gigante selva
Y con fragor los árboles se doblan.

Ni faltó el fundador de Prenestina,
Céculo rey, á quien los siglos todos
Por hijo reputaron de Vulcano;
Entre las greyes rústicas nacido
Y hallado á poco junto al sacro fuego.
Gran legión campesina le acompaña
Y de la alta Preneste los varones,
Y los que labran los feraces campos
De la Gabina Juno, y los que moran
Del Anio helado en la feraz ribera,
Y en los peñascos Hérnicos, regados
Acá y allá por multitud de arroyos;
Los que Anagnia alimenta noble y rica,
Y los que bañas tú, padre Amaseno.
No todos armas llevan, ni ruidosos
Carros y escudos; con veloces hondas
Balas de obscuro plomo al aire lanzan;
Otros armados van con doble dardo,

Biblioteca Nacional de España

De roja piel de lobo su cabeza
Con capellina, como yelmo, cubren,
El pié izquierdo desnudo, y el derecho
De duro cuero con abarca visten.

El gran Mesapo de Neptuno hijo,
Desbravador de indómitos corceles,
A quien nadie jamás ni con el fuego
Ni con el duro acero matar pudo,
A los pueblos en paz abandonados,
Y olvidados ha tiempo de la guerra,
A las armas convoca valeroso,
Y al hierro y á la lucha los incita.
Los ejércitos bravos de Fescenios,
Y los Falíscos justos; los que moran
De Solacte en la erguida fortaleza,
Y en los flavinios campos, de Cimino
Cabe el lago y el monte gigantéo,
Y los que habitan los Capenos bosques,
En ordenadas filas caminaban,
A su rey con loores ensalzando.
Cual de Caistro los nevados cisnes
Entre los aires puros se levantan
De su sabroso pasto, y mil sonoros
Cantos exhalan de los largos cuellos,
Que el río y lago asiano los repiten.
Nadie juzgara multitud tan grande
Armada hueste, mas bandada inmensa
De aves canoras, que cual blanca nube
Del hondo mar se lanzan á la playa.

Biblioteca Nacional de España

Allí vá Clauso, capitán egregio,
De gran legión, y de la raza antigua
De los Sabinos, semejante él solo
A hueste inmensa; cual de clara estirpe
De él proviene la claudiana tribu,
Gente que por el Lacio se difunde,
Después que Roma por solemne pacto
Fué concedida en parte á los Sabinos.
A sus órdenes marcha la potente
Cohorte de Amiterno numerosa,
Los antiguos Quirites, el brioso
Ejército de Ereto, y los varones
Que cría la olivífera Mutusca;
Los que ocupan los muros de Nomento,
Y rosadas campiñas de Velino;
Los que habitan los Tétricos peñascos
Asaz horrendos, y el Severo monte;
Los que Casperia y Fórulo alimentan,
Y los que beben las corrientes aguas
Del Himela, del Fábaris y el Tíber;
Los que proceden de la helada Nursia,
Las Hortinas escuadras, y los pueblos
De la región Latina, y los que el Alia
Con sus aguas divide: ¡infausto río!
Cual del líbico mar el oleaje
En innúmeras ondas se revuelve,
Cuando las aguas del invierno ocultan
Al cruel Orión; ó cual del Hermo,
O en las rojas campiñas de la Licia
En los feraces campos se levanta

Biblioteca Nacional de España

De doradas espigas mies copiosa,
Al sol tostada del ardiente estío.
Resuenan los escudos, y la tierra
De los piés á los golpes se estremece.
Hijo de Agamenón soberbio Haleso,
Duro enemigo del troyano nombre,
Unce bravos corceles á su carro,
Y mil feroces pueblos para Turno
Arrastra con ardor: á los que labran
Los Másicos collados con la reja,
Por el fruto de Baco tan felices;
Los que enviaron de los altos montes
Los antiguos Auruncos, los que moran
Junto al mar en los campos Sidicinos,
Los que dejan á Cales, los que ocupan
Del vadoso Volturno las riberas,
Los que habitan en la áspera Satícula,
Y de los Oscos numerosas huestes;
Sus armas son los poderosos dardos
Al extremo ligados con amiento,
Adargas cubren las siniestras manos,
De cerca luchan con cuchillas corvas.

Ni callarán mis versos tus loores,
Oh Ebalo, de Telón, según la fama,
Y la ninfa Sebétida enjendrado,
Cuando anciano regía poderoso
El reino de los Télebos en Cáprea:
Mas con los reinos patrios no contento
Su imperio en extensión dilata el hijo,

Biblioteca Nacional de España

De Sarraste al confin, y á los que riega
Con sus aguas el Sarno, y las ciudades
De Bátulo y de Rufras, y los campos
Feraces de Celena, y los que miran
Las murallas de Abela, rica en frutos;
Según uso Teutónico, sus hijos
Suelen lanzar arrojadizos dardos,
Toscos almetes su cabeza cubren
De corteza labrados de alcornoque;
Brillan doquier de bronce los escudos,
Y las espadas de luciente acero.
Y á tí también, Ufente, en fama insigne
Y en armas victoriosas, te lanzara
La montuosa Nersa á tanta guerra;
Áspera gente Equícola, que tienen
Por moradas estériles terrenos.
Su preferida ocupación constante
La ruda caza en los espesos bosques;
Labran la tierra armados, y se gozan
Con nuevas presas, y en vivir del robo.

Vino también de la nación Marruvia
El fortísimo Umbro, Sacerdote,
De Arquipo rey cumpliendo los mandatos,
De sacra oliva coronado el yelmo;
Quien con el canto y su virtud solía
Adormecer al tacto á las crueles
Serpientes y las hidras ponzoñosas,
Calmar con su poder sus iras fieras,
Y con arte curar sus mordeduras.

Biblioteca Nacional de España

Mas no del arma teucra las heridas
Pudo sanar el canto soporoso,
Y ní las hierbas de los marsos montes.
A tí el bosque de Anguicia, á tí Fucino,
Umbro infeliz, con cristalinas aguas,
Y los límpidos lagos te lloraron:

Iba con ellos á la guerra Virbio,
Hijo hermoso de Hipólito, que insigne
Crió de Egeria en los frondosos bosques
Su madre Aricia en la húmeda ribera,
Do el pingüe altar se eleva de Diana,
Rico en dones, mas no en humana sangre:
Después de muerto, cual la fama dice,
(Destrozado por férvidos bridones,
Y así cumpliendo el paternal castigo,
De la madrastra por la traza inicua,)
Tornó de nuevo á los etéreos astros
Bajo las auras de los altos cielos,
A la vida devuelto por la hierba
Peonia, y de Diana los amores.
Mas indignado el padre omnipotente
De que un mortal, de las eternas sombras
A las auras volviese de la vida,
De Febo contra el hijo el rayo lanza,
De tal ciencia inventor y tales artes,
Y en las estigias ondas lo sepulta.
Pero la diosa á Hipólito ocultando
En lugares recónditos, al bosque
Sacro lo entrega, y á la Egeria Ninfa,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Para vivir allí solo y sin gloria
En las selvas itálicas secretas,
Y cambiado su nombre en el de Virbio:
Ni en el templo por tanto de Diana,
Ni en los sagrados bosques se permite
Llegar á los cornípedos corceles,
Que de marinos monstruos espantados
Destrozaron violentos en la playa
El carro con el joven valeroso;
Y no menos que el padre, el noble hijo
Por la extensión inmensa de los campos
Los fogosos bridones aguijaba,
Y en su carro lanzábase al combate.

Preséntase entre todos gigantesco,
Y sobre todos la cabeza yergue,
El mismo Turno con riqueza armado:
Penacho triple sobre el yelmo agita,
Y la Quimera, que infernales fuegos
Por sus fauces despide; más violenta,
Y más funestas llamas arrojando,
Cuanto más la batalla se encrudece,
Y á torrentes derrámase la sangre.
En el ligero escudo se ostentaba
Io labrada en oro, levantados
Como novilla los erguidos cuernos,
Y de cerdas vestida ¡insigne historia!
Allí también grabado se veía
Argos mismo, custodio de la virgen;
Y allí su padre Ínaco vertiendo

Biblioteca Nacional de España

Un río de la urna cincelada.
Sigue de infantes multitud copiosa,
Numerosos ejércitos, que cubren
Con los escudos dilatados campos;
La argiva juventud y los de Aurunca,
Los antiguos Sicanos, y los Rútulos,
Y las Sacranas valerosas huestes,
Y de escudos pintados los Labicos;
Los que labran tus selvas, padre Tíber,
Y de Numico las riberas sacras;
Los que rompen las rútulas colinas,
Con dura reja, y el Circéo monte;
Los que cultivan los feraces campos,
Donde Júpiter Ánxuro preside,
Y el verde bosque do Feronia reina,
Y del lago Pontino las orillas,
Y los profundos valles, que recorre
Hasta hundirse en el mar Ufente helado.

Tras estos llega de la volsca gente
La doncella Camila, que dirige
Un soberbio escuadrón y numerosa
Caterva armada de luciente acero:
Guerreadora en verdad, que no á la rueca,
Ni de Minerva á la labor de mimbres
Usadas tiene las femíneas manos;
Virgen para el combate sufridora,
Al viento superaba en la carrera;
Ella volara sobre intactas mieses,
Sin que en su curso las aristas dañe;

Biblioteca Nacional de España

O caminara sobre el mar inmenso
Por las turgentes olas sostenida,
Sin las aguas mojar su planta leve.
De las moradas todas y los campos
La juventud corría presurosa,
E innúmeras matronas á admirarla;
Atónitos los ánimos, atentos
Su noble andar con entusiasmo observan,
Cómo, cual regio honor, cubre la púrpura
Sus delicados hombros, cómo ciñe
Con los hilos de oro sus cabellos,
Cómo el licio carcax lleva ella misma,
Y el mirto pastoral de acero armado.

Biblioteca Nacional de España

LIBRO OCTAVO

Luego que Turno el bélico estandarte
Tremoló en el alcázar de Laurento,
Y las roncas trompetas resonaron,
Y sus corceles agitó briosos,
Impulsando á su gente á los combates,
De repente los ánimos se turban,
Y todo el Lacio conturbado tiembla;
Cual en tumulto súbito y feroce
Brama la juventud. Los claros jefes
Mesapo con Ufente y con Mecencio,
El de los dioses mofador impío,
De todas partes fuerzas y socorro
Buscan y allegan, y á la par despojan
De agricultores los extensos campos.
Vénulo á la ciudad del gran Diomedes
Marcha de embajador, pidiendo auxilio,

Biblioteca Nacional de España

Para narrarle que el troyano pueblo
Asiéntase en el Lacio, que ocupaba
Eneas la ribera con sus naves
Y sus vencidos dioses, esperando
Ser rey por los hados poderosos;
Que unen sus fuerzas numerosas gentes
Al troyano varón, y que su nombre
Se difundía yá por todo el Lacio.
Qué con tales comienzos él maquine,
Cuál éxito pretenda de la guerra,
Si le fuere propicia la fortuna,
Más claro está para Diomedes mismo,
Que para el rey Latino ó para Turno.
Tal fama por el Lacio. El héroe teucro
Tales hechos y cosas contemplando
Arde en cuidados y en terribles ansias,
Llevando acá y allá su inquieta mente,
Y en contrarios sentidos se divide,
Al discurrir sobre sucesos tantos.
Cual en vaso de bronce de agua lleno
Vibra la luz del sol, ó la radiante
Imagen de la luna, por doquiera
Volando en torno; por las auras sube,
Y recorre los altos artesones.

Era la noche, y por el mundo todo
Profundo sueño ocupa á las cansadas
Aves del aire, y brutos de la tierra;
Y el padre Eneas en la nuda orilla
Bajo la helada bóveda celeste

Biblioteca Nacional de España

Se recostó, su corazón turbado
Del triste pensamiento de la guerra,
Y tardío reposo dió á sus miembros.
Y en la corriente amena de las aguas
Entre frondosos álamos sombríos
Alzarse ve cual venerable anciano
Al dios Custodio del sagrado Tíber.
Viste cendal finísimo verdoso,
Obscuras cañas sus cabellos cubren,
Y háblale así, para calmar sus cuitas.
—«Oh hijo de los dioses, que salvada
La troyana ciudad del enemigo,
Hoy nos devuelves, y feliz conservas
A Pérgamo inmortal; oh tú esperado
Por los campos latinos y Laurento:
Has encontrado aquí segura patria,
Y penates propicios; no desistas,
No te aterre el peligro de la guerra.
La indignación é iras de los dioses
Cesaron yá; ni es esto sueño vano;
Que en breve tú la cerda blanca, ingente
Entre robles verás en la ribera
Tendida, amamantando con sus ubres
A treinta hijuelos cual la madre blancos.
Aquí el lugar de la ciudad ansiada,
Aquí de los trabajos el reposo.
Que treinta años transcurridos luego,
De Alba la ciudad de ilustre nombre
Ascanio fundará. No vaticino
Hechos dudosos. Mas atento escucha;

Biblioteca Nacional de España

Que yo te enseñaré los medios justos
De salir vencedor en lo que importa.

«Los árcades, los nietos de Palante,
Del rey Evandro á las banderas fieles,
Arribando con él á estas regiones,
Eligieron lugar; y en las colinas
La ciudad Palantéa edificaron,
Del nombre de Palante así llamada,
Y siempre en guerra están con los latinos;
Júntalos aliados á tus huestes;
Pacta con ellos: yo por las riberas
Te regiré con mi derecho curso,
Para que venzan del adverso río
Tus remos las corrientes. Alza presto,
Hijo de diosa, y al caer los astros
Lleva á Juno tus preces, y con votos
Sus amenazas vence y sus rencores,
Y honor me rendirás cuando triunfares.
Yo soy aquel que ves en plenas aguas
Las orillas bañar, y los confines
Dividir entre fértiles regiones.
Soy el cerúleo Tíber, á los cielos
Gratísimo raudal, mi augusto alcázar,
Cabeza de ciudades populosas,
Nace aquí.»—Dice, y lánzase al abismo,
Y en el fondo del lago se sumerge.
La noche entonces y el profundo sueño
Abandonan á Eneas. Se alza al punto,
Y á la naciente luz del sol mirando,

Biblioteca Nacional de España

Agua del Tiber en las manos huecas
Eleva según rito, y á las auras
Entrega tales voces.—«Sacras Ninfas,
Oh Ninfas de Laurento, de quien nacen
Los claros ríos: tú, sagrado Tíber,
Con tu santo raudal, fieles á Eneas
Acoged, y de riesgos libertadle:
Doquiera que en tu fuente oculto mores,
Y doquiera que brotes hermosísimo,
¡Oh cornígero Tíber caudaloso,
Rey de los otros ríos de la Hesperia!
Tú compasión tuviste de mis males:
Siempre mi honor á tí, siempre mis dones
Rendidos te serán. Séme propicio;
Tus vaticinios prósperos confirma.»—

Dijo, y dos naves de su flota elige,
Y á remar las apresta, y á los teucros
Pertrecha de armas. Cuando observa al punto
Ante sus ojos singular prodigio:
Que al través por la selva se divisa
La blanca cerda y los hijuelos blancos,
Y en la verde ribera recostarse;
Ofrenda grata, que el piadoso Eneas
Inmola fiel á tí, máxima Juno,
Sacros dones llevando, y ante el ara
Ofreciendo la cerda y los hijuelos.
Amansa el Tíber sus hinchadas ondas
Alborotadas en la larga noche,
Y en su reflujo tórnalas tranquilas,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Á manera de estanque sosegado,
Ó cual aguas de plácida laguna,
Para evitar trabajo á los remeros.
Yá con rumor tan próspero aceleran
El camino emprendido: la embreada
Nave sobre las aguas se desliza.
Admíranse las ondas, y los bosques
Admíranse también, no acostumbrados
A ver brillar de lejos los escudos,
Y navegar á las pintadas naves.
Día y noche fatigan á los remos,
Largos recodos vencen, ya de varias
Arboledas cubiertos, ya cruzando
Por el plácido río verdes selvas.
Sube en medio del cielo el sol ardiente,
Y los muros divisan á lo lejos,
El alcázar y casas esparcidas,
Que hora el poder romano al cielo iguala,
(Que no era Evandro poderoso entonces,)
Y avanzan yá más rápidas las proras,
Y á la ciudad se acercan.

Aquel día
Los solemnes honores por acaso,
De la ciudad enfrente y en el bosque,
El Rey árcade Evandro tributaba
Al hijo de Anfitrión, insigne y grande,
Y á los dioses. Allí Palante mismo,
Hijo del rey, allí la numerosa
Juventud escogida, y el humilde

Biblioteca Nacional de España

Senado incienso ofrecen, y ante el ara
Caliente sangre derramada huméa.
Cuando las altas naves divisaron
Entre el umbrío bosque deslizarse,
Y que empuñaban los callados remos,
Llénanse de terror ante su vista,
Y las mesas dejando se levantan.
Palante audaz interrumpir prohibe
El sacro rito, y el acero empuña,
Y del peligro lánzase al encuentro,
Gritando así desde lejano monte:
—«Decid; ¿qué causas, jóvenes, os guían,
Y os mueven á explorar tierras ignotas?
¿A dónde os dirigís? ¿De qué linaje
O raza procedéis? ¿Cuál vuestra patria?
¿Traéis aquí la paz? ¿traéis la guerra?»—
Álzase entonces sobre la alta popa
El padre Eneas, y en la mano extiende
Una rama de oliva, así diciendo.
—«A los hijos de Troya con sus armas
Contrarias á Latino estás mirando,
Que prófugos nos lanza en dura guerra.
A Evandro nuestra ruta dirigimos;
Llevadle tales nuevas, y decidle,
Que vienen á pedir los jefes teucros
Amistad con sus armas y alianza»—
Pásmase al escuchar tan grande nombre
Palante, y dice así. —«Quienquier que seas,
Sal, y habla en presencia de mi padre:
Huesped serás de los penates nuestros,»—

Biblioteca Nacional de España

Tómale de la mano, y estrechando
Con efusión su diestra, se dirigen,
Dejando el río, hacia el sagrado bosque:
Al rey entonces con palabra amiga,
—«¡Oh el mejor de los griegos! dice Eneas;
La fortuna rogarte me depara,
Y los ramos con cintas adornados
Ofrecerte á la vez. No temí nunca,
Porque árcade y caudillo de los griegos
Fueras, oh rey, y de la misma estirpe
De ambos Atridas, por la sangre unidos;
Mas á mí la piedad y los oráculos
Sagrados de los dioses, nuestros padres,
Tu fama por las tierras extendida,
Y los hados propicios me impulsaron;
A tí mi voluntad, oh rey, me impele.
»Dárdano padre y fundador primero
De la teucra ciudad, hijo de Electra,
Pasó á los teucros, cual los griegos dicen;
Padre de Electra fué el inmenso Atlante,
Que en sus hombros sustenta el vasto cielo;
Vuestro padre Mercurio, á quien la hermosa
Maya dió á luz en la elevada cumbre
Del helado Cilene, y Maya es hija,
Si fe se ha de prestar á lo que oímos,
De Atlante, que sostiene las estrellas:
Parten ambas estirpes de una sangre.
»Yo en tales fundamentos confiado,
No legados á tí mandarte quise,
Ni con arte emplear extraños medios;

Biblioteca Nacional de España

Yo mismo me presento, yo en persona,
Y á tu reino he venido suplicante;
La misma gente daunia nos persigue
Con inhumana guerra; y si lograra
Lanzarnos su ambición, someterían
A su yugo cruel la Hesperia toda,
Y ocuparan también, según proyectan,
El Adriático mar y el mar Tirreno.
Tú recibe mi fe, dame la tuya:
Fuertes son en la guerra mis varones
Y de animosos pechos, y escogida
Mi juventud probada en los combates.»—

Dijo Eneas. Evandro le miraba
Largo tiempo, sus ojos y su rostro
Y el cuerpo con la vista examinando,
Y así en breve contesta.—«¡Oh el más fuerte
Y esforzado varón entre los teucros:
Gustoso te recibo, y reconozco;
Recuerdo las palabras de tu padre,
Y su rostro, y la voz del grande Anquises;
Recuerdo que los reinos visitando
De su hermana Hesione el grande Príamo,
Hijo de Laomedonte, dirigiendo
Su rumbo á Salamina, los glaciales
Confines recorrió de nuestra Arcadía.
De tierna juventud la flor entonces
Brillaba en mis mejillas, yo á los jefes
Admiraba de Troya, al hijo mismo
De Laomedonte; pero más Anquises,

Biblioteca Nacional de España

Más que todos alzábase arrogante:
Mi pecho juvenil ardiente ansiaba
Hablar con tal varón, y unir gozoso
Con su diestra mi diestra, y acerquéme,
Y le llevé á los muros de Penéo.
Él, al partir, aljaba muy preciada
Me dió y saetas licias, y de oro
Clámide entretejida, y freno doble
De oro también, que guarda cual recuerdo
Mi hijo Palante. La amistad, que pides,
Es en nosotros alianza antigua;
Y cuando vuelva á iluminar las tierras
Del nuevo día los nacientes rayos,
Con auxilio y ayuda de mis bienes
Os he de despedir, alegres todos.
Mas entre tanto el anuo sacrificio
Cuando, amigos, llegasteis comenzado,
Que interrumpir no es lícito, benévolos
Venid á celebrarlo con nosotros,
Y acostumbraos, amigos, al banquete.»—

Así diciendo, reponer ordena
Los manjares y copas retiradas;
Sobre la grama por asiento él mismo
Coloca á los varones, y en un solio
De acebo armado, y con la piel cubierto
De un cerdoso león, asienta á Eneas.
Jóvenes escogidos y del ara
El sacerdote las asadas vísceras
De los toros presentan, y los cestos

Biblioteca Nacional de España

Cargan del don de Ceres á porfia;
De Baco sirven el preciado fruto.
La teucra juventud y el jefe Eneas
De un corpulento buey los pingües lomos
Comen, y las entrañas expiatorias;
Y satisfecha el hambre, dice Evandro.

—«No son, huesped troyano, tales fiestas
Vana superstición, entre nosotros,
De los antiguos dioses ignorante,
Que estos banquetes por costumbre impone,
Y á tan excelso dios altar levanta;
Por gratitud, salvados de peligros,
Merecidos honores celebramos.
Mira esa roca sustentada en peñas
Y cuántas moles desparcidas lejos,
(Peñascos, que trajeron gran ruina,)
Y desierta del monte la morada:
Aquí la cueva fué vasta y oculta
Del semihombre y semifiera Caco.
Su faz cruel el antro resguardaba
De los rayos del sol; siempre la tierra
De reciente matanza allí caliente;
Cabezas de hombres pálidas pendían
De las soberbias puertas, goteando
Horrible corrupción: y de este monstruo
Era Vulcano padre; negras llamas
Horrendo vomitaba por la boca,
Cuando movía su gigante mole.
Mas trájonos el tiempo al fin auxilio,

Biblioteca Nacional de España

Y del dios la venida en nuestro anhelo.
Vino el gran vengador, el grande Alcides,
Del monstruo Gerión de tres cabezas,
Por la muerte fatal y los despojos,
Soberbio triunfador, y aquí regía
Sus grandes toros; sus rebaños pingües
El valle y las riberas ocupaban.

»Mas Caco por las furias poseído,
Atreviéndose á todo, é inventando
Las artes todas de maldad y astucia,
Cuatro toros de cuerpos gigantéos
Roba de los establos, y otras tantas
Fuertes novillas de arrogante forma;
Y porque nunca las pisadas rectas
Pudieran revelar vestigio cierto,
Al antro, por la cola los arrastra,
Invertida la huella en el camino,
Y en la lóbrega cueva los oculta:
Rastro ninguno á la caverna guía
Al que buscar pretenda. Mas entonces
El hijo de Anfitrión, á los ganados,
Yá bien pacidos, del establo mueve,
Y su marcha prepara: suena al punto
De bueyes el mugir, á su salida;
De lamentos se llena el bosque todo,
Y dejan con clamores los collados.
Mas cautiva en la cueva cavernosa,
Responde una novilla con mugidos,
Y así de Caco la esperanza burla.

Biblioteca Nacional de España

»Dolor terrible en cólera exacerba
Con negra hiel el ánimo de Alcides;
Con su mano las armas arrebata,
Y un nudoso, y pesado y duro roble:
Parte veloz, y á la carrera sube
Del arduo monte á la empinada cima;
Y ven los nuestros por la vez primera
Temblar á Caco con turbados ojos.
Más que el Euro veloz huye á su antro,
Pues álas á sus pies añade el miedo;
Y apenas entra, las cadenas rompe,
Deja caer la peña formidable,
Por el arte paterna allí pendiente,
Y así los firmes postes fortifica.

»Furioso entonces se presenta Alcides,
Buscando acá y allá cualquier entrada,
Los dientes rechinando; por tres veces
Recorre en torno el Aventino monte
En ira ardiendo, y la murada puerta
Tienta tres veces, pero siempre en vano.
Y tres rendido descansó en el valle.
Tras de la cueva alzábase imponente
Y altísima á la vista aguda peña
Sin piedras en redor, (guarida propia
Para nidos de aves de rapiña,)
A la izquierda inclinada amenazando
Al caudaloso Tíber. Por la diestra
Alcides de contrario la sacude,
La arranca de raíz, y de repente

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Con ímpetu la arroja, y á su impulso
Retumba en torno el extendido cielo,
Estallan las riberas, y aterrado
Vuelve su curso atrás undoso el río:
Y de Caco la cueva y regia estancia
Descubierta aparece por completo,
Y los umbríos antros cavernosos.
»No de otro modo que si, á rudo empuje
Abriéndose la tierra, apareciesen
Las ocultas moradas infernales,
Y los pálidos reinos se mostraran
De los dioses odiados, y se viera
El tenebroso báratro profundo,
Y al penetrar la luz temblar los manes.

»De repente por luz inesperada
En su cóncava peña sorprendido,
Caco bramaba con rugir insólito.
Con toda clase de armas de lo alto
Acométele Alcides, y lo oprime
Con troncos y vastísimos peñones;
Y él, no encontrando salvación alguna,
En medio del peligro ¡gran portento!
Columnas de humo por sus fauces lanza,
Y en negras nubes la caverna envuelve;
Roba á la vista cuanto existe en torno,
Y humosa noche bajo el antro forma,
Fuego mezclando y hórridas tinieblas.
No soportaron más del grande Alcides
Los heroicos alientos, y de un salto

Biblioteca Nacional de España

Lánzase por en medio de las llamas,
Y se arroja á la cueva por do en ondas
Agitábase el humo más espeso,
Y más ardía la infernal caverna;
Y entre sus brazos con estrecho nudo
Violento á Caco oprime, que lanzaba
Entre densas tinieblas fuegos vanos,
Y al oprimirle le saltó los ojos,
Y la garganta le dejó sin sangre.
Y yá arrancada con furor la puerta,
Vese patente la horrorosa estancia;
Y las hurtadas reses, y los robos
Del perjuro ladrón múestranse al cielo,
Y arrastran por los pies su atroz cadáver.
Su indignación satisfacer no pueden,
Los horrorosos ojos contemplando,
Su rostro informe, y su velludo pecho,
De cerdas revestido como fiera,
Y, el fuego extinto, sus horrendas fauces.
»Es de entonces su gloria celebrada,
Y celebra también tan fausto día
Cada generación de gozo llena.
Fué Poticio su autor, y fué el linaje
Pinario del sagrado sacrificio
Y del templo de Hércules custodio.
Y él erigió este altar en este bosque,
Que máximo será siempre llamado
Y máximo será perpetuamente.
Grandes y merecidas alabanzas
Al héroe luego tributad, oh jóvenes,

Biblioteca Nacional de España

Y ceñid con guirnaldas los cabellos,
Y alzad las copas en las diestras manos;
Al dios de todos invocad, y el vino
Con buena voluntad hoy ofrecedle.»—
Apenas dijo, y con hercúlea sombra
De álamo bicolor vela el cabello,
Y bellas hojas enlazadas penden;
Su mano estrecha la sagrada copa,
Y alegres todos en la mesa liban,
Votos haciendo á los sagrados dioses.

Gira en tanto el Olimpo, y más cercana
Se aproxima la estrella vespertina,
Y caminaban yá los sacerdotes,
Y el primero Poticio, cual Alcides,
De pieles, por costumbre, revestidos
Y teas encendidas en las manos.
Renuevan los manjares, y conducen
A la segunda mesa gratos dones;
Cubren de fuentes llenas los altares.
Y los salios también del ara ardiente
En torno asisten al solemne canto,
Con álamo las sienes coronadas.
Es éste de los jóvenes el coro,
Aquél de ancianos, que en sagrados himnos
Los hechos cantan del heroico Alcides:
Cómo oprimiendo ahogó con fuerte mano
Los dos primeros monstruos, las serpientes
Que le arrojara su madrastra Juno;
Cómo arruinó las ínclitas ciudades

Biblioteca Nacional de España

Troya y Ecalia con terrible guerra;
Y cómo soportó trabajos miles
Bajo el rey Euristéo, dolorosos,
Por los decretos de la inicua Juno.
Tú á los centauros de deformes cuerpos
Folo é Hiléo, de las nubes hijos,
Mataste, dios invicto, con tu mano;
Tú á los cretenses monstruos extinguiste,
Y al ingente leon, bajo la roca
De la selva Neméa; el lago estigio
Tembló ante tí, y el hórrido custodio
Del orco estremecióse, sobre huesos
En su sangriento antro recostado.
Ni te aterró jamás vestiglo alguno,
Ni el gigante Tiféo con sus armas;
Ni turbó tu razón la hidra Lernéa
De cien cabezas circundada.—¡Salve,
Hijo de Jove augusto verdadero,
Nuevo honor á los dioses aumentado!
Sénos propicio; y con felice planta
A tu solemne sacrificio asiste.

Así celebran con sagrados himnos
De Alcides los triunfos: sobre todo
El antro horrendo, y áun al mismo Caco,
Llamas en él lanzando por la boca;
Y resuena la selva con estruendo,
Y los collados el clamor repiten;
Y terminados yá los sacrificios,
Todos á la ciudad al punto tornan.

Biblioteca Nacional de España

Iba el rey por los años agobiado,
Y á sus lados Eneas y su hijo,
Aliviando el camino con las plácticas.
Admira Eneas los lugares todos,
En derredor la vista derramando:
Con su grandioso aspecto se deleita,
Y goza en inquirir, y alegre escucha
De los antiguos hombres los vestigios.
El rey Evandro entonces, del alcázar
Romano fundador, así le dice:
—«Estas selvas y valles como indígenas
Las Ninfas habitaron y los Faunos;
Linaje de hombres de los rudos troncos
Y de robles durísimos nacido,
Que, faltos de costumbres y cultura,
Ni uncir los toros, ni allegar riquezas,
Ni lo adquirido conservar supieron;
Su alimento, las frutas y la caza;
Fué Saturno el primero de los dioses,
Que vino aquí desde el etéreo Olimpo,
De las armas de Júpiter huyendo,
Y del perdido reino desterrado.
Él puso en orden á la indócil raza
Por los excelsos montes desparcida,
Y leyes les dictó, dándole el nombre
De Lacio á esta región, porque seguro
En sus tranquilas costas se ocultara.

»Y los dorados siglos florecían
Bajo este rey, como la fama cuenta:

Biblioteca Nacional de España

Con tan plácida paz rigió á sus pueblos,
Hasta que poco á poco el tiempo trajo
Una edad menos justa, y sucedióle
El furor de la guerra y la codicia;
Y vino entonces la nación ausonia,
Y las sicanas gentes, y llamaron
Con nombres cien á la región Saturnia.
Reyes también vinieron, y el terrible
Tibris feroz de cuerpo gigantéo,
De quien llamóse Tíber nuestro río,
Que de Álbula perdió su antiguo nombre.
A mí lanzado de la patria mía,
Y del mar recorriendo los confines,
Trájome la fortuna omnipotente
A esta región, y el hado incontrastable,
Los tremendos oráculos cumpliendo
De mi madre Carmenta, sacra ninfa,
Por voluntad é inspiración de Apolo.»—

Apenas dijo, y adelante sigue,
Y al teucro Jefe de Carmenta el ara
Y la puerta le muestra, que el romano
Carmental apellida de su nombre,
En honor de la ninfa profetisa.
Ella vaticinó de los excelsos
Troyanos el poder, fué la primera,
Y la gloria del monte Palatino,
Y múestrale después el vasto bosque
Que para asilo destinara Rómulo,
Y el Lupercal bajo de helada roca,

Biblioteca Nacional de España

Que de arcadia costumbre así llamaran,
Al Dios Pan de Liceo consagrado;
Y de Argileto la sagrada selva;
Y de su huésped Argos le refiere
La muerte, y el lugar de ella testigo.
De aquí le lleva á la Tarpeya roca,
Y después al futuro Capitolio,
Hoy cual oro brillante, en otro tiempo
De silvestres malezas erizado.
Yá entonce á los medrosos labradores
Cierta piedad severa horrorizaba,
Y temblar les hacían roca y selva.
—«Este bosque, le dice, este collado,
Que ostenta erguido la frondosa cumbre,
Ignórase quién es, un dios lo habita.
Al mismo Jove hiriendo muchas veces,
La negra egida con potente diestra,
Y lanzando deshechas tempestades,
Haber visto los árcades afirman.
Mira estas dos ciudades, que ves hora:
Reliquia son sus derrüidos muros
Y de antiguos varones monumentos.
Esta fundada por el padre Jano,
Esotra por Saturno; la primera
El nombre de Janículo llevaba,
Y llamaron Saturnia á la segunda.»—

Así marchaban en coloquios tales
Del pobre Evandro á la morada regia,
Ganados por doquiera contemplando,

Biblioteca Nacional de España

Y oyen mugir donde el romano foro
Y las bellas Carinas hoy se elevan;
Y al llegar al palacio el rey le dice.
—«Estos umbrales traspasara un día
Alcides vencedor; este palacio
Hospedóle también; aprende, huesped,
A despreciar con brío las riquezas,
Y hazte digno del dios; y no con ceño
La pobreza desdeñes.»—Tal decía,
Y al grande Eneas en su estrecha estancia
Introduce, y en rústicos estrados,
De tierna fronda y con la piel cubiertos
De osa africana, á descansar le invita.

Precipitada arrójase la noche,
Y el orbe cubre con sus negras alas.
La madre Venus con razón se turba,
Del hórrido tumulto temerosa,
Y amenazas terribles de Laurento;
Habla á Vulcano en tálamo de oro,
Como esposa sus cuitas expresando,
Y amor divino con su voz le infunde.
—«Mientras príncipes griegos en la guerra
A Ilión devastaban, y sus muros
El incendio enemigo consumía,
Ningún auxilio pretendí yo entonces
Para los teucros míseros, ni armas
Te pedí de tu arte y tu riqueza;
No quise, amado esposo, molestarte,
Ni ocupar vanamente tus trabajos,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Aunque debiera innúmeros favores
A los hijos de Príamo, y de Eneas
Muchas veces lloré los infortunios.
Hora del alto Jove los decretos
En las rútulas costas le retienen:
Vengo cual madre, y tu poder imploro,
Y armas pido y favor para mi hijo.
Vencerte pudo la hija de Neréo,
Y de Titón la esposa con sus lágrimas.
Mira tú cuántos pueblos se congregan,
Cuántas ciudades en cerrados muros
Las armas contra mí funestas forjan,
Para estrago y ruina de los míos.» —
Dice la diosa, y con sus níveos brazos
Dulce le estrecha, y su calor le infunde;
Siente el dios en sus médulas al punto
El conocido ardor, que por sus huesos
En plácida corriente se dilata.
Así á veces relámpago vibrante
Rasga la esfera con ardiente surco,
Y por las nubes su fulgor discurre:
Sintió el efecto con placer la esposa
De su engaño sagaz y su hermosura.

El Dios Vulcano del amor eterno
Vencido exclama:—«A qué, diosa, me pides
A remotos recuerdos apelando?
¿Perdiste acaso en mí la confianza?
Si antes cuidado igual mostrado hubieses,
Yo armado hubiera entonces á tus teucros.

Biblioteca Nacional de España

Ni Júpiter se opuso, ni los hados
A que estuviese en pie la antigua Troya,
Y otros diez años resistiese Príamo;
Si piensas hora preparar la guerra,
Y tal es tu intención, cuanto en mi arte
Alcanzo á prometer, cuanto me es dado
De hierro elaborar, y fino electro,
Cuanto el aire y el fuego labrar pueden,
Es todo para tí: no, no lo dudes,
Y deja de pedirme suplicante.»—
Tal dijo, y estrechándola en sus brazos,
Sueño tranquilo procuró á sus miembros
En el regazo de su amada esposa.

Cual el primer reposo el sueño ahuyenta,
La mitad de la noche recorrida,
Y la mujer, que por vivir soporta
El pequeño telar ó rueca dura,
Mueve, y aviva el escondido fuego,
La ceniza apartando, que lo cubre,
Añadiendo la noche á su trabajo;
Y á la luz, en labores prolongadas
A sus criadas fieles ejercita,
Por guardar del esposo el casto lecho,
Así criando á sus pequeños hijos.....
No de otro modo el dios ignipotente,
No con menos presteza, acelerado
Su muelle lecho rápido abandona,
Y á su trabajo diligente vuela.

Biblioteca Nacional de España

Entre Sicilia y Lípari se alza
Una isla de riscos humeantes,
Bajo la cual resuenan de contino
Honda sima y cavernas socavadas
Por el fuego voraz de los ciclopes.
Óyense rudos golpes en los yunques,
Que los ecos repiten cual gemidos;
Por la caverna horrísona rechinan
Masas enormes de encendido hierro,
Y fuego arrojan los ardientes hornos:
Es esta la mansión del dios Vulcano,
Que se llamó Vulcania de su nombre.

Baja entonces el dios ignipotente
Del alto cielo; y en la extensa sima
El duro hierro los ciclopes labran,
Bronte, Esterope, y Piracmón desnudo.
Un rayo á la sazón forjaban todos,
De los muchos que lanza el padre Jove
Sobre la tierra desde el alto cielo,
En parte yá pulimentado, en parte
Forjado sólo é imperfecto estaba;
Yá le habían tres rayos infundido
De lluvia helada, tres de acuosa nube,
Tres del austro veloz y fuego ardiente,
Y á la magna labor hora añadían
Terríficos fulgores, ronco trueno,
Y el temor y las iras vengadoras,
Con las ardientes llamas sus secuaces.
Un carro en otra parte fabricaban

Biblioteca Nacional de España

Para Mavorte y las veloces ruedas,
Con que excita á los hombres y los pueblos.
Afanosos, de Palas iracunda
Las armas bruñen y la horrenda egida,
Con doradas escamas de serpientes,
Y en derredor culebras enlazadas;
Y labran para el pecho de la diosa
La cabeza cortada de Medusa,
Moviendo horrible los brillantes ojos.

—«Dejadlo todo, les mandó Vulcano,
Retirad las labores emprendidas,
Fijad aquí vuestra atención, Ciclopes:
Armas hay que labrar para un excelso
Aguerrido varón: hora las fuerzas,
Hora la agilidad de vuestras manos,
Hora el arte maestra son precisas;
Acelerad las obras sin tardanza.»—
No dijo más; y sin demora al punto
Acuden al trabajo presurosos,
Y distribuyen la labor por suertes.
Fluye en arroyos derretido el bronce,
Y el oro al par, y en las inmensas fraguas
Líquido hierve el matador acero.
Ingente escudo forjan, uno solo
Contra las armas todas de Latino,
Y siete discos con industria enlazan.
Unos el aire en fuelles sopladores
Reciben y devuelven; bañan otros
En lago extenso el bronce rechinante;

Biblioteca Nacional de España

De los yunques al golpe el antro gime:
En orden colocados, con gran fuerza
Todos levantan á compás los brazos,
Y con mordaz tenaza el hierro vuelven.

Mientras el dios de Lemno aceleraba
Tanta labor en la región Eolia,
La luz del almo sol, y de las aves
Los matutinos cantos sobre el techo
Al rey Evandro en su morada humilde
Despertaban al par. Se alza el anciano,
Y su túnica viste, y con tirrenas
Sandalias sus pies calza; cuelga al hombro
Y al lado ciñe la tejéa espada;
Pende, y terciada hacia la izquierda cubre
Una piel de pantera su costado;
Y dos canes, sus fieles defensores,
Parten del alto umbral, y diligentes
De su señor los pasos acompañan.
A la interior estancia el rey camina
De su huésped Eneas, recordando
Las pláticas y dones prometidos.
No menos madrugara el jefe teucro:
Acompañaba al rey su hijo Palante,
Y con el fiel Acates iba Eneas.
Estréchanse las diestras al reunirse,
Toman asiento en medio del palacio,
En coloquio agradable entretenidos.
Habla primero el rey.—«Excelso Jefe
Del troyano poder: puesto que vives,

Biblioteca Nacional de España

Jamás creeré de Troya en la ruina,
De sus armas y reino. Nuestras fuerzas
Exiguas son para prestar auxilio,
En vuestras luchas, á poder tan alto.
Aquí el toscano Tíber nos encierra,
Allí el rútulo audace nos reprime,
Y el muro cerca con ruidosas armas;
Mas yo pueblos ingentes te preparo,
Y ejércitos que unir á vuestro reino;
Así te salva la imprevista suerte;
Llegas aquí por orden de los hados.

»Se alza no lejos sobre antigua roca
La Agilina ciudad, donde existiera
La gente lidia, que, en la guerra ilustre,
En otro tiempo en los etruscos montes
Su morada fijó: por largos años
Floreciente ciudad, que el rey Mecencio,
Con soberbio poder y crueles armas,
Rigió después. Mas ¿para qué narrarte
Las infames matanzas, las horribles
Maldades del tirano? Den los dioses
A él y á su linaje pena justa.
Él ataba á los vivos cuerpos muertos,
Las manos con las manos, y los rostros
Unidos con los rostros, y manando
Sin cesar corrupción y podredumbre,
En abrazo cruel: ¡tormento infame!
Y así con larga muerte los mataba.
»Mas hartos yá los ciudadanos todos

Biblioteca Nacional de España

De tanta infamia, armados acometen
Al tirano furioso; su palacio
Asedian, y á los suyos asesinan,
Y la alzada techumbre el fuego quema.
Sálvase el rey de la matanza horrible,
Y al campo de los rútulos se acoge,
Y allí en las armas de su huésped Turno
Defensa busca; mas la Etruria toda
Con justa indignación álzase armada,
Y reclaman al rey en son de guerra
Para horrendo suplicio. De estos hombres
Millares te daré bajo tu mando:
Yá por la guerra en las riberas braman
Juntas las popas, yá los escuadrones
Sus estandartes tremolar anhelan.
Detiéneles en esto anciano vate,
Así profetizando.—«¡Oh escogida
Meonia juventud, oh gloria insigne,
Virtud y flor de los antiguos padres!
Justo dolor contra el tirano os mueve,
Y os enciende Mecencio en ira justa.
A ningún italiano será lícito
Rendir á su poder nación tan grande;
Buscad jefe extranjero.»—A tal anuncio
De los dioses, repléganse aterradas
En este campo las etruscas huestes.
»El rey Tarcón legados envióme,
Y la corona me mandó y el cetro,
Y del poder del reino las insignias,
Para que yo gobierne sus reales,

Biblioteca Nacional de España

Y rija como jefe el reino tusco.
Mas para mí la edad helada y torpe,
Y sin vigor la ancianidad ni vida,
Ni fuerzas á arrostrar empresas arduas,
Del gobierno me privan y del reino;
Yo tal poder á mi Palante diera,
Si no fuese también en parte ítalo,
Sangre trayendo de sabina madre.
»Tú á quien el hado, por la edad y estirpe,
Protege para el reino, á quien los dioses
Llaman al par, acude sin demora,
De teucros y tirrenos Jefe invicto.
Por compañero te daré á Palante,
Mi consuelo, mi única esperanza:
Que á sufrir se acostumbre con tu mando,
Y tu enseñanza los reveses rudos
De la milicia y de la cruda guerra,
Y á ver tus hechos, y admirar tus dotes
En sus primeros años; yo doscientos
Ginetes te daré con fuerza y bríos,
Juventud escogida de la Arcadia,
Y otros doscientos te dará Palante.»—

Apenas dijo, y el ilustre Eneas
Y el fiel Acates fijos permanecen,
A la tierra los rostros inclinados,
Y azares mil acerbos meditaban
Con triste corazón.—Mas Citeréa
En cielo abierto le mostró un prodigio.
De súbito relámpago vibrante

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Recorre el éter con terrible trueno;
Y de repente desplomarse todo,
Y resonar parece en el espacio,
De las tirrenas trompas por doquiera
El mugiente clangor. Los ojos alzan;
Repítese el fragor una y cien veces,
Y ven en una nube al aire puro,
En la región serena de los cielos,
Armas brillantes, que al chocar sonaban.
Los ánimos se turban; mas conoce
El estrépito aquel el héroe frigio,
De la diosa su madre las promesas
Entonces recordando, y así exclama.
—«No las causas, oh huésped, investigues
De tal portento, no: yo soy llamado
Por el Olimpo; la señal que observas,
Con tiempo me anunció mi excelsa madre;
Y que en mi auxilio por las leves auras
Las armas de Vulcano me traería,
Si estallase la guerra. ¡Cuánto estrago
Amenaza á los tristes laurentinos!
¡Y qué castigos sufrirás, oh Turno!
¡Qué multitud revolverán tus ondas
De escudos, y de cascos, padre Tíber,
Y cuántos cuerpos de varones fuertes!
Rompan los pactos, y la guerra pidan.»—

Dice, y desciende del augusto solio,
Y el fuego aviva á Alcides consagrado,
Sobre las aras yá casi extinguido;

Biblioteca Nacional de España

Y al nuevo lar con júbilo partiendo,
A los parvos penates se dirige.
Y escogidas ovejas sacrifican,
Según costumbre, unidos juntamente
La teucra juventud y el mismo Evandro.
Marcha luego á las naves, y á los teucros
Preséntase, eligiendo los varones
Más fuertes al combate y valerosos;
Y río abajo los demás navegan
A merced de la plácida corriente,
Para narrar á Ascanio los sucesos
Y las gestiones de su ilustre padre.
Repártense caballos á los frigios,
Que á los tirrenos campos se dirigen;
Y escogido corcel al jefe Eneas,
De piel rojiza de león cubierto
Con las garras de oro refulgente.

Por la exigua ciudad súbito vuela
Extendida la fama, publicando
Que del tirreno rey hacia las costas
Un escuadrón marchaba presuroso.
Dobla el miedo los votos de las madres,
Auméntase el temor con el peligro,
Y de Marte la imagen se agiganta.
Evandro entonces cariñoso estrecha
La diestra de su hijo, en tierno abrazo,
Yá próximo á partir, y en llanto acerbo
Así prorrumpe.—«Si el augusto Jove
A los pasados años me volviera,

Biblioteca Nacional de España

Cual era yo cuando vencí en Preneste
A las huestes primeras aguerridas,
Y sus escudos triunfador quemara;
Cuando lancé con diestra poderosa
Al Tártaro profundo al rey Herilo;
A quien su madre la Feronia ninfa
¡Caso horrendo! al nacer tres almas diera,
Para que así tres armas esgrimiese.....
(Matarle por tres veces fué preciso,
Y mi diestra arrancóle sus tres vidas,
Despojándole al par de las tres armas).....
No me arrancara yo jamás ahora
Del dulce abrazo tuyo, oh hijo mío:
Nunca hubiera insultado esta frontera
El vecino Mecencio, nunca odioso
Tanta cruel matanza consumara
Con duro hierro, ni privado hubiese
A la ciudad de tantos ciudadanos.
»Mas vosotros, oh dioses, y tú, Júpiter,
Dominador de los augustos dioses,
Tened todos piedad del rey de Arcadia,
Y propicios oíd los patrios ruegos.
Si vuestro sacro numen, si los hados
Me conservan incólume á Palante,
Si vivo para verle, si algún día
Nos hemos de reunir, la vida pido,
Aunque haya de sufrir males sin cuento;
Mas si con caso infando, tú, Fortuna,
Me amenazas cruel..... que acabe al punto,
Que se extinga mi vida ahora mismo,

Biblioteca Nacional de España

Mientras reina la duda en las congojas,
Y en lo futuro la esperanza incierta,
Mientras te estrecho amante, oh hijo amado,
Mi única delicia aunque tardía.....
¡Que nueva más cruel no hiera el alma!»—
Tales razones pronunciaba el padre
En el postrer adiós, y sin sentido
A su estancia los pajes le conducen.

Y salen entre tanto por las puertas
Los bravos escuadrones, y los rigen
El Jefe Eneas y su fiel Acates,
Y otros ilustres próceres de Troya:
Y va Palante en medio de las huestes
Brillante por su clámide y sus armas;
Cual el lucero que ama Citeréa
Sobre todos los astros preferido,
Cuando bañado en las marinas ondas,
Su faz ostenta sobre el limpio cielo,
Y las tinieblas hórridas disipa.
De pie en los muros y de espanto llenas
Las matronas están, y con los ojos
Siguen la densa nube polvorosa
Y la apiñada multitud, luciente
Por las armas de acero rutilante.
Ellos armados por breñales cortan,
La marcha por atajos emprendiendo;
Álzase el vocerío, y al galope
El formado escuadrón, la tierra baten
Con ronco estruendo los sonantes cascos.

Biblioteca Nacional de España

Junto al helado río de Argilina
Hay un gran bosque, que sagrado hiciera
De los mayores la piedad insigne,
Por cóncavas colinas encerrado
Y de negros abetos circuído.
Es fama que á Silvano, sacro numen
De campos y ganados, este bosque
Los pelasgos de antiguo consagraran,
Una fiesta anual instituyendo,
Al ocupar los ítalos confines.
En lugares seguros asentaron
No lejos de estas selvas sus reales
El rey Tarcón y las tirrenas huestes.

Verse podían de collado excelso
Las fuerzas esparcidas por los campos:
Llega aquí el padre Eneas; la escogida
Juventud á la guerra destinada,
Apréstase á cuidar á sus bridones
Y cuerpos fatigados.—En las nubes
De blanca luz vestida Citeréa
Dones llevando espléndida aparece,
Y al ver al hijo en retirado valle
Oculto al margen del helado río,
Preséntase propicia, y tal le dice.
—«Las ofrecidas dádivas te entrego
Por el arte labradas de mi esposo;
No dudes yá lanzarte á las batallas
Contra las rudas huestes laurentinas
Y el esforzado Turno.»—Tal la diosa,

Biblioteca Nacional de España

Y al hijo estrecha en amoroso abrazo,
Y de la encina al pie, que se alza enfrente,
Coloca al par las armas brilladoras.
Él con los dones de la diosa madre
Y tan insigne honor así se ufana,
Que ni aun saciar su regocijo puede,
Y en todo fija los inquietos ojos:
Ora en sus brazos y en sus manos toma,
Y admira el flameante y penachudo
Terrible yelmo, y matadora espada,
Y la enorme loriga de rigente
Bronce forjada de color de sangre;
Como se enciende la cerúlea nube
A los rayos del sol, y lejos brilla;
Toma, y admira las bruñidas grebas
De electro y oro fino acrisolado,
La lanza y el escudo indescriptible:

Está grabada en él la historia ítala,
Y del romano pueblo las victorias,
Por el augusto dios ignipotente,
Sagaz conocedor de vaticinios,
Y sabedor también de lo futuro.
La descendencia del ilustre Ascanio
Allí esculpida está; y allí por orden
Las batallas y guerras acabadas.
Allí en la verde cueva del dios Marte
Tendida se halla la parida loba;
Dos tiernos niños á su lado juegan
Asidos á las ubres, y volviendo

Biblioteca Nacional de España

Su redonda cerviz la tierna madre,
Impávidos los lame cariñosa,
Dando forma á sus cuerpos con la lengua.
Siguen no lejos Roma, y las sabinas,
Contra la ley, del circo arrebatadas
Tras los circenses juegos acabados;
Allí la nueva y repentina guerra
Entre Rómulo y Tacio, anciano jefe,
Y los graves Curites. Siguen luego
Los mismos reyes, que, al cesar las luchas,
Armados llegan al altar de Jove,
Y allí de pie, las copas en las manos,
Sacrifican al Dios robusta cerda,
Y únense al fin en paz y en alianza.

Más allá por la rápida cuadriga
Deshecho en trozos aparece Mecio,
(Cumplido hubieras tu palabra, Albano,)
Que Tulo Hostilio por la triste selva
Mandó arrastrar las míseras entrañas
De aquel falaz varón, con cuya sangre
Quedaron los zarzales salpicados;
Y Pórsena también, que disponiendo
Recibir á Tarquinio yá proscrito,
Con grande asedio la ciudad bloquéa.
Los de Eneas arrójanse á las armas
Pidiendo libertad; vieras á Pórsena
Lleno de indignación y amenazando,
Porque osara arrancar Cocles el puente,
Y porque Clelia, sus prisiones rotas,

Biblioteca Nacional de España

Surcara el río.—Manlio aparecía
De pie en lo alto del brillante escudo,
El Templo y Capitolio defendiendo,
Como custodio del tarpeyo alcázar;
El romúleo palacio aquí grabado,
Cual lo fundara Rómulo Quirino,
De aspecto pobre, de pajizos techos.

Un ganso allí, tan blanco cual la plata,
Por los dorados pórticos volando,
Anunciaba en graznidos, que en las puertas
Los Galos se encontraban. Por espesos
Matorrales preséntanse veloces,
Y el alcázar ocupan protegidos
Por las tinieblas de la noche opaca;
De áureos cabellos y dorada veste,
Y con listado sayo esplendoroso,
Y cadenas de oro en blancos cuellos,
Y dos alpinas astas en la mano
Vibrando cada cual, y por escudos
Prolongados sus cuerpos defendidos.
Esculpidos allí también estaban
Los danzadores Salios, los Lupercos
Desnudos, y los Ápices, cubierta
Su cabeza con lana, según rito,
Y del cielo bajados los broqueles;
Y las castas matronas conducían
Muelles carrozas con insignias sacras.
Encuéntranse grabadas de allí lejos
Las tartáreas mansiones, la honda puerta

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Del reino de Plutón, y los castigos
Impuestos á los crímenes. Pendiente
Allí estás tú de amenazante roca,
Oh infame Catilina, allí temblando
A los insultos de crueles Furias.
Más allá las moradas de los buenos,
Y allí Catón dictando justas leyes.
Iba entre éstos la dorada imagen
Del dilatado mar tempestuoso,
Blanca espuma lanzando de sus aguas,
Por do en torno, delfines plateados
Brillantes giran, y sus fuertes colas
Cortan batiendo el férvido oleaje.
Era de ver en medio las ferradas
Naves dispuestas del combate de Accio,
Y con la armada hervir Leucate todo,
Y cual oro brillar las crespas ondas.

Con los Padres allí Cesar Augusto,
Con los Penates y los grandes Dioses,
Y con el Pueblo, en la elevada popa,
A la lucha á los ítalos rigiendo.
Dos llamas brotan sus radiantes sienes,
Y el astro paternal en su cabeza.
En otra parte se levanta Agripa,
De los vientos y dioses protegido,
Dirigiendo las huestes arrogante;
Brilla en sus sienes la naval corona,
Supremo don y premio de la guerra.
Antonio allí por bárbaros auxilios

Biblioteca Nacional de España

Y por diversas armas victorioso,
Desde los pueblos do la aurora nace
Viene, y del Rojo mar, y trae consigo
Al Egipcio, y las fuerzas del Oriente,
Y al remoto Bactranio.—¡Grande infamia!
¡Que le sigue también la egipcia esposa!
Corren todos á una: el vasto ponto
En espumas deshecho se estremece,
Por los remos batido, y al empuje
De las robustas y estridentes proras.
Suben hacia alta mar, y parecía
Que arrancadas las Cícladas nadaban
Por el piélago extenso, ó que luchando
Chocaban entre sí los altos montes:
Con tal violencia avanzan los remeros
Con las torreadas naves; inflamada
Vuela doquier la estopa, y las saetas
Veloces y los dardos disparados:
De Neptuno los campos se enrojecen
Con la matanza nueva.—Allí Cleopatra
Álzase en medio, y con el sistro patrio
Sus huestes llama, y de mirar no cuida
Las dos serpientes que á su espalda asedian.
Allí los dioses patrios monstruosos
Y Anubis ladrador están armados
Contra Minerva, y Venus, y Neptuno;
En medio del combate ardiendo en ira
Está Mavorte cincelado en hierro,
Y del éter volando le acompañan
Las Furias vengadoras; corre alegre

Biblioteca Nacional de España

Roto su manto la Discordia impía,
Y sigue armada la feroz Belona
Con el cruel y sanguinario azote.
Tales cosas mirando el Accio Apolo
El arco tiende de la excelsa altura,
Y el Indio, Egipcio, el Árabe y Sabéo
Vuelven despavoridos las espaldas:
Vese á la Reina misma dar las velas
A los rápidos vientos invocados,
Y desatar las jarcias sin demora.
En medio aquel estrago el dios la puso
Llena de horror por la futura muerte
Que la amagaba yá, y arrebatada
Por las ondas y el Yápiga violento.
Y en frente triste el gigantesco Nilo
Sus bocas abre, y con su extensa veste
A los vencidos á su seno llama,
Y á sus secretas tenebrosas grutas.

César con triunfo triple victorioso
Llega á los muros de la excelsa Roma,
Y por eterno voto alzar ofrece,
En la ciudad, á los latinos dioses,
Trescientos grandes templos consagrados;
Y resuenan alegres por las calles
Las danzas, y los vítores, y juegos.
Ara en todos los templos erigida,
Y coro de matronas, y ante el ara
La tierra cubren inmoladas reses.
Siéntase César en el átrio augusto

Biblioteca Nacional de España

De mármol blanco consagrado á Febo;
Los dones de los pueblos reconoce,
Y en las soberbias puertas los coloca.
En largas filas los vencidos marchan,
Varios en armas, en idioma y veste;
El Nómada y el Afro desceñido,
El Lélega y el Cario, y en las flechas
El célebre Gelón. Allí el Eufrates
Con más plácidas ondas se desliza;
También allí resaltan los Morinos,
Remotos moradores de la tierra,
Reno bicorne, los feroces Dahas,
Y el Araxe, que puente no soporta.
Tales asuntos admiraba Eneas
En el escudo, que forjó Vulcano,
Don de su madre, y en imagen goza
De los hechos por él desconocidos;
Y la gloria y hazañas de sus nietos
Sobre sus hombros con amor levanta.

Biblioteca Nacional de España

LIBRO NOVENO

MIENTRAS tales sucesos ocurrían
En remota región, Juno Saturnia
A Iris manda desde el alto cielo
Al animoso Turno, que en el bosque,
A su abuelo Polumnio consagrado,
Sentado por acaso se encontraba.
Llégase á él la hija de Taumante,
Y con labios de rosa así le dice.
—«Lo que á tí ningún dios te prometiera,
Aun queriéndolo tú, oh insigne Turno,
Hoy corriendo los días te se ofrece.
Sus compañeros, su ciudad y flota
Abandonando Eneas, hora marcha
A la corte de Evandro Palatino;
Y más aún: las últimas ciudades
De Corito recorre, y muchedumbres

Biblioteca Nacional de España

De Lidios arma, y campesina gente.
¿Por qué vacilas? la ocasión es esta
De procurar carrozas y caballos.
Rompe toda tardanza, y acomete
Al yá turbado campamento teucro.»—
Dice, y batiendo por igual las alas
Remóntase á los cielos, en las nubes
Arco inmenso trazando en su carrera.
Conócela al partir el joven Turno,
Y eleva á las estrellas ambas manos,
Y en tales voces síguela en su fuga:
—«Oh Iris, de los cielos ornamento:
¿Quién á mí te envió, volando rauda
Desde las nubes á la humilde tierra?
¿Qué claridad es esta de repente?
Observo abrirse por mitad el cielo,
Y en él los astros relucir errantes:
Quienquier que seas, que á la lid me llamas,
Te seguiré con tan feliz augurio.»—
Y tal diciendo, se dirige al río,
Y de lo alto de las aguas toma,
Mil preces á los dioses dirigiendo,
Y los cielos llenando con sus votos.

Yá por el campo abierto caminaba
El numeroso ejército de Turno,
Rico en caballos y pintadas vestes,
Y en oro rico; las primeras filas
Manda Mesapo, y las postreras rigen
Los valerosos hijos de Tirréo.

Biblioteca Nacional de España

En medio el escuadrón Turno se ostenta
Las armas empuñando, y sobre todos
Alzando la cabeza gigantesco.
Cual se levanta silencioso el Ganges
Con siete mansos ríos acrecido,
O el Nilo cuando inunda caudaloso
Las fértiles campiñas con sus aguas,
Y en su cauce después ledo se encierra.
Súbito entonces los troyanos miran
De negro polvo tenebrosa nube
Levantarse, cubriendo todo el campo;
Y el primero Caico desde opuesta
Atalaya clamaba en voces tales.
—«¿Qué globo es este, que en tiniebla obscura
Así lo envuelve todo, ciudadanos?
Las armas preparad, presto, á las armas;
A los muros; mirad el enemigo.»—
Los teucros con clamores incesantes
Se precipitan por las puertas todas,
Y llenan las murallas. Tal Eneas
Lo ordenara al partir, guerrero insigne:
—«Que si en su ausencia hubiese por acaso
Bélico ataque, que jamás osaran
Las fuerzas arriesgar en campo abierto,
Mas sólo con trincheras defendiesen
Los campamentos, la ciudad y muros.»—

Aunque la ira y el honor instaban
A acudir con las huestes á la lucha,
Ellos las puertas cierran, obedientes

Biblioteca Nacional de España

La orden cumpliendo, y en las huecas torres
Al enemigo esperan con las armas.
Ante el tardo escuadrón volando Turno
Y con veinte ginetes escogidos,
De improviso delante se presenta
De la ciudad, sobre corcel traciano
De blancas manchas, y con yelmo de oro,
Y con penacho de rojizas plumas.
—«¿Quién el primero, jóvenes, conmigo
Se atreve á acometer á los troyanos?
Mirad, les dice;»—y á los aires lanza
Un dardo por principio del combate,
Y en el campo preséntase animoso.
Los compañeros con clamor le acogen,
Y con ruidoso estrépito le siguen.

Extrañan todos la cobarde inercia
De los troyanos, que ni al campo acuden
A lucha igual, ni envían sus varones,
A salir al encuentro con las armas;
Mas defienden tan sólo el campamento.
Recorre por doquier Turno furioso
En su caballo los cerrados muros,
Buscando así la inaccesible puerta.
Como el lobo que acecha el gran rebaño,
En derredor aullando del aprisco;
Sufre los vientos y tormentas rudas
En medio de la noche, y cuando balan
So las madres seguros los corderos,
Contra los libres brama, y se enfurece,

REGISTRO DE LA
Propiedad Intelectual
SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Por la rabia famélica acosado,
De sangre secas las hambrientas fauces.
No de otro modo se enardece en ira
Turno al ver los reales y los muros,
Y fiera indignación arde en sus huesos.
El medio busca de explorar la entrada,
Por qué camino excite á los troyanos,
Encerrados detrás de las trincheras,
Y á salir los obligue á campo abierto.

Luego acomete á la troyana flota,
Que unida al campamento estaba oculta,
Por fuertes baluartes circuída,
Y las ondas del río; y al incendio
Incita á sus soldados que le aplauden,
Y él ardoroso con su mano empuña
Una tea de pino ardiendo en llama.
Lánzanse todos; insta la presencia
Del jefe Turno; de hachas encendidas
Toda la juventud ármase al punto;
Los hogares despojan; pez y lumbre
Lanzan las negras teas humeantes,
Y suben las pavesas á los astros.
¿Qué dios, oh Musas, libertó á los teucros
De incendios tan crueles? ¿Quién las llamas
Ahuyentó de las naves? ¡Ah! Decidlo:
Antigua del suceso la creencia,
Mas constante su fama.—Al mismo tiempo
Que la flota aprestaba el teucro Jefe
A la falda del Ida, monte frigio,

Biblioteca Nacional de España

Para surcar del piélago las ondas,
La Madre de los dioses, Berecintia,
Habló de esta manera al grande Jove.
—«Concédeme, hijo mío, te lo ruego,
Lo que hoy te pide tu querida madre.
Después de domeñado el alto Olimpo,
Una selva de pinos tengo amada
Há muchos años, y en la excelsa cumbre
Obscuro bosque de frondoso acebo,
Y de opaco pinar, en que solían
Ofrecer á mi numen sacrificios.
Yo los doné gustosa al teucro joven,
Cuando se hallaba de bajeles falto;
Hoy los cuidados y el temor me acosan;
Líbrame de esta angustia, y haz que pueda
Alcanzar esta gracia con mis súplicas:
Que no maltrechos en su ruta queden,
Ni destrozados por los vientos rudos;
Y valga haber nacido en nuestros montes
De defensa y amparo».—

El Hijo excelso,
Que rige de los orbes las estrellas,
—«Oh madre, le contesta, ¿adónde quieres
Dirigir de los hados los designios?
¿Ó qué piden tus ruegos? ¿Es posible
Que los bajeles, que mortales manos
Fabricaran, resulten inmortales?
¿Y que recorra Eneas los peligros
Seguro siempre? Potestad tan alta

Biblioteca Nacional de España

A qué dios por ventura se ha otorgado?
Bastará que después que recorrieren
El piélago sus naves, y tocasen
El término, y los puertos de la Ausonia
Ocuparan al fin, y al jefe teucro
Llevasen á los campos laurentinos.....
A las salvadas de las ondas fieras,
Su condición mortal yo les arranque,
Y á mis mandatos las convierta entonces
En nuevas diosas del inmenso ponto;
Cual Doto de Neréo y Galatea,
Que el mar undoso con el pecho cortan.»--
Dijo, y ratificó con juramento
Por las estigias ondas del hermano,
Y las riberas, que torrentes lanzan
De negra pez en remolino hirviente:
Y movió la cabeza, y á su influjo
Estremecióse el dilatado Olimpo.

Llegó por fin el día señalado,
Que el plazo prometido yá las Parcas
Cumplido habían: y la torpe injuria
De Turno compelió á la excelsa Madre
Las naves sacras á librar del fuego.
Entonces á los ojos resplandece
Una luz nueva, refulgente nimbo,
Que, del oriente, el cielo recorría,
Y el coro de los sacros coribantes,
Y una tremenda voz cortando el aura
Hácese oír de rútulos y teucros.

Biblioteca Nacional de España

—«No apresuréis, troyanos, la defensa
De mis naves, ni arméis á vuestra gente;
Que antes incendiará los mares Turno,
Que mis sagrados pinos. Id yá libres;
Libres marchad, oh diosas de los mares;
Lo manda así la Madre de los dioses.»—
Y cada popa de la orilla arranca
Sus amarras al punto; y cual delfines
Veloces hunden las rostradas proras,
Y del piélago parten al abismo;
Y vuelven á salir yá transformadas,
¡Admirable portento! en faz de vírgenes;
Y recorren el ponto cuantas antes
Ferradas proras en la playa fueron.
Pasmáronse los rútulos, turbóse
Mesapo, y sus caballos se turbaron:
Párase el Tíber en su marcha al ponto,
Y atrás vuelve su curso en ronco estruendo.

Mas ni el valor se amengua y la osadía
Del temerario Turno, y con soberbias
Palabras los alienta y reprehende.
—«Estos prodigios son contra los teucros:
Su favor les retira el mismo Jove;
Para extinguir sus naves, ni las armas,
Rútulas, ni los fuegos son precisos:
Ni navegar yá pueden, ni esperanza
Les queda yá de salvación alguna;
De una parte del mundo se les priva,
Y las tierras están en nuestras manos,

Biblioteca Nacional de España

Y mil ítalas huestes los combaten.
Ni me aterran sus hados y portentos,
Si respuestas y oráculos de dioses
Llevan los frigios ante sí doquiera.
Bastante á Venus y á los hados dimos,
Con ocupar los teucros las campiñas
De la fértil Ausonia. También tengo
Mis hados yo contrarios á los suyos,
Que extinguir con las armas anunciaron
Esa malvada gente, raza impía,
Que mi esposa ofrecida me robara.
Ni dolor tan acerbo sólo hiere
A los Atridas, ni la Grecia sola
Ha de tomar las armas contra ellos.
Una vez sola perecer bastara,
Si una vez sola por su mal pecasen,
Y á toda mujer luego aborrecieran.
»Valor y confianza les inspiran
Vallas y fosos, que su fin dilatan
A pequeña distancia de la muerte.
¿No vieron por ventura aquellos muros
De Troya por Neptuno fabricados
Caer, y destruirse en los incendios?
Escogidos varones, de vosotros
¿Quién con el hierro á derribar los fuertes
Resuelto está? ¿y quién viene conmigo
A invadir los cobardes campamentos?
Ni de Vulcano las potentes armas
Contra ellos necesito, ni mil naves.
Que los etruscos todos se les unan

Biblioteca Nacional de España

Como aliados; y que nunca teman
Que yo aproveche las nocturnas sombras,
Del Paladión para el cobarde robo,
Matando á los custodios del alcázar;
Ni del caballo en el obscuro vientre
Nos hemos de ocultar: con luz del día
Y del mundo á la faz, tengan por cierto,
Que he de cercar con fuego sus murallas.
No juzguen que combaten con los dánaos
O la pelasga juventud, á quienes
Diez años Hector dilató la guerra.
Y pues del día yá la mejor parte
Va recorrida con feliz comienzo,
Solo resta, varones, que gozosos
De vuestros cuerpos reparéis las fuerzas,
Y esperéis preparados el combate.»—

Y el encargo dá entonces á Mesapo
De rodear las puertas de custodios,
Y cercar las murallas con hogueras.
Catorce de sus rútulos escoge,
Que los muros vigilen con soldados,
Y á cada cual agrega cien mancebos
Con purpúreos penachos, y brillantes
Por sus vestes doradas, que recorran
Por doquiera, y en turnos se releven.
Por la frondosa yerba desparcidos,
En las copas de bronce el vino apuran;
Los fuegos brillan, y la noche insomnes
Las guardias entretienen con el juego.

Biblioteca Nacional de España

Desde lo alto los troyanos miran,
Y defienden armados las trincheras,
Y las puertas exploran temerosos,
Y los puentes enlazan con las torres,
Sin las armas dejar: bravos sostienen
Seresto con Mnestéo la defensa,
A quienes confiara el Jefe teucro
De los mancebos la instrucción y el mando,
Y los sucesos todos, si ocurriese
Algo infausto en su ausencia por desgracia.
La fuerza toda sorteada ocupa
Los muros, el peligro vigilando
Do á cada cual en la defensa toca,
Y á su tiempo las guardias se relevan.

Era custodio de la puerta Niso,
Hijo de Hirtaco, acérrimo en las armas,
A quien Ida su madre, cazadora,
A Eneas envió por compañero;
Diestro en lanzar las flechas y los dardos;
Y Euríalo con él, mancebo hermoso;
Otro no hubo de mayor belleza,
Que armas ciñese entre las huestes frigias:
Rostro infantil, que señalaba entonces
La juventud con el primero bozo;
Un solo amor los une, y siempre juntos
Al combate sangriento se arrojaban.
Ambos vigilan en la misma puerta,
Y tal hablaba Niso.—«¿Dan los dioses,
Euríalo, en las almas este fuego?

Biblioteca Nacional de España

¿O la cruel pasión, que nos devora,
La hace un dios cada cual, á su capricho?
Ha tiempo que me impulsa á los combates,
O grandes hechos á emprender mi mente,
Con plácido reposo no contenta.
Mira qué confianza en los sucesos
Los rútulos abrigan: brilla sólo
Alguna que otra luz allá lejana;
En vino y sueño sepultados yacen;
Todo calla en silencio. Escucha, amigo,
La duda que me acosa, el pensamiento
Que en mi agitada mente se levanta:
El Pueblo con los Próceres, unánimes
Todos pretenden que regrese Eneas,
Y que ilustres varones se le envíen,
Que nuevas ciertas de su Jefe traigan.
Si para tí lo que pretendo otorgan,
(Pues con la fama yo bastante tengo)
Al lado de aquel monte me parece,
Que ha de hallarse camino á las murallas,
Y ciudad Palantéa.»—
Oyó pasmado,
Por el amor inmenso de la gloria,
Eurialo á su amigo, y tal responde.
—«¿Acaso, Niso, para empresas arduas
Huyes unirme á tí por compañero?
¿Y te habré de dejar que marches solo
A tan grandes peligros? No mi padre
Ofeltes, á las guerras avezado,
Tal me educara entre el espanto horrible

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Del ejército griego, y las fatigas
Al extinguirse la ciudad de Troya.
Nunca de tal manera obré contigo,
Siempre siguiendo al valeroso Eneas,
Hasta el extremo de la misma muerte.
Ánimo tengo y corazón bastante,
Que la gloria prefiere á la existencia,
Y ese honor, que pretendes ardoroso,
Daré por bien comprado con la vida.»—
—«Nada de eso en verdad, contesta Niso,
Recelaba de tí, ni fuera justo:
Así el excelso Jove me conserve
Para tí vencedor, ó un dios cualquiera,
Que mire mi piedad con justos ojos;
Mas si caso fatal ó dios alguno,
(Que como ves abundan los peligros)
A término funesto me arrastrara,
Quisiera yo que tú sobrevivieses,
Que tu edad es más digna de la vida:
Haya quien dé á la tierra mi cadáver,
Ora arrancado al campo de batalla,
O yá á precio de oro rescatado;
O si alguna desgracia lo impidiese,
Justas exequias al ausente rinda,
Y me honre con sepulcro. Yo no quiero
La causa ser de la aflicción inmensa
De tu madre infeliz: ella tan sólo
De entre todas las madres valor tuvo,
Para seguirte, sin curar amante
Del regio alcázar del insigne Acestes.»—

Biblioteca Nacional de España

—«En vano tejes, Niso, inanes causas,
Eurílalo contesta; no se muda
Mi firme voluntad: estoy resuelto;
Marchemos pronto.» —Y á la vez despierta
A nuevos centinelas, que en la guardia
Los relevan al punto sin demora.
Deja su puesto, y á su rey Ascanio
Acompañando á Niso se dirige.

Yá por el ancha tierra en dulce sueño
Descansaban, depuestos los cuidados,
Los animales todos, las fatigas
Del vivir en sus pechos olvidadas.
Los caudillos primeros de los teucros
Y la escogida juventud reunidos
Celebraban Consejo, consultando
Sobre asuntos difíciles del reino.
Qué conviniera hacer, quién debería
Cual legado informar al rey Eneas.
De pie, en las luengas lanzas apoyados,
Y embrazado el escudo, estaban todos
Del campamento en medio. Entonces Niso
Y Eurílalo con él resueltos piden,
Ser al punto admitidos; y que el grande
Interés de la empresa que los mueve,
Recompensa será de la demora:
Conmovidos Ascanio los recibe,
Y manda á Niso hablar, que así prorrumpe.
—«Con ánimo benigno oíd, troyanos,
Y no juzguéis por nuestra edad temprana,

Biblioteca Nacional de España

Lo que al alto Consejo sometemos.
En sueño y vino sumergidos duermen
Los rútulos: allí nosotros mismos
Lugar para emboscadas encontramos,
Donde se parte en dos aquella senda,
Que conduce á la puerta junto al ponto.
A largos trechos las hogueras lanzan
Humo, que denso sube hasta los astros.
Si usar nos permitís de la fortuna,
Y marchar á los muros palantéos,
Buscando al jefe Eneas, ¡ah! muy pronto
De los despojos nos veréis cargados,
Tras horrible matanza consumada.
Y no habrá de engañarnos el camino;
Nosotros en constantes cacerías
Hemos visto, á través de obscuros valles,
De la ciudad la parte más cercana,
Y todo el río Tíber conocemos.»—

Entonce Aletes, el prudente anciano,
—«Oh patrios dioses, clama, cuyo numen
Protege siempre á la ciudad de Troya:
No la extinción completa de los teucros
Queréis sin duda, pues nos dais varones
De ánimos tales, y de pechos fuertes.»—
Y tal diciendo, de los dos estrecha
Las diestras, y amoroso los abraza,
Regando al par con lágrimas su rostro.
—«¿Qué premio, añade, de vosotros digno
Pudiera ser á vuestro esfuerzo dado,

Biblioteca Nacional de España

Por tan alto valor, claros mancebos?
Premios sublimes os darán los dioses,
Y de tan nobles hechos la conciencia:
Y os premiará también el teucro Jefe,
Y en su mayor edad Ascanio mismo,
Que nunca olvidará mérito tanto.»—
—«Y yo á vosotros, interrumpe Julo,
Yo, cuya salvación estriba sólo
En el regreso de mi amado padre.....
Por los penates nuestros venerados,
Y por el dios, que Asáraco venera,
Y de la sacra Vesta los misterios,
Yo, caro Niso, con verdad lo juro:
Toda mi fe con mi fortuna toda
A vosotros entera la consagro.
A mi padre traed, que yo le vea;
Que no habrá con mi padre nada adverso.
Dos copas os daré de rica plata,
Y con relieves de labor perfecta,
Que en la toma de Arisba halló mi padre;
Dos trípodes también y dos talentos
De oro, y primorosa taza antigua,
Que la sidonia Dido me donara.
Si por suerte tomar la Italia es dado,
Y su cetro empuñar en la victoria,
Y el botín sortear.... ¿vísteis vosotros
Cómo marchaba en su caballo Turno,
Y qué brillantes sus doradas armas...?
Su mismo escudo y su penacho rojo
Excluiré de la suerte, y desde ahora

Biblioteca Nacional de España

Serán tu premio, Niso. Doce siervas,
Madres de hermosos cuerpos escogidos,
Y otros tantos cautivos con sus armas
Mi padre te dará, y el campo todo
Que hoy como dueño ocupa el rey Latino.
»Y á tí, preciado joven, á quien sigue
Muy de cerca mi edad, con toda el alma
Yo te recibo yá por compañero,
Te asocio en todos los sucesos míos.
Ni en la paz ni en la guerra gloria alguna
He de buscar sin tí: con fe suprema
Acogeré tus hechos y palabras.»—

—«No habrá un día siquiera, dice Eurialo,
Que me pueda argüir de hombre mudable
En tal valor y poderoso arrojo,
Fuere adversa ó propicia la fortuna;
Mas sobre todo don esto te pido:
Tengo á mi madre de la antigua estirpe
De Príamo infeliz: á la cuitada,
Que conmigo partió, ni el patrio suelo
En su desgracia retenerla pudo,
Ni el regio alcázar del ilustre Acestes;
Y hora ignorante de peligro tanto
La dejo aquí; ni de ella me despido;
Por la noche lo juro y por tu diestra,
Que soportar mi pecho no podría
El llanto de mi madre. Yo te ruego,
Que á la pobre consueles, y socorras
A la infeliz, que dejo abandonada.

Biblioteca Nacional de España

Concédeme llevar de tus bondades
Tal esperanza, y con mayor arrojo
Entregaréme á todos los peligros.»—
Heridos del dolor los pechos teucros
Lágrimas derramaron; más que todos
El bello Julo, que en aquel instante
Del filial amor la llama siente,
Y así prorrumpe.—«Cuanto digno sea
De tan arduas empresas te prometo:
Tu madre para mí será mi madre,
Le faltará de Creusa el nombre sólo:
Que no pequeña gracia corresponde
A aquella madre, que parió tal hijo,
Cualquier que sea de la empresa el éxito.
Por mi alma y mi vida te lo juro,
Cual solía jurar mi padre Eneas:
Lo que á tí te prometo cuando tornes
Con próspero suceso victorioso,
Eso á tu madre y tu linaje ofrezco.»—
Dice, y vertiendo lágrimas, del hombro
Quita, y le entrega su dorada espada,
Que labrara con arte á maravilla,
Y aptara en vaina de marfil bruñido
Licaón el cretense. A Niso entonces
Piel de horrendo león le da Mnestéo;
Cambia el yelmo con él el fiel Aletes;
Y armados marchan sin demora alguna,
Y hasta las puertas síguenlos con votos
Próceres teucros, jóvenes y ancianos;
Y va con ellos el hermoso Julo,

Biblioteca Nacional de España

Con ánimo y con celo varoniles,
A su edad superiores; y á su Padre
Mil mensajes le manda cariñoso,
Que los vientos deshacen y dispersan,
Y los entregan vanos á las nubes.

Parten, salvan los fosos, y en las sombras
Envueltos de la noche, se dirigen
Al enemigo campamento; y antes
Habrán de ser ruina para muchos.
Sin orden ven dispersos por la hierba
Cuerpos en vino y sueño sepultados,
Y carros levantados en la orilla,
Y entre bridas y ruedas, vino y armas,
En confusión tendidos los varones.
Y habla Niso el primero de esta suerte.
—«Este es el tiempo del arrojo, Eurílalo,
Y valerosa diestra; que hoy nos llama
Propicia la ocasión; este el camino:
Tú á lo lejos observa vigilante,
No acometa á traición malvada hueste;
Que yo tantos lugares devastando,
Te llevaré por campos espaciosos.»—
Así dijo y calló, y al punto mismo
Se arroja sobre el ínclito Ramnete,
Que por acaso en tapizado lecho
Hondos ronquidos de su pecho daba;
Rey al par, y de Turno augur gratísimo;
Mas no pudo su augurio poderoso
De su fatal ruina libertarle.

Biblioteca Nacional de España

Y á tres criados sacrifica luego
Entre las armas al azar tendidos;
De Remo al escudero y al auriga,
Que por acaso halló entre los caballos,
Los lacios cuellos con la espada siega;
Y al mismo Remo la cabeza corta,
Y á tronco entre gemidos le reduce,
En un lago de sangre abandonado;
Y empápanse también el lecho y tierra
Con aquella caliente y negra sangre.
Mata después á Lamo y á Lamiro,
Y á Serrano, doncel de faz hermosa,
Que la noche pasara en vino y juego,
Y rendidos sus miembros al dios Baco,
En profundo sopor dormido yace.
Dichoso, si, igualado con la noche,
Durado hubiese el juego hasta la aurora.
Como el león privado de alimento,
Por la rabia famélica impulsado,
A los llenos rediles acomete;
Turba á los corderillos, por el miedo
Mudos, y los arrastra y los devora,
Bramando al par su boca ensangrentada.
No menor la matanza de Eurialo:
Él ardiendo en furor se lanza en medio
De numerosa multitud sin nombre,
Y á Fado mata, y Hébeso y Abaris
Descuidados, y al par á Reto mismo,
Que todo vigilante lo observaba,
Tras cuba enorme por temor oculto;

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

La espada toda le escondió en el pecho
Al levantarse, y la sacó en su muerte;
Y el alma al punto el infeliz arroja,
Y la sangre al morir mezclada en vino;
Él con ardor dedícase al despojo.

Y yá á los compañeros de Mesapo
Marchaba donde el fuego se extinguía,
Y pacían trabados los bridones,
Cuando en breves palabras le habla Niso,
Sus espíritus viendo dominados
Por pasión insaciable de matanza.
—«Basta, dice; contraria á nuestros planes
Se aproxima la luz de nueva aurora;
Yá castigo bastante han recibido.
Por medio de las huestes enemigas
Camino abierto está.»—De rica plata
Muchas armas preciosas allí dejan,
Y copas y bellísimos tapices:
El collar de Ramnetes toma Eurílalo,
Y el cinturón de oro con relieves,
Joyas que un tiempo al tiburtino Rémulo,
Como prenda y señal de hospicio noble,
El opulento Cédico donara.
Él, al morir, dejólas á su nieto,
Y cual botín de guerra tras su muerte
Los rútulos triunfantes las gozaron;
Eurílalo tomólas, mas en balde
Las colocó sobre sus fuertes hombros.
Pónese el yelmo de Mesapo entonces

Biblioteca Nacional de España

De espléndido penacho, y parten luego
De los reales por segura senda.

Trescientos de á caballo, precursores,
De la ciudad latina en tanto marchan
Con escudos, al mando de Volscente,
Para llevar respuestas al rey Turno;
Y la legión de los infantes queda
En campo abierto, y formación cerrada.
Yá se acercan al muro y campamento,
Cuando á lo lejos á los dos divisan,
Que tuercen á la izquierda su camino;
Mas por los tenues rayos de la luna,
Entre las sombras de la opaca noche,
Herida la celada resplandece,
Y al inocente Eurílo delata.
—«Son ellos en verdad. Alto, varones,
Clama Volscente en medio de la fuerza.
¿A qué venís aquí? ¿quién sois? decidme:
¿Adónde vais? ¿por qué venís armados?»—
Nada contestan; mas la fuga emprenden
Por la selva, amparados en la noche.
Y entonces por terreno conocido
Los de á caballo por doquier los cercan,
Y de guardias coronan las entradas.
Una espaciosa selva con zarzales,
Y con negras encinas espantosas,
Y llena por doquier de espinos densos,
A la que ocultas sendas conducían,
Allí se extiende; del ramaje obscuro

Biblioteca Nacional de España

La negra sombra, y el botín pesado
Sirven de estorbo á Euríalo, y le engaña
El temor, y le aparta del camino.
Y Niso sin prever el caso triste,
De la hueste eneniga se liberta,
Y los campos do estaban los establos
Del rey Latino, que del nombre de Alba
Después albanos nominados fueron.
Párase al punto, y al buscar en vano
Al yá perdido amigo de allí ausente,
—«¿Oh Euríalo infeliz, dónde quedaste?
¿Por dónde seguiré?»— Clama, y de nuevo
Recorre ansioso por igual camino
La engañadora selva, y examina
Al par las huellas dadas, y anda errante
Entre las zarzas del callado bosque;
Y escucha los caballos, y el estrépito
De la hueste enemiga, y los clarines:
Y á poco de esto á sus oídos llega
Un intenso clamor, y mira á Euríalo
De la enemiga tropa yá apresado,
Por la falacia del lugar y sombras,
Luchando en balde con heroico esfuerzo.
¿Qué hará Niso infelice? ¿con qué fuerza
Libertará á su amigo? ¿con qué armas?
¿Se arrojará á morir entre las huestes,
Buscando en las heridas muerte honrosa.?
Al punto vibra con robusto brazo
El hasta, y levantando á la alta luna
Sus ojos, así dice suplicante.

Biblioteca Nacional de España

—«Tú, diosa, de los astros ornamento,
Tú, Latonia, tú, guarda de los bosques,
Socórreme en tal cuita bondadosa.
Si por mí alguna vez mi padre Hirtaco
Dones algunos ofreció en tus aras,
Si yo mismo agregué la caza mía
Pendiente de la cúpula del templo,
O fijada en lo alto de sus muros...
Desbaratar concédeme esa hueste,
Y dirige mis armas por los aires.»—
Y haciendo esfuerzo con su cuerpo todo
El hasta arroja, que volando rompe
Por las nocturnas sombras, y se clava
En la espalda de Sulmo hecha pedazos,
Y por mitad del pecho le atraviesa:
Cae desplomado y yerto el infelice,
Y arroja un río de caliente sangre,
Y el estertor agita sus entrañas.
Miran todos en torno por doquiera,
Y más valiente y esforzado Niso
Lanza desde la oreja nuevo dardo,
Y mientras ellos aterrados tiemblan,
Llega á Tago la lanza vibradora,
Y atravesando las opuestas sienes,
Clávase al fin caliente en su cerebro.

Lleno Volscente de furor y saña
Mira sin encontrar por parte alguna
Al autor de los dardos, y furioso
Adónde pueda acometer no sabe.

Biblioteca Nacional de España

—«Mas tú me pagarás la pena de ambos
Con tu caliente sangre, clama entonces:»—
Y tal diciendo, con desnuda espada
Al infeliz Eurílalo arremete.
Con furia aterradora clama Niso,
Sin poder por más tiempo estar oculto
Entre las sombras, ni dolor tan grande
Su pecho soportar, y—«A mí, gritaba,
A mí; soy el autor aquí presente:
Rútulos, contra mí vuestros aceros,
Que sólo es mío tan funesto dolo:
Ese nada ha podido, nada ha osado;
Lo juro por el cielo y las estrellas
Sabedores de todo.»— A tal exceso
Amaba Niso á su infeliz amigo.
Así gritaba; más la espada fiera,
Vibrada por Volscente contra el joven,
Rómpele el blanco pecho y las costillas;
Y revuélvese Eurílalo en su muerte;
Baña la sangre sus hermosos miembros,
Y dobla su cabeza sobre el hombro.
Cual la purpúrea flor lánguida muere
Al troncharla el arado; ó cual se inclina,
Doblado el cuello al peso de la lluvia,
La hermosa adormidera.—

Entonces Niso
Se precipita en medio de las fuerzas;
Sólo á Volscente con furor se arroja,
Y se detiene sólo ante Volscente:

Biblioteca Nacional de España

Apiñados doquier los enemigos,
Le cercan oprimiéndole feroces;
Mas él acosa con ardor y encono,
Y al par blandiendo su fulmínea espada,
Atraviesa á Volscente por la boca
Cuando gritaba, y moribundo él mismo
Arrancó á su enemigo la existencia:
Y allí se arroja sobre el cuerpo exánime
Del amigo infeliz, así exhalando
Su vida al fin con apacible muerte.
¡Cuán felices los dos! Si algo mis versos
Pueden en las edades venideras,
Jamás ni un día en perdurables siglos
Dejará de ensalzar vuestra memoria,
Mientras la raza del troyano Eneas
Habite el inmovible Capitolio,
Y el Romano poder al orbe impere.

Los vencedores rútulos entonces
De la presa y despojo se apoderan,
Y llorando al exánime Volscente,
De Turno á los reales lo conducen.
No eran allí menores los lamentos
Por la muerte del ínclito Ramnetes,
Y otros jefes también asesinados,
En triste noche, con Serrano y Numa.
Concurso ingente ante los mismos cuerpos
Y los nuevos cadáveres se forma,
Y ante el lugar caliente todavía
De reciente matanza, y los arroyos

Biblioteca Nacional de España

Qué allí corrían de espumosa sangre.
Los despojos al punto reconocen,
Y de Mesapo el yelmo refulgente,
Y el jaez con sudor recuperado.
Yá abandonando la primera aurora
El lecho de Tritón, con nueva lumbre
Las tierras por doquier iluminaba,
Y el sol naciente con sus vivos rayos
Los seres descubría. Turno mismo,
Ceñido de sus armas, presuroso
A la lucha convoca á los varones,
Y cada jefe á combatir prepara
Su armada hueste, y con rumores varios
Excitan al rencor y ardientes iras.
Y á la vez en las picas elevadas
Clavadas van, ¡oh vista dolorosa!
De Eurialo y de Niso las cabezas,
Entre intenso clamor tumultuoso.
Los teucros á la izquierda de los muros
Colocan sus legiones; que la diestra
El río en torno por doquier ceñía,
Y así defienden los profundos fosos.
Y mustios y de pie en las altas torres
Los rostros cadavéricos divisan,
Para los tristes harto conocidos,
De aquellos dos varones esforzados,
De donde sangre y corrupción manaba.

La fama en tanto voladora extiende
Por la ciudad medrosa la noticia,

Biblioteca Nacional de España

Y á los oídos pavorosa llega
De la madre de Eurídalo: y al punto
Abandonó el calor sus tristes huesos,
Cayeron las labores de sus manos,
Y loca la infeliz, á las murallas
Entre sollozos vuela y alaridos,
Mesando sus cabellos, y veloce
A las primeras filas se dirige,
Sin temor á los hombres ni á las armas,
Y los cielos llenando con sus quejas.
—«¡Oh Eurídalo, clamaba: cuál te miro!
¿Tú aquél de mi vejez tardo reposo?
¿Y así pudiste abandonarme sola,
Oh cruel? ¿Y porqué á tu madre mísera,
Cuando á tantos peligros te lanzabas,
Darte el último adiós no fué otorgado?
¡Y en tierra ignota yaces ¡ay! por presa
De los latinos perros y las aves!
Ni á tu muerte asistir, ni tus heridas
Pude lavar, y ni cerrar tus ojos;
Ni ceñir á tu mísero cadáver
Aquella veste para tí labrada,
Tejida sin descanso día y noche,
Grato solaz á mis seniles cuitas.
¿A dónde iré á buscarte, ó en qué tierra
Tu cuerpo está, tus miembros destrozados,
Tu deshecho cadáver, hijo mío?
¿Así pagas mi amor? ¿Y para esto
Te he seguido por tierras y por mares?
Acuchilladme yá, vosotros, rútulos;

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Si en vuestros pechos hay piedad alguna
Matadme la primera con la espada:
O tú, Padre supremo de los dioses,
Ten compasión; extingue con tu rayo
Esta existencia mísera, que odias,
Y al tártaro me lanza, si no puedo
De otro modo romper la dura vida.»—
De este lloro los ánimos heridos,
Todos gemían con dolor profundo,
Quebrantadas las fuerzas al combate.
Entonces por mandato de Ilionéo,
Y de Julo también, que al par lloraba,
Astor é Idéo á la triste cogen,
Que á todos con sus llantos afligía,
Y á su morada en brazos la conducen.

Lanza el clarín de bronce resonante
Su terrible clangor á gran distancia,
Y sigue el vocerío de las gentes,
Y brama el cielo; y á la vez los Volscos,
Formada la testudo, se apresuran,
Y á rellenar los fosos se disponen,
Y á demoler los fuertes. Buscan unos
La entrada, y escalar los muros altos
Por do hueste menor miran formada
Y legión no apiñada de guerreros;
Los teucros á su vez armas innúmeras
Disparan sin cesar de todas clases,
Y con las duras picas los ahuyentan,
Yá en dilatada guerra acostumbrados

Biblioteca Nacional de España

A defenderse desde el alto muro;
Y peñascos arrojan de gran peso,
Por si pudiesen destrozar las fuerzas
Por la dura cubierta defendidas;
Mas á los Volscos soportar les place
So la testudo los ataques todos.
Defensa al fin inútil, que los frigios
Por do avanzaba la legión más densa
Un enorme peñón ruedan y lanzan,
Que á los ítalos postra, deshaciendo
La trabada cubierta de broqueles.
Yá no cuidan los rútulos audaces
De combatir con arte peligrosa;
Mas con flechas pretenden y con dardos
A los teucros lanzar de sus trincheras.
Etrusco pino como lanza agita
El horrendo Mecencio en otra parte,
Y lleva por doquier humosos fuegos.
El gran Mesapo, de Neptuno hijo,
El de caballos domador insigne,
Destruye el fuerte, y pide las escalas
Para trepar á los cerrados muros.

¡Oh Musas, oh Calíope! propicias
Dadme la inspiración, yo os lo suplico.
Los estragos decidme de las armas,
Y las matanzas que causara Turno;
A quién cada varón lanzara al orco;
Y conmigo narrad sucesos tantos.
Presentes los tenéis en la memoria,

Biblioteca Nacional de España

Y podéis, sacras diosas, referirlos.
En lugar oportuno y espacioso,
Una torre levántase á los cielos,
De grande altura, y elevados puentes;
Con supremos esfuerzos expugnarla
Procuraban los ítalos, luchando
Por destruirla con sus fuerzas todas;
Los troyanos al par se defendían
Piedras lanzando enormes, y disparan
Flechas y dardos mil por las troneras.
Arroja Turno entonce un hacha ardiendo,
Que al costado se fija; y prende al punto
La llama por los vientos agitada,
La tablazón y postes devorando.
Dentro temblaban de pavor los teucros,
Del mal en vano libertarse anhelan,
Y huyendo atropellados se refugian
En lugar del incendio defendido.
Derrúmbase de súbito la torre
A su gran pesadumbre, resonando
El cielo todo con fragor horrendo.
Caen al suelo los frigios expirantes
Atravesados por sus propias armas,
Y por duras astillas traspasados,
Y tras ellos también la torre ingente:
Sólo se salvan Helenor y Lico:
Helenor el más jóven, á quien diera
De ilícito connubio al rey Meonio
Licimnia esclava, y enviado á Troya
A esgrimir contra ley armas vedadas,

Biblioteca Nacional de España

Con solo el nudo acéro, y blanco escudo
Sin proeza ninguna señalado.
Cuando él en medio de las huestes vióse
De Turno, y por doquiera circuido
De latinas legiones, cual la fiera,
Que de cien cazadores rodeada,
Brama contra las flechas en su furia,
Lánzase, y aún segura de su muerte,
Salta, y se arroja á los venablos mismos.....
Tal se lanza á morir ardiente el joven
En medio de las fuerzas enemigas,
Por donde ve los dardos más espesos.

Más ligero de pies la fuga emprende
Entre las armas Lico y los contrarios;
Y llega al muro, y apresar procura
Los altos techos ó las manos mismas
De alguno de los teucros combatientes.
Turno le sigue con veloz carrera
Con su lanza, y le increpa victorioso.
—«¿Pensaste que escapar de nuestras manos
Pudieras, necio?»—Y á la vez le prende
Por el muro trepando, y de él le arranca
Con gran parte también del mismo muro.
Cual el águila armígera de Jove
Cuando arrebata con sus garras fieras
Una liebre, tal vez un blanco cisne;
O cuando roba un lobo del aprisco
Un tierno corderillo, reclamado
Por los balidos de su triste madre.

Biblioteca Nacional de España

Álzanse por doquier grandes clamores,
Acometen los rútulos; los fosos
Con tierra cubren; mientras otros lanzan
A las techumbres encendidas teas.
Con un peñón de un monte desgajado
Mata Ilionéo al mísero Lucecio,
Que el incendio á las puertas extendía;
A Emacio mata Liger; á Corino
Asilas, diestro tirador de dardos:
Cenio asesina á Ortigio; y luego á Cenio,
Ufano vencedor, el mismo Turno.
Turno mismo también la vida arranca
A Itis, Clonio, Prómulo y Doripe,
Y á Ságaris y á Ida, que velando,
Las elevadas torres defendía.
Capis mata á Priverno, á quien Temilo
Antes hirió con su veloce flecha;
Arroja loco su broquel, y cubre
Con su mano la herida; mas volando
Llega en tal punto la saeta rápida,
Y la mano le clava con su impulso,
Atravesando con mortal herida
El siniestro costado y los pulmones.

Estaba allí con sus egregias armas
De Arcente el hijo ilustre revestido
De clámide bordada en color vario,
Y de púrpura ibérica esplendente,
E insigne por su faz, á quien su padre
En el bosque criara de Mavorte,

Biblioteca Nacional de España

Cerca de la corriente del Simeto,
Do se alza de Palico el ara pingüe,
Y luego lo envió con los troyanos.
De sus armas Mecencio se despoja,
La honda en derredor de su cabeza
Hace girar silbando, por tres veces,
Y disparado el caldeado plomo,
Hiere en la sien al desdichado joven,
Que en la espaciosa arena cae postrado.
Entonces fué cuando, según la fama,
La saeta empleó por vez primera
Para la guerra Ascanio, usada sólo
Antes para acosar fieras veloces.
También es fama que mató á Numano,
Rémulo en sobrenombre, que de Turno
Con la hermana menor casado había.

Marchaba al frente de la hueste Rémulo
Del nuevo reino ufano y orgulloso,
Lanzando injurias mil, y así gritaba.
—«¿No os avergüenza yá veros sitiados
Dos veces, frigios, tras la vil trinchera,
A la muerte los muros oponiendo?
Ved quiénes bodas por la guerra piden.
¿Qué dios á Italia os trajo, qué locura?
No hay Atridas aquí, ni Ulises pérfido;
Raza somos potente por origen,
Nuestros hijos pequeños á los ríos
Llevamos, y al influjo de las ondas
Y con el duro hielo se endurecen;

Biblioteca Nacional de España

Los jóvenes se aplican á la caza,
Y las selvas fatigan, y es su juego
Domar caballos, y lanzar saetas;
Juventud del trabajo sufridora,
Rompe la tierra con la reja dura,
Ó azota con la guerra las ciudades,
Y satisfecha por frugal con poco,
La edad pasamos toda con las armas,
O con la lanza vuelta cuando aramos
Aguijamos los bueyes; ni las fuerzas
La tarda senectud nos debilita,
Ni altera nuestros bríos; cubre el yelmo
Las canas, y gozar presas recientes
Plácenos, y vivir de los despojos.
A vosotros la veste azafranada
Y la fulgente púrpura os cautivan;
Vuestro encanto la danza y la molicie,
Vestido mujeril es vuestra túnica,
Y de lazos femíneos el tocado.
¡Oh frigias en verdad, pero no frigios!
Marchad al alto Díndimo, do os llama
La conocida flauta bisonante,
O el tímpano, y el boje melodioso
De la madre Cibeles, Berecintia.
Dejad para los hombres vuestras armas,
Y renunciad al hierro.»—Más no pudo
Ascanio soportar los jactanciosos
Osados dichos, y grosera injuria,
Y en frente colocado el arco tiende,
Y de caballo en el tirante nervio

Biblioteca Nacional de España

Monta una flecha, y al abrir los brazos,
Así ante Jove suplicante clama:
—«Júpiter poderoso, favorece,
Yo te lo pido, mi atrevida empresa.
Dones sagrados llevaré á tus templos,
Te ofreceré en tus aras como víctima
Blanco becerro de testuz dorada,
Y corpulento cual su misma madre,
Que embista, y con los pies lance la arena.»—
Oyóle el Padre celestial: y al punto,
Hacia la izquierda del sereno espacio,
Trueno espantoso retumbar se escucha,
Y el mortífero arco al par resuena,
Y vuela la saeta disparada
Con horrendo estridor, atravesando
Del infelice Rémulo las sienes.
—«Búrlate ahora con soberbio insulto
De la honrada virtud, Ascanio exclama;
Los teucros por dos veces yá vencidos
Tal respuesta á los rútulos envían»—
Dijo Ascanio; los frigios con clamores
Aplauden, y con gritos de alborozo
Los ánimos levantan á los cielos.

Acaso entonce en la región etérea
Sentado Apolo en eminente nube,
Ve de lo alto las ausonias huestes
Y la ciudad troyana, y así dice
A Julo victorioso.—«¡Bien! mancebo:
Con tu nuevo valor tu gloria aumenta;

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Así se sube á los sublimes astros:
Tú de dioses nacido, y tú de dioses
Futuro genitor. Las guerras todas,
Que suscitase el hado en lo futuro,
Bajo la gente del ilustre Asáraco,
Por razón y por ley serán vencidas:
Es Troya para tí pequeño reino.»—

Apenas dice, y de la excelsa altura
Lánzase abriendo las vitales auras,
Y á Ascanio llega, del antiguo Buten
En rostro y en presencia transformado.
—Fué Buten escudero y fiel custodio
En el palacio del dardanio Anquises,
Y cual ayo más tarde por Eneas
A Julo destinado.—Semejante
Al venerable anciano el dios Apolo
En voz, color y en los cabellos blancos,
Y en el ruido de las fieras armas,
Llégase á Ascanio, del ardor guerrero
Hora encendido, con palabras tales.
—«Basta, hijo de Eneas, por tí mismo
Haber vencido con tus armas propias
Impunemente á Rémulo Numano:
Esta primera gloria te concede
Apolo augusto, sin sentir envidia
De tus armas iguales á las suyas.
Huye de hoy más de las batallas, Joven»—
Dice Apolo, y al punto desparece,
La apariencia mortal abandonando,

Biblioteca Nacional de España

Desvanecido entre las tenues auras.
Conocieron al dios los grandes próceres,
Y las armas divinas, que en la fuga
Las flechas en la aljaba resonaron;
Y á Ascanio entonces, ávido de guerra,
Por el mandato y voluntad de Apolo,
Retiraron al punto del combate.
Ellos de nuevo á la batalla acuden,
Y á los grandes peligros dan las vidas.
Corre el clamor en torno de los muros,
Tienden los fuertes arcos, y disparan
Saetas con amiento: el suelo cubren
Los dardos á millares; y resuenan
Heridos sin cesar yelmos y escudos;
Surge sangrienta y hórrida batalla:
Como azota la tierra densa lluvia,
Viniendo de Occidente, cuando nacen
Las pluviosas cabrillas; como suele
Nube inmensa preñada de granizos
Precipitarse en las revueltas ondas;
O cual hórrido Júpiter deshace
Acuosa tempestad, y con los austros
Las huecas nubes en el cielo rasga.

Pándaro y Bicias, de Alcanor Idéo
Nacidos, y criados en el bosque
De Jove sacro por la agreste Iera,
Mozos gigantes cual abetos patrios,
O cual ingentes montes, con denuedo
Abren la puerta, que custodios fieles

Biblioteca Nacional de España

Por mandato del jefe vigilaban,
Y al enemigo á penetrar invitan
Dentro de las murallas de buen grado:
Y pertrechados de armas se colocan
Cual doble torre á izquierda y á derecha;
De acero armados, su cabeza cubren
Con refulgentes yelmos penachudos:
Cual en torno á las líquidas corrientes
Del Pó, ó el claro Atesis en la margen,
Se elevan hasta el cielo dos encinas,
Allí meciendo sus intonsas copas.
Arremeten los rútulos furiosos,
Cuando vieron abiertas las entradas,
Cuercente y por sus armas bello Aquícolo,
Y Tmaro temerario y Hemon fuerte;
Mas pronto las espaldas vuelven unos,
Y otros en el umbral dejan la vida;
Y entonces más en los discordes pechos
El fuego de la ira se agiganta.
Yá reunidos los teucros se aglomeran
En un mismo lugar, y yá se atreven
A dar batallas, y avanzar más lejos.

A Turno, que furioso en otra parte
Acosaba, turbando á los varones,
Llega el anuncio del furor troyano
Y matanza reciente, y que se hallaban
De par en par de la ciudad las puertas.
La empresa comenzada deja al punto,
Y ardiendo en fuego de ira rencorosa,

Biblioteca Nacional de España

A las puertas dardanias acomete,
Y á los duros hermanos y soberbios.
Mata el primero á Antífate, que iba
El primero á su encuentro, hijo bastardo
De Sarpedón y de Tebana madre;
Lanza un dardo de ítalo cornejo,
Que raudo vuela por las tenues auras,
Y traspasa el estómago, y se fija
En el profundo pecho; ola espumosa,
Brota la herida, de copiosa sangre,
Y el hierro fijo en el pulmón se templa.
La vida arranca con su propia mano
A Erimanto y á Mérope y Afidno,
Y al bravo Bicias, que lanzaba fuego,
Bramando al par, de sus ardientes ojos.
No con flecha matóle, que á las flechas
No hubiera dado él la triste vida;
Mas con grande falárica estridente
Por sus robustos brazos arrojada
Cual rayo fulminante, cuyo ímpetu
Ni la fuerte loriga sufrir pudo,
De doble malla reforzada de oro.
Caen desplomados los gigantes miembros,
Gime la tierra, y el escudo enorme
Resuena sobre el mísero cadáver.
Cual suele alguna vez en la ribera
Eubóica junto al Bayas roca ingente,
Yá desprendida de las grandes moles,
Ser arrojada al piélago, y rodando
Arrastrar tras de sí rüina inmensa:

Biblioteca Nacional de España

Úndese de los vados en el fondo;
Revuélvense los mares, y á lo alto
Sube la obscura arena removida;
Tiembla la alta Proquita al golpe horrendo,
E Inárime también, dura morada,
Do encerrara á Tiféo augusto Jove.

Infunde entonce el dios Armipotente
Fuerzas y firme aliento á los latinos,
Y estímulo en sus almas belicoso;
Y al par deseo de la fuga inspira,
Y temor vergonzoso á los troyanos.
Acuden todos por doquier, llegada
La hora del combate, y yá en los pechos
Marte batallador vive y domina.
Cuando Pándaro ve tendido en tierra
El exánime cuerpo de su hermano,
Y la suerte entrevió, que le esperaba,
Y los adversos casos, en sus gonces
Hace girar la puerta con esfuerzo,
Sus anchos hombros apoyando en ella;
Y deja fuera del cerrado muro,
Y en medio de la lucha encarnizada
A muchos de los suyos valerosos,
Y á otros consigo en la ciudad encierra,
Y á muchos otros, que en montón se arrojan.
Mas ¡loco! en medio del tropel confuso
No vió al Rútulo Rey acomentiendo,
Y dentro le encerró de las murallas,
Cual entre mansas reses fiero tigre.

Biblioteca Nacional de España

En los ojos del rey brilla luz nueva,
Horrisonantes óyense sus armas,
Tiemblan las rojas plumas en su yelmo,
Y arroja rayos su esplendente escudo.
Aquella faz odiada, de repente
Llenos de turbación los teucros miran,
Y conocen sus miembros monstruosos.
Salta Pándaro entonces, y encendido
En ira por la muerte de su hermano,
—«No es este, grita, de la reina Amata
El palacio dotal, ni Árdea defiende
A Turno ahora con sus patrios muros;
Los campamentos ves de tu enemigo,
Y yá salir de aquí no te es posible.»—
Con ánimo tranquilo sonriendo
Contesta Turno.—«Ven, ven á las manos;
Si hay en tí algún valor la lucha empieza;
Dirás despúes á Príamo que hallaste
Otro Aquiles aquí.»—Pándaro entonces
Un asta ruda con corteza y nudos
Con sus fuerzas hercúleas arroja:
Aquella herida recibióla el aire,
Saturnia Juno la torció en su marcha,
Y en la puerta clavóse con estruendo.
—«No de este arma lograrás librarte,
Que esgrime ahora mi pujante diestra;
Otro el autor del arma y de la herida.»—
Tal habló Turno, y la terrible espada
En alto levantando, golpe horrendo
Entre las sienes descargó con ella,

Biblioteca Nacional de España

Y por mitad le dividió la frente,
Con herida espantosa separando
Las imberbes mejillas. Cae cadáver,
Suena el ruido del tremendo golpe,
Cubren la tierra los tendidos miembros,
Y las armas de sangre salpicadas;
Y en dos partes abierta la cabeza
Pende cada mitad sobre los hombros.

Huyen temblando de terror los frigios;
Y si al momento el vencedor hubiese
Roto aquella clausura con su mano,
Y hecho entrar por las puertas á los suyos,
Hubiera sido aquel el día postrero
Para la guerra y la troyana gente.
Mas la sed insaciable de matanza,
Y el insano furor le compelían,
A perseguir sin tregua al enemigo.
Mata primero á Fálaris y á Giges
Cortándole una corva; con las astas,
Arrebatadas á los tristes muertos,
Aguijaba en la espalda á los que huian,
Que fuerzas y valor le daba Juno.
Y mata luego á Halis y á Fegéo,
Su broquel y su cuerpo atravesando;
Y á Alcandro, y Halio, y á Noemo y Prítanis,
Que descuidados en el muro estaban,
Excitando las gentes al combate:
Y á Línceo, que furioso hacia él corría
Llamando á sus soldados, le detiene;

Biblioteca Nacional de España

Y en un vallado, con heroico esfuerzo
Blande brioso la potente espada,
Y con un solo tajo, mas terrible,
Lejos lanzó cortada la cabeza
Del infeliz, cubierta con el yelmo.
Y mata luego al excelente Amico,
De fieras destructor, y sobre todos
Diestro en ungir y envenenar las armas.
Y á Clicio, hijo de Eolo, y á Cretéo
Amigo de las musas, cuyo encanto
Fueron siempre los versos y la cítara,
Y siempre componer rimas sonoras,
Y cantar los caballos y la guerra,
Las armas y los ínclitos varones.

Oída la matanza de los suyos,
Congréganse los jefes de los frigios,
Seresto con Mnestéo valerosos,
Y dispersos los miran por doquiera,
Y al enemigo dentro de sus muros.
Y así Mnestéo grita.—«¿A dó, varones?
¿A dónde os dirigís en vuestra fuga?
¿Qué otros muros tenéis, qué fortaleza?
¿Un hombre solo, por doquier cercado
De vuestros fuertes, ciudadanos teucros,
Pudo hacer tantas muertes sin castigo
Por toda la ciudad? ¿Impunemente
Tanto ilustre mancebo mandó al Orco?
¿De la patria infeliz y antiguos dioses
No tenéis yá piedad, hombres cobardes?

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

¿No os avergüenza vuestro grande Eneas?»—
Fuerzas á tales dichos recobrando,
En compacta legión todos se forman.
Empieza entonces Turno á retirarse
Poco á poco del campo de batalla,
Y á dirigirse hacia la parte aquella,
Que ciñe el río; mas los frigios fieros
Su gente aglomerando, lo persiguen
Con intensos clamores.—Cual acosa
Turba de cazadores con las flechas
Al furioso león; él aterrado,
Y al par feroz, con la mirada torva
Torna hacia atrás; mas ni volver la espalda
El valor y la ira le permiten,
Ni puede acometer á tantas fuerzas,
Aún queriendo, de armas y de hombres.
No de otra suerte vacilando Turno
Volvía pies atrás, y se abrasaba
En rabia y en furor; y yá dos veces
En medio se lanzó del enemigo,
Y volviendo dos veces á la fuga,
Llevó tras sí las tropas por los muros.

Salen del campamento á la carrera
En apiñada unión las huestes todas;
Y contra fuerzas tales no se atreve
Junó Saturnia yá; que Jove excelso
Manda á Iris del cielo por los aires
Con severos mandatos á su hermana,
Si no saliese Turno prontamente

Biblioteca Nacional de España

De las altas murallas de los teucros.
Así yá ni su escudo ni su diestra
Pueden valer al joven, circundado
Por todas partes de infinitas armas.
Resuena en torno de las huecas sienes
El yelmo herido por continuos golpes;
Rómpese el duro bronce con las piedras,
Vuelan del yelmo las pintadas plumas,
Ni resiste el broquel heridas tantas.
Ostíganle con lanzas los troyanos,
Y cual ardiente rayo el gran Mnestéo.
Negro como la pez sudor copioso
Su cuerpo baña; respirar no puede;
Fatigoso anhelar su pecho agita;
Rápido entonces, con sus armas todas,
En un salto veloz se arroja al río;
Este en su rojo seno lo recibe,
Sobre sus muelles ondas lo levanta,
Y lava con sus aguas las heridas,
Y á los suyos alegre lo conduce.

Biblioteca Nacional de España

LIBRO DECIMO

En tanto del Olimpo omnipotente
Ábrese el gran palacio; y el Concilio,
El Padre de los dioses y los hombres,
Convoca en sus mansiones estrelladas;
De cuya altura ve las tierras todas,
Las fuerzas frigias y latinos pueblos.
Asiéntanse los dioses en la estancia,
De par en par las eternales puertas,
Y así comienza á hablar el padre Jove.
—«Altos habitadores de los cielos:
¿Por qué ha cambiado así vuestro juicio,
Y discutís con ánimos contrarios?
Yo prohibí que la Italia entrase en guerra
Con los troyanos. ¿Y por qué se alza
Contra el mandato singular discordia?
¿Qué temor, á los unos ó á los otros,

Biblioteca Nacional de España

A las armas impulsa y al acero?
Tiempo vendrá para la guerra justo,
Mas no lo anticipéis, cuando Cartago
Lleve fiera de Roma á los alcázares,
Por los Alpes abiertos gran rüina.
Entonces de los odios y el saquéo
Será ocasión; pero dejadlo ahora,
Y alegres ajustad tranquilo pacto.» —

Tal en pocas palabras habló Júpiter,
Y á su vez respondió la hermosa Venus.
—«¡Oh Padre, de los hombres y los dioses
Sempiterno poder! (¿Cuál otro existe
De quien podamos implorar auxilio?)
¿No ves cómo los rútulos insultan?
¿Cuál insigne por medio de los teucros
Con sus ginetes acomete Turno,
Y arrójase soberbio, confiado
En el poder de Marte favorable?
Las cerradas murallas no defienden
Yá á los troyanos. Dentro de las puertas,
Y en las mismas trincheras de los muros,
Peleando penetran, y de sangre
Inúndanse los fosos; y entre tanto
Todo lo ignora ausente mi hijo Eneas.
¿Jamás libres serán de tal asedio?
Otra vez amenaza el enemigo,
Y otro ejército más, á las murallas
De la naciente Troya; el gran Diomedes
Otra vez se levanta desde Arpino

Biblioteca Nacional de España

Contra la teucra gente, y aun recelo
Que otras heridas que sufrir me restan.
¡Yo, tu hija, temer mortales armas....!
»Si los troyanos sin tu venia augusta,
O contra tu querer á Italia fueron,
Dispón que sufran la debida pena,
Y no les prestes tu potente auxilio;
Mas si siguieron las respuestas todas,
Que les daban los manes y los dioses,
¿Por qué á cualquiera variar es dado
Ahora tus altísimos decretos?
¿O por qué nuevos hados hoy se fundan?
¿Para qué referir aquellas naves
En la orilla quemadas de Ericino?
¿Ni al rey de las tormentas, ni los vientos,
Que enfurecidos luchan en Eolia,
Ni á Iris descendiendo de las nubes?
Y hora á los manes del Averno incita,
(Que este recurso por tocar quedaba)
Y á la mortal región Alecto asciende,
Y cual loca bacante recorría
Las ítalas ciudades. No el imperio
Prometido me mueve: lo esperamos
Cuando nos fué propicia la fortuna.
Que venzan los que tú, Padre, prefieres.

»Si no hay región alguna, que á los frigios
Tu dura Esposa por razón otorgue.....
Por las rüinas de la extinta Troya
Humeantes aún, ¡oh! yo te ruego,

Biblioteca Nacional de España

Que incólume á mi Ascanio salir dejes
De en medio de las armas; y permite
Que mi nieto salvado sobreviva.
Baste que Eneas por ignotos mares
Navegue perseguido, siempre el rumbo
Siguiendo, que le traza la fortuna;
Pueda yo á Ascanio defender, y pueda
De esas luchas crueles libertarlo.
»Tengo á Pafos, Citera y Amatonte,
Las ciudades Idalias: que sin gloria,
Yá depuestas las armas, pase en ellas
La vida toda: manda que Cartago
Con inmenso poder oprima á Italia;
No habrá obstáculo alguno al pueblo tirio.
¿Y de qué les sirvió salvarse ilesos
Del fuego aquivo, y de la horrible guerra,
Tantos rudos peligros soportando,
Por vastas tierras y espaciosos mares,
Buscando el Lacio y á Ilión naciente?
¿Mejor no hubiera sido, en las cenizas
Establecerse de la triste patria,
En el suelo infelice, do fué Troya?
Concede, Padre mío, te lo ruego,
A los frigios el Símois y el Janto,
Y que renueven las hazañas teucras.»—

Entonces Juno con furor y encono,
—«¿A qué me obligas, le contesta, oh Venus,
A romper mi silencio tan profundo,
Y á publicar ahora con palabras

Biblioteca Nacional de España

Este oculto dolor? ¿Quién de los hombres,
Quién de los dioses obligó á tu Eneas
La guerra á acometer? ¿Quién á que fuese
A mostrarse adversario al rey Latino?
Por los hados á Italia dirigióse,
Movido por las furias de Casandra.
¿Mas acaso nosotros le exhortamos,
A abandonar un día sus reales,
O á las borrascas entregar su vida,
O confiar á un niño guerra y muros,
O que la fe tirrena pretendiese,
O á las tranquilas gentes agitase?
¿Qué dios, ni qué poder, ni fuerza nuestra
Lo lanzó á tales daños? ¿Cuándo Juno,
Ni Iris de las nubes enviada,
Tal hicieron?

»Llamas también indigno,
Que con incendio á la naciente Troya
Los ítalos estrechen, y que ocupe
Su tierra patria Turno, cuyo abuelo
Pilumno, y cuya madre fué Venilia.
¿Qué diré entonces de los teucros duros,
Que con teas arrasan á los ítalos,
Que oprimen con su yugo ajenos campos,
Que presas roban, y que eligen suegros,
Y doncellas con otros desposadas
Arrancan de sus brazos; que falaces
La paz con mano suplicante piden,
Y pertrechan de armas sus bajeles?

Biblioteca Nacional de España

»De las manos pudiste de los griegos
Libertar á tu Eneas, entre nubes
Y vanas auras en redor cercado,
Y tú pudiste convertir tus naves
En otras tantas ninfas. ¿Y es un crimen,
Que en algo favorezca yo á los rútulos?
Que ausente Eneas hoy lo ignora todo;
Que esté ausente en buenhora, y que lo ignore.
A Pafos tienes, á Citera é Idália;
¿A qué provocas á ciudad guerrera,
Y á fieros corazones? ¿Por ventura
Pretendo yo arrancar de sus cimientos
El yá deshecho reino de la Frigia?
¿Fuí yo tal vez quien al Aquivo opuso
Los míseros Troyanos? ¿Cuál la causa,
De alzarse Europa y Asia en cruda guerra,
Y los pactos romper con rapto infame?
¿Induje yo al adúltero troyano,
A que á Esparta expugnase? ¿Dí las armas?
¿Favorecí la guerra con pasiones?
Temer convino entonces por los tuyos,
Y hora provocas con querella injusta,
Moviendo, tarde yá, vanas contiendas.»—

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Tal habló Juno; mas los dioses todos
En diversos sentidos murmuraban;
Cual susurran los vientos en las selvas
En un principio, pero lanzan luego
Sordo rumor, que tempestad anuncia.
El Padre omnipotente, que domina

Biblioteca Nacional de España

Con potestad suprema sobre todo,
Comienza á hablar entonces, y al momento
Calla el alto palacio de los dioses,
Treme la tierra, y enmudece el aire,
Guarda silencio el céfiro, y el ponto
Tiene en plácida calma sus corrientes.
—«Escuchadme propicios, sacros Númenes,
Grabad en vuestro pecho mis palabras.
Pues posible no es que los Ausonios
Celebren pacto alguno con los teucros,
Ni admite fin vuestra tenaz discordia.....
Sea cual fuere la suerte ó esperanza
De troyanos ó rútulos, á todos
Los trataré sin diferencia alguna,
Ya estén sitiados los reales ítalos
Del hado por decretos, ó error grave,
Ó de Troya por pérfidos consejos.
Ni á los rútulos salvo: cada uno
Por sus hechos tendrá trabajo ó suerte:
Para todos igual será el rey Júpiter;
Los hados se abrirán fácil camino.»—
Dijo, y juró por las Estígias ondas,
Imperio del hermano, y los torrentes
De pez, y torbellinos de su orilla;
Y movió la cabeza, y á su influjo,
Estremecióse el dilatado Olimpo.
Así acabaron los discursos todos;
De su trono de oro se alza Jove;
Rodéanle los dioses celestiales,
Y, en medio, hasta las puertas le acompañan.

Biblioteca Nacional de España

Entre tanto los rútulos insisten,
Corriendo en torno de las puertas todas,
Doquier sembrando el suelo de cadáveres,
Y ciñendo los murós con incendios.
La legión de los teucros, encerrada
Hállase por sus fuertes y trincheras,
De salvación sin esperanza alguna;
En vano están los tristes en las torres,
Y los muros defienden por escuadras.
En la primera van Asio de Imbraco,
Timete Hicetaonio, los dos fuertes
Asáracos, Castór, y el viejo Tibre;
Y con ellos también los dos hermanos
De Sarpedón, los licios Claro y Hemon.
Un ingente peñón, parte de un monte
No pequeña en verdad, cogiendo lanza
Con grandísimo esfuerzo Acmón Lirnesio,
En fuerzas no menor al padre Clicio,
Ni al hermano Mnestéo. Con los dardos
Los rútulos atacan desde fuera,
Y con piedras defiéndense y con fuegos,
Los frigios, y saetas disparadas.

Entre todos se encuentra el teucio Joven,
Amor de Venus y cuidado justo,
Con su hermosa cabeza descubierta:
Cual la piedra preciosa resplandece
En diadema ó collar de oro engastada,
Adorno rico de cabeza ó cuello;
O el marfil incrustado con gran arte

Biblioteca Nacional de España

En boj ó en el oricio terebinto;
Caen por su cuello, blanco cual la leche,
En suelto lazo sus cabellos de oro.
A tí también te vieron las magnánimas
Gentes, oh Ismaro, disparando flechas,
Y los dardos armando con veneno;
A tí, joven ilustre de la Lidia,
Do cultivan los hombres pingües campos,
Y do el Pactolo arrastra arenas de oro.
Allí estuvo Mnestéo, á quien la gloria
De la expulsión de Turno de los muros,
Ilustre hizo; estuvo también Capis,
De cuyo nombre la ciudad de Capua.

Luchaban todos en atroz combate:
Y en medio de la noche surca Eneas
El ponto.—Que de Evandro despedido,
Marchara á los Etruscos campamentos.
Preséntase á su Rey, y le refiere
Su nombre, sus deseos, su linaje;
Qué fuerzas conducía, con qué armas
Combatiera Mecencio, y la violenta
Y dura condición del fiero Turno;
Qué esperanza haber puede en los humanos
Sucesos; y mezclaba á las razones,
En su discurso, súplicas y preces.
Sin demora Tarcón sus fuerzas junta,
Y hace alianza.—Libre de los hados,
Yá la Lidia nación sube á las naves,
A caudillo extranjero confiada,

Biblioteca Nacional de España

Según alto decreto de los dioses.
Es el bajel de Eneas el primero,
Leones frigios en su prora ostenta,
Y encima dominando, el monte Ida,
Gratísimo á los teucros desterrados;
En ella está sentado el Jefe ilustre,
Y revuelve consigo allá en su mente
Los inciertos sucesos de la guerra;
Lleva á Palante á su siniestro lado,
Quien ya sobre los astros le pregunta,
Que de la noche trazan el camino,
Ó ya sobre los graves infortunios,
Por tierras y por mares soportados.

Abridme ahora el Helicón, oh diosas,
Mis cantos inspirad, y reveladme
Cuántas huestes entonce al claro Eneas
De la toscana costa acompañaban,
Y en qué naves armadas se lanzaron,
Del piélago á surcar las fieras ondas.
Másico capitán corta los mares
Con la ferrada Tigre, y á su mando
Aguerrida legión de mil mancebos,
De las murallas unos de Clusino,
Y otros que dejan la ciudad de Cosa:
Son sus armas los dardos y las flechas,
Con arco matador, y aljaba al hombro.
Va de la Trigre al par el torvo Abante
Con fuerzas todas de brillantes armas,
Y un Apolo de oro refulgente

Biblioteca Nacional de España

Luce en la popa: expertos en la guerra
Dióle seiscientos mozos denodados
Su patria Populonia, más trescientos
Que la isla de Ilva le donara,
Rica en minas de hierro, y generosa.
Va el tercero, de hombres y de dioses
El intérprete Asila, á quien el canto
De las aves, y entrañas de las víctimas,
Y del cielo los astros obedecen,
Y del rayo los fuegos luminosos;
De mil soldados escuadrón pujante,
Con lanzas terroríficas, conduce,
Que sometió á su mando Pisa Alfea,
Ciudad etrusca, aunque de origen griego.
Hermosísimo Astur tras ellos sigue,
En su noble caballo confiado,
Con armas en colores variadas;
Trescientos se le agregan, los de Cérete,
Los que habitan del Minio las orillas,
Y la insana Gravisca, y los de Pirgo;
Todos, con voluntad, seguirle anhelan.
Y no te omitiré, caudillo insigne
De los pueblos ligurios, á tí, Cínira,
Sobre todos fortísimo en la guerra;
Ni á tí, Cupavo egregio, acompañado
En las armas de pocos seguidores,
De cuyo yelmo se levanta airoso
Rico penacho de nevadas plumas
De blanco cisne, paternal insignia:
Que fué crimen de amor, el crimen vuestro.

Biblioteca Nacional de España

Cuenta la fama que en el duelo triste
Del amado Faetón, mientras lloraba
Su muerte Cigno entre álamos frondosos,
De sus hermanas en la densa sombra,
Y su amor consolaba con el canto,
Allí cubierto de süaves plumas,
Su ancianidad pasó cual blanco cisne,
Y la tierra dejando, á las estrellas
Con su voz y su canto remontóse.

El hijo, protegiendo aquellas huestes,
Mueve la gran Centauro con los remos;
En lo alto pintado de la prora,
Un centauro, inclinado hacia los mares,
Con un peñón las ondas amenaza:
Y el mar profundo con la quilla hiende.
Ocno, hijo de Manto la adivina
Y del etrusco Tíber, también lleva
Gran escuadrón de sus regiones patrias;
Quien te cercó de muros, Mántua insigne,
Y tu nombre te dió del de su madre;
Mántua ilustre en sus ínclitos mayores,
Aunque no de una estirpe fueron todos,
Que tres distintas gentes la fundaron,
Cada cual dividida en cuatro pueblos:
Ella cabeza siempre, mas sus fuerzas
De la toscana sangre procedían.
De aquí también contra Mecencio armados
Quinientos mozos van, á los que el Mincio
De Benaco naciendo, y coronada

Biblioteca Nacional de España

De verdes cañas su frondosa orilla,
Al ponto lleva, en enemiga nave.
Y navega también el grave Auletes,
Que erguido en la alta popa, con cien remos
Azota el mar, y vuelto el oleaje,
Conviértense las ondas en espuma;
Condúcele el Tritón, bajel enorme,
Que el mar cerúleo con su concha aterra;
Su cuerpo, hasta el costado sumergido,
De hombre aparece, con velludo rostro,
Y de tremendo pez la cola y vientre;
Y resuenan las ondas espumosas
Bajo su pecho de terrible fiera:
Tantos ilustres próceres marchaban
En auxilio de Troya en treinta naves,
Hendiendo el mar con las ferradas quillas.

Yá en esto el día abandonaba el cielo,
Y la alma luna en su nocturno carro
En la mitad tocaba del Olimpo.
Eneas en tanto del cuidado presa,
No da reposo á sus cansados miembros;
Sentado vá rigiendo el gobernalle,
Y las velas dirige. Y aparecen
A su encuentro, y en medio de su curso
El coro de las antes naves suyas,
En diosas convertidas de los mares,
Y ninfas por Cibeles: juntas rompen
Las ondas de la mar aquellas mismas,
Que fueron en la orilla férreas proras.

Biblioteca Nacional de España

Ellas de lejos á su rey conocen,
Y le rodean con alegres danzas:
Cimodocéa, en el hablar doctísima,
De cerca le acompaña, y con su diestra
Ase la nave, y con la izquierda boga,
La espalda erguida, en las tranquilas aguas,
Y así á Eneas se dirige al punto,
De tales raros hechos ignorante.
—«¿Velas, ilustre Hijo de la diosa?
Sigue velando; y yá las jarcias suelta.
Los pinos somos de la excelsa cumbre
Del Ida sacro, que tus naves fuimos,
Y hoy de los mares ninfas. Cuando el pérfido
Rútulo con el hierro y con las llamas
Nos acosaba fiero, y oprimía.....
Rompimos tus amarras, sin quererlo,
Y fuimos por el piélago á buscarte.
Esta faz, que estás viendo, condolida
Nos dió la Madre augusta de los dioses,
Y diónos el ser diosas, y por siempre
Nuestra vida pasar bajo las ondas.
»Mas el joven Ascanio por los muros
Hállase, y por los fosos encerrado,
En medio del peligro de las armas
Y los latinos, en la guerra horribles.
Yá los lugares, que mandaste, ocupan
Los caballeros Árcades unidos
A los fuertes etruscos; y es yá cierto
El plan de Turno de oponer sus fuerzas,
Para que no se unan al troyano.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Álzate pues, y al despuntar la aurora,
Manda llamar las huestes á las armas,
Toma el escudo invicto, que te diera,
Con cerco de oro, el mismo Ignipotente;
Mañana se verán inmensas piras
De cadáveres rútulos, si juzgas
No vanas mis palabras».—

Tal diciendo
Impele con su diestra la alta popa,
Que por las ondas huye más veloce
Que el dardo y la saeta disparada,
Que igualan á los vientos; y tras ella
Se aceleran las otras en su curso.
Queda el hijo de Anquises asombrado,
Ignorándolo todo; y el prodigio,
De los suyos los ánimos levanta;
Y suplicaba así mirando al cielo.
—«Madre sagrada de los altos dioses,
Del Ida excelso y Díndamo Señora,
De las ciudades frigias torreadas,
Y los leones á tu freno uncidos:
Sé tú mi guía en la presente guerra,
Haz el augurio próspero, y propicia
A los frigios asiste, y favorece.»—
Tal dijo, y entre tanto con luz clara
Desciende el día, que la noche ahuyenta.
Al punto manda Eneas á los suyos
Las banderas seguir, y que al combate
Y á las armas los ánimos apresten:

Biblioteca Nacional de España

Y yá de pie sobre la excelsa popa,
Ve el campamento teucro, ve á los frigios,
Y entonces alza en la siniestra mano
El refulgente escudo; y á los cielos
Elevan los troyanos los clamores
Desde los altos muros: la esperanza
De nuevo auxilio su rencor excita,
Y lanzan sin cesar flechas y dardos:
Cual cerca de Estrimón cortan los aires
Con graznidos las grullas en bandadas
Bajo las negras nubes, y del noto
Huyen con grandes voces de alegría.

Extrañan los clamores de los teucros
Turno con los caudillos de la Ausonia,
Hasta que ven hacia la costa patria,
Por todo el mar la flota deslizarse.
Arde en lo alto del yelmo, y se difunde
El esplendor sobre el penacho todo,
Y el escudo de oro arroja fuego,
Cual los cometas de color de sangre,
O Sirio ardiente en la serena noche,
Con lúgubre presagio se enrojecen,
Y á los mortales míseros anuncian
Pestes, sequías y diversos males,
Con luz siniestra el aire entristeciendo.
Mas no abandona la esperanza á Turno
De ocupar atrevido la ribera,
Y arrojar de la costa á los que vienen;
Y así á los suyos ardoroso anima,

Biblioteca Nacional de España

Y con palabras tales los exhorta.
— «Presente está lo que anhelábais tanto:
El combate emprender, nobles varones;
En vuestra mano y voluntad la guerra.
Recuerde cada cual hora á su esposa,
Recuerden sus hogares, y recuerden
De sus mayores los gloriosos hechos.
Corramos á las aguas de buen grado,
Mientras están en confusión, y mientras
Son sus primeros pasos vacilantes.
Protege á los audaces la fortuna.»—
Tal diciendo, consigo meditaba,
A quiénes llevará contra el Rey frigio,
Y á cuáles confiar pueda los muros.

Eneas entre tanto de las naves
Desembarca á los suyos por escalas;
Muchos esperan la ocasión propicia
Del reflujo del piélago tranquilo,
Para saltar seguros á los vados;
Y por los remos se descuelgan otros.
Examina Tarcón entonce el puerto,
Y por la parte que bajíos no espera,
Ni murmuran las ondas estrelladas,
Mas se desliza el mar inofensivo,
Creciendo blandamente su oleaje,
Tuerce al punto las proras, y á los teucros
Así les habla.—«Distinguidas huestes,
Hora batid los remos poderosos,
Lanzad, y dad impulso á nuestras naves,

Biblioteca Nacional de España

Hienda la quilla el enemigo suelo,
Y que el mismo bajel trace su surco;
Ni rehuso, una vez tomada tierra,
Romper las naves en el mismo puerto.» —
Luego que habló Tarcón, la noble gente
A los remos acude valerosa,
Y las proras impelen espumantes
Hacia los campos y región latina,
Hasta tocar al fin el suelo enjuto,
Y salvas asentar las naves todas.
Mas no se libertó, Tarcón, la tuya;
Pues en vados ocultos encallada,
Y vacilante en desigual escollo,
Fué por no poco tiempo sostenida,
Hasta que al fin, las aguas fatigando,
Ábrese, y vuelca en medio de las ondas
A los varones míseros, á quienes
Los rotos remos la defensa impiden,
Con las tablas revueltos y los bancos,
Y de las olas el reflujo adverso.

Perezosa tardanza no detiene
Al esforzado Turno, que brioso
Sus fuerzas todas contra el teucro impulsa,
Y en frente de ellos en la orilla acampa.
Dan la señal: y apártase el primero
Contra la agreste turba el mismo Eneas,
Presagio en las batallas favorable;
Y derrotó al ejército latino,
Muerto Terón, que superior á todos,

Biblioteca Nacional de España

A Eneas acomete cuerpo á cuerpo;
Y el teucro Jefe con su ardiente espada
Atravesando el acerado escudo,
Y la loriga con escamas de oro,
El costado le abrió con muerte horrible.
Mata después á Licas, extraído
Del yerto vientre de su madre muerta,
Y consagrado á tí, divino Apolo,
Que, pequeño, le fué por suerte dado,
Del hierro libertarse. Mata luego
De allí no lejos al enorme Gías,
Y al duro Císeo, que con recias mazas
Causaban en la hueste horrendo estrago.
De nada les sirviera el arma hercúlea,
Ni sus potentes manos, ni su padre
Melampo, compañero fiel de Alcides,
En los trabajos, que ofreció la tierra;
Y á Faro, que lanzaba inanes gritos,
Un dardo disparóle, que en la boca,
Mientras gritaba, se quedó clavado.

Y tú también, Cidón, joven hermoso,
De rojo vello tu mejilla ornada,
Cuando seguías á tu amado Clicio,
Tu nuevo amor, á la dardania diestra
Pudiste sucumbir, quedando libre
De tu pasión constante á los mancebos,
Si no en tu auxilio intervenido hubiesen,
De los hijos de Fórco la cohorte:
Siete hermanos lanzaron siete flechas

Biblioteca Nacional de España

Inútiles, las unas repelidas
Del yelmo y del escudo, y á las otras
El curso les torció la madre Venus,
Al tocar en el cuerpo de su hijo.
—»Dame dardos, le dice al fiel Acates
El noble Eneas; dame aquellas armas,
Que en los campos de Troya se clavaron
En cuerpos de los griegos; ni una sola
Dispararé yo en vano contra el rútulo.»—
Entonces arrebata una gran lanza,
Y la dispara al punto, que volando
Traspasa de Meón el férreo escudo,
Y le atraviesa al par coraza y pecho.
Corre Alcanor su hermano en su defensa,
Y al caer, con su diestra le sostiene,
Mas rápida la flecha disparada
Con ruda fuerza, le traspasa el brazo,
Y la derecha mano moribunda
Pende del hombre por los duros nervios.
Del cuerpo arranca Numitor entonces
Del hermano infelice la saeta,
Y á Eneas acomete; mas herirle
No posible le fué; y al grande Acates
La misma lanza le rozó en el muslo.

Llega Clauso también con los sabinos,
Confiado en sus fuerzas juveniles,
Y una lanza, que arroja desde lejos,
Debajo de la barba hirió á Driope,
Y el cuello rudamente atravesando,

Biblioteca Nacional de España

Arrancóle al hablar la voz y vida:
La tierra hirió, cayendo, con la frente,
Por la boca arrojando espesa sangre.
Y á tres valientes tracios mata luego
Del linaje de Bóreas insigne;
Y en otros casos, con diversas muertes,
A otros tres, que enviaron á la guerra
Su padre Idas y su patría Ismara.
Con las fuerzas de Aurúnca acude Aleso,
Y el gran Mesapo, de Neptuno hijo,
Insigne en domeñar bravos corceles;
Ora acometen unos, ya los otros,
Extinguirse en la guerra pretendiendo:
Dase el combate en el confín de Ausonia.
Cual los contrarios vientos cuando luchan
En el inmenso espacio, en fuerza iguales;
Ni ceden ellos entre sí, ni ceden
Las nubes, ni los mares combatidos.
Dudosa largo tiempo es la batalla,
Luchando todos con tenaz esfuerzo.
Tal las huestes troyanas y latinas
Cuerpo á cuerpo combaten, y hombre á hombre.

En otra parte, do rodando arrastra
Torrente impetuoso enormes piedras,
Y árboles arrancados de la orilla,
Ve Palante luchar á pie á sus Árcades,
A pelear así no acostumbrados;
Mas del terreno la aspereza ruda
A dejar los caballos les obliga;

Biblioteca Nacional de España

Y huir los ve de las latinas huestes;
(Que esto sólo faltaba á sus desgracias)
Y ora con ruego, ó con amargas voces,
Así en sus pechos el valor reanima.
—«¿A dónde huís, amigos? Por vosotros,
Por vuestros grandes y gloriosos hechos,
Por el nombre de Evandro nuestro jefe,
Por las victorias nuestras en las luchas,
Por mi esperanza, que en mi pecho vive,
Émula de la gloria de mi Padre,
No á los pies confieis vuestra defensa;
Rompiendo las falanges enemigas,
Camino habéis de abriros con el hierro.
Por donde apremia en filas apiñadas
Aquel montón que vemos de varones,
Allí á vosotros, y á Palante mismo,
Allí nos llama nuestra patria augusta:
Dioses no son los enemigos nuestros;
Mortales con mortales peleamos;
Otras tantas tenemos manos y armas:
El ponto con sus aguas nos encierra,
Tierra nos falta yá para la fuga.
¿Acaso iremos hoy al mar ó á Troya?»—
Así diciendo rápido se lanza
En medio de las huestes enemigas.

Sale á su encuentro el infelice Lago,
Por los inicuos hados conducido,
Y cuando arranca formidable piedra
De peso enorme, clávale Palante

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

En medio de la espalda un asta ingente,
Allí por donde la dorsal espina
Las costillas divide; y luego arranca
El asta yá clavada entre los huesos.
No pudo Hisbón de él apoderarse,
Arrojándose encima, cual pensaba;
Que al ver Palante que hacia él corría,
Furioso por la muerte del amigo,
Incauto le recibe, y con su acero
El pecho le atraviesa y los pulmones.
Lánzase contra Estenio y Anquemolo,
De la familia célebre retéa,
Que osó incestar de su madrastra el tálamo.
Y vosotros también, de Dauco hijos,
Láride y Timbro, ínclitos gemelos,
Apenas distinguidos por el rostro,
Con grato error, aun de los mismos padres,
En los rútulos campos sucumbisteis,
Y hora Palante os distinguió en la muerte:
Que á tí la espada te cortó de Evandro,
Oh Timbro, la cabeza; y á tí, Láride,
Te acomete, cortada yá tu diestra,
Y convulsos los dedos moribundos
Aun estrechan el hierro.

Conmovidos
Los Árcades, de Palas á las voces,
Y sus preclaros hechos contemplando,
El dolor, y la ira, y la vergüenza
Los arman contra el sórdido enemigo.

Biblioteca Nacional de España

Entonces Palas atraviesa á Réteo,
Que con su carro por delante huía,
Por dos bravos corceles arrastrado;
Esto la vida dilató de Ilo,
A quien de lejos arrojó Palante,
La lanza, que á Retéo traspasara,
Cuando huia de tí, oh Teutra ilustre,
Y de tu hermano Tires; y él lanzado
De su carro, golpeaba moribundo
Con sus pies de los rútulos el suelo.
Cual acontece en el ardiente estío
Cuando soplan deshechos vendavales,
Si un pastor por en medio de la selva
Acá y allá coloca fuegos varios,
Y sùbito se corren, y se extiende
La fuerza de Vulcano poderosa
Por la extensa campiña; y él sentado
Ufano mira las triunfantes llamas.
No de otro modo, Palas, de tus socios
Todo el valor juntándose te ayuda.

Mas el brioso Haleso, en guerra insigne,
Acomete á los Árcades, cubierto
Con fuertes armas y con recio escudo;
Mata á Ladón, á Féreto y Demódoco;
Corta á Estrimonio con su espada ardiente
La diestra mano hasta su cuello alzada;
Con una piedra le deshace el rostro
Al gran Toante, y los sangrientos sesos
Desparce con los huesos destrozados.

Biblioteca Nacional de España

—Su padre presagiando el hado triste,
En densa selva le ocultara un día;
Mas cuando, anciano yá, cerró sus ojos
Con sus pestañas cándidas la muerte,
Le arrebataron las crueles Parcas,
Y á las armas de Evandro le ofrecieron.—
Entonces Palas le acomete; y antes
Así rogaba.—«Oh Padre tiberino,
Dale fortuna al hierro que disparo,
Dale camino por el pecho duro
Del fuerte Haleso. Sus despojos y armas
De tu árbol penderán, á tí ofrecidos.»—
Oye su ruego el dios, y cuando Haleso
Despojaba á Imaón, su pecho inerme
Del arcadio Palante al dardo presta.
Mas no permite Lauso que desmayen
Sus fuerzas, aterradas por la muerte
De tan alto varón, el noble Lauso,
El más ínclito jefe de la guerra,
Y acomete el primero, y mata á Abante,
Fuerte nudo y defensa de los teucros.
Muere la juventud de Arcadia, y mueren
Innúmeros etruscos; y vosotros,
Troyanos, por los griegos no vencidos;
Ambas huestes concurren, en sus fuerzas
Y en sus jefes también ambas iguales,
Los últimos oprimen los ejércitos
En tanto estrecho, que jugar las armas,
Ni las manos mover les es posible.
Apremia y urge Palas de una parte,

Biblioteca Nacional de España

Y apremia de la otra el joven Lauso,
Iguales en edad y ambos hermosos;
Mas nególes contraria la fortuna
A su patria volver: ni el Rey excelso,
Gobernador supremo del Olimpo,
Quiso que en fiera lucha se trabasen;
Que más gloriosa muerte les reservan
Los hados, y adversarios más insignes:

De Turno en esto la divina hermana
Le aconseja prestar á Lauso auxilio,
Y él por en medio de las huestes rompe,
En su carro veloz así exclamando:
—«Tiempo es yá de cesar en la peléa;
Y tan sólo á Palante me dirijo,
Que á mí solo Palante se me debe.
Ojalá que presente aquí se hallara,
De todo observador, su mismo Padre.»—
Dice, y los suyos, fieles al mandato,
El campo ceden. Y admirado entonces,
La retirada observa de los rútulos,
Y el soberbio mandato el joven Palas.
Pásmase al ver á Turno, y con sus ojos
Su cuerpo enorme recorrió, y de lejos
Con la mirada torva le escudriña,
Y así al tirano, por su dicho, increpa.
—«Ó loado seré por los despojos
Opimos, que ganare, ó celebrado
Por muerte insigne. De cualquiera suerte
Será el éxito igual para mi Padre:

Biblioteca Nacional de España

Depón las amenazas.»—Tal diciendo,
Sale brioso á la mitad del campo,
Y la sangre se hiela en las entrañas
De los medrosos y aterrados Árcades.
Salta del carro Turno, y se dispone
Para acercarse andando á su enemigo.
Y cual león, que al ver de su alta cueva
Del campo en medio rozagante toro,
Meditando la lucha, vuela raudo...
Tal de Turno al llegar era la imagen;
Mas al verle Palante yá tan cerca,
Que un dardo disparado herirle puede,
A acometer resuélvese el primero,
Por si acaso fortuna le ayudase
En su valor, con desiguales fuerzas;
Y así su ruego á las estrellas alza.
—«Por la acogida que te dió mi Padre
Sentándote á su mesa peregrino,
Te ruego, Alcides, que en tan grande empresa
Me asista tu favor. Que mire Turno,
Que yo le arranco sus cruentas armas;
Que al expirar, sus moribundos ojos
Me miren vencedor.»—Oyóle Alcides,
Y un profundo gemido ahogó en su pecho,
Derramando á la par inútil llanto;
Y así dice á su hijo el padre Jove
Con voces cariñosas.—«Cada uno
Marcado tiene el número de días;
Es breve é irreparable para todos
El tiempo de la vida limitado.

Biblioteca Nacional de España

Mas es poder de la virtud sublime,
Con grandes hechos dilatar la fama.
Bajo los muros de la augusta Troya
Muchos hijos de dioses perecieron,
Hasta mi hijo Sarpedón ilustre
Allí murió. También al mismo Turno
Están llamando yá sus hados tristes,
Yá toca al fin del tiempo señalado.»—
Dice Jove, y aparta su mirada
De los rútulos campos.

Con potente
Fuerza despide Palas lanza enorme,
Y al par desnuda su fulgente acero;
Rompe volando aquella la armadura
Por encima del hombro, atravesada
La orilla del escudo, y leve herida
Causa de Turno en el gigante cuerpo:
Largo rato blandiendo entonces Turno
Lanza tremenda de robusto roble,
Y de punta de acero reforzada,
La arroja á Palas, y á la vez le dice.
—«Mira si más penetra el asta mía:» —
Y le traspasa la acerada punta,
Con recio golpe, que vibrar le hiciera,
De hierro y bronce el redoblado escudo,
Y de dura y doblada piel de toro,
Y rompe la loriga, y rompe el pecho.
Palante arranca de la herida en vano
El arma yá caliente, y sangre y vida

Biblioteca Nacional de España

Por el mismo camino á un tiempo salen;
Cae desplomado, con ruido de armas,
Sobre la herida, y la enemiga tierra
Toca al morir su ensangrentada boca.
Salta Turno sobre él, y así á los árcades
Les habla vencedor.—«Decid á Evandro,
Que le envío á Palante cual merece,
Que el honor del sepulcro le concedo,
Y el consuelo de darle sepultura.
No deja de valerle el hospedaje,
Que diera á Eneas.»—
Tal hablaba Turno,
Y oprimiendo el cadáver rudamente
Con el izquierdo pie, le arranca el recio
Cinturón, do esculpido se veía
Aquel nefando crimen perpetrado
La horrenda noche de funestas bodas,
En que infame crueldad asesinara
A tanto esposo joven inocente,
Tanto tálamo egregio ensangrentando.
Hecho terrible cincelado en oro,
Del buen Eurición obra preciada.
Con tan grande despojo triunfa Turno,
Y de gozo se llena al poseerlo:
La mente de los hombres, ignorante
De la futura suerte y de los hados,
No con prudente modo se refrena,
En la fortuna próspera engreída.
Su tiempo triste llegarále á Turno,
Cuando á precio cualquiera deseara,

Biblioteca Nacional de España

Haber dejado intacto al gran Palante;
Y odiará los despojos y este día.
Y con grande gemir y acerbas lágrimas,
Sobre su mismo escudo colocado,
Llevan sus compañeros el cadáver.
¡Oh dolor, y á la vez excelsa gloria
A su Padre infeliz hora devuelta!
Es este día para tí el primero,
Que te lanzó á la guerra, y este mismo
De la guerra te arranca y de la vida;
Mas dejando montones en el campo
De innúmeros cadáveres de rútulos.

No de tan grande mal la fama sola
Vuela hasta el Jefe, mas el nuncio cierto
De estar los suyos de la muerte cerca,
Y que apremiaba yá prestar auxilio
A los teucros, que huyen derrotados.
Rompe Eneas furioso con la espada
Por cuanto tiene en torno, y por en medio
Ábrese paso de las anchas huestes,
Para buscarte á tí, soberbio Turno,
En ansia ardiendo de matanza nueva.
Tiene á Palas y Evandro ante sus ojos,
Todo lo ve presente: aquel primero
Banquete á que asistiera advenedizo,
Y aquellas nobles diestras, que estrechara.
Cuatro mozos arranca de Sulmona,
Y otros cuatro, criados en Ufente,
Para inmolarlos á los tristes manes

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

De Palas, en las fúnebres exequias,
Y regar con la sangre de cautivos
Las llamas de la pira abrasadora.

Y luego arroja á Mago desde lejos
Una potente lanza, que con arte
Inclinado burló, y ella vibrando
Por encima voló de su cabeza.
Y entonces abrazado á las rodillas
De Eneas, suplicante así clamaba:
—«Por los manes ilustres de tu Padre,
Por la esperanza de tu insigne Ascanio,
Salva esta vida mísera, te ruego,
Para mi padre y mi inocente hijo:
Tengo un palacio donde guardo ocultos
Muchos talentos de labrada plata,
Y cantidad grandísima de oro,
Labrado y por labrar. Ni habrán por esto
De perder la victoria los troyanos,
Que no da un alma sola tal ventaja.»—
Dijo, y responde Eneas.—«A tus hijos
Deja la plata y oro que refieres;
Turno abolió el primero esos contratos
De las bélicas luchas, cuando diera
Muerte á Palante; así lo siente Julo,
Así mi padre Anquises.»—Tal diciendo,
Coge del yelmo con la izquierda á Mago,
Que en vano suplicaba, y hasta el puño
En el cuello la espada le sepulta.

Biblioteca Nacional de España

De allí no lejos se encontraba Emónides
De Febo Sacerdote y de Diana,
Con ínfula sagrada y blanca venda
Su sien ceñida, y con brillante veste
Y armas insignes, esplendente luce.
Persíguele y acósale en el campo;
Cae Emónides al suelo; el teucro Eneas
Se lanza sobre él, y allí le inmola,
Y la sombra le cubre de la muerte.
Sus armas recogidas, en los hombros
Lleva Seresto, en ellas dedicando
Un troféo en tu honor, sacro Mavorte.
Céculo ilustre, de Vulcano hijo,
Y Umbro venido de los montes Marsos,
Sus huestes rehacen. Se enfurece Eneas
En contra de ellos, y acomete á Ansuro,
Y la siniestra mano con su acero
Córtale, y del escudo el cerco todo:
El concibió de sí cosas grandiosas,
Creyó gran eficacia en sus palabras,
Su ánimo elevaba á las estrellas,
Y canas venerables prometióse,
Y dilatada vida largos años.

Tárquito sale con fulgentes armas,
Hijo de Fauno, habitador de selvas,
Y de la ninfa Dríope, al encuentro
Del grande Eneas, que en furor ardía.
Clava éste con ímpetu su lanza,
Y el broquel y la cota atravesando,

Biblioteca Nacional de España

Impídele á la vez toda defensa.
Y entonce al infeliz, que suplicante,
Más ruegos preparaba inútilmente,
Le corta la cabeza, y cae al suelo,
Vuélcase el tronco al par, y tal Eneas
Encima de él prorrumpe con encono.
—«Yace aquí, mi enemigo formidable,
No te dará tu madre sepultura,
Ni irán tus miembros al sepulcro patrio;
Para pasto de aves de rapiña
Quedará abandonado tu cadáver,
O será por las ondas arrastrado,
Y tus heridas lamerán los peces.»—

Persigue á Antéo y al potente Licas,
Aguerrida vanguardia del rey Turno,
Al fuerte Numa y á Camerte rojo,
Nacido del magnánimo Volscente,
En campos el más rico de la Ausonia,
Y un tiempo rey de la callada Amiclas:
Cual el monstruo Egeón, de los cien brazos
Y manos otras cien, que por cincuenta
Pechos y bocas arrojaba fuego,
Contra los rayos del potente Jove,
Sus cincuenta broqueles resonando,
Y esgrimiendo á la par cincuenta espadas....
Tal Eneas recorre furibundo
Todo el campo doquiera victorioso,
Cuando templó una vez su firme acero.
Ve venir de Niféo la cuadriga

Biblioteca Nacional de España

Con briosos caballos, y se lanza
Contra ellos con ímpetu indomable;
Y al verle desde lejos los bridones
Sobre ellos avanzar con rabia y furia,
Cejan de miedo al punto arrebatados,
El carro hacia la orilla precipitan,
Y vuelcan, arrastrando al triste jefe.

Con dos corceles blancos, entre ellos
Lúcago llega con su hermano Liger,
Que rige los caballos con las riendas;
Y él valeroso con potente brío,
Revuelve en torno la desnuda espada.
No sufre Eneas tal furor, y arrójase,
Y ante él con su lanza se presenta;
Y así le increpa Liger.—«No estás viendo
Ni los bravos bridones de Diomedes,
Ni de Aquiles el carro, ni de Frigia
Los campos de batalla; mas ahora
En estas tierras hallarás, troyano,
De tu existencia el fin, y el de la guerra.»—
Vuelan del loco Liger las palabras
En ancho espacio, mas el teucro Jefe
No á los dichos con dichos le responde,
Mas un dardo dispara al enemigo.
Estaba entonces inclinado Lúcago,
Con el látigo hiriendo á sus corceles;
Y al echar el pie izquierdo, y prepararse
Para la lucha, le atraviesa el asta
La orla inferior de su broquel luciente,

Biblioteca Nacional de España

Y por la ingle izquierda le penetra.
Y del carro lanzado moribundo,
Queda en tierra tendido. El Jefe teucro
Con acerbas palabras tal le dice:
—«No á tu carro perdió la torpe fuga
De tus caballos, Lúcago, ni asombros
Huír del enemigo les hicieron.
Tú mismo, que saltando abandonaste
Las riendas con el carro.»—Dijo Eneas,
Y sus corceles coge entonces Liger,
Tiende infelice las inermes manos,
Y del carro desciende, y tal rogaba:
—«Por tí, teucro Varón, y por los padres,
Que tan grande y excelso te engendraron,
Concédeme esta vida, te lo pido,
Y ten piedad del triste suplicante»—
A tantos ruegos le responde Eneas.
—«No tal hablabas, miserable, há poco;
Has de morir, no es justo que al hermano
Abandone su hermano.»—Y con su acero
Ábrele el pecho, do se oculta el alma.
Tales matanzas el troyano Jefe
Realizaba en los campos con gran furia,
Cual torrente ó cual negro torbellino.
Rompen al fin, y las trincheras dejan,
El mozo Ascanio y la troyana gente,
En vano por los rútulos sitiados.

Habla entretanto á Juno el padre Jove:
—«Oh hermana, y á la vez amada esposa;

Biblioteca Nacional de España

Como pensabas, al poder troyano
Venus sustenta; que tu buen juicio
No te ha engañado, pero no son ellos
Varones en la guerra poderosos,
Ni de ánimo feroz, ni sufridores
De azares y peligros.»—Tal contesta
Sumisa Juno.—«¿A qué, mi dulce esposo,
Procuras consolar á la cuitada,
Que está temiendo tus palabras tristes?
Si la fuerza de amor, que en otro tiempo
Tuviste para mí, hoy la tuvieras,
Cual tenerla debías, no negaras
Este mi ruego, oh Padre omnipotente:
—Que yo arrancara del combate á Turno,
Y lo entregara incólume á su padre,
Su padre Dauno.—Mas perezca ahora,
Con su sangre á los teucros satisfaga;
Aunque es su nombre de la estirpe nuestra:
Fué Pilumno su abuelo, que mil veces
Cargó tus aras con ofrendas pingües.»—
—«Si pides que su muerte yá cercana,
Responde el rey del estrellado Olimpo,
Para el caduco joven se dilate,
Y pretendes que yo tal lo disponga....
Por medio de la fuga libra á Turno
De los funestos hados, que le amagan:
Puedo hasta ahí llegar en mi indulgencia;
Mas si otro empeño ó concesión más alta
En tus ruegos se oculta, pretendiendo
Que cambie ó llegue al fin la guerra toda,

Biblioteca Nacional de España

De vanas esperanzas te alimentas.»—
Y así llorando Juno.—«¡Oh si tu mente
Lo que tu voz me niega me otorgase,
Y la vida afianzara al joven Turno!!
Mas grave fin al inocente espera,
O la apariencia de verdad me engaña.
Ojalá me engañase temor falso,
Y tú, que puedes, tu decreto cambies»—
Apenas dijo, y desde el alto cielo
Se lanza de repente, circuïda
De blanco nimbo, y por los aires mueve
Violenta tempestad, y á los reales
Rútulos, y á los teucros se dirige.

De hueca nube la potente Juno
La imagen finge del troyano Eneas,
¡Admirable portento! en tenue sombra,
Con las armas, el yelmo y el escudo
También fingidos del divino teucro;
Dale inanes palabras con sonidos,
Y el andar simulado; cual es fama
Que tras la muerte las figuras vuelan,
O cual los sueños al dormido burlan:
Y alegre se presenta aquella imagen
De las primeras huestes á la vista,
A Turno con las armas provocando,
Y con voces le insulta. Turno entonces
Dardo estridente desde lejos lanza;
La espalda vuelve el simulacro, y huye;
Creyendo Turno que al huir Eneas,

Biblioteca Nacional de España

De la guerra y las armas yá cedía,
Vana esperanza concibió soberbio;
Y—«Eneas, ¿por qué huyes? exclamaba,
No el tálamo abandones convenido:
La tierra que buscaste por los mares
Mi diestra te dará.»—Y á grandes voces
Tal diciendo, tras él corre furioso,
Al par vibrando la desnuda espada,
Sin ver que su ilusión se lleva el viento.
Cabe un alto peñón estaba acaso
Un gran bajel, echadas las escalas,
Y preparado el puente, do viniera
El Rey Osinio de las clusias costas:
Por aquí entre lugares escondidos
Se arroja al fin la temblorosa imagen,
Y Turno sin descanso la persigue,
Y obstáculos venciendo, salta raudo
Sobre los altos puentes. Mas apenas
En la prora tocó, Juno Saturnia
Los cables rompe, y en veloce curso
La nave por los mares arrebata.

Eneas entre tanto á Turno ausente
Llama á la lucha, y á la muerte entrega
Muchos varones, que á su encuentro salen.
No busca yá la imagen los ocultos
Lugares, más volando se levanta,
Y piérdese deshecha en negra nube.
Cuando Turno se vió del mar en medio
Por un turbión llevado, é ignorante

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

De tal misterio, y á su suerte ingrato,
Ambas manos eleva á las estrellas,
Y así exclamaba.—«Oh Padre omnipotente,
¿De tal deshonra me juzgaste digno,
Y de sufrir castigo tan terrible?
¿Adónde me conducen, ó de dónde?
¿Cuál me deja esta fuga? ¿Mis reales
No veré más, y muros laurentinos?
¿Y qué dirán las huestes de guerreros,
Que me siguen á mí, siguen mis armas,
A quienes yo abandono ¡horrendo crimen!
A sufrir deshonrados muerte infame?
Errantes yá los miro, y los clamores
Escucho de los tristes, que sucumben.
¿Qué debo hacer? ¿O qué profundo abismo
Sus fauces abrirá para tragarme?
Tened de mí piedad vosotros, Austros,
Yo os adoro; estrellad contra las rocas
Este bajel, rompedlo en los escollos,
Que ni la fama ni los tristes rútulos
Tengan de mí noticia, ni me sigan.» —

Tal recordando su ánimo indeciso,
Discurre acá y allá de dudas lleno;
Ora furioso de ignominia tanta
Con su espada quisiera darse muerte,
Atravesando el pecho, ó ya arrojarse
En medio de las aguas, y nadando
Dirigirse á las costas, y de nuevo
Correr contra las armas de los frigios.

Biblioteca Nacional de España

Tres veces sus proyectos intentara,
Tres veces le contuvo Juno excelsa,
Del joven infeliz compadecida,
Tal designio en su pecho reprimiendo.
Y el mar la nave corta velozmente
Con olas y con flujos favorables,
Y á la antigua ciudad de Dauno arriba.

Por mandato de Jove á las batallas
Ardiendo en ira se lanzó Mecencio,
Y acomete á los teucros yá triunfantes:
Al par concurren las tirrenas huestes,
Y sólo contra él se arrojan todos
Con odio horrible é incesantes armas.
Como la roca que en el mar penetra
A las furias opuesta de los austros
Y del soberbio ponto, allí resiste
Del cielo y mar violencias y amenazas,
E inmóvil permanece, tal Mecencio.
Al aguerrido Hebro rinde en tierra,
Hijo de Dolicáon valeroso;
Y á Látago y á Palmo fugitivo;
La boca y rostro á Látago destroza
Con una piedra enorme; corta á Palmo
La corva, y revolcándose lo deja.
Y las armas llevar del enemigo
En sus hombros á Lauso le concede,
Y en la cabeza colocar su yelmo;
Y mata al frigio Evante, y mata á Mimas,
Igual á Páris, compañero suyo,

Biblioteca Nacional de España

Ambos nacidos en la misma noche:
Dió á luz Teana de su esposo Amico
A Mimante, y la hija de Ciséo,
Según sueño, preñada de una tea,
Dió á luz á Páris, que sepulcro goza
En su patria ciudad; mientras que ignoto
Mimas yace en la costa laurentina.
Cual jabalí de perros perseguido
Sale arrojado de los altos montes,
A quien por muchos años defendiera
El pinífero Vésulo, y por muchos
El lago laurentino, allí criado
Entre las cañas de la espesa selva,
Y al llegar á las redes y emboscadas
Párase, y gruñe atroz, y eriza el cuello;
Nadie tiene valor á acometerle,
Ni aun acercarse á él, sino le acosan
Con grandes voces y seguros dardos.....
No de otro modo los que en ira justa
Arden contra Mecencio; no se atreven
A entrar en lucha con desnuda espada;
Mas de lejos provócanle con flechas,
Y con fiero clamor. Mecencio impávido
A todas partes su mirada tiende,
Los dientes rechinando, y sacudiendo
De los hombros los dardos que le arrojan.

De los confines de Corito antiguos
Cierto griego Acroonte allí llegara
De su patria venido, allá dejando

Biblioteca Nacional de España

Sus nupcias imperfectas. Vele en medio
De las huestes turbándolas, insigne
Por las plumas rojizas y la púrpura,
Regalo de su esposa prometida.
Cual rabioso león, que el hambre acosa,
Recorre muchas veces los establos,
Y si una cabra fugitiva encuentra,
O un ciervo ingente de ramosos cuernos,
Abre con gozo sus feroces fauces,
Eriza las melenas, y se arroja,
Y clávase, y devora sus entrañas
Con su boca feroz bañada en sangre...
Tal se lanza Mecencio denodado
Sobre los densos enemigos. Postra
Al infeliz Acronte, que expirante
Golpéa con los pies la obscura tierra,
Y el arma no quebrada en sangre tiñe.

Y no digno juzgó matar huyendo
A Orodes, ni áun herrirle por la espalda,
Mas le sale al encuentro en la carrera,
Y pónese delante frente á frente,
No para ser por la traición más bravo,
Mas sólo por las armas poderosas.
Ríndele en tierra, y con el pie y la lanza
Rudo le oprime: y—«Oh varones, grita,
Aquí postrado yace el alto Orodes,
No despreciable parte de la guerra.»—
Y al caudillo siguiendo con aplausos,
Todos cantan el himno de victoria.

Biblioteca Nacional de España

Y Orodes expirando así prorrumpe.
—«Quienquier que seas, vencedor inicuo,
No quedará mi muerte sin venganza,
Ni largo tiempo durará tu gozo:
Que te esperan á tí los mismos hados,
Y en breve ocuparás la misma tierra»—
Y Mecencio mezclando la sonrisa
A la ira y encono—«Muere ahora,
Que el Padre de los dioses y los hombres
De mí decretará.»— Y así diciendo,
La lanza al punto de su cuerpo arranca,
Y el férreo sueño y el mortal reposo
Duros le oprimen, y sus ojos míseros
Ciérranse al par para la eterna noche.

Mata Cédico entonces á Alcatóo,
Y Sacrator á Hidaspes; á Partenio
Y al fortísimo Orsén, Rapo más fuerte;
A Clonio el gran Mesapo y á Ericates
Hijo de Licaón: á aquel tendido
Al caer del caballo desbocado,
A éste cuerpo á cuerpo. Agis de Licia
Denodado avanzaba; mas Valero
Con valor heredado de sus padres
Muerto le rinde, como Sálio á Tronio,
Y á Sálio Nealces, flechador insigne
En disparar saetas engañosas.
Yá Mavorte los duelos igualaba,
Y de la guerra las matanzas mutuas,
Que en ceder y atacar iguales eran,

Biblioteca Nacional de España

No huyendo más los unos que los otros,
Lo mismo vencedores que vencidos.

En los átrios de Júpiter los dioses,
De aquel furor inútil de ambos pueblos
Y tan fiero dolor se compadecen;
Está de un lado Venus, de otro Juno;
En medio de soldados á millares
Pálida se enfurece Tisifone:
Mas blandiendo Mecencio enorme lanza
Entra en el campo con horrenda furia,
Cual el grande Orión cuando camina
Por las inmensas aguas de Neréo,
Se abre paso por medio de las ondas,
Y con los altos hombros las supera;
O cuando arranca de elevado monte
Un olmo añoso, y por la tierra marcha,
Y esconde su cabeza entre las nubes:
Tal con sus armas se presenta ingente
Mecencio.—Vele Eneas á lo largo
Del nutrido escuadrón, y se prepara
A acometerle al punto. Mas Mecencio
Intrépido, y de pie su vasta mole,
Espera á su magnánimo enemigo,
Midiendo con los ojos el espacio
Para un tiro de lanza suficiente.
—«Mi diestra, que es mi dios, y el arma que hora
Para arrojarla vibro, me protejan,
Yo te prometo, Lauso, que tú mismo
Habrás de ser troféo cuando vistas

Biblioteca Nacional de España

Esos despojos del ladrón Eneas,
De su triste cadáver arrancados.»—
Dijo, y arroja la estridente lanza,
Que volando rebota en el escudo,
Y clávase de Antor esclarecido
Entre el duro costado y los hijares.
Antor de Alcides compañero ilustre,
De Argos venido, y que se uniera á Evandro,
Y en la ítala ciudad fijó su asiento:
Cae moribundo de la ajena herida,
Alza al cielo sus ojos, y en su muerte
Se acuerda triste de su dulce Argos.
Dispara entonces el piadoso Eneas
Su lanza, que atraviesa de Mecencio
De bronce el triple escudo, revestido
De lienzo, con tres cueros reforzado,
Y por la ingle en lo interior se clava;
Mas no perdió las fuerzas por completo.
Al ver la sangre del tirano jefe
Desnuda Eneas rápido la espada,
Y con ardor alegre le persigue,
Al marchar tembloroso. Vióle Lauso,
Y gime y riega en lágrimas su rostro,
Por el amor de su querido padre.
—No el triste caso de tan dura muerte,
Ni tus hechos laudables, claro joven,
Ni tu nombre tan digno de memoria
Habré yo de guardar en el silencio;
Por si los siglos venideros diesen
La fe debida á tan insigne hazaña.

Biblioteca Nacional de España

Retirábase yá Mecencio inútil,
É impedido cedía, y arrastrando,
Clavada en el escudo y en el cuerpo
La matadora y enemiga lanza.
Corre animoso Lauso, y se interpone
Entre las armas ante el teucro Jefe,
Que levantaba yá la diestra en alto,
Próximo á descargar el golpe horrendo;
Bajo la espada misma se coloca,
Y, el golpe retardando, la detiene.
Le aplauden en acorde clamoréo
Los suyos, y Mecencio se retira,
Por el broquel del hijo protegido;
Y dardos mil disparan contra Eneas,
Y le acosan, y turban desde lejos
Con toda suerte de arma arrojadiza.
Enfurécese Eneas, y se cubre
Con su potente escudo.—
Cual sucede
Cuando deshecha nube con granizos
El suelo azota, y huye de los campos
Aterrado el agrícola, y seguro
Abrigo busca el triste caminante
Del río por la orilla, ó en la gruta
Socavada tal vez bajo alta roca,
Mientras la lluvia bate la ancha tierra,
Para poder después, cuando el sol torne,
Al trabajo del día poner término.....
Así cubierto por doquier de dardos
La tempestad soporta de la guerra;

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Y al joven Lauso increpa y amenaza.
—«¿A qué te arrojas á morir, mancebo,
Y osas acometer empresas tales,
A tus débiles fuerzas superiores?
Te engaña tu piedad, joven incauto.» —
No menos Lauso con locura insulta,
Mas yá á su colmo del dardanio Jefe
La rabia y el rencor furiosos suben;
Y las Parcas devanan para Lauso
El hilo postrimero de su vida;
Pues lo atraviesa por mitad Eneas
Con su potente espada, y en su cuerpo
La oculta toda; que el acero agudo
Atravesó el broquel, arma ligera
Del infelice joven, y la túnica
Que su madre tejió con hilos de oro,
Y la sangre inundó todo su pecho;
Y dejando su cuerpo el alma triste,
Descendió por las auras á los manes.
Al verle moribundo, el rostro pálido,
Con visajes de muerte, el Jefe teucro,
Gime con aflicción compadecido,
Y del paterno amor la viva imagen
En su mente de padre al punto surge,
Y su diestra le tiende, y tal exclama.
—«¿Qué te pudiera dar el pío Eneas,
Oh infortunado joven, de tus hechos
Gloriosos digno y de tu alma noble?
Las armas toma, que tu encanto fueran.
A los manes te envío de tus padres,

Biblioteca Nacional de España

Y á su sepulcro, si te importa acaso,
Y de consuelo sírvate en tu muerte,
Morir á manos del insigne Eneas.»—
Y él mismo de la tierra lo levanta,
Manchando con la sangre sus cabellos,
Antes, según costumbre, bien peinados.

Su padre en tanto junto al río Tiber
Con las aguas lavaba sus heridas,
Y su cuerpo aliviaba decaído,
De un árbol apoyándose en el tronco.
Lejos su yelmo pende de unas ramas,
Y descansan sus armas en el campo.
De pié le cercan escogidos jóvenes;
Él refresca anhelante con su aliento
Su garganta ardorosa; el pecho cubre
Tendida sobre él su luenga barba;
Mucho pregunta por su amado Lauso,
Y mensajeros manda con frecuencia,
Que de la fiera lucha lo retiren,
Con los preceptos de su triste padre.
En esto yá llorosos los soldados
Sobre su escudo exánime conducen,
Por la herida cruel al fin vencido,
Al valeroso Lauso. La paterna
Mente tan grande mal presagia al punto,
Y desde lejos el gemir conoce:
Mancha sus canas con inmundo polvo,
Y elevando ambas manos á los cielos,
Y abrazado á su Lauso, así clamaba.

Biblioteca Nacional de España

—«¿Tal ansia de vivir tuve, hijo mio,
Que he de sufrir que en mi lugar sucumba
A la diestra enemiga mi engendrado?
¿Que sólo tus heridas me libertan,
Y vivo por tu muerte? ¡Oh infelice!
¡Ay mísero de mí, que al fin ahora
Siento la cruda herida y el destierro!
Yo con mi crimen mancillé tu nombre,
¡Hijo mío, del solio de mi padre
Por mi maldad lanzado y de su reino!
Debiera yo sufrir horrible pena
De mi patria; y las iras de los míos
Con mil muertes matar mi alma infame.
¿Y aún vivo yo, ni dejo todavía
Los hombres y la luz de la existencia?
Mas yo los dejaré.»—
Y así diciendo
Sobre el herido muslo se incorpora,
Y aunque el dolor de la profunda herida
Le entorpece, mas no del todo inútil,
Manda traer al punto su caballo,
Que era su honor, y su consuelo y gloria,
Fué con él vencedor en cien batallas,
Y así le hablaba al triste.—«Caro Rebo,
Hemos vivido mucho, si algo humano
Puede en verdad decir que mucho vive.
Hoy traerás vencedor aquellas armas
Cruentas, y del Teucro la cabeza,
De Lauso vengador serás conmigo,
Y si auxilio no da fuerza ninguna,

Biblioteca Nacional de España

Sucumbiremos ambos. Yo no creo
Que tú, Rebo fortísimo, soportes
Los ajenos mandatos, ni halles digno
Tener por amos á los teucros jefes.»—
Dijo, y montando colocó su cuerpo
En la silla por él antes usada,
Y ambas manos cargó de agudas flechas:
El yelmo en su cabeza resplandece
Con penacho de crines erizado;
Y así rápido corre, y llega en medio.

Arde en su pecho el odio y la vergüenza,
Y la locura á su dolor unida,
Y el amor agitado por las furias,
Y su valor de él mismo conocido:
Y entonces llama á Eneas por tres veces
Con grandes voces; le conoce Eneas,
Y así alegre sus súplicas dirige.
—«Haga el Padre potente de los dioses,
Y el alto Apolo, que en batalla entres.»—
Esto tan sólo dijo, y valeroso
El arma empuña, y á su encuentro marcha.
—«Por qué, cruel, increpale Mecencio,
Después de haber matado al hijo mío,
Así me aterras hora? Has hallado
El único camino de perderme.
Ni la muerte fatal yá me horroriza,
Ni ruego á ningún dios. Basta de insultos.
Vengo á morir resuelto; pero antes
Estos dones recibe.»—Y tal clamando,

Biblioteca Nacional de España

Un dardo le dispara, y otro luego,
Y otro después, y vuela en torno suyo
En ancho giro; mas las flechas todas
En su áureo escudo sin cesar se clavan.
Tres veces en redor Mecencio gira
Al lado izquierdo, disparando dardos,
Y tres veces también el hèroe teucro
Lleva en su derredor inmensa selva
De dardos fijos en su férreo escudo.

Luego que vé que aumenta la tardanza,
Y arrancar tanta flecha causa enojo,
Y yá apremiado por la intensa lucha,
Mil cosas en su mente revolviendo,
Rompe al fin, y una lanza fuerte arroja,
Que va á clavarse entre las huecas sienes
Del tremendo caballo, que furioso
Se alza de manos, y con grandes coces
El aire azota, y al ginete vuelca,
Y cae tras él, y la cabeza dobla,
Y con el lomo al infeliz oprime.
El cielo encienden con clamor entonces
Los teucros y latinos; vuela Eneas,
Y desnudando su potente espada,
Se arroja sobre él, y así le grita.
—«¿Dónde está ahora el guerreador Mecencio?
¿Dónde su fuerza y ánimo feroces?»—
Luego que respiró Mecencio el aura
Mirando al cielo, y recobró el sentido,

Biblioteca Nacional de España

—«Oh enemigo cruel, ¿por qué me insultas,
Y me amenazas, dice, con la muerte?
No es deshonra morir, ni á los combates
Vine á otra cosa, ni pactó contigo
Nada mi dulce Lauso. Esto te ruego,
Si algún favor para el vencido existe:
Que á mi cuerpo concedas sepultura.
Sé que los míos con rencor me cercan:
De su furor libértame, y otorga
Acompañar á mi hijo en su sepulcro.»—
Dice, y su suerte conociendo, inclina
A la espada su cuello, y parte el alma
Con sangre undosa, que el acero inunda.

Biblioteca Nacional de España

LIBRO UNDECIMO

ALZASE en tanto la rosada aurora
Dejando el Oceano: entonce Eneas,
Aunque el cuidado natural le aguija
De enterrar á sus muertos, y le turba
La horrorosa matanza de los suyos,
A la primera luz del sol naciente
Sus votos, vencedor, cumple á los dioses,
Y una gigante encina elige luego,
Cortadas en redor las ramas todas;
En un collado erígela, y la viste
De refulgentes armas, del caudillo
Y rey Mecencio singular despojo:
Troféo para tí, sacro Mavorte.
Adapta el yelmo, que gotéa sangre,
Los dardos del varón todos tronchados,
Y en doce partes su coraza rota;

Biblioteca Nacional de España

Ata á la izquierda bajo el férreo escudo,
Del cuello suspendida del troféo,
De puño de marfil la fuerte espada.
Entonces á los teucros yá triunfantes,
Pues lo cercaban multitud de jefes,
Así á exhortar comienza.—«Oíd, varones:
Yá terminado está lo más difícil;
Ahuyentar el temor es lo que resta.
Estos del rey soberbio los despojos,
Y las primicias son: Mecencio es éste,
Por mis manos aquí sacrificado.
Hora marchar debemos á los muros,
Y al rey Latino: preparad las armas
Con ánimo y valor, y de la guerra
Presumid, esperando la victoria.
No impida la tardanza al inexperto,
Ni la duda ó el miedo al perezoso,
En el momento en que los altos dioses
Enarbolar permitan las banderas,
Y las fuerzas sacar de los reales.
»A la tierra entreguemos entre tanto
Los cuerpos de los nuestros insepultos,
El solo honor que en Aqueronte gozan.
Id pues, y honrad con los supremos dones
Esas almas egregias, que esta Patria
Nos conquistaron con su propia sangre:
Mas á Palante conducid primero
A la triste ciudad del rey Evandro;
No falto de valor arrebatóle
Funesto el hado con acerba muerte.»—

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Tal hablaba llorando, y se dirige
A la puerta do Acetes custodiaba
El exánime cuerpo de Palante;
Aquel anciano Acetes, que antes fuera
Escudero de Evandro, mas entonces
Con auspicios no prósperos servía
De compañero y ayo al caro alumno.
Los fámulos le cercan numerosos,
Y multitud inmensa de los frigios,
Y tristes las troyanas se veían,
Sueltos, según costumbre, los cabellos.

Apenas entra por las altas puertas
El teucro Jefe, á las estrellas suben
Grandes clamores, hiérense los pechos,
Resuena con sollozos el palacio,
E incesantes lamentos. Cuando Eneas
Vió de Palante la cabeza y rostro,
Y ve en su tierno pecho la terrible
Herida abierta por la lanza ausonia,
Así prorrumpe derramando lágrimas:
—«¿Que envidiosa me prive la fortuna
Cuando más favorable sonreía,
Oh desgraciado joven, de llevarte
A ver mi reino y tus moradas patrias,
Yá vencedor? No tal fué mi promesa
A tu padre en mi última partida,
Cuando abrazado á mí, á un gran imperio
Envióme, y temiendo me enseñaba
Que con fuertes varones, gente dura,

Biblioteca Nacional de España

Había de emprender terrible guerra;
Y ahora sus votos en verdad ofrece
Con esperanza vana, y los altares
Llena también con abundantes dones.
Y á este joven exánime, que nada
Debe ahora á los dioses celestiales,
Tristes, con vano honor acompañamos.
¡Padre infeliz, contemplarás en breve,
Del hijo de tu amor la muerte horrenda!
¡Tal nuestra vuelta y esperados triunfos,
Y esta la grande fé por mí prestada!
»Mas no verás á tu hijo, Evandro ilustre,
De heridas afrentosas maltratado;
Ni querrías cual padre verle libre,
Después de haber huido por cobarde.
¡Ay de mí! ¡Cuánta fuerza pierde Ausonia,
Y cuánto pierdes tú, mi amado Julo!»—

Tal decía llorando, y el cadaver
De Palas infeliz alzar ordena,
Y de todo el ejército escogidos
Mil varones envía, que rindiendo
Los supremos honores, le acompañen,
Y estén presentes al paterno llanto,
Y en su acerbo dolor consuelo otorguen,
Si pequeño en verdad, pero debido
Al padre infortunado. Diligentes
Tejen unos un zarzo, blando féretro,
Con vástagos de encina y de madroño,
Y el lecho mortuorio yá formado,

Biblioteca Nacional de España

Cubren con verde fronda desparcida,
Y al infelice joven le colocan
De las rústicas andas en lo alto;
Cual flor cortada por virgíneo dedo,
Ora violeta ó lánguido jacinto,
Que no ha perdido aún fulgor ni forma;
No le alimenta yá la tierra madre,
Ni fuerzas le ministra.—Saca entonces
Dos ricas vestes el piadoso Eneas,
De púrpura y en oro recamadas,
Que labrara gozosa con sus manos
En otro tiempo la sidonia Dido,
Telas tejidas con los hilos de oro.
Viste con una de ellas el cadáver,
Supremo honor que al mísero tributa,
Y cubre con la otra como velo
Los cabellos al fuego destinados.
Muchos despojos además reune
Ganados en la guerra laurentina,
Y en larga fila conducirlos manda,
Y caballos y armas, que valiente
Arrancara también al enemigo;
Y, con las manos á la espalda atadas,
Los cautivos de guerra designados
Al sacrificio, y fúnebres exequias,
Para regar las llamas con su sangre.
Manda además llevar troncos vestidos
De insignes capitanes con las armas,
Muertos por él, mostrando cada tronco
Inscrito al par del enemigo el nombre.

Biblioteca Nacional de España

Llevan también al desgraciado Acetes
Por la edad consumido, golpeando
Su débil pecho con los recios puños,
Y arañando su rostro con las uñas,
O yá al suelo arrojándose tendido.
Salpicados en sangre allí conducen
Rútulos carros, y tras ellos sigue
Llorando Etón, su guerreador caballo,
Lágrimas gruesas sin cesar vertiendo;
Otros la lanza y el almete llevan,
Que todo lo demás lo poseía
El victorioso Turno. Luego marchan
Triste falange, y los tirrenos jefes,
Y los jefes troyanos y los árcades,
Vueltas las armas en señal de duelo.
Y lejos yá la larga comitiva,
Párase Eneas; de su pecho entonces
Hondo gemido lanza, y así dice.
—«A otras lágrimas más de aquí nos llaman
Los mismos hados de la horrible guerra.
Adiós, Palas insigne, adiós por siempre.»—
No dijo más, y hacia los altos muros
Se dirige, marchando al campamento.

De la ciudad latina se presentan
Con oliva cubiertos los legados,
Pidiendo al Jefe teucro los cadáveres
De sus míseros muertos, que yacían
Dispersos en los campos por el hierro,
Y permiso á la vez para enterrarlos;

Biblioteca Nacional de España

—Que guerra no ha de haber con los vencidos
Y yá privados de la luz celeste—
Y que perdone á los que en otro tiempo
Llamó, benigno, suegro y aliados.
Y viendo entoce Eneas que las súplicas
No eran por cierto de desprecio dignas,
La gracia otorga, y además les dice:
—«¿Qué aciaga suerte os enredó, latinos,
Para romper así nuestra alianza,
En tan horrible y desastrosa guerra?
¿Pedís la paz para los muertos hora,
Sacrificados por el ciego Marte?
Yo también á los vivos la otorgara.
No hubiera yo venido, si el imperio
De esta región los hados no me dieran;
Ni esta guerra emprendí con vuestra gente.
Nuestra hospitalidad el rey dejando,
A las armas de Turno confióse.
»Más justo hubiera sido que opusiera
Ese Turno á la muerte su persona.
Si terminar la guerra pretendía,
Y expulsar á los frigios de este suelo,
Más noble hubiera sido, y más honroso
Con estas armas pelear conmigo;
Y aquél triunfado hubiera, á quien los dioses,
Y su diestra y valor diesen la vida.
Marchad ahora, y á las tristes llamas
Entregad vuestros muertos.»—Dijo Eneas,
Y callan todos de estupor pasmados,
Cambiándose miradas en silencio.

Biblioteca Nacional de España

Habla el anciano Drances, que con odio
Siempre enemigo fué del joven Turno,
Y le contesta así.»—Varón troyano,
Grande en la fama, pero más insigne
En armas y valor: ¿Con qué alabanzas
Te igualaré á los dioses celestiales?
No sé si admire en tí más la justicia,
O el arte y sufrimientos de la guerra.
A la patria ciudad agradecidos
Tu favor y promesa llevaremos,
Y si ocasión presenta la fortuna,
Serás del rey Latino su aliado;
Y busque Turno para sí alianza.
Y si os conviene nuestro auxilio, prontos
A alzar estamos los fatales muros
De la ciudad troyana, conduciendo
En nuestros hombros las ingentes piedras.»—
Dijo Drances, y al par repiten todos
Acordes á una voz la oferta misma.
Doce días señálanse de tregua,
Y en esta paz, por selvas y collados
Juntos discurren teucros y latinos
Impunemente. Suenan á los golpes
De la férrea segur los altos fresnos,
Los pinos tronchan, que á los astros suben,
Hienden con cuñas los robustos robles
Y cedros olorosos, y no cesan
De conducir en carros rechinantes
Los olmos derribados.—Yá la fama,
De tal duelo y dolor anunciadora,

Biblioteca Nacional de España

Al rey Evandro voladora llega,
Y las murallas llena y el alcázar;
Aquella que en el Lacio poco antes
A Palas anunciaba victorioso.

Apresurados á la puerta acuden
Los árcades, según costumbre antigua,
Con funerarias teas en las manos.
Por larga fila de fulgentes llamas
Brilla el camino, y en extensa zona
Distínguense los campos. Por enfrente
Viene la muchedumbre de los frigios,
Y ambas huestes se juntan plañideras.
Luego que vieron las matronas tristes
El fúnebre cortejo, con clamores
Conmueven la ciudad. Ni fuerza alguna
A detener á Evandro fué bastante;
Mas rompe por las turbas, y se arroja
Sobre el hijo en las andas colocado,
Y llorando y gimiendo allí le abraza,
Y cuando apenas el dolor acerbo
Dejó paso á la voz, así prorrumpe.
—«No fué tal la promesa que á tu padre,
¡Oh dulce Palas! al partir hiciste,
Sino lanzarte con cautela suma
A la guerra cruel; mas no ignoraba
Cuánto en los pechos juveniles puede
De la guerra fatal la nueva gloria,
Y el grato honor en el primer combate.
¡Oh del joven primicias desdichadas,

Biblioteca Nacional de España

Y cruel enseñanza de la guerra!
¡Y oh votos míos y sagradas preces,
De ninguno escuchadas de los dioses!
¡Y oh santísima Esposa, tú felice
Por tu muerte, que no fuiste guardada
Para tan gran dolor! ¡Y yo venciendo
Al hado triste con mi larga vida,
A mi hijo desdichado sobrevivo!
Ojalá que siguiendo yo en la lucha
A los teucros, la vida hubiese dado
Envuelto por las armas de los Rútulos,
Y esta fúnebre pompa, á mi morada
Condujera mi cuerpo, y no á Palante.
»Y no os inculpo yo ¡nobles troyanos!
Ni á la alianza y pacto entre nosotros
Llevado á cabo al estrechar las diestras;
Fué el infortunio á mi vejez debido.
Si muerte prematura le aguardaba,
Honroso fué morir llevando al Lacio
Las fuerzas teucras, y matando antes
Millares de soldados de los volscos.
Y yo no puedo funeral más digno
Rendirte, oh Palas, que el del pío Eneas,
Y los ilustres frigios, y los nobles
Campeones tirrenos, y las honras,
Que el ejército etrusco aquí te ofrece.
Grandes troféos en tu honor ostentan
De jefes, que á tu diestra sucumbieron;
Y tú también, oh Turno, aquí estarías
En tronco enorme con tus mismas armas,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Si igual fuese la edad é igual la fuerza.
»¿Mas para qué, infeliz, á los troyanos
Así detengo en la apremiante lucha?
Marchad, y á vuestro rey así decidle:
—Si esta vida conservo tan odiada,
Muerto Palante, es sólo confiado
En tu diestra potente y vengadora,
Que sabes bien que al hijo y á su padre
Debes la vida del soberbio Turno.
Esta ocasión propicia se presenta
Para aumentar tus méritos y gloria.
Gozos no busco de la vida odiada,
Ni buscarlos me es lícito; mas quiero
Tal noticia llevar al hijo mío
En los profundos manes».—
Yá la aurora
Su clara lumbre alegre difundía
A los mortales míseros, que vuelven
A renovar sus obras y trabajos,
Y el padre Eneas y Tarcón disponen
Alzar las piras en la corva playa.
Sus muertos cada cual allí conduce,
Según costumbre antigua de sus padres,
Y ardiente fuego por debajo aplican,
Que de tinieblas cubre el alto cielo;
Tres veces en redor de las hogueras
Corren ceñidos de fulgentes armas,
Y tres veces recorren á caballo
Aquellos tristes funerarios fuegos,
Lanzando dolorosos alaridos;

Biblioteca Nacional de España

Y riegan con las lágrimas la tierra,
Riegan las armas, y á los cielos suben
De los varones los dolientes ayes,
Unidos al clangor de las bocinas.

Echan unos despojos en las llamas
A los latinos cuerpos arrancados,
Ricas espadas y lucientes yelmos,
Frenos brillantes y veloces ruedas:
Arrojan otros conocidos dones,
Escudos, y las armas no felices.
Gran número de bueyes sacrifican
Cerca de allí á la implacable Muerte,
Y degüellan al par en las hogueras
Cerdosos puercos y ganados varios,
Yá recogidos de los campos todos.
Y miran, á lo largo de la playa,
De los suyos arder los tristes cuerpos,
Y yá medio abrasados los custodían;
Ni de su lado pueden arrancarse,
Hasta que puebla húmeda la noche
El ancho cielo de esplendentes astros.
Y los latinos á la vez levantan
En varias partes numerosas piras,
E innúmeros cadáveres entierran,
O á los próximos campos los conducen;
Muchos también á la ciudad envían,
Y queman los restantes hacinados,
Sin cuenta y sin honores, en ingente
Y confuso montón; grandes hogueras

Biblioteca Nacional de España

Lucen por todas partes á porfía,
En los extensos campos.—Yá del cielo
La luz del tercer día disipara
Las húmedas tinieblas; y ellos tristes,
Revuelven los montones de cenizas,
De la hoguera los huesos separando,
Y los cubren, á modo de sepulcro,
Con la caliente tierra amontonada.
Suena del opulento rey Latino
En la ciudad estruendo clamoroso,
Y mayores lamentos y más llantos.
Aquí las madres è infelices nueras,
Gimen allí los huérfanos infantes,
De las hermanas los amantes pechos,
Y la guerra cruel todos maldicen,
Y el himenéo del soberbio Turno.
Y que él sólo resuelva con la espada
Quién de la Italia el reino, quién merece
Los supremos honores.—Insta en esto
El duro Drances, que jurando afirma,
Que sólo á Turno obligan los combates.
Muchos en contra con razones varias
De Turno en pro su parecer exponen,
Y le protege el nombre de la reina,
Y la fama defiéndele, adquirida
Por sus hazañas y troféos insignes.

Entre tales tumultos y alborotos,
Llegan de la ciudad del gran Diomedes
Con la fatal respuesta los legados:

Biblioteca Nacional de España

—Que de nada valieron sus afanes,
Y de nada los gastos invertidos,
Ni los dones, ni el oro, ni los ruegos:
Que busquen los latinos otras armas,
O que impetren la paz del rey troyano.—
El mismo rey Latino en largo lloro
De pena desfallece, conociendo
Por el furor de los supremos dioses,
Y los sepulcros á su vista alzados,
Que los sagrados númenes protegen
Con certeza fatal al teucro Eneas.
Reune el gran Concilio, y á los próceres
Por su mandato augusto convocados,
En su palacio excelso. Acuden todos
Por las calles doquier de gente llenas.
Siéntase en medio el Rey, el más anciano
Y el primero entre todos por el cetro;
Su frente cubre la tristeza: manda
Hablar á los legados, que volvieran
De la ciudad de Etola; y cada uno
Expone la respuesta por su orden.
Guardan silencio todos, y obediente
Vénulo de este modo á hablar comienza.

—«Vimos, ¡oh ciudadanos! los reales
De los griegos, y vimos á Diomedes;
—Que recorrido yá el camino todo
Logramos superar tantos peligros,—
Y estrechamos al fin la mano aquélla,
Que devastara de Ilión los muros.

Biblioteca Nacional de España

Èl vencedor, en los Garganios campos,
La Argiripa ciudad edificaba,
Dándole el nombre de su patria gente.
»Luego que entramos, y licencia hubimos
De hablar ante él, los dones ofrecemos,
Y dimos nuestro nombre y nuestra patria,
Quiénes trajeron tan terrible guerra,
Y cuál la causa fuera de ir á Arpos.
Y él con semblante plácido responde.
—«Oh Saturnia nación, gente dichosa,
Linaje antiguo ausonio: ¿Qué desgracia
Así os arranca de los quietos lares,
Y arrostrar guerra ignota os aconseja?
Cuantos los campos de Ilión á hierro
Logramos devastar, por todo el orbe
Castigos indecibles soportamos,
Pagando así la pena de los crímenes,
Dignos de compasión del mismo Príamo.
»Y las fatigas callo y los horrores
Bajo los altos muros peleando,
Y los varones que oprimiera el Símois.
Sábelo el triste Arcturo y las inmanes
Rocas y escollos de la isla Eubéa,
Y el monte vengador de Cafaréo.
Lanzados fuimos á diversas costas
Después de aquella guerra: Meneláo,
Hijo de Atréo, desterrado fuera
A las columnas Próteas de Egipto,
Y á los ciclopes étneos Ulises.
¿Qué del reino diré de Neoptolemo,

Biblioteca Nacional de España

Y los propios penates derruidos
De Idomenéo triste? ¿Y de los locrios
De la líbica costa habitadores?
El mismo Agamenón, rey de Micenás
Y de los grandes griegos el caudillo,
Al regresar á sus paternos lares,
Murió á las manos de su infiel esposa:
El Asia subyugó, mas no al adúltero.
»Y á mí mismo los dioses me negaron
Ver á mi ansiada esposa, yá en mi pátria,
Y visitar la hermosa Calidonia;
Y hora también doquiera m[illegible] persiguen
Visiones y portentos horrorosos:
Mis amigos, en aves transformados,
Subieron por el éter con sus alas,
Y vagan de los ríos por la orilla,
(¡Oh suplicio cruel el de los míos!)
Y llenan de lamentos los escollos.
Yo tantos males contra mí esperaba
Desde el tiempo fatal, en que demente
Acometí á los cuerpos celestiales,
Con mis armas hiriendo á la alma Venus
En la derecha mano.—
No á tal lucha
Me impelan vuestros ruegos. Ni hay motivo,
Para hacer yo la guerra á los troyanos,
Después de extinta Troya. Ni recuerdo,
Ni yá me alegran sus antiguos males.
Esos, que me traéis de vuestra patria,
Preciados dones, vuelvan para Eneas.

Biblioteca Nacional de España

»Con él vine á las manos, con él mismo
Medí mis armas en terrible lucha:
Fiad en mi experiencia, creed que es grande
Acometiendo al enemigo escudo,
Y blandiendo la lanza en torbellino:
Si dos varones más hubiera dado
A Eneas iguales la nación troyana,
Habrían llegado á las ciudades griegas
Los teucros, y, cambiados los destinos,
La Grecia lloraría. Si diez años
Ante los muros de la dura Troya
Se dilató el triunfo de los griegos,
Sólo á Eneas debióse, á Hector sólo:
Ambos valientes y en la guerra insignes,
Mas superior en la piedad Eneas.
Las diestras estrechad en digno pacto,
Guardaos de combatir armas con armas.»—
»¡Oh el mejor de los reyes! yá has oído
La respuesta y juicio de Diomedes
Sobre guerra tan grande.»—Dijo apenas,
Y corre en confusión de boca en boca
Murmullo vario en los turbados ítalos.
Tal cuando impiden las opuestas moles
De los rápidos ríos la corriente;
Suena intenso fragor, cortado el paso,
Y braman, al rugido de las ondas,
Las vecinas riberas.—
Cuando callan,
Tranquilos y serenos yá los ánimos,
Invocando á los dioses desde el solio,

Biblioteca Nacional de España

Así comienza á hablar el rey Latino.
—«Quisiera yo que de tan grave empresa,
Antes de ahora, que mejor sería,
Se hubiesen los latinos ocupado,
Y no el Consejo congregar augusto,
Cuando los muros cerca el enemigo.
Con raza de los dioses sostenemos
Y varones invictos guerra inútil,
A quienes yá el combate no fatiga,
Ni vencidos desisten de las armas.
Y si esperanza alguna concebisteis
En el poder Etolio convocado,
Al punto deponedla: cada uno
Ponga tan sólo en sí toda esperanza,
Aunque veis cuán efímera y estrecha;
Con qué ruina destrozadas yacen
Nuestras empresas, lo tenéis presente
Ante los ojos, y en las propias manos:
De daño tan funesto á nadie culpo;
Cuanto se pudo de valor y esfuerzo,
Tanto esfuerzo y valor hemos tenido;
Ha luchado el poder del reino todo.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

»Yo de mi mente os expondré las dudas,
Breve seré, vuestra atención prestadme.
Tengo de antiguo un campo asaz extenso,
Cerca del río etrnsco hacia occidente,
Que á los sicanos límites avanza;
Lábranlo los auruncos y los rútulos,
Y con la reja los collados rompen,

Biblioteca Nacional de España

Y al pasto dan los ásperos terrenos.
Toda aquella región y la piníferа
Del elevado monte dilatada,
A la amistad cedamos de los frigios.
Con leyes justas alianza hagamos,
Y sean en el reino nuestros socios;
Tengan su asiento aquí, pues lo desean,
Y que en paz edifiquen sus murallas.
»Mas si intentan marchar á otros confines,
Y á otras gentes, dejando nuestro suelo,
Veinte naves para ellos construyamos
De ítalo roble, ó más, si no bastasen;
Las maderas tenemos junto al río,
Que ellos nos den el número y la forma,
Y nosotros, maderas, hierro y manos.
Y lleven estos dichos cien varones,
De la gente latina los primeros,
Que esta alianza afirmen, y que ostenten
Los ramos de la paz, también llevando
Presentes de marfil, talentos de oro,
Y la silla, y la toga de mi reino.
Deliberad vosotros, en auxilio
Celosos acudid de nuestros males.»—

Entonces Drances mismo, á quien la gloria
De Turno hiere por oculta envidia,
Con acerbos estímulos punzando,
En bienes largo, pero más en lengua,
De diestra débil en la guerra dura,
Mas por sabio tenido en los Consejos,

Biblioteca Nacional de España

Potente en sediciones; (por su madre
De clara estirpe y de nobleza ilustre,
Mas por su padre de linaje ignoto)
Levántase, y aumenta con sus dichos
Contra Turno las iras y rencores.
—«¡Oh bondadoso rey! tú nos consultas
Sobre un asunto para nadie obscuro,
Que ni tratarse con palabras debe.
Todos confiesan conocer á fondo,
Adónde lleva al pueblo la fortuna
Infausta, mas recelan declararlo.
Dé libertad de hablar aquel soberbio,
Y deje su hinchazón, por cuyo auspicio
Funesto, y sus costumbres corrompidas,
(Lo diré aunque amenace con las armas,
Y con la misma muerte) tanto insigne
Caudillo vemos sucumbir, y toda
Nuestra nación caer en duelo y luto;
Mientras él en la fuga confiado,
Combate los troyanos campamentos,
Y al cielo con las armas amenaza.
»A esos presentes, que enviar ordenas
Al dárdano Caudillo, añade uno
¡Oh el mejor de los reyes! necesario:
Ni te venza de nadie la arrogancia.
Da como padre al yerno esclarecido
En dignos himenéos á tu hija,
Y esta paz asegura en pacto eterno.
Y si tanto terror y miedo oprime
Pechos y mentes, suplicad á Turno;

Biblioteca Nacional de España

Su venia le pidamos, y que ceda
Al rey y á nuestra patria sus derechos.
» ¿Por qué á tales peligros tantas veces
Arrojas á los tristes ciudadanos?
Tú eres la causa, Turno, y el origen
Para el Lacio de tantos infortunios.
No hay en la guerra salvación ninguna,
La paz por tanto te pedimos todos,
Y de inviolable paz la prenda sola.
Yo el primero, á quien tienes por contrario,
(Ni en negar me detengo que lo sea)
Llego á tí suplicante: de tu pueblo
Ten compasión; depón tu fiero encono,
Y vete de los tuyos derrotado.
Bastante vimos yá de estrago y muerte,
Y extensos campos desolados vemos;
Mas si te mueve la ambición de gloria,
Si fuerzas tantas en tu pecho abrigas,
Si la dote real anhelas tanto,
Atrévete, y valiente pon tu pecho
Contra el pecho enemigo. ¿Acaso es justo,
Que porque Turno goce esposa regia,
Nosotros, gente vil, por esos campos
Yazgamos no llorados é insepultos?
Tú mismo, si valor alguno tienes,
O el patrio ardor y arrojo belicoso,
Mira de frente á aquel, que te provoca.»—

Enciéndese de Turno la soberbia
Con dichos tales, del profundo pecho

Biblioteca Nacional de España

Lanza un gemido, y á la vez prorrumpe.
—«Siempre tuviste, Drances, gran facundia,
Cuando pide la guerra sólo manos,
Y el primero al Senado te presentas;
Pero no hay que llenarlo con palabras,
Que impunes vuelan siempre cual las tuyas,
Mientras contiene el muro al enemigo,
Y no inunda la sangre nuestros fosos;
Truena con tu elocuencia por lo tanto,
Cual tú acostumbras, y cobarde dime;
Pues que tantos montones de cadáveres
Hizo de teucros tu potente diestra,
Y de troféos mil pobló los campos.
Qué pueda tu valor y qué tu arrojo,
Es ocasión de que lo pruebes hora:
No hay que buscar al enemigo lejos,
Pues cerca en derredor nuestras murallas.
Vamos pues contra él. ¿Qué te detiene?
¿Acaso tendrás tú siempre á Mavorte
En tu ventosa lengua y pies fugaces?
»¿Vencido yo? ¿Y quién, infame, puede
Así afirmarlo, con razón alguna,
Al ver hinchado el Tiber y crecido
Con la troyana sangre, y ver de Evandro
Yá el linaje extinguido con su estirpe,
Y despojados de armas á los árcades?
No me encontraron tal Pándaro y Bicias
Y los mil que, en sus muros encerrado,
Cercado de enemigas fortalezas,
Yo triunfador al tártaro enviara.

Biblioteca Nacional de España

»¿No hay en la guerra salvación ninguna?
Tal desatino, ¡oh loco! al teucro jefe
Anuncia tú, y anúncialo á tí mismo.
Así no dejes de turbarlo todo
Por el miedo, las fuerzas exaltando
De esa gente dos veces yá vencida,
Y las latinas armas deprimiendo.
¿Por ventura los jefes mirmidones
Temblando están ante las armas teucras,
Y el gran Diomedes, y hasta el mismo Aquiles?
¿Y por miedo sus ondas el Aufido
Vuelve atrás en su curso al Adriático?
¡Y cómo ese inventor de malas artes
Finge temer mis armas y contiendas,
Para agravar mi culpa con su miedo!
Y no temas perder tu alma innoble
A mi diestra jamás; viva contigo,
Y en tu pecho por siempre la conserva.

»Y ahora, gran Rey, á tí y á tu consulta
Mis razones dirijo. Si no tienes
Esperanza ninguna en nuestras armas,
Si estamos yá de auxilio tan privados,
Y si hemos por completo perecido,
Porque una vez huyeran nuestras huestes,
Ni tornará la próspera fortuna.....
La paz pidamos, y las diestras demos
Al troyano enemigo, desarmadas.
Mas ¡ah! si entre nosotros existiera
Algo de aquel valor, que siempre hubimos,

Biblioteca Nacional de España

Aquél para mí fuera sobre todos
En obras y en poder afortunado,
Y en ánimo y valor el más egregio,
Que por no presenciar tan gran deshonra,
Moribundo al caer mordió la tierra.
»Mas si existen recursos todavía,
Y poderosa juventud intacta,
Y de los pueblos é ítalas ciudades
El poderoso auxilio; si á los teucros
Cuesta sangre á torrentes la victoria,
Si han tenido también muertes innúmeras,
Si hemos todos corrido igual borrasca,
¿Por qué desfallecemos sin decoro
En los primeros pasos? ¿Por qué el miedo
Al oír el clarín temblar nos hace?
El tiempo y vario curso de los años,
Siempre mudables, los sucesos tristes
Mejora á veces; de juguete á muchos
La fortuna inconstante á veces toma,
Y en firme estado los coloca luego.
¿No prestarán auxilio Etolo y Arpos?
Mesapo lo dará, y el gran Tolumnio,
Y los jefes que mandan tantos pueblos,
Y alcanzarán también excelsa gloria
Los del Lacio, y los campos laurentinos;
Y Camila, caudillo de los volscos,
Que su escuadrón de caballeros rige,
Y fuerza armada de brillante bronce.
«Mas si los teucros piden que yo mismo
Vaya solo á la lucha, y tal os place,

Biblioteca Nacional de España

Y tanto perjudico al bien de todos....
No huye de estas manos la Victoria
Tan esquiva, ni tal las aborrece,
Que yo afrontar rehuse los peligros
Con tan grande esperanza. Iré á la lucha
Con ánimo y valor contra el Troyano,
Aunque aventaje aquél al grande Aquiles,
Y aunque ciña y ostente armas iguales,
Por manos de Vulcano fabricadas.
Yo Turno, que en valor á nadie cedo
De los antiguos ínclitos varones,
Esta vida á vosotros la consagro,
Y á mi suegro á la vez, el rey Latino.
¿A mí solo me llama el teucro Eneas?
Pues á mí solo ruego que me llame:
Si esto es castigo de los altos dioses.
No Drances, sino yo pierda la vida,
O alcance gloria, si al valor se debe.»—

Tal entre sí los próceres discuten
En las empresas árduas y dudosas.
Levanta Eneas en tanto sus reales,
Y su ejército al par en marcha pone.
Llega corriendo entonces al palacio
Un mensajero, con feroz tumulto,
Y la ciudad, clamando, de horror llena.
—Que bajaban del Tiber los ejércitos
Teucro y etrusco en orden de batalla,
Ocupando á la vez los campos todos.—
Los ánimos se turban de repente,

Biblioteca Nacional de España

Conmuévense los pechos, y la ira
Con estímulos fuertes se acrecienta;
Todos en confusión las armas toman,
Brama la juventud armas pidiendo,
Lloran los padres tristes murmurando;
De todas partes por los aires sube
Vario clamor intenso, discordante.
Cual al pararse en los espesos bosques
Las aves en bandadas, ó los cisnes
Cuando del Pó, de peces abundoso,
En las aguas sonoras roncos cantan.

La ocasión aprovecha entonces Turno,
Y,—«Ciudadanos, irritado grita:
El Consejo reunid, y allí sentados
Bendecid á la paz, mientras se arrojan
Armados los troyanos contra el reino.»—
Y no diciendo más, corre con furia,
Y sale presuroso del palacio.
—«Tú, Voluso, gritaba, de los Volscos
Manda armar á las huestes, y á los rútulos
Condúcelos también. Mesapo, y Coras,
Con tu hermano, formad los escuadrones,
Los campos ocupad con los ginetes:
Una parte defiendan denodados
De la ciudad las torres y las puertas;
Y la fuerza restante que me siga,
A acometer por donde yo mandare.»—
De toda la ciudad corre á los muros
La gente armada; el mismo rey Latino

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Deja el Senado y discusión pendiente,
Y turbado aplazándola, se acusa
De no haber recibido bondadoso
A Eneas como yerno y aliado.
Cavan unos delante de las puertas
Profundos fosos, mientras otros suben
Piedras y leños; y á la guerra llama
Con su ronco sonido la bocina;
Y ciñen las mujeres y los niños
En torno las murallas cual corona;
Insta el peligro por igual á todos.

Al templo va la reina, al alto templo
Alcázar de Tritonia, circundada
De innúmeras matronas con ofrendas;
La acompaña también su hija Lavinia,
Causa inocente de tamaños males,
Fijos en tierra sus modestos ojos.
Penetran en el templo las matronas,
Y lo llenan del humo del incienso:
Y con lamentos y con tristes voces
Desde el alto vestíbulo clamaban.
—«Oh gran Tritonia, armipotente virgen,
Que presides la guerra, con tu mano
Las armas rompe del pirata teucro,
Póstrale en tierra, y que sucumba y yazga
Bajo las altas puertas yá vencido.»—
Ármase el mismo Turno ardiendo en ira
Para el combate: la coraza rútula
De bronce con escamas viste al punto,

Biblioteca Nacional de España

Y las grebas de oro, y destocado,
Fulgente espada á su costado ciñe,
Y parte presuroso del alcázar,
Brillando como el oro su armadura,
Con ánimo gozoso, yá creyendo
Que hubiera de vencer al enemigo.
Como alazán brioso cuando rompe
Duro el ronzal, y del pesebre huye,
Y goza libre del abierto campo,
Y busca en él el pasto apetecido,
O á la manada corre de las yeguas,
O en río conocido alegre salta,
A bañarse en el agua acostumbrado,
Y el cuello irguiendo juguetón relincha,
Y en la enhiesta cerviz la crin retoza.

Sale Camila entonces á su encuentro,
Acompañada de las volscas armas,
Y rápida al llegar ante las puertas,
Salta de su corcel, y su cohorte
Imítala, dejando los caballos:
—«Turno, dice, si alguna confianza
Tiene el fuerte en su propia fortaleza,
Me atrevo yo en verdad, y lo prometo,
A acometer yo sola á los troyanos,
Y batir los tirrenos escuadrones.
Permíteme que arrostre la primera
Los bélicos peligros con mi gente;
Tú permanece aquí bajo los muros,
Defiende la ciudad.»—Fija sus ojos

Biblioteca Nacional de España

Entonces Turno en la gentil doncella,
Y,—«Oh virgen, clama, de la Italia gloria,
¿Cómo te rendiré debidas gracias
Y te habré de rendir en lo futuro?
Mas hora (aunque tu ánimo valiente
Es superior á los peligros todos)
Conmigo parte la labor guerrera.
»Eneas, según fama, y cual afirman
Los que enviamos á explorar, astuto
Mandó delante á devastar los campos
Un ligero escuadrón, mientras él mismo,
Del monte yá la cumbre superada,
Por lugares desiertos se encamina,
Y á la ciudad se acerca diligente.
En la cóncava curva de una selva
Guerreras asechanzas le preparo,
Cerrando con soldados las entradas.
Yá trabado el combate, tú acomete
Al tirreno escuadrón; tendrás contigo
Al gran Mesapo y las latinas fuerzas,
Y la fuerte falange tiburtina:
Sé tú su jefe.»—Dice, y á Mesapo
Exhorta con razones semejantes,
Y á los jefes, y corre al enemigo.

En un lugar quebrado y escabroso
Un bosque existe, en torno rodeado
De espesas ramas y de negra fronda,
Sitio para asechanzas oportuno
Y las celadas de la cruda guerra.

Biblioteca Nacional de España

Una pequeña senda allá conduce,
Y estrechos pasos y ásperas gargantas:
Hay sobre el valle y en las altas cimas,
Y cumbre enhiesta del gigante monte,
Una llanura ignota y cierto abrigo,
De donde á izquierda y á derecha puede
Emprenderse el combate, ó de la altura
Acometer rodando enormes piedras.
Por conocidas sendas se encamina,
Y este lugar ocupa el joven Turno,
Y en la ruda aspereza se establece.

Diana en tanto en la mansión etérea
Al punto llama á Opis la veloce,
Una de sus doncellas escogidas,
Y con tristes palabras tal le dice.
—«A la guerra cruel, oh virgen, marcha
Mi Camila, á quien amo más que á todas,
Y en vano ahora nuestras armas ciñe.
Y no es nuevo este amor ni esta dulzura,
Que mi alma siente. Cuando el rey Metabo
Arrojado saliera de Priverno,
Por su poder soberbio y por envidia,
Huyó llevando en medio de la lucha
Su hija del destierro compañera,
Y del nombre Casmila de su madre,
Poco mudado, la llamó Camila.
Èl llevando á su amada contra el pecho,
Atravesó los solitarios bosques;
Mas por doquiera contra él volando

Biblioteca Nacional de España

Fuerzas innumerables de los volscos,
Le perseguían con crueles armas;
Y en medio de la fuga el Amaseno
Espumoso, cubría desbordado
Las extensas riberas. ¡Tanta lluvia
Arrancó la tormenta de las nubes!
Él pensando nadar, lo dilataba
Por el amor ardiente de su hija,
Y agitaba mil planes en su mente,
Mucho temiendo por la dulce carga;
Y tal resolución súbito adopta.

»Llevaba un asta, cual guerrero, enorme,
En su robusta poderosa mano,
De roble con el fuego endurecido,
Y sólida y nudosa. Y á su hija
De un alcornoque en la corteza puso,
Y hábil atóla en la mitad del asta,
La cual blandiendo con potente diestra,
Así hablaba á los cielos.—«Oh Latonia,
Oh virgen protectora de los bosques:
Esta mi hija amada, yo su padre
Por sierva á tí gustoso la consagro,
Que por primera vez á tu arma asida
Del enemigo por los aires huye.
Recíbela por tuya, te lo ruego,
Que á las dudosas auras la confío.»—
Dice, y su brazo poderoso vibra,
El asta arroja, y con estruendo suenan
Las ondas, y lanzada la infelice

Biblioteca Nacional de España

Del río sobre el curso arrebatado,
A la estridente lanza unida vuela.
Mas apremiado por caterva innúmera
Arrójase Metabo á la corriente,
Y arranca, vencedor, del verde margen
El asta, y á su tierna y cara virgen,
A la potente Trivia consagrada.

»Y no hubo pueblo, ni ciudad alguna,
Que en casas, ni murallas le acogiese;
Ni él tan feroz hubiéralo admitido.
Pasó la vida en solitarios montes,
Entre bosques horrendos y entre breñas,
A su hija con leche alimentando
De una yegua, sus ubres exprimiendo
Entre los tiernos labios de la infanta.
Cuando ella pudo andar con planta firme,
Cargó su mano con el dardo agudo,
Arco y saetas le colgó del hombro,
Y en vez del áureo adorno del cabello,
Y de la larga veste, piel de tigre
Pende de su cabeza por la espalda.
Su tierna mano disparó yá entonces
Dardos pequeños, y agitó la honda
Vibrándola en redor de su cabeza,
Alguna grulla de Estrimón matando,
O algún cándido cisne. Muchas madres
Por las ciudades todas de la Etruria
Deseábanla en vano como nuera;
Mas ella satisfecha con Díana,

Biblioteca Nacional de España

A las armas rindió su amor eterno,
Y al alto honor de consagrada virgen.
Ojalá que empeñada no estuviese
En guerra tal contra los teucros míseros,
Hoy sería mi amada sobre todas,
Y una de mis queridas compañeras.
Marcha, oh ninfa, desciende yá del cielo,
Pues que la acosan los crueles hados,
Y llega á la región de los latinos,
Donde se traba la ominosa guerra.
Toma, y escoge de mi aljaba al punto
Saeta vengadora: si algún teucro
O ítalo herir osara el cuerpo sacro,
Pague su culpa con su propia sangre.
Y luego yo su miserando cuerpo
En hueca nube envolveré y sus armas,
Y llevaré á su patria y su sepulcro.»—
Dijo, y desciende rápida la ninfa
Entre las leves auras con estruendo,
De negra niebla en torno circundada.

Acércanse á los muros entre tanto
La fuerza teucra, y los etruscos jefes,
Y toda la veloz caballería,
Dispuesta y dividida en escuadrones.
Y relinchan trotando los corceles
Por los extensos campos, y reluchan
Acá y allá regidos por las riendas,
Y horroriza erizado el campo todo
De lanzas férreas, y esplendente brilla

Biblioteca Nacional de España

Con el fulgor de las lucientes armas.
Y aparecen también del lado opuesto
El gran Mesapo, y con su hermano Coras,
En formación contraria, y los latinos.
Y el escuadrón bizarro de Camila,
Los brazos con las lanzas extendiendo,
Y vibrando las flechas: hierve el campo
Con la llegada de ínclitos varones,
Y el relinchar furioso de corceles.
Colócanse á distancia los ejércitos
De un tiro de saeta; rompe al punto
Rudo clamor, y aguijan los caballos,
Y disparan al par de todas partes,
Como lluvia de nieve, miles flechas,
Que el cielo cubren con su densa sombra.
Tirreno al punto y el valiente Acónteo
Con las lanzas en ristre se acometen,
Y grande estrago los primeros causan,
Que pecho contra pecho sus bridones
Con horrísono estruendo se destrozan.
Cae, cual del rayo herido el fuerte Acónteo,
Cual arma arrojadiza disparada
Es lejos arrojado, y por los aires
Vuela su vida. Túrbanse las huestes
De los latinos, y huyen presurosos,
Defienden sus espaldas los escudos,
Y á las murallas sus corceles tornan;
Valerosos los teucros los persiguen,
Las huestes manda el capitán Asilas:
Yá á las puertas se acercan, y de nuevo

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Alzan grandes clamores los latinos,
Y vuelven con las bridas los corceles,
Y huyen á rienda suelta los troyanos.
Cual en flujo y reflujo el mar corriendo
Ora á la tierra avanza, y espumoso
Las rocas cubre con sus blancas ondas,
Y llega el agua á la remota arena;
O ya rápido luego retrocede,
Y huye con hervor, en sí sorbiendo
Las piedras por las olas removidas,
Y la orilla lamiendo, la abandona.

Dos veces los toscanos á los rútulos
A los muros valientes arrojaron,
Dos veces por las armas repelidos
Tornan atrás cubriendo sus espaldas.
A la tercera vez, cuando en combate
Trabáronse feroz las fuerzas todas,
Mézclanse peleando, y hombre á hombre
Luchan furiosos; hórridos gemidos
De los que mueren sin cesar resuenan,
Y en un lago de sangre cuerpos y armas,
Y caballos muriendo se revuelven:
Surge batalla horrenda. Allí Orsiloco
Temiendo acometer al mismo Rémulo,
Una lanza dispara á su caballo,
Clavándola debajo de la oreja.
Arde enhiesto el corcel en furia loca,
Al dolor de la herida, erguido el pecho,
Bate los altos brazos impaciente,

Biblioteca Nacional de España

Y á Rémulo infeliz al suelo lanza.
Mata Catilo á Yolas, mata á Herminio,
Grande en valor y de gigante cuerpo,
Y de potentes armas; su desnuda
Cabeza cubre cabellera roja,
Y desnudos también lleva los hombros,
Ni las crudas heridas le amedrentan;
¡Tan grande se presenta en el combate!
Una lanza vibrando se le clava
En los extensos hombros, y lo dobla
Atravesado, con dolor horrible.
Lagos de negra sangre por doquiera,
La vida entregan al funesto hierro,
Buscan honrosa muerte en las heridas.

Desnudo un pecho á modo de amazona,
De la matanza en medio salta alegre
La valiente Camila con su aljaba.
Y ya dispara las veloces flechas,
Ya su incansable diestra el hacha empuña;
Del hombro pende resonante el arco
De oro con las armas de Diana;
Y si huye alguna vez acometida,
El arco vuelve, y la saeta arroja.
Sus compañeras á la vez la siguen,
Larina y Tula y la sin par Tarpeya,
Que blande el hacha de potente acero;
Italas todas, que eligió Camila
Para su corte y singular decoro,
En guerra y en la paz ministras fieles.

Biblioteca Nacional de España

Como las tracias amazonas cuando
Discurren por el claro Termodonte,
Y allí pelean con pintadas armas,
Ya á Hipólites cercando, ya siguiendo
El carro de la atroz Pentesiléa,
Cuando en tumulto estrepitoso luchan
Las amazonas huestes denonadas,
De lunados escudos defendidas.
¿Cuál el primero, oh virgen, á tus fuertes
Armas sucumbirá, y cuál el último?
¿Y cuántos cuerpos postrarás en tierra?
Eúno, hijo de Clicio, fué el primero,
Que traspasó tu lanza poderosa;
Cayó, ríos de sangre vomitando,
Y mordiendo la tierra ensangrentada,
Revuélcase al morir sobre su herida.
Y mata luego á Págaso y á Liris,
A éste, que las riendas recogiendo
Sostenía al corcel, que lo lanzaba,
Y á aquel cuando ayudaba al que caía
Tendiendo fiel la desarmada diestra,
Y ambos al par á su poder sucumben.
A Amastro, hijo de Hipotas, con arrojo
Persigue, y mata á Cromis con su lanza,
Y á Harpálico, y á Téreo y Demofonte:
Cuantos dardos lanzara la doncella,
Otros tantos cayeron hombres frigios.

En un caballo yápigo á lo lejos
Ornito cazador allá aparece,

Biblioteca Nacional de España

De armas desconocidas revestido:
Sus hombros cubre con la piel de un toro,
Y una boca de lobo en su cabeza,
Con quijadas cubiertas de albos dientes;
Arma su mano la silvestre lanza,
Y colócase en medio de las turbas,
A todos su cabeza superando.
Acométele al punto la doncella,
Y lo traspasa sin trabajo alguno,
Pues huían las huestes desbandadas;
Y apoyada en su pecho así le dice.
— «¿Pensaste que cazabas en las selvas
A las fieras, Tirreno? Vino el día
De castigar vuestros soberbios dichos
Con armas mujeriles. Nombre ilustre
Llevarás á los manes de tus padres,
Por sucumbir á manos de Camila.»—
Mata en seguida á Butes y Orsiloco,
Dos troyanos de cuerpos gigantéos;
A Butes atraviesa frente á frente
Con la acerada punta, por do luce
El cuello entre la cota y la celada,
Pende el escudo del siniestro brazo.
Fingiendo huír, volviendo y revolviendo
En ancho circuito, burla á Orsíloco,
Y al verse perseguida, le persigue,
Hasta que al fin, en el caballo alzada,
Descarga fiera la segur potente
Sobre las armas y los huesos mismos
De aquel varón, que suplicante ruega;

Biblioteca Nacional de España

Y abierta su cabeza, por la herida
Riegan su rostro los calientes sesos.

Llega de pronto, y párase aterrado
Al verse en su presencia de Auno el hijo,
Del Apenino habitador guerrero,
Bravo entre los ligures mientras era
Engañar permitido por los hados.
Luego que vió que por ningún camino
Librarse de la lucha era posible,
Ni de la reina huir, que amenazaba,
A meditar comienza con astucia
Los dolos conocidos, y así dice.
—«¿Y qué tiene de egregio y arrojado,
Que á un soberbio bridón una doncella
Su vida entregue? De su rauda fuga
Prescinde, oh virgen, y conmigo solo,
A pié, y de cerca, y con iguales armas
Emprende yá la lucha: verás presto
Qué aprovecha á la gloria verdadera
La vana presunción»—Así decía;
Y ella ardiendo en dolor y en triste furia,
A su fiel compañera da el caballo,
Y á pié, sin miedo y con iguales armas,
Con su acero y escudo se presenta.
Creyó vencerla con su engaño el joven,
Y vuela apresurado sin demora,
Y huye, vueltas las riendas, fatigando
Con el férreo acicate al raudo bruto.
—«Vano Ligurio, exclama, de soberbio

Biblioteca Nacional de España

Ánimo y pecho altivo, que las patrias
Artes dolosas procuraste en vano,
No por el torpe engaño irás incólume
Al falaz y traidor Auno tu padre.»—
Dice la virgen, y encendida en ira
Rápida corre con veloces plantas,
Y adelanta al caballo en la carrera,
Y del freno cogiéndole de frente,
Venganza toma en la enemiga sangre.
Cual de enhiesto peñón se lanza raudo
El gavilán y alcanza á la paloma,
Que vuela entre las nubes, y en sus duras
Garras la aprehende, y la destroza fiero:
Corre la sangre, y desde el alto éter
Bajan las leves plumas arrancadas.

Esto observando con atentos ojos
El Padre de los hombres y los dioses,
En la cumbre sentado del Olimpo,
Al tirreno Tarcón al punto incita,
Y á la guerra cruel en ira enciende
Con feroces estímulos. Y parte
Tarcón veloce en su corcel brioso
A la matanza y huestes fugitivas,
Y con arengas duras los increpa,
A cada cual llamando por su nombre,
Y les hace volver á los combates.
—«¿Qué miedo, qué villana cobardía,
Oh tirrenos, impera en vuestras almas,
Dignos jamás, sino cobardes siempre?

Biblioteca Nacional de España

¿Ahuyenta una mujer así á los hombres,
Y estas huestes dispersa? ¿A qué el acero?
¿A qué esas armas en la diestra inútil?
No sois así para luchar con Venus
En nocturnas batallas, ni tampoco
Cuando de Baco la bocina corva
A las danzas invita y los banquetes,
En manjares y vinos suculentos.
Es este vuestro amor y vuestras ansias:
Que propicio el arúspice publique
Los sacrificios, y á las pingües hostias
Os llame alegre en los espesos bosques.»—

Tal dice, y aguijando á su caballo
Parte, á morir resuelto, al enemigo;
Y á Vénulo con ímpetu acomete,
Y con su diestra del corcel le arranca,
Y estrechándole al par contra su pecho
Con fuerza inmensa, llèvale consigo.
Álzanse al cielo gritos y clamores,
Y los latinos su mirada vuelven;
Vuela ardiendo Tarcón por la llanura,
Las fuertes armas y al varón llevando;
Arranca del extremo de su lanza
El hierro, y vale registrando entonces
De su cuerpo las partes descubiertas,
Para inferirle allí mortal herida.
Mas Vénulo luchando, de su cuello
La diestra aparta de Tarcón furioso,
La fuerza repeliendo con la fuerza.

Biblioteca Nacional de España

Cual águila rojiza, en vuelo raudo,
Que apresa una serpiente con las garras,
Y la enreda, y la clava con las uñas;
Esta herida se tuerce en grandes roscas,
Y eriza sus escamas, y silbando
Yérguese en lucha fiera; mas del ave
Hiérele más y más el corvo pico,
Y el aire azota con batientes alas:
Así Tarcón del tiburtino ejército
Su presa lleva por doquier triunfante.
Y el ejemplo siguiendo de su jefe
Los lidios, acometen valerosos.

Entonce Arrunte, á muerte condenado
Por los hados fatales, cual ninguno
En disparar mortíferas saetas,
Cerca á Camila, y por doquier la sigue,
La ocasión oportuna procurando.
Por donde quiera que furiosa acude
Por medio de las huestes la doncella,
Allí se encuentra Arrunte, y silencioso
La busca y la persigue. Por do vuelve
Ella del enemigo vencedora,
Hacia allá ocultamente las veloces
Riendas tuerce el mancebo. Ya una entrada,
Ya las otras observa y examina,
Recorriéndolo todo en circuito,
Y su certera lanza vibra infame.
Por acaso aparece el noble Clóreo,
Sacerdote otro tiempo de Cibeles,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Insigne, y esplendente desde lejos
Por sus troyanas armas brilladoras,
Que un brioso corcel monta espumoso,
Con piel cubierto de dorada escama
Entrelazada cual tejida pluma,
En él brillando púrpura y acero,
Y disparaba con el arco licio
Flechas gortinias. De su hombro pende
Sonando el arco de oro, y como vate
Luce dorado yelmo; levantada
En nudo de oro lleva la purpúrea
Clámide en sueltas ondas recogida,
Bárbaras calzas y bordada túnica.

A éste la doncella, ya pensando
Clavar las armas teucras en un templo,
O disfrutar, cuando saliese á caza,
Del oro aquel, como botín precioso....
A este solo varón ciega persigue
De entre todas las turbas de la guerra,
Y en amor femenil furiosa ardía
De la presa y despojos, por las huestes.
Cuando escondido Arrunte entre celada,
Ve propicia ocasión, dispara el dardo,
Y así rogaba á los excelsos númenes.
—«Oh el mayor de los dioses, divo Apolo,
Custodio augusto del Soracte excelso,
A quien rendimos los primeros culto,
Por quien en piras arde el sacro pino,
Y en tu piedad inmensa confiados,

Biblioteca Nacional de España

Pisamos sin temor brasas ardientes:
Da, omnipotente Padre, que estas armas
Borren nuestra deshonra. Las reliquias
De una virgen vencida, ni el troféo
Te pido ahora, ni botín alguno;
Otros mis hechos mi alabanza sean.
Que esa peste cruel caiga extinguida,
Por este dardo mío, te lo ruego:
Y volveré sin gloria al suelo patrio»—
Oyóle Febo, y resolvió en su mente
Una parte otorgarle de su voto,
Y dispersar la otra por las auras.
Que diese muerte súbita á Camila
Le concedió; mas no que regresase
A ver su cara patria victorioso.
Fué su voz por los vientos arrastrada.

Luego que el asta disparada hiende
Los aires resonando, vuelven todos
Ojos y corazones á su Reina.
No el sonido percibe de las auras,
Ni de la flecha, que del cielo viene,
La infelice Camila, hasta que el dardo
Bajo el desnudo pecho le penetra,
Y bebe toda su virgínea sangre.
Corren sus compañeras temblorosas,
Y al caer su señora la reciben.
Huye ante todos aterrado Arrunte,
Del temor excitado y la alegría,
Y á esperar más la flecha no se atreve,

Biblioteca Nacional de España

Ni oponerse á las armas de la virgen.
Cual huye el lobo y en ocultos montes
Escóndese veloz antes que vengan
Las armas enemigas, cuando mata
Algún pastor ó indómito novillo,
Su maldad ó su crimen conociendo:
Blande la cola, que temblando ciñe
Medroso al vientre, y por las selvas huye.
Así turbado Arrunte desparece,
Con la fuga tan sólo satisfecho,
En medio de las armas confundido.
Ella arrancar pretende moribunda
El hierro con la mano; mas clavóse
Con herida mortal en las costillas.
Cae desplomada exánime; se cierran
Sus ojos con el frío de la muerte,
Y abandona la púrpura su rostro;
Y al expirar, á su Acas se dirige,
Su amiga fiel y noble compañera,
Partícipe con ella en los azares,
Y así le dice.—«Hasta ahora, oh Acas,
He podido vivir, hermana mía,
Mas yá la acerba herida me consume,
Y en torno me circundan negras sombras;
Vuela pues, y mi último consejo
Lleva á Turno.—Sucédame en la lucha;
De la ciudad repela á los troyanos.—
Y «adiós» por siempre.»—Y á la vez las riendas
Caen de sus manos, y á su propio peso
Resbala hácia la tierra, y aterida

Biblioteca Nacional de España

Poco á poco del cuerpo se desata;
Lánguida entrega la cabeza y cuello
A la muerte; las armas abandona,
Y gimiendo indignada, huyó su vida
Al reino de las hórridas tinieblas.
Se alza inmenso clamor, que el aire hiende,
Y las estrellas esplendentes toca.

Muerta Camila la batalla arrecia:
Las huestes frigias, los tirrenos jefes,
Con fuerzas acometen numerosas,
Y las escuadras árcades de Evandro.
Yá tiempo había que sentada excelsa
Sobre la cima de encumbrados montes,
Opis veloz, ministra de Diana,
La lucha presenciaba imperturbable;
Mas cuando en medio del clamor furioso
De aquella juventud, mira á Camila,
Víctima triste de nefanda muerte,
Hondo gemido de su pecho lanza,
Y así prorrumpe.—«¡Infortunada virgen!
¡Cuán horrible y cruel es tu suplicio,
Por esforzarte con tenaz empeño
En dañar en la guerra á los troyanos!
Nada te aprovechó, por entre breñas
Solitaria rendir á Diana culto,
Ni su aljaba llevar sobre tus hombros;
Mas no te dejará sin los honores
Tu reina amante en muerte tan acerba,
Ni pasarás sin nombre entre los pueblos,

Biblioteca Nacional de España

Ni fama has de sufrir de no vengada;
Mas aquel que violó con torpe herida
Tu cuerpo, sufrirá condigna muerte»—

Hubo ingente sepulcro al pie de un monte,
De tierra amontonada, de Dercennio
Rey de Laurento antiguo, por opacas
Encinas en contorno rodeado.
Aquí paró primero en su carrera
La hermosísima diosa, y mira á Arrunte
Desde lo alto del sagrado túmulo.
Cuando le vió brillante por las armas,
E hinchado vanamente—«¿A qué, le dice,
Así huyendo te ocultas? Ven, malvado,
Ven á morir aquí, á que recibas
De la noble Camila el digno premio.
¡Y has de morir con armas de Diana!»—
Dice, y cual de la Tracia la amazona
Sacó una rapidísima saeta
De su dorada aljaba, y en el arco
La adapta luego, y lo atiranta fuerte,
Hasta juntar, curvado, sus extremos.
Ambas manos distantes, con la izquierda
Toca el casquillo del acero agudo,
Y el pecho la derecha con el nervio.
Oye á la vez el estridor Arrunte
De la saeta, y las silbantes auras,
En su pecho mortífera al clavarse;
Y de él sus compañeros olvidados,
Expirante y gimiendo en la agonía

Biblioteca Nacional de España

En el ignoto campo le abandonan;
Y vuela Opis al etéreo Olimpo.

Y de Camila el escuadrón confuso
Huye el primero sin su heroica Jefe,
Huyen también los rútulos turbados,
Huye el valiente Atinas; los caudillos
Deshechos, y las tropas destrozadas,
Buscan seguro amparo, y retroceden
En los bridones á los altos muros.
Ni puede nadie á los tenaces frigios
Resistir, ni oponerse con las armas,
Que siembran por doquier estrago y muerte;
Mas decaídos llevan en los hombros
Los arcos sueltos, y en veloz carrera
El campo baten resonantes cascos;
Densa niebla de polvo en torbellino
Envuelve la ciudad, y las matronas
Los pechos hieren en las altas torres,
Y alzan clamor horrendo á las estrellas.
Los que corriendo entraron los primeros
Por la ciudad abierta, sin poderse
De la muerte librar, al rudo choque
De aquel confuso ejército sucumben;
Mas en la misma entrada, y hasta dentro
De las murallas, y en sus casas mismas
Las vidas dan del hierro atravesados:
Cierran unos las puertas, ni se atreven
A abrirlas á los suyos suplicantes,
Ni dentro de los fuertes recibirlos.

Biblioteca Nacional de España

Y surge allí tristísima matanza
De los que á hierro defendían las puertas,
O á las armas arrójanse con furia.
Muchos ante los ojos de sus padres,
Que llanto derramaban, despeñados
Ruedan muriendo en los profundos fosos;
Algunos aturdidos y hasta ciegos
Corriendo á rienda suelta en sus bridones,
Contra las puertas chocan, cual ariete,
Por las barras de hierro reforzadas.
Y las matronas mismas, cuando vieron
Muerta á Camila en el feroz combate,
(Tal es el patrio amor) desde los muros
Armas arrojan sin cesar sus manos,
En vez de hierro, de robustos robles,
Y ramas con las puntas afiladas
Y quemadas al par: resueltas todas
A morir por su patria las primeras.

Acas veloz, con la cruel noticia,
Llena en las selvas de terror á Turno;
Aquel desastre horrendo le refiere:
—Que las legiones de los volscos fueron
Exterminadas; que murió Camila;
Que todo lo arrasara el enemigo,
Con el favor del poderoso Marte,
Llevando yá el temor á las murallas.—
Turno furioso (porque tal lo ordena
La voluntad cruel del alto Jove)
Los collados y selvas abandona.

Biblioteca Nacional de España

Apenas á la vista en campo abierto
Saliera Turno, cuando el teucro Jefe
Pasando la espesura, salva el monte,
Y vese libre de la opaca selva.
Ambos así, veloces se dirigen
A las murallas con su armado ejército,
Sin que larga distancia los separe.
Nubes de polvo, que los campos cubren,
Vé á lo lejos Eneas, y divisa
Las laurentinas huestes; y vé Turno,
Y en las armas conoce, al fuerte Eneas;
Y de los pies cercanos el ruido,
Y el relinchar de los corceles oye.
Y al punto hubieran en batalla entrado,
Si sus caballos en el mar ibero
Bañado yá no hubiese el rubio Apolo,
Ni yá viniera, declinando el día,
La nebulosa noche. Ante los muros
De la ciudad asientan los reales,
Y con vallas los cercan y defienden.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

LIBRO DUODECIMO

Luego que Turno ve que Marte adverso
Las legiones latinas quebrantara,
Y que le miran todos, y le exigen
De su promesa el cumplimiento noble,
Arde fiero y sus ánimos alienta.
Como león, que en campos de la Libia,
Con grave herida vulnerado el pecho,
Apresta al fin sus armas, y se goza
Sacudiendo en su cuello la melena;
Del cazador artero el dardo rompe,
Y ruge con la boca ensangrentada:
Tal la violencia atroz en Turno crece,
Y habla turbado al rey, y así le dice:
—«No hay en Turno tardanza, ni hay motivo
Para volverse atrás cobarde el Teucro,
Y rehusar hoy cumplir lo yá pactado.
Marcho al combate: sacrificio rinde,

Biblioteca Nacional de España

Oh padre, confirmando la alianza.
O al Orco lanzará mi diestra al Dárdano,
Del Asia desertor (y que contemplen
Esta hazaña sentados los latinos)
Y borraré yo solo con mi acero
La mancha aquella, que arrojara á todos;
O él, vencedor, de todos se apodere,
Y désele á Lavinia por esposa.»—
Con sosegado espíritu contesta
Entonce el rey Latino.—«Heróico joven:
Cuanto en valor y en fuerzas sobresales,
Tanto más justo es que yo consulte,
Y con temor las circunstancias pese.
Tienes el reino de tu padre Dauno,
Ciudades por tu diestra conquistadas,
Y ánimo y oro tiene el rey Latino:
Hay mil doncellas en el Lacio ilustres,
Y en los extensos campos de Laurento.
Permíteme que diga sin engaños
Mi sincero sentir, aunque moleste,
Y óyelo tú con ánimo tranquilo.
No me era dado con cualquier amante
De los antiguos enlazar mi hija,
Tal los hombres y dioses lo ordenaban.
Del amor que te tengo al fin vencido,
Y de la unión vencido de la sangre,
Y por los llantos de mi triste esposa,
Rompí los lazos todos; á mi yerno
Quité su prometida, y fuí á la guerra.
Desde entonces, oh Turno, qué desgracias,

Biblioteca Nacional de España

Viendo estás, y qué guerras me persiguen,
Cuántos azares sufres tú el primero.
Dos veces en batalla derrotados,
Ciudad do defender existe apenas
Las esperanzas ítalas: calientes
Están las aguas del undoso Tíber
Con sangre nuestra, y los inmensos campos
Blanquean por doquier con nuestros huesos.
¿Y porqué vacilando, yo varío
Tantas veces? y ¿qué cruel locura
Muda mi mente así? Si muerto Turno,
Estoy pronto á pactar con nuevos socios,
¿Cuánto mejor, estando Turno vivo,
Será extinguir la guerra? ¿Qué los rútulos,
Parientes tuyos, y la Italia toda
Dirían, si á morir yo te llevase,
(Que no lo quiera el hado) cuando pides
Las bodas con mi hija deseadas?
Mira los varios casos de la guerra,
Y ten piedad de aquel anciano padre,
A quien ahora lo separa triste
Árdea su patria lejos de nosotros.» —
No la altivez doblégase de Turno
Con tales dichos, mas se aumenta y crece,
Y se exaspera más con las razones;
Y cuando pudo hablar, así comienza.
—«El que tienes por mí cuidado inmenso
Te ruego, oh padre, que por mí depongas,
Y me permitas por mi gloria y nombre
La muerte preferir. También nosotros

Biblioteca Nacional de España

Lanzas y duros hierros disparamos
Con la robusta diestra, y brotan sangre
Las heridas que causan nuestras armas.
Lejos hora estará su madre diosa,
Que en nube mujeril le envuelva, cuando
Huya cobarde, y que á los dos oculte
Con sombras vanas.»—
Aterrada llora
La Reina ante la faz de lucha nueva,
Y con ansias de muerte así procura
Retener á su yerno enfurecido.
—«Por estas tristes lágrimas, oh Turno,
Si de Amata el honor algo te importa,
Tú, en mi vejez la única esperanza,
Tú, mi descanso; del Latino imperio
Tú la honra y sostén inquebrantable,
Que sólo en tí nuestro poder se funda,
¡Ah! yo te ruego, Turno, que desistas
De emprender el combate con los teucros.
Cuantos casos te esperan en la lucha,
Otros tantos á mí también me aguardan:
Yo dejaré á la par la vida odiosa,
Y no veré, cautiva, al yerno Eneas.»—
Oye la voz Lavinia de su madre,
Su rostro ardiente humedecido en llanto,
Que el rubor puso fuego en sus mejillas,
Y revelóse en su semblante todo.
Cual si alguno con púrpura tiñera
El índico marfil, cual se enrojecen
Blancos lirios mezclados con las rosas,

Biblioteca Nacional de España

Tal los colores de la honesta virgen.
Turba el amor á Turno; en la doncella
Sus ojos fija, y más y más se enciende
En ansia de la guerra, y tal responde.
—«No me atormentes, madre, con tu llanto,
Ni tan funesto augurio, te lo ruego,
Al partir á los míseros combates:
No es dado á Turno retardar la muerte.
Lleva, Idmón, como nuncio al Jefe dárdano
Esta noble misión para él ingrata:
—Cuando mañana la primera aurora
En su carroza de oro el cielo tiña
Con roja luz, no mueva á los troyanos
En contra de los rútulos; descansen
Las armas de los rútulos y teucros:
Nuestra sangre dirima la contienda;
En ese campo búsquese á Lavinia
Por esposa.»—Y diciendo, raudo vuelve
A su palacio, y los caballos pide,
Y goza viendo su feroz bravura;
Los caballos insignes, que á Pilumno
Donara Oritia, que en blancura vencen
A la nieve, y al viento en la carrera:
Al punto diligentes los aurigas
Los cercan, y acarician golpeando
Los blandos pechos con las manos huecas,
Y al par peinaban los crinados cuellos.

Turno después sobre sus hombros viste
De albo metal brillante su loriga

Biblioteca Nacional de España

Con escamas de oro reforzada,
Y el yelmo con los dos penachos rojos;
La espada que el dios mismo Ignipotente
Para su padre Dauno fabricara,
Y que templó candente en la onda estigia;
La poderosa lanza toma airado,
Arma de Aurunco Actor, rico despojo,
A un gigante pilar allí apoyada
En medio del palacio; y con clamores
Agítala vibrando, y así dice:
—«Ahora, oh lanza, que jamás faltaste,
Cuando yo te llamé, hora el momento
Y la ocasión precisa: Actor Aurunco
Contigo peleó, y hoy en su diestra
Te blande Turno. Otórgame potente
Rendir el cuerpo, y con robusta mano
Destrozando la cota, atravesarla,
De aquel semivarón del pueblo frigio,
Y afear en el polvo sus cabellos,
Con el hierro caliente ensortijados,
Y que destilan olorosa mirra.»—
Tal se agita furioso, y mil centellas
Lanza su rostro ardiente, y en sus ojos
La llama brilla de encendido fuego.

Cual el toro en terríficos mugidos
Rompe al entrar en las primeras luchas,
Y prueba su poder y el de sus astas,
En el tronco templándolas de un árbol,
Y el ataque ensayando valeroso,

Biblioteca Nacional de España

Acomete á los aires embistiendo,
Y con el duro pie la arena lanza.....
Tal entonces Eneas exaltado
Con las armas maternas, se enfurece
A la guerra cruel, y más se excita
En ira y en valor, y complacido
El pacto acepta que le ofrece Turno,
Para llevar á término la guerra.
Consuela al triste Ascanio y á los socios,
Mostrando de los hados los decretos;
Y embajadores manda al rey Latino,
A que las leyes de la paz dispongan.

La lumbre apenas del siguiente día
Dora los montes, cuando el sol renace,
Y se alzan sus caballos sobre el ponto,
Por la hinchada nariz la luz lanzando,
Y los varones rútulos y teucros,
Midiendo el campo al pie de las murallas,
El lugar preparaban del combate.
En medio altares con la grama erigen
A los comunes dioses, y encendían
Hogueras, mientras otros revestidos
De blanco lino, y con las altas sienes
De sagrada verbena coronadas,
Llegaban conduciendo el agua y fuego.
Sale llenando la anchurosa puerta
De pica armada la legión ausonia,
Y las tropas tirrenas y las frigias
Con armas varias en tropel acuden.

Biblioteca Nacional de España

Y tal armados cual si á dura guerra
El belicoso Marte los llamara.
Y recorren la fuerza entre millares,
Brillantes de oro y púrpura los jefes:
Los dos hijos de Asáraco, Mnestéo,
Y el fuerte Asila, y de Neptuno el hijo,
El gran Mesapo, domador insigne.
Y dada la señal ocupan todos
Los puestos designados, y las lanzas
Clavan en tierra, y sueltan los escudos:
Suben ansiosas las matronas mismas,
Y el vulgo inerme y los ancianos torpes;
Las torres y los techos de las casas
Ocupan, y otros las gigantes puertas.

Juno, de un alto monte, que hoy Albano
Por nombre lleva (pero no tenía
Nombre entonces, ni honor, ni gloria alguna)
El campo y las legiones contemplaba
De Laurentes y Teucros, y la noble
Ciudad del rey Latino. Y de repente
Habla á Yuturna, hermana del rey Turno,
Que los estanques y sonoros ríos
Preside, así por Jove consagrada,
Rey del Supremo Olimpo, en recompensa
De su honor virginal arrebatado.
—«¡Oh sacra ninfa, de los ríos gloria,
Y siempre para mí querida y grata:
Bien sabes que entre todas las latinas,
Que al lecho suben del ingrato Jove,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Tú para mí la preferida fuiste,
Y gustosa te dí parte en el Cielo:
Escucha tu dolor, y no me inculpes.
Doquier que fué propicia la fortuna,
Y los crueles hados permitieron
Los intereses proteger del Lacio,
Yo tu ciudad y á Turno he defendido;
Hora estoy viendo infortunado al joven
A la lucha acudir con hado adverso;
La hora fatal se acerca, le amenaza
Una fuerza enemiga incontrastable;
No puedo presenciar tan fiera lucha,
Ni tan funesto pacto. Si te atreves
Algo á hacer favorable por tu hermano,
Al punto vuela, que conviene hacerlo:
Quizás suceda el bien al infortunio.»—
Apenas dijo, y brotan tiernas lágrimas
Los ojos de Yuturna, y muchas veces
Hiere el hermoso pecho con su mano.
—«No es tiempo de llorar, dice Saturnia,
Acelera, y si tienes medio alguno,
A tu hermano liberta de la muerte,
O mueve tú la guerra, y rompe el pacto;
De tu arrojo y valor yo soy la autora.»—
Así exhortada déjala indecisa,
De triste herida traspasada el alma.

Van los reyes en tanto: al rey Latino
Conducen con magnífico aparato
Cuatro caballos en carroza ingente,

Biblioteca Nacional de España

Doce rayos de oro esplendorosos
Sus sienes ciñen, como claro signo
De ser del alto sol ilustre nieto.
Marcha en carroza Turno conducida
Por dos bridones cual la nieve blancos,
Y vibrando en su diestra doble lanza,
Con aceradas puntas de ancho filo.
Sale Eneas también del campamento,
De la estirpe romana excelso origen,
Con su yelmo estrellado, refulgente,
Ceñido de sus armas celestiales;
A su lado va Ascanio, la segunda
Firme esperanza de la augusta Roma;
Con blanca vestidura el Sacerdote
Lleva un lechón, y llevá una cordera
Intonsa á los altares encendidos;
Ellos, vueltos los ojos al Oriente,
Dan la salada harina con las manos,
Señalan con el hierro, de las víctimas
Las altas frentes, y después derraman
En los altares las sagradas copas.

Desnuda entonces el piadoso Eneas
Su espada, y así dice suplicante.
—«Sé tú testigo, oh Sol, de este mi ruego;
Y tú, tierra querida, por quien tantos
Pesares y fatigas he sufrido;
Y tú, Padre supremo Omnipotente;
Y tú, Saturnia Juno bondadosa,
Séme ahora propicia, lo suplico;

Biblioteca Nacional de España

Y tú también, oh ínclito Mavorte,
Que riges con poder todas las guerras;
Fuentes y Ríos, Númenes celestes;
Los que habitáis el cerúleo ponto,
Yo os invoco. Si acaso la fortuna
Diera al ausonio Turno la victoria,
Conviene que se acojan los vencidos
A la ciudad de Evandro. De estas tierras
Parta Julo también; que los troyanos
No vuelvan á empuñar arma ninguna,
Ni á afligir á este reino con la espada.
Mas si nos diese la victoria Marte,
(Según yo espero, y háganlo los Númenes)
No mandaré que los ausonios presten
Obediencia á los teucros, ni yo mismo
El reino he de pedir; leyes iguales
Á ambas naciones regirán invictas
Con pacto eterno; les daré los dioses
Y los templos también; mande las armas
El rey Latino, y poderoso impere.
Murallas me alzarán fieles los teucros,
Y dé Lavinia á la ciudad el nombre.»—

Dijo Eneas primero; el rey Latino
Alza al cielo la vista, y á los astros
La diestra tiende, y á decir comienza.
—«Por la Tierra, y el Cielo y por los Mares,
Por los augustos hijos de Latona,
Por el bifronte Jano, y los terribles
Númenes infernales, y escondidas

Biblioteca Nacional de España

Mansiones de Plutón: oígalo Jove,
Que la alianza con su rayo sella:
Las aras toco y el sagrado fuego,
Que en ellas arde, y á los dioses juro.
Nunca esta paz quebrantarán los ítalos,
Ni por ningún suceso la alianza.
Ni habrá poder alguno que me tuerza,
Aunque arroje la tierra al oceano,
Mezclados por diluvio, ni aunque lance
El alto cielo al tártaro profundo.
Como este cetro (pues llevaba acaso
El cetro en su derecha) de su tronco
Una vez arrancado en la alta selva,
Privado de su madre, y destruidos
Su cabellera y brazos por el hierro,
Jamás ha de rendir tallos ni sombras;
Arbol un tiempo, y hora del artífice
Le hizo la mano, con brillante bronce,
De los latinos reyes digno cetro.»—
Con tales dichos la alianza afirman
A presencia y en medio de los próceres,
Y degüellan las reses, según rito,
Sobre las mismas llamas, arrancando
Las vísceras, aun vivas, y las juntan,
Y cargan con las fuentes los altares.

Yá á los Rútulos antes parecía
Aquel combate desigual, y en varios
Sentimientos los pechos se agitaban;
Y entonces más, cuando los ven de cerca

Biblioteca Nacional de España

En poder desiguales, y confirma
Esta opinión el aguerrido Turno,
Al caminar con silencioso paso,
Mirando al suelo, y las divinas aras
Venerando piadoso y suplicante;
De palidez cubiertas sus mejillas,
Y macilento juvenil el rostro.
Al ver Yuturna, su amorosa hermana,
Crecer aquel murmullo por momentos,
Y en juicios varios dividirse el vulgo,
La forma finge de Camerto ilustre,
De estirpe egregia, de preclaro nombre
Por el valor insigne de su padre,
En las guerreras armas prepotente;
Y en medio del ejército se lanza,
De su misión y fin conocedora,
Y sembrando doquier rumores varios,
Así les habla.—«¿De rubor no os llena
Una vida exponer por tantas vidas?
¿No en número y poder somos iguales?
Ahí sus fuerzas todas: los troyanos,
Los árcades y huestes de la Etruria,
Enemigas de Turno; infausta gente;
Para dos de nosotros uno apenas
Hay, si con ellos en batalla entramos;
Él por la fama subirá á los dioses,
En cuyas aras hoy su vida ofrece;
Por siempre vivirá de boca en boca.
Nosotros, nuestra patria yá perdida,
Caeremos en odiosa servidumbre

Biblioteca Nacional de España

De soberbios señores, los que hoy libres
Reposamos tranquilos en los campos.»—
Con tales dichos en ardor se enciende
Más cada vez la juventud fogosa,
Discurriendo el rumor por el ejército,
Laurantes y latinos yá mudados;
Los que antes descanso de la lucha
Esperaban y paz, ahora las armas,
Ahora la anulación del pacto piden,
De la suerte de Turno condolidos.

Otro caso mayor Yuturna añade:
Una señal terrible da en el cielo,
La más horrenda que jamás turbara
Las mentes de los ítalos, burlando
La buena fe con el falaz augurio.
Volando el ave del potente Jove
Por el cielo encendido, perseguía
Las aves, que poblaban la ribera
En escuadrón alígero ruidoso;
Y lánzase á las aguas de repente,
Y con furia arrebata con las garras
Un cisne hermoso, y por las auras vuela.
Anímanse los ítalos; las aves
Rápidas vuelven con clamor intenso,
Y ¡espectáculo extraño! con las alas
Obscurecen los aires como nube,
Y al enemigo acosan por el éter;
Hasta que al fin vencido por la fuerza,
Y por el mismo peso fatigado,

Biblioteca Nacional de España

De sus garras la presa lanza al río,
Y entre las nubes piérdese en la fuga.
Los rútulos entonces el augurio
Con gran clamor veneran, y gozosos
Apréstanse á luchar. El agorero
Tolumnio antes que todos:—«Esto, dice,
Esto fué lo que yo pedí mil veces
Con tanto voto: acepto el don ahora,
Y el poder reconozco de los dioses.
Tomad al punto rápidos las armas
Bajo mi mando, rútulos, á quienes
Un infame extranjero tanto aterra
Como á imbéciles aves, devastando
Con hierro destructor vuestros confines·
Él se dará á la fuga, y á los mares
Entregará las velas por completo.
Reunid acordes vuestras huestes todas,
Y defended á vuestro rey robado.»—

Dice, y corriendo disparó su lanza
Al enemigo bando contrapuesto;
Resuena el asta de cornejo duro
Certera hendiendo el aire; se alza entonces
Rudo intenso clamor, turbados todos,
Y enciéndense los pechos en tumulto;
Vuela rápida el asta por acaso
Hacia do estaban bellos y arrogantes
Los nueve hermanos, hijos de Gilipo
Árcade, que criara con esmero
Una etrusca mujer, su fiel esposa;

Biblioteca Nacional de España

A uno de estos jóvenes, insigne
Por su hermosura y refulgentes armas,
Por la mitad del cuerpo le atraviesa,
Pasando las costillas por do prende
Del cinturón el apretado broche,
Y cae tendido en la rojiza arena.
En potente falange los hermanos
Encendidos en furia por su muerte,
Esgrimen unos la tajante espada,
Disparan otros aceradas flechas,
Y ciegos acometen; contra ellos
Arrójanse las fuerzas laurentinas;
Y en su contra se aumentan los troyanos,
Las agilinas huestes y los árcades
Con sus pintadas armas: quieren todos
El éxito fiar á los aceros.
Las aras rompen; por los aires vuela
Densa y obscura tempestad de dardos,
É inmensa lluvia de afilados hierros,
Los fuegos alzan y sagradas copas,
Y conduciendo huye el rey Latino
Los patrios dioses, sin piedad violados,
Rota la fe y rota la alianza.
Corceles unos á los carros uncen,
Otros montan al salto en los bridones,
Y con desnudo acero se presentan.

Al rey tirreno Auleste, que ceñía
La diadema real sobre su frente,
Mesapo, ansioso de romper el pacto,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Con su caballo poderoso embiste;
Él retrocede, y al caer el mísero
Sobre las aras, que detrás había,
Da contra ellas con cabeza y hombros.
Mas Mesapo hacia él ardiendo vuela,
Y de lo alto del caballo blande
Su enorme lanza, y atraviesa al triste
Entre súplicas mil, y así le habla:
— «Tienes tu merecido; mejor víctima
No puede haber para los grandes dioses» —
Y los ítalos llegan y despojan
Sus miembros aun calientes. —Corinéo
Un enorme tizón coge del ara,
Sale al encuentro á Ebuso, que venía
Yá para herirle, y con la llama ardiente
Le quema el rostro, y encendida luce
Dando molesto olor la luenga barba;
Sobre él se arroja, y prende con la izquierda
Del turbado enemigo los cabellos,
Y apoyando en su cuerpo la rodilla,
A la tierra le cose, y el costado
Con el agudo acero le traspasa.
Con la espada desnuda Podalirio
Persigue al pastor Also amenazante,
Que rompe de las armas por en medio
En las primeras filas. Also entonces
Vuélvese al enemigo con el hacha,
Y la frente y la barba le destroza,
Y de sangre un raudal las armas riega:
Duro descanso y sueño perdurable

Biblioteca Nacional de España

Oprime sus pupilas, y sus ojos
Cerrados quedan para eterna noche.

La cabeza desnuda, el pío Eneas
Tiende la fuerte diestra desarmada,
Y llama con clamores á los suyos.
—«¿A dó os precipitasteis? ¿qué discordia
Es esta que se alza de repente?
¡Oh! refrenad las iras; yá está el pacto
Hecho, y las leyes todas ajustadas;
Tengo derecho á pelear yo solo;
Dejadme, y desechad el torpe miedo;
Firme haré la alianza con mi mano,
Por este pacto se me debe á Turno.»—
Tal diciendo, y al par de tales voces,
Una flecha le hiere vibradora,
Sin saber de qué mano disparada,
O por qué torbellino allí impelida,
Qué dios ó cuál acaso tanta gloria
Diera entonce á los rútulos. Ignoto
El mèrito quedó de tal hazaña,
Y nadie se jactó de aquella herida.

Luego que Turno vió del campamento
Y de sus huestes retirarse á Eneas,
Y en confusión turbados los caudillos,
En esperanza súbita se enciende,
Las armas pide, y pide sus bridones,
Monta y brilla arrogante en su carroza,
Y las riendas dirige con sus manos.

Biblioteca Nacional de España

Acomete volando, y á la muerte
Cien fuertes cuerpos de varones rinde,
Y muchos medio muertos abandona:
Ya las tropas arrasa con su carro,
Ya dispara las flechas recogidas
Contra los teucros, que aterrados huyen.
Cual el sangriento Marte cuando en furia
Cabe las aguas del helado Hebro,
Suena su escudo, y á la guerra mueve
Los furiosos bridones, que volando
Por los campos abiertos adelantan
Al céfiro y al noto en la carrera,
Y de la Tracia hasta el cofín postrero
Al duro golpe de los cascos gime.
Y acompañan al dios, y en torno suyo
Agítanse con faz triste y obscura
El Temor, y las Iras y Asechanzas.
Tal arrogante Turno sus caballos
Bañados todos en sudor humoso
Acosa por en medio del combate,
Saltando por encima (¡escena triste!)
De los míseros muertos enemigos,
Y desparcen la sangre con los cascos
Mezclándola al trotar con las arenas.

Yá entregara á la muerte á Polo y Támiris
Cuerpo á cuerpo, y á Sténelo de lejos,
Y de lejos también á Glauco y Lades,
Hijos de Imbrasio, á quien Imbrasio mismo
Criara en Licia, y á la par les diera

Biblioteca Nacional de España

Armas iguales, para entrar en lucha,
O á los vientos vencer con sus corceles.
Entonces rompe del combate en medio
Eumedes, de Dolón hijo preclaro,
Recordando á su abuelo por el nombre,
Y en el valor y manos á su padre,
Que un tiempo osado pretendió por precio
Para explorar el campamento aquivo,
Del grande Aquiles el soberbio carro;
Mas otro dón le dispensó Diomedes
Por su heróico ardimiento, y yá de Aquiles
Desistió de aspirar á los bridones.
Apenas vióle desde lejos Turno
En campo abierto, con veloce flecha
Primero le persigue en largo espacio;
Sus caballos uncidos pára luego,
Salta de su carroza, y le acomete
Caído en tierra y espirante, y hunde
El pie en su cuello, y furibundo arranca
La espada de su diestra, que brillando
En sangre tiñe en su arrogante cuello,
Y así le insulta.—«Miserable frigio;
Hé aquí los campos que en la guerra pides;
Mide la Hesperia así, tendido en tierra;
Estos premios alcanzan los que osados
A probarme se atreven con el hierro;
Así alzan muros, y ciudades fundan»—
Y disparando un dardo mata á Butes,
Y á Clórea, Tersíloco y á Síbaris,
Y á Dareta y Timete, á quien lanzara

Biblioteca Nacional de España

Loco bridón por la cabeza al suelo.
Cual acontece cuando el tracio Bóreas
Brama en el mar Egéo, que á la playa
Lanza las olas, y las nubes huyen
Por do se arrojan los furiosos austros:
Ceden así las fuerzas enemigas
Al fiero Turno por doquier que avanza,
Y huyen precipitadas las legiones.
Arrástrale la furia impetuosa,
Y hace flotar el aíre su penacho,
Soplando en contra de su carro ardiente:
No soportó Fegéo la osadía
Y el rabioso furor de aquel soberbio,
Y arrójase á su carro, y los bridones
Raudos detiene con su fuerte diestra,
Sujetos por los frenos espumosos;
Mas del yugo pendiente y arrastrado
Le alcanza Turno con su lanza enorme,
Y le rompe, al clavar, la doble cota,
Rozando el cuerpo con ligera herida.
Él, opuesto su escudo, en contra marcha
Del enemigo, y con desnudo acero
Auxilio pide; mas veloz rodando
Póstrale atropellado la carroza,
Y por la unión del yelmo y la loriga
Córtale la cabeza con la espada,
Y abandona en la arena el yerto tronco.

Mientras Turno triunfante tales muertes
Daba en el campo, Ascanio con Mnestéo

Biblioteca Nacional de España

Y el fiel Acates, al herido Eneas,
Que en la lanza apoyado caminaba,
En los reales colocaron; lucha
Por arrancar Eneas irritado
El hierro, que clavó la lanza rota,
Y el más cercano auxilio ansioso pide:
—Que abran la herida y con destreza busquen
Dónde el oculto hierro esté clavado,
Y que al combate le devuelvan presto.—
Yá estaba allí presente el sabio Yapis,
Del divo Apolo predilecto alumno,
Hijo de Yaso, á quien Apolo mismo
En otro tiempo con amor ardiente,
Como dones, sus artes enseñara,
El augurio, la cítara y los dardos;
Mas él queriendo prolongar la vida
Del padre desahuciado, prefiriera
Las ciencias mudas profesar, sin gloria,
La virtud conocer de cada planta,
Y el arte de curar á los enfermos.
Estaba Eneas con dolor furioso
En su robusta lanza sostenido,
De multitud de jóvenes cercado,
Y de su triste Julo; mas inmóvil
A sus acerbas lágrimas. Entonces
El viejo Yapis, recogido el manto,
Cual de Peón usaban los alumnos,
Se afana en aplicar con hábil diestra
Muchas veces las hierbas poderosas
Inútilmente, del divino Febo,

Biblioteca Nacional de España

Y mueve con la mano el hierro duro,
Y le prende á la vez con fuertes pinzas;
Mas todo en vano, la fortuna adversa
No le dirige, ni el divino Apolo
Favorece propicio.—Y en el campo
Más y más se agiganta horror terrible,
Y el estrago se acerca, y cubre el cielo
Nube de polvo; al par se precipitan
De Turno los ginetes; densa lluvia
Cae de dardos en medio los reales,
Sube horrendo clamor á las estrellas
De la guerrera juventud, que triste
Al fiero Marte mísera sucumbe.

Venus herida del dolor acerbo,
Que aflige sin razón al hijo amado,
Toma dictamo del cretense Ida,
Planta cubierta de velludas hojas,
Y de purpúreas flores coronada,
Que conocen las cabras montaraces,
Cuando les clavan las veloces flechas.
Esto trajo la diosa, en nimbo obscuro
Su faz oculta, y en brillante vaso,
Con agua cual remedio lo revuelve;
Y mézclale los jugos saludables
De ambrosía y fragante panacéa;
Y da fomentos el anciano Yapis
Con el ignoto bálsamo en la herida,
Y súbito el dolor huye del cuerpo,
Y deja de brotar la herida sangre,

Biblioteca Nacional de España

Y yá de suyo, tras la diestra mano,
Sin obstáculo sale la saeta,
Y adquiere Eneas su vigor antiguo.
—«Traed las armas pronto al teucro Jefe:
¿Á qué tanta demora?—exclama Yapis;
Y enardece los pechos el primero
Contra las fieras huestes enemigas.
—«Nó auxilio humano la salud te vuelve,
¡Oh claro Eneas! ni el saber y el arte,
Ni te salva mi diestra; un dios excelso
Tal prodigio realiza, y hoy te guarda
Para empresas mayores.»—
Yá el caudillo
Ceñido había sus doradas grebas,
Anhelando el combate; y presuroso
Odiando la demora el asta vibra,
La cota viste, y el broquel embraza;
Y puesta la armadura, estrecha á Ascanio,
Y del yelmo á través tierno le besa,
Y así le dice.—«Aprende, amado Julo,
De mí el valor y sufrimiento heróico,
Y de otros la fortuna: hora mi brazo
Va á la guerra cruel á defenderte,
Y conducirte entre gloriosos premios:
Tú cuando llegues á la edad madura,
Ten presente el ejemplo de los tuyos,
Y repite sus hechos. Que te inspiren
Héctor tu tío y tu padre Eneas.»—
Apenas dijo, y álzase arrogante
En la puerta blandiendo enorme lanza,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Y Mnestéo tras él y el fuerte Antéo
Con innúmero ejército aguerrido,
Se precipitan, y la turba toda
Lánzase, el campamento abandonando,
Y el polvo en densa nube cubre el cielo,
Y al golpe de los pies el suelo tiembla.
Veles Turno venir desde una altura,
Y les ven los ausonios, y discurre
Miedo y temblor helado por sus huesos;
Y la infeliz Yuturna la primera
El estrépito escucha y lo conoce,
Y horrorizada y temblorosa huye.

Por el abierto campo vuela Eneas
Con su obscuro escuadrón envuelto en polvo:
Cual suele descender del roto cielo
Deshecha tempestad, que por los mares
Hacia la tierra amenazante ruge:
Los agrícolas pechos se estremecen
De lejos los estragos presintiendo,
De árboles y sembrados la rüina,
Y por doquier la destrucción completa;
Vuelan delante los furiosos austros
Y llevan á la orilla su rugido.
Así contra las fuerzas enemigas
Su ejército conduce el teucro Jefe,
Y mezcladas las filas se aglomeran
En frente cada cual de su contrario.
Mata Timbréo con la espada á Osiris
Acates á Epulón, Mnestéo á Arquecio,

Biblioteca Nacional de España

A Ufente Gias, y el augur Tolumnio,
Que fué el primero que arrojó su lanza
Contra el adverso bando, allí sucumbe.
Álzase al cielo horrendo vocerío:
Los rútulos entonces por los campos
Vuelven la espalda en polvorosa fuga.
Ni se digna matar el Jefe Teucro
A los cobardes, que la espalda vuelven
Ni al enemigo, que formado encuentra,
Ni perseguir á los que lanzan dardos;
Entre nubes de polvo sólo á Turno
Doquiera busca y al combate llama.

Turbada yá la varonil Yuturna
Por el temor, arroja entre las riendas
A Metisco, de Turno fiel auriga,
Y lejos de la lanza lo abandona;
Y ocupa su lugar, y empuña y rige
Las sueltas bridas con entrambas manos,
La voz fingiendo y cuerpo de Metisco,
Y llevando sus armas.—Como vuela
La negra golondrina recorriendo
Del rico potentado en los alcázares
Acá y allá los atrios espaciosos,
Pequeños alimentos rebuscando,
Para acallar sus gárrulos hijuelos,
Y ya en los altos pórticos resuena,
Ya en húmedos estanques; tal Yuturna
Con sus caballos por en medio corre
Del enemigo ejército, lanzada

Biblioteca Nacional de España

Por todas partes su veloz carroza;
Y ora aquí y ora allí muestra á su hermano
Triunfante por doquier, y no consiente
Que entre en combate, y vuela extraviada.
Mas no menos Eneas al encuentro
Corre de Turno por torcidas sendas,
Y le busca, y le llama á grandes voces
Por medio de las huestes destruídas;
Cuantas veces divisa al enemigo,
Y procura igualar en la carrera
Sus alados corceles, otras tantas
Tuerce Yuturna el curso de su carro.
¿Y qué hará pues? Que en vano le devoran
Su ánimo intranquilo conmoviendo,
Zozobras varias y diversas cuitas.
Llevaba entonces en la mano izquierda
Dos astas fuertes de aceradas puntas
El gran Mesapo, y al Caudillo teucro
Una dispara con certero golpe.
Párase Eneas, y su cuerpo encorba,
Y sentado se plega tras su escudo;
Mas el asta arrojada rompe el yelmo,
Y del vértice arráncale el penacho.
Crecen las iras en el teucro Jefe
Vencido por astutas asechanzas;
Y cuando ve lejanos los bridones,
Y marcharse de Turno la carroza,
Mil protestas del pacto quebrantado
A Júpiter dirige, y á las armas
Lánzase en fin del enemigo en medio,

Biblioteca Nacional de España

Terrible, y por Mavorte protegido,
Y dando rienda suelta á sus enconos,
Allí cruel matanza en los contrarios
Sin distinción alguna fiero emprende.

¿Qué Dios á mí tan dolorosos hechos
Podrá narrarme y tan atroz matanza,
Para en sublimes versos referirlos?
¿Las muertes de caudillos que sucumben
Ora de Turno, ya del Jefe teucro?
¿Y entregar decretaste, oh Jove sacro,
A estrago tan feroz estas naciones,
Que luego en paz eterna vivirían?
Al rútulo Sucrón embiste Eneas
Sin detenerse un punto (y este encuentro
Contiene en su lugar á los troyanos)
Y rómpele el costado, y atraviesa
Con dura espada el pecho y las costillas
Por donde más veloz llega la muerte.
Turno marchando á pie encuentra á Amico
De su corcel caído, y á su hermano
Diores, que hacia él se dirigía,
Y con su luenga lanza mata al uno,
Y al otro con la espada; la cabeza
Corta á los dos, suspéndelas del carro,
Y las conduce destilando sangre.

Entrega en tanto Eneas á la muerte
A Tánais, á Cetego y á Talono
De un solo encuentro, y al adusto Onites,

Biblioteca Nacional de España

Tebano ilustre è hijo de Peridias;
Y mata Turno á los hermanos licios
De los campos de Apolo procedentes,
Y á Menetes, el árcade mancebo
De la guerra enemigo; su arte y casa
Cual pobre pescador cerca tenía
De las corrientes del famoso Lerna
En peces abundante, é ignorando
Del potentado la riqueza y dones;
Que tierra ajena cultivó su padre.
Cual en la árida selva dilatada
De sonante laurel doquiera llena,
Prende en partes diversas el incendio;
O cual descienden de los altos montes
En su rápido curso despeñados
Torrentes resonantes espumosos,
Y corren á la mar, y cada uno
Arrasa cuanto encuentra en su carrera;
No con menor estrago los caudillos
Turno y Eneas del combate en medio
Aguerridos se arrojan, y cual nunca
Hora el coraje en sus entrañas ruge,
Y rómpense los pechos no vencidos,
Y á las heridas con ardor se lanzan.

Entonce Eneas á Murrano ilustre,
De antiguo nombre y fama, y del linaje
De los reyes latinos descendiente,
Arrójale un peñón, cual torbellino,
Que consigo le arrastra y postra en tierra

Biblioteca Nacional de España

Debajo de las riendas y del yugo,
Y las veloces ruedas le destrozan,
Y allí también ingratos sus corceles
Lo pisotean con sus duros cascos.
Turno á su vez á Hilo, que corría
Bramando con furor y grandes bríos,
Dispara un asta á las doradas sienes,
Que pasando á través del yelmo roto
Clávase en el cerebro retemblando.
Ni á tí tu diestra del soberbio Turno
Pudo, Créteo, salvarte; á tí el más fuerte
Sobre los griegos todos; ni á Cupeto
Protegieron sus dioses tutelares,
Cuando acomete Eneas en la lucha,
Y el pecho le atraviesa con la espada,
Ni le sirvió su escudo de defensa;
Y á tí también los laurentinos campos
Te vieron sucumbir, oh noble Eolo,
Y cubrir largo espacio con tu espalda;
Tú, á quien las fuerzas griegas no pudieron
Matar, ni Aquiles destructor de Troya;
Aquí tu muerte decretó el destino;
Bajo el Ida brilló tu ilustre estirpe,
Se alzó en Lirneso tu grandioso alcázar,
Y en laurentina tierra tu sepulcro.

Confundidas están las fuerzas todas,
Todos los frigios, los latinos todos:
El valiente Seresto, el gran Mnestéo,
De bravos potros domador Mesapo,

Biblioteca Nacional de España

El fuerte Asilas, la falange tusca,
Y del árcade Evandro los ginetes.
Cada varón por sí sus fuerzas lleva,
Y luchan todos con heróico esfuerzo,
Y trábase sin tregua ni descanso
Espantoso combate. —Inspira entonces
Su bellísima madre al noble Eneas
Que á los muros avance, y de improviso
A la ciudad sitiando con su ejército,
Con fiero estrago á los latinos turbe.
Buscando Eneas en las huestes todas
Acá y allá por dondequiera á Turno,
Ve la ciudad de tanta guerra libre,
Impune y sosegada; y en su mente
De otra guerra mayor surge la imagen.
Llama al punto á Mnestéo y á Sergesto,
Ilustres jefes, y á Seresto insigne,
Y una colina toma, á do concurre
La restante legión de los troyanos,
Sin dejar los escudos ni las flechas,
Y de la cumbre en medio en pie les habla:
—«Cumplid cuanto yo ordene sin demora;
Nos es propicio Jove; á nadie arredre
Este súbito acuerdo inesperado:
Esta ciudad, la causa de la guerra,
Y todo el vasto reino de Latino,
Hoy mismo destruiré, si no aseguran
Nuestro yugo admitir y nuestras leyes;
Sus muros humeantes y sus torres
Igualaré rasados con el suelo.

Biblioteca Nacional de España

¿He de esperar á que le plazca á Turno
Sufrir conmigo singular combate,
Y vencido volver á nueva lucha?
Esta ciudad la causa, ciudadanos,
Es y el origen de la inicua guerra;
Fuego traed al punto, y con las llamas
Exigid de aquel pacto el cumplimiento.»—
Dijo, y compiten todos á porfía
En ánimo y valor; cual cuña enorme
Fórmanse luego, y corren á los muros;
Escalas de improviso y fuego ardiente
Aparecen de súbito; á las puertas
Marchan rápidos unos destrozando
A los primeros que á su paso salen;
Hierros disparan otros, y obscurecen
El espacio con dardos y con flechas.

Álzase ante los muros el primero
El mismo Eneas, y su diestra tiende,
Y al rey Latino increpa á grandes voces,
A los dioses poniendo por testigos
De volver obligado á las batallas;
—Que al violar por segunda vez el pacto,
Contrarios son los ítalos dos veces.—
Surge en los ciudadanos vacilantes
Discordia de opiniones. Mandan unos
Franquear la ciudad, y abrir las puertas
A los teucros, trayendo á las murallas
Al mismo rey; mientras armados otros
A la defensa de los muros parten.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Cual acontece si en caverna obscura
Ve el pastor encerradas las abejas,
Y llena aquel recinto de humo amargo;
Ellas dentro temblando horrorizadas,
Por su alcázar de cera discurriendo,
Lanzan sus iras con atroz zumbido,
Repugnante fetor llena el palacio,
Resuena el interior de la caverna
Con un sordo murmullo, y á las auras
Lánzase luego el humo maloliente.

Una nueva desgracia á los latinos
Cansados de sufrir ocurre entonces,
Que en llanto y luto la ciudad consterna.
Cuando la reina vió que á su palacio
Marchaba el enemigo, que en los muros
Alzábase el incendio, y que las llamas
Volaban yá sobre los altos techos,
Que por parte ninguna aparecía
Rútula hueste en contra, ni de Turno
Fuerza alguna potente divisaba,
Piensa ¡infeliz! que en medio del combate
Aquel joven caudillo sucumbiera,
Y turbada de súbito su mente
Por inmenso dolor, clamaba á voces...
—Que ella la causa fué, y ella el origen
De tan funestos males.—Cuando loca
Mil cosas dijo con dolor insano
Resuelta yá á morir, rasga con furia
De púrpura preciosa sus vestidos,

Biblioteca Nacional de España

Y atando un lazo en elevada viga
De él se suspende con infanda muerte.
Luego que las latinas escucharon
Tan horrenda desgracia, sobre todas
La infelice Lavinia, su hija amante,
Mesa cruel su rubia cabellera,
Sus mejillas de rosa al par hiriendo,
Y la restante multitud clamaba
Furiosa, y con enormes alaridos
Todo el palacio sin cesar atruenan;
Y se divulga la fatal noticia
Por toda la ciudad. Decaen los ánimos,
Marcha Latino atónito, rasgadas
Sus regias vestiduras, por la muerte
De su mísera esposa y la rüina
De su triste ciudad, y en sucio polvo
Manchados lleva sus cabellos blancos;
Cúlpase sin cesar:—que no admitiera
Antes al teucro Jefe como yerno.—

En tanto Turno en el remoto campo
Luchaba persiguiendo á los errantes
Yá con menos ardor, y no gozoso
Cual antes del correr de sus corceles.
Lleva hasta él el aura los clamores,
En sorda confusión aterradora,
Y el rüido y murmullo melancólicos
De la ciudad turbada al punto mueven
A prestar atención á sus oídos.
—«¡Ay de mí! clama el triste ¿qué perturba

Biblioteca Nacional de España

A la ciudad así con tanto duelo?
¿Y cuál es el clamor que de ella parte?»—
Tal dice, y aterrado se detiene
Las riendas recogiendo. Mas su hermana,
Que la forma tomando de Metisco,
Riendas, carro y bridones dirigía,
Acude á su dolor con tales voces.
—«Persigamos, oh Turno, á los troyanos
Por el camino, que abre la victoria;
Otros hay que defiendan con las armas
Nuestra ciudad. Eneas á los ítalos
En batalla cruel ataca ahora;
Demos también nosotros á los teucros
Terribes muertes con sangrienta mano.
No serás inferior al Teucro en fuerzas,
Ni en la gloria que obtengas del combate.»—
—«Tiempo há te conocí, responde Turno,
Cuando con arte quebrantaste el pacto,
Y en esta cruda guerra interviniste,
Y no puedes, ¡oh diosa! yá engañarme.
¿Más quién al enviarte del Olimpo
Quiso hacerte sufrir tales trabajos?
¿Acaso á presenciar la infausta muerte
De tu mísero hermano? ¿Y qué me resta?
¿Qué salvación me ofrece la Fortuna?
Vi yo mismo morir ante mis ojos
A Murrano, que á voces me llamaba,
De todos para mí el más querido,
Grande y vencido por herida enorme.
Murió Ufente infeliz porque no viera

Biblioteca Nacional de España

Nuestra inmensa deshonra: el Teucro tiene
Con su cuerpo sus armas. ¿Todavía
He de sufrir (para mayor tormento)
Ver á mi patria reducida á escombros?
¿No habré de repeler con diestra fuerte
De Drances los discursos? ¿Y cobarde
He de darme á la fuga? ¿Y esta tierra
Habrá de ver á Turno fugitivo?
¿Es acaso morir tan gran desdicha?
Sedme, oh manes, propicios, ya que adversa
Nos es la voluntad del alto cielo.
Santa á vosotros bajará mi alma
Y de culpa tan pérfida, inocente:
Jamás indigno fuí de mis mayores.»—

Apenas esto dijo, cuando llega
Volando entre las huestes enemigas
En brioso corcel montado Sages,
Que de una flecha atravesado el rostro,
Corre llamando por su nombre á Turno,
Implorando su auxilio.—«¡Oh Turno, grita,
De tí depende la salud suprema;
Ten piedad de los tuyos. Fulminando
Con sus armas Eneas, amenaza
Destruir nuestros altos baluartes,
Y convertirlos todos en rüina;
Las teas encendidas á los techos
Rápidas vuelan; y sus rostros vuelven,
Y en tí sus ojos los latinos fijan,
Y á cuál prefiera como yerno, duda

Biblioteca Nacional de España

O á qué pacto se incline, el rey Latino;
La reina, tu constante protectora,
Huyendo de la vida horrorizada,
Se dió la muerte con su propia mano.
Mesapo sólo y el valiente Atinas
Con su gente defienden nuestras puertas;
Los cercan en redor densas falanges,
Y férrea mies de espadas matadoras,
Y tú vagas errante con tu carro
Por la grama desierta.»—Turno entonces
Ante tan varia multitud de cosas
Absorto queda. Párase de pronto
Con la mirada fija y en silencio,
Y en sus entrañas arde la vergüenza,
Y la locura á la aflicción unida,
Y el amor por las furias excitado,
Y su valor de él mismo conocido:
Apenas se disipan de su mente
Las negras sombras, y á la luz renace,
Vuelve turbado sus ardientes ojos
A la muralla, y desde el triste carro
En la hermosa ciudad clava la vista.
Y hé aquí que en inmenso torbellino
Entre la firme tablazón las llamas
Hasta los cielos ondulantes suben,
La torre envuelta en fuego, aquella torre
Que él con trabadas vigas construyera,
Y con ruedas veloces y altos puentes.
—«Yá triunfaron los hados: presto, hermana,
Marchemos donde el dios y la fortuna

Biblioteca Nacional de España

Adversa nos arrastra: estoy resuelto
A luchar cuerpo á cuerpo con Eneas,
Y á soportar lo amargo de la muerte.
No más deshonra, hermana: yo te pido
Que este furor primero me permitas.»—
Dice, y veloce de su carro salta,
Y entre las armas enemigas parte,
Y abandona á su hermana entristecida,
Rompiendo por en medio de las huestes,
En rápida carrera arrebatado.
Cual rueda de la cumbre de alto monte
Gigantesco peñón, que arranca el viento,
O que la lluvia torrencial arrastra,
O de los años el poder derrumba,
Y se despeña en hondo precipio
Con estrépito atroz, y en tierra se hunde,
Envolviendo consigo en su carrera
Selvas, ganados, árboles y hombres:
Por medio así de las dispersas huestes
Lánzase raudo á las murallas Turno,
Donde empapada en sangre está la tierra,
Y el aire rompen estridentes dardos;
Y señal con la mano haciendo á todos,
Así comienza á hablar á grandes voces:
—«Basta de guerra yá, valientes rútulos,
Dejad también las armas, oh latinos:
Cualquier que sea nuestra aciaga suerte,
Sólo mía será: yo solo debo
Por vosotros cumplir lo yá pactado,
Y resolverlo todo con la espada.»—

Biblioteca Nacional de España

Todos de en medio al punto se retiran,
Y dan libre el espacio. El padre Eneas
Oye de Turno el nombre, y abandona
Las altas fortalezas y los muros;
Con ímpetu y ardor se precipita,
Y todo lo interrumpe, y salta alegre,
Y horroriza el rüido de sus armas.

Cual el soberbio Atos, como el Erix,
Cual el padre Apenino gigantesco
Levanta al cielo su nevada cumbre,
Y arrogante se yergue, resonando
Sus robustas encinas brilladoras;
Los rútulos y teucros á porfía,
Los ítalos al par la vista vuelven:
Los que se hallaban en los altos muros,
Los que con firme ariete los combaten,
Las armas depusieron de los hombros.
Túrbase el rey Latino al ver á aquellos
Grandes varones de región diversa
Del orbe allí, trabados en la lucha,
Resolviendo el derecho con la espada.
Apenas se quedó desierto el campo,
Corren ellos en rápida carrera
Arrojando las lanzas desde lejos,
Y emprenden el combate con escudos
Y las armas de bronce resonante;
Gime la tierra; en repetidos golpes
Crúzanse con frecuencia las espadas,
Luchan la suerte y el valor unidos.

Biblioteca Nacional de España

Cual en la extensa Sila, ó en el alto
Taburno, si dos toros corpulentos
En batalla se enredan con las frentes;
Retíranse medrosos los pastores,
Mudo el ganado de pavor se llena,
Y mugen las novillas, esperando
Cuál el rey ha de ser, que al fin impere,
A quién han de seguir las reses todas.
Ellos se hieren con furioso esfuerzo,
Y clávanse los cuernos en la lucha,
Y á torrentes la sangre derramada
Baña los anchos cuellos y los lomos:
La selva toda con estruendo gime.
Tal los encuentros del troyano Eneas
Con los escudos, y del daunio Jefe;
Y el intenso fragor llena el espacio.
Júpiter mismo, el fiel de la balanza
Por igual sosteniendo, el peso pone
A cada cual de su diversa suerte:
A quién dañe la lucha entonces viendo,
Y á qué peso la muerte al fin se incline.
Yérguese en esto Turno levantando
Con su elevado acero el cuerpo todo,
Y estimándose impune, hiere á Eneas;
Claman los teucros, tiemblan los latinos,
Y con espanto se alzan ambas huestes;
Mas rómpese al herir su infiel acero,
A Turno abandonando en fiero encono;
Y no le queda yá recurso alguno,
Sino entregarse á vergonzosa fuga.

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Y al ver el puño ignoto, y desarmada
Su fuerte diestra, se fugó volando,
Corriendo más veloz que el Euro mismo.
Es fama que montando presuroso
En su bridón en el primer combate,
Dejó turbado la paterna espada,
Tomando por error la de Metisco,
Su paje fiel, la que por largo tiempo
Fuéle bastante cuando el teucro huía;
Mas al luchar con las vulcanias armas
El acero mortal, cual hielo frágil
Rómpese al golpe, y en la roja arena
Brilla en pedazos. Por el campo extenso
Loco en inciertos giros corre Turno,
Doquier cercado por las fuerzas frigias,
Y la vasta laguna aquí le estrecha,
Y allí los altos muros. Ardoroso
Con no menos furor el teucro Jefe
Pisada por pisada á Turno sigue,
(Aunqne la herida del funesto dardo
De la rodilla impide el movimiento,
Y la carrera estorba.)—Cual ocurre
Si el perro cazador un ciervo encuentra
Cercado por la margen de algún río,
O ya aturdido por rojizas plumas,
Con ladridos persíguelo y le acosa;
Él por las asechanzas aterrado,
Ni pudiendo vencer la alta ribera,
Huyendo corre por diversas partes;
Mas el ardiente can, hijo de Umbría,

Biblioteca Nacional de España

La boca abierta, le acomete fiero,
Casi le apresa, y cual si yá le hubiese,
Con estrépito bate las quijadas,
Mordiendo en ilusión el aire vano.
Alzanse en torno gritos y clamores,
Que repiten los lagos y riberas,
Y que el espacio atruenan con tumulto:
A los rútulos Turno increpa huyendo,
A cada cual llamando por su nombre,
Reclamando su espada conocida;
Mas amenaza Eneas con la muerte
Y completo exterminio, si hay alguno
Que ose llegar, y atérralos medrosos,
Extinguir la ciudad amenazando,
Y aunque herido provócale al combate.
Cruzan acá y allá por cinco veces
El campo por doquier á la carrera,
Y otras tantas de nuevo lo recorren;
No de cosas ligeras ó livianas
Ocupábanse entonces los guerreros;
Mas de la sangre y vida del gran Turno.

Acaso allí se alzaba un acebuche
De amargas hojas, consagrado á Fauno,
Arbol para los nautas venerable,
Que allí, salvados de las fieras ondas,
Sus dones con fervor y sacras vestes
Al Laurentino dios fijar solían;
Mas sin respeto alguno los troyanos
Aquel árbol sagrado destruyeron,

Biblioteca Nacional de España

Para correr mejor en campo libre;
La lanza estaba allí del grande Eneas,
Que arrojada con ímpetu clavóse
En la raíz, en ella persistiendo:
Se inclina entonces el dardanio Jefe,
Pretendiendo arrancarla con la mano,
Para con ella perseguir á Turno,
No pudiendo alcanzarle en la carrera;
Mas loco Turno de temor clamaba:
—«Ten compasión, oh Fauno, te lo pido,
Y tú conserva el hierro, tierra amiga,
Ya que siempre os rendí vuestros honores,
Que Eneas con la guerra profanara.»—
Dijo, y no en vano suplicó el auxilio,
Pues que luchando Eneas largo tiempo,
De la dura raíz por arrancarla,
Vencer no pudo con sus fuerzas todas.
Mientras instaba con ardor pujante,
Toma otra vez la forma de Metisco
La diosa Daunia, y presurosa corre,
Y da á su hermano el suspirado acero.
Llena de indignación Venus se acerca,
Ante la audacia de la astuta ninfa,
Y de la honda raíz el asta arranca.
Intrépidos los dos y valerosos,
De armas provistos, confiado el uno
En su espada potente, y fuerte el otro,
Lleno de orgullo por su firme lanza,
Entrambos frente á frente se colocan
De la lucha mórtifera anhelantes.

Biblioteca Nacional de España

Habla así en tanto el Rey Omnipotente
Del alto Olimpo á Juno, que miraba
Aquel combate desde roja nube.
—«¿Cuál será de esto el fin, amada esposa?
¿Qué es lo que resta yá? Sabes tú misma,
Y saberlo confiesas, que se debe
A Eneas, como dios, el alto cielo,
Y á las estrellas le alzarán los hados.
¿Y qué proyectas? ¿O con qué esperanza
En las heladas nubes permaneces?
¿Es justo dar á un dios mortal herida?
¿Volver á Turno su perdido acero?
(¿Pues qué sin tí Yuturna hacer pudiera?)
¿Y acrecentar la fuerza á los vencidos?
Inclínate á mis ruegos y desiste;
Ni tal pena en silencio te devore;
Mas tus amargas cuitas y congojas
Sepa yo siempre de tus dulces labios.
Hemos llegado al fin: por tierra y mares
A los troyanos perseguir pudiste,
Contra ellos encender infanda guerra,
Peturbar el palacio de Latino,
Y con llantos mezclar los himenéos;
No te permito más.» —Tal dice Jove;
Y con semblante humilde le contesta
La diosa Juno.— «Júpiter potente,
Porque me fué tu voluntad augusta
Conocida, dejé mal de mi grado,
A Turno y sus dominios; no me vieras
De lo contrario en la mansión celeste,

Biblioteca Nacional de España

Sola sufrir lo digno con lo indigno;
Mas cercada de llamas estaría
En medio de las huestes, arrastrando
A enemigas batallas á los frigios.
Yo, lo confieso, aconsejé á Yuturna,
Que á su mísero hermano socorriera,
Y cualquier grande empresa acometiese,
Por salvarle la vida; y no que usase
El arco y las saetas. Te lo juro
Por la fuente implacable de la Estigia,
Respeto sólo de los altos dioses:
Yá cedo y las batallas abandono.
Una gracia te pido no sujeta
A ley fatal alguna: por el Lacio
Y la alta majestad del pueblo tuyo.
»Cuando la paz se pacte por las bodas
(Hágalo el cielo así), cuando se unan
Con leyes y alianza... que no muden
Los latinos indígenas su nombre,
Ni que troyanos se hagan tú dispongas,
Ni teucros se apelliden; que su lengua
No cambien ellos, ni su veste antigua.
Que viva el Lacio por eternos siglos
Y los reyes albanos; y... por siempre
La Romana progenie poderosa.
Troya murió... que hasta su nombre muera.»—
Mírala sonriendo, y tal le dice
El Autor de los mundos y los hombres:
—«Eres de Jove hermana, y de Saturno
Segunda prole, ¿á qué rencores tantos

Biblioteca Nacional de España

Revuelves en tu pecho? deja el odio,
Y depón el furor, que en vano abrigas.
Cuanto quieres te otorgo, y yá vencido,
A tu querer gustoso me someto.
Su idioma patrio y sus costumbres propias
Conservarán por siempre los ausonios,
Y su nombre será su antiguo nombre.
Sólo sus cuerpos vivirán unidos,
Formando de ese modo un solo pueblo.
Yo sacros ritos les daré y costumbres,
Y un solo idioma, y los haré latinos.
De aquí un linaje surgirá mezclado
Con sangre ausonia, y lo verás piadoso
Sobre los hombres y los dioses mismos,
Ni habrá nación igual para tu culto.»—
Asiente Juno, y llena de alegría
Su mente aquieta, y remontando el vuelo
Los aires y las nubes abandona:
Resuelve Jove entonces á Yuturna
Retirar de las armas de su hermano.

Dos plagas hay, que Furias denominan,
Que diera á luz la Noche tenebrosa
Con la infernal Megera en solo un parto;
La cabeza erizóles de serpientes,
Y al par les añadió veloces alas.
Estas de Jove asisten ante el solio,
Y del severo Rey en el vestíbulo,
Y á los mortales míseros conturban,
Cuando el Rey de los dioses les prepara

Biblioteca Nacional de España

Enfermedades y terribles muertes,
Y aterra vengador á las ciudades
Con guerras merecidas. Manda Jove
A una de ellas veloz del alto cielo,
Que aparezca á Yuturna cual prodigio:
Ella rápida parte, y á la tierra
Llega fugaz en torbellino raudo.
Cual vuela atravesando por las nubes,
Del arco la saeta disparada,
Que tiñe el Parto con letal veneno;
Arma incurable, que estridente arroja
El Parto ó el Cidón, y que invisible
Las negras sombras atraviesa rápida;
Tal volando la hija de la Noche,
A la tierra se lanza. Cuando observa
Los campamentos teucros, y de Turno
Las huestes, en figura se transforma
De ave pequeña, que se posa á veces
En los sepulcros, ó en desiertos techos,
Y de noche, yá tarde, entre las sombras
Silba con sus graznidos importunos;
Y disfrazada así se llega al héroe,
Y vuela en torno suyo resonando,
Su escudo al par hiriendo con las alas:
Nuevo espanto sus miembros entorpece,
Por el horror se erizan sus cabellos,
Y se anuda la voz en su garganta.
Cuando de lejos conoció Yuturna
De la Furia las alas y el rüido,
Mesa infeliz su suelta cabellera,

Biblioteca Nacional de España

Su rostro araña con las uñas, hiere
Con los puños el pecho, y tal prorrumpe:
—«¿En qué puede ayudarte, oh Turno, ahora
Esta mísera hermana, ó qué me resta?
¿Y cómo yo dilataré tu vida?
¿Puedo acaso oponerme á tal augurio?
Ya la hueste abandono. Infaustas aves,
No me aterréis, yá llena de temores;
Conozco de las alas el rüido,
Y el sonido fatal que muerte anuncia,
Ni me engañan de Júpiter magnánimo
Los mandatos soberbios. ¿Así premia
La fiel virginidad que me robara?
¿Y para qué me dió perpetua vida,
Y de morir me arrebató la suerte?
Cierto que ahora, si mortal yo fuera,
A tan grandes dolores diera término,
Y acompañara al Orco al triste hermano.
Nada yá para mí será agradable
Sin tí, mi dulce Turno. ¿Dónde hay tierra,
Que tan honda se abra, que conduzca
A los profundos manes á una diosa?»—
No dijo más, y con dolor gimiendo
Cubre con verde velo su cabeza,
Y en el undoso Tíber se sumerge.

Insta entre tanto Eneas, y una lanza
Enorme blande su robusta mano,
Y con pecho crüel así decía:
—«¿A qué tanta tardanza? ¿Acaso, Turno,

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Estás de combatir arrepentido?
No á la carrera; con las fieras armas
Hemos de palear y cuerpo á cuerpo.
Tomá tú cuantas formas inventares,
Y de valor y de arte cuanto puedes,
Opta seguir con alas á los astros,
O sepultarte en el profundo abismo.»—
Él moviendo indignado la cabeza:
—«No mé aterran, crüel, tus dichos fieros,
Responde, mas los dioses poderosos
Me aterrorizan y el contrario Jove.»—
No dijo más; y mira de allí cerca
Un ingente peñón, peñón vetusto
Colocado por término en el campo,
Marcando los linderos. Ni escogidos
Doce hombres, cual hoy la madre tierra
Los suele producir, con grande esfuerzo
Levantarlo pudieran en sus hombros;
El caudillo con mano temblorosa
Lo arrebata, y alzándose iracundo,
Lo arroja en la carrera al enemigo;
Pero sin darse cuenta si corría,
Ni si el peñón ingente levantaba,
Y disparaba con potente mano.
Tiémblanle las rodillas, y se hiela
En sus venas la sangre con el frio;
Mas el peñón lanzado por el aire,
Ni pudo atravesar todo el espacio,
Ni llegar á la meta deseada.

Biblioteca Nacional de España

Tal como en sueños cuando quieta noche
Lánguida oprime los cerrados ojos,
Y nos parece que emprender queremos
Inútilmente rápida carrera,
Y en medio del esfuerzo decaídos
Seguir no es dado, ni la lengua vale,
Ni se encuentran las fuerzas conocidas,
Ni las palabras ni la voz responden:
Tal á Turno negó la fiera diosa
El éxito, doquier que lo buscaba
Con cualquiera poder; su pecho en tanto
Asaltan mil distintos sentimientos,
Y mira á la ciudad, mira á los rútulos,
Y le detiene el miedo, y le horroriza
El asta, que soberbia le amenaza.
Ni encuentra do salvarse, con qué fuerza
Podrá ya acometer al enemigo;
Ni el carro, ni á su hermana ve de auriga.
Mientras tal turbación embarga á Turno,
El lugar con la vista busca Eneas,
Para clavar el arma fulminante,
Y la lanza fatal vibra de lejos,
Y con toda su fuerza se la arroja.

Nunca tal los peñascos resonaron
Lanzados por las máquinas murales,
Ni los rayos seguidos de los truenos;
Vuela el asta fatal cual torbellino,
Exterminio feroz tras sí llevando,
De la loriga los extremos rompe,

Biblioteca Nacional de España

Y del escudo el reforzado cerco
Siete veces doblado, y estridente
Por la mitad el muslo le atraviesa;
Y tal herido el poderoso Turno,
Cae en tierra doblada la rodilla.
Levántanse los rútulos gimiendo,
Y el monte todo en derredor rebrama,
Y repiten las selvas los clamores.
Él humilde tendiendo y suplicante
Sus ojos y su diestra, así decía.
—«Lo merezco, en verdad, y no te ruego;
Goza de tu fortuna. Si algo puede
Un padre desdichado interesarte,
Ten compasión en su vejez de Dauno.
—Que tuviste por padre al grande Anquises—
Y á los míos me entrega, ó si prefieres,
Mi cuerpo de la vida despojado.
Venciste, y los ausonios están viendo
Al vencido tender las tristes palmas,
Yá es Lavinia tu esposa. No más odios.»—
Con sus armas feroz párase Eneas,
Vuelve sus ojos, y su diestra mano
En el aire suspende; y yá á los ruegos
Empezaba su pecho á doblegarse,
Cuando, ¡infelice! sobre el hombro observa
Con dorados adornos refulgentes,
El rico tahalí del joven Palas,
A quien Turno mató de horrenda herida,
Y que llevaba cual troféo insigne.

Biblioteca Nacional de España

Luego que el teucro Jefe con sus ojos
Devoró tal reliquia, monumento
De su acerbo dolor, se enciende en ira,
Y con rabia furiosa así prorrumpe:
—«¿Acaso los despojos ostentando
De los míos, podrás de mí librarte?
Palas te hiere á tí, Palas te mata:
Venganza toma de tu sangre impía.»—
Dice, y la espada con furor le esconde
Dentro del pecho; al frío de la muerte
Sus miembros ateridos se desatan,
Y su vida, lanzando cruel gemido,
Huye indignada á las eternas sombras.

FIN DE LA ENEIDA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Acabóse de imprimir esta obra de la
TRADUCCIÓN DE LA ENEIDA
en la Tipografía Salesiana
de Sevilla el día 2 de
Mayo de 1905

Benedictio, et claritas, et sapientia, et gratiarum actio, honor, et virtus, et fortitudo Deo nostro in sæcula sæculorum. Amen.

Apocalypsis cap. VII. v. 12.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE ALFABÉTICO

de los nombres de los personajes que figuran en la ENEIDA

ABANTE, rey de Argos, hijo de Linceo y de Hipermestra, que murió en la guerra de Troya. Es también un capitán aliado de Eneas en la guerra contra Turno.

ABARIS, guerrero rútulo á quien dió muerte Eurialo.

ACAMANTE, guerrero que entró con Ulises en el caballo de Troya.

ACATES, capitán troyano, fidelísimo á Eneas *(fidus Acates)*.

ACCA, amazona amiga y compañera de Camila, á quien dirige sus últimas palabras.

ACESTES, rey de Sicilia, cuando Eneas llegó á aquella isla; procedía de Troya y era hijo del río *Crimiso* y de Egesta, hija de Hipotas.

ACETES, escudero del rey Evandro á quien nombró ayo de su hijo Palante.

ACMÓN, hijo de Clitio y hermano de Mnesteo, guerrero de Troya.

ACONTEO, guerrero del Lacio, muerto por Tirreno.

ACRISIO, rey de Argos y padre de Dánae.

ACRON, guerrero griego, muerto por Mecencio.

ACTOR, guerrero aurunco auxiliar de los Troyanos, muerto por Turno.

ADAMASTO, padre de Aqueménides de Itaca.

ADRASTO, rey de Argos, suegro de Polinice, hay varios héroes con este mismo nombre.

AFIDNO, troyano muerto por Turno.

AGENOR, rey de Frigia; era hijo de Neptuno y de Libia, ascendiente de la reina Dido.

AGIS, natural de Licia, guerrero de Troya y muerto por Valero.

ÁLCANDRO, guerrero de Troya á quien dió muerte Turno.

ALCANOR, natural de Ida, guerrero Troyano, padre de los dos gigantes Bitias y Pándaro. Es nombre de otro guerrero rútulo á quien dió muerte Eneas.

ALCATOS, guerrero de Troya muerto por Cédico.

ALECTO, hija de Aqueronte y de la Noche, es una de las tres furias y la que provocó el rompimiento entre Latinos y Troyanos.

ALETES, anciano guerrero troyano amigo de Eneas.

ALMÓN, guerrero ausonio hijo de Tirreo, pastor de los ganados del rey Latino; murió en la primera lucha entre Latinos y Troyanos.

ALSO, pastor del Lacio, muerto por Podalirio.

AMASTRO, troyano, hijo de Hipotas muerto por Camila.

AMATA, esposa del rey Latino.

AMICO, rey de Bebirco junto al Ponto, padre de Butes y abuelo de Erix y hermano de Eneas por su madre Venus. Murió á manos

REGISTRO DE Propiedad Intele SEVILL

Biblioteca Nacional de España

de Polux. Es también nombre de un guerrero troyano.

ANA, hermana de la reina Dido.

ANDRÓMACA, viuda de Héctor, á la que encontró Eneas en Butroto; fué robada por Pirro en el saqueo de Troya, y cuando Pirro la abandonó se casó con Eleno rey de Epiro.

ANIO, rey de Delos, y sacerdote de Febo, era hijo de Rea.

ANQUÉMOLO, guerrero latino muerto por Palante.

ANQUISES, padre de Eneas é hijo de Capis, rey de Troya.

ANSUR, guerrero ítalo, muerto por Eneas.

ANTEO, guerrero troyano y amigo y compañero de Eneas. Se habla de otro guerrero del mismo nombre de la vanguardia de Turno.

ANTIFATES, muerto á manos de Turno, era hijo bastardo de Sarpedon y de una mujer de Tebas.

ANTOR, amigo de Hércules y de Evandro, vino de Argos y se estableció en el Lacio, y fué muerto por Mecencio.

AQUEMÉNIDES, de Itaca é hijo de Adamasto. Abandonado por los compañeros de Ulises en Sicilia fué recogido por Eneas, á quien refirió cuanto había visto en la cueva de Polifemo.

AQUÍCOLO, guerrero rútulo notable por sus preciosas armas.

ARCENTE, padre de un guerrero árcade, muerto por Mecencio.

ARCHIPO, rey de los Marsos, auxiliar de los latinos.

ARQUETIO, guerrero latino muerto por Mnesteo.

ARRUNTE, troyano, que dió muerte á la amazona Camila.

ASARACO, rey de Troya, é hijo de Tros. Este héroe y Dárdano dieron orígen á la familia de Eneas. Hay dos guerreros troyanos que llevan este mismo nombre.

ASBUSTES, guerrero troyano muerto por Turno.

ASCANIO, llamado también Julo, fué hijo de Eneas y de Creusa, siguió siempre á su padre desde Troya á Cartago y á Italia.

ASILAS, guerrero, sacerdote y adivino ítalo, vencedor de Corineo, fué el que acudió en auxilio de Eneas con mil Pisanos.

ASIO, troyano hijo de Imbraso.

ASTUR, hermosísimo guerrero Italo, que auxilió á los troyanos.

ATINAS, guerrero rútulo compañero de Mesapo.

ATIS, joven troyano, capitán juntamente con Ascanio y Polites en las carreras de caballos descritas en el libro V.

AULESTES, rey tirreno muerto por Mesapo.

AULETES, se cree que es el mismo rey tirreno.

AUNO, padre del guerrero astuto ligur que no quiso pelear con Camila.

AVENTINO, príncipe latino hijo de Hércules y de la sacerdotisa Rea.

B

BARCE, nodriza de Siqueo.

BEROE, esposa de Doricio de Ismaro; Iris tomó su figura para incendiar las naves de Eneas.

BITIAS, capitán troyano hijo de Alcanor, fué muerto por Turno. También se llamaba así el jefe de la expedición que llevó á Dido á Africa.

BRONTES, cíclope, uno de los autores de las armas de Eneas.

BUTES, gigante troyano muerto por Camila. Así se llamaba también el atleta muerto por Dares.

C

CAICO, capitán de una nave de Eneas.

CALCAS, agorero griego hijo de Testor.

CAMERTES, rey de los Amicleos, hijo de Volscente.

CAMLA, amazona hija de Metabo

Biblioteca Nacional de España

que era rey de los Volscos, murió á manos de Arrunte.

Caon, héroe troyano, que dió nombre á Caonia ó Epiro.

Caps. fundador de Capua, amigo de Eneas. También se llamó así el hijo de Asáraco, abuelo de Eneas. Un rey de Alba también tuvo este nombre.

Carmenta, madre de Evandro y ninfa italiana.

Caron ó Caronte, barquero del Infierno, era hijo del Erebo y de la Noche.

Casandra, profetisa troyana é hija de Priamo y Hécuba.

Casmila, madre de la célebre amazona Camila.

Castor, guerrero troyano.

Catilo, hermano de Coras, guerrero tiburtino.

Cayeta, era nodriza de Eneas.

Céculo, fundador y rey de Prenesta.

Cedico, huésped del tiburtino Rémulo. Guerrero latino.

Celeno, una de las arpías encontradas por Eneas, según el libro III.

Ceneo, troyano muerto por Turno y matador del rútulo Ortigio.

Cetego, rútulo muerto por Eneas.

Cidon, guerrero latino.

Cimodoce, ninfa del mar.

Cimodocea, ninfa hija de Neréo.

Cimotoe, ninfa que era hija de Neréo.

Cinira, caudillo de Liguria amigo de Eneas.

Citerea, nombre de Venus, madre de Eneas.

Claro, guerrero licio, hermano de Temón y Sarpedonte.

Clauso, héroe sabino amigo de Turno.

Clicio, guerrero del Lacio.

Clitio de Lirneso, padre de Mnesteo y de Acmon.

Cloanto el Fuerte, compañero de Eneas y jefe de la galera *Scila* en las regatas descritas en el libro V.

Clonio, guerrero troyano muerto por Turno. Otro del mismo nombre fué muerto por Mesapo.

Clono, artífice cincelador hijo de Eurites.

Cloreo, Sacerdote de Cibeles, muerto por Turno.

Coras, hermano de Catilo y auxiliar de Turno.

Corebo, joven guerrero troyano enamorado de Casandra.

Corineo, Sacerdote rútulo que quemó la barba á Ebuso.

Creteo, guerrero griego, poeta y cantor, muerto por Turno.

Creusa, esposa de Eneas y madre de Ascanio.

Cromis, guerrero troyano.

Cupavo, hijo de Cicno, auxiliar de Eneas.

Cupenco, rútulo muerto por Eneas.

D

Dares, atleta muerto por Turno.

Dauco, padre de Laris y Timbro, muertos por Palante.

Deifobe, nombre de la Sibila de Cumas, que acompañó á Eneas en la bajada al infierno.

Deifobo, príncipe hijo de Priamo y Hécuba. Casó con Elena, quien le entregó á los griegos, que le despedazaron.

Demodoco, árcade compañero de Palante, muerto por Haleso.

Demofoonte, guerrero de Troya.

Derceno, rey de Laurento.

Diana, hija de Júpiter y Latona. Vengó la muerte de Camila dando muerte á Arrunte por mano de la ninfa Opis.

Didimaon, célebre artífice armero.

Dido, muerto Siqueo su esposo á manos de Pigmalion, rey de Tiro, huyó con muchos tirios y fundó la ciudad de Cartago.

Dimante, guerrero troyano.

Diomedes, rey de Etolia, hijo de Tideo y de Deifile; fundó en Italia la ciudad de Arpos.

Dione, nombre de Venus.

Diores, troyano que descendía de Priamo.

Biblioteca Nacional de España

Dioxippo, troyano muerto por Turno.
Dolicaon, padre de Hebro, guerrero de Tracia.
Dolón, padre de Eumedes, murió á manos de Diomedes.
Doris, madre de las Nereidas, hijas de Nereo.
Doriclo, marido de Beróe.
Doto, una de las Nereidas.
Drances, orador latino, grande enemigo de Turno.
Driope, troyano muerto por Clauso.

E

Ebuso, guerrero ítalo.
Elena, hija de Júpiter y de Leda, esposa de Menelao rey de Esparta, fué robada por Paris y casada después con Deifobo, ella fué la causa de la guerra de Troya.
Eleno, hijo de Priamo y de Hécuba, rey de Epiro.
Elimo, competidor en las carreras que se describen en el libro V, que obtuvo el segundo premio.
Elisa, nombre de la reina Dido.
Ematio, guerrero de Troya.
Eneas, príncipe troyano hijo de Anquises y de Venus. Cuando Troya quedó destruída, condujo á Italia el resto de su nación y al cabo de muchas guerras fundó la ciudad de Albalonga, cuna de Roma. Asunto de la Eneida.
Entelo, atleta troyano que dió muerte á Dares.
Eolo, troyano muerto por Turno. Es también el dios de los vientos.
Epeos, uno de los que construyeron el famoso caballo de Troya.
Epitides, ayo de Ascanio cuando niño.
Epito, anciano guerrero troyano
Epulón, latino muerto por Acates.
Ericetes, guerrero licaonio muerto por Mesapo.
Erimanto, troyano muerto por Turno.
Erix, rey de Sicilia, é hijo de Butes y de Venus, muerto á manos de Hércules.
Esteropes, cíclope que trabajó en las armas de Eneas.
Eumedes, guerrero troyano hijo de Dolon, muerto por Turno.
Eumelo, troyano que comunicó á Eneas que las mujeres troyanas habían incendiado la armada.
Eumeo, hijo del troyano Clitio, muerto por Camila.
Eurialo, gran amigo de Niso, que obtuvo el primer premio en las carreras descritas en el libro V.
Euripilo guerrero griego, que, consultando al Oráculo de Febo, llevó la noticia de que era preciso sacrificar á Ifigenia.
Eurites, famoso artífice cincelador, padre de Clono.
Euritión, hermano de Pandaro, y el tercer vencedor en la lucha al tiro, descrita en el libro V.
Evandro, rey de los Arcades, amigo de Eneas y padre de Palante.
Evante, guerrero frigio muerto por Mecencio.

F

Fado, guerrero rútulo muerto á manos de Eurialo.
Faleris, guerrero troyano muerto por Turno.
Fama, diosa hija de la Tierra, descrita admirablemente en el libro IV.
Fauno, padre del rey Latino.
Fegeo, escudero de Eneas muerto por Turno.
Fereto, guerrero árcade, compañero de Palente, muerto por Haleso.
Filoctetes, rey de Melibea, que en Italia fortificó á Petilia.
Flegias, hijo de Marte y rey de Tesalia, cuya lúgubre sombra encontró Eneas en el infierno.
Folo, troyano muerto por Turno.
Folóe, esclava de Creta, regalada á Sergesto vencedor en las regatas descritas en el libro V.

Biblioteca Nacional de España

FORBAS, hijo de Priamo, cuya figura tomó Morfeo para adormecer á Palinuro.
FORCO, padre de siete combatientes latinos. Es también el padre de las tres gorgonas; Medusa, Euríalo y Stenio; y dios del mar, hijo del Ponto y de la Tierra.

G

GALATEA, una de las Nereidas.
GALESO, anciano ausonio muerto en el primer combate entre los Troyanos y Latinos.
GIAS, capitán troyano compañero de Eneas, mandaba la nave primera en las regatas descritas en el libro V. Es también el nombre de un rútulo muerto por Eneas.
GIGES, troyano muerto por Turno.
GILIPO, guerrero árcade padre de nueve hermosísimos mancebos.
GLAUCO, guerrero licio, hijo de Imbraso muerto por Turno.

H

HALESO, hijo de Agamenón y poderoso auxiliar de Turno.
HALIO, guerrero troyano muerto por Turno.
HALIS, troyano muerto por Turno.
HAMÓN, pretendiente á la mano de Dido y padre del rey africano Iarbas.
HARPALICO, guerrero troyano.
HEBRO, guerrero tracio, hijo de Dolicaón, muerto por Mecencio.
HÉCTOR, hijo de Príamo muerto por Aquiles. Su sombra anuncia á Eneas el desastre de Troya, y le entrega el fuego sagrado y la estatua de Vesta.
HÉCUBA, esposa del rey Príamo.
HELENOR, guerrero árcade, hijo del rey de Meonia y de la esclava Licimnia.
HELIMO, joven siciliano y competidor en las carreras que se describen en el libro V.
HEMON, guerrero rútulo.
HERBESO, guerrero rútulo muerto por Euríalo.
HERMINIO, valeroso guerrero rútulo.
HICETAON, guerrero troyano, padre de Timetes.
HIDASPES, guerrero árcade muerto por Sacrator.
HILO, troyano muerto por Turno.
HIPANIS, joven guerrero troyano.
HIPPOCOONTE, hijo de Hirtaco, competidor en el tiro al blanco descrito en el libro V.
HIPPOTAS, guerrero troyano padre de Amastro.
HIRTACO, padre de Hippocoonte. Así se llamaba el padre de Niso.
HISBON, rútulo muerto por Palante.

I

IARBAS, rey gétulo, pretendiente á la mano de Dido.
IASIO, padre de Palinuro piloto de la armada de Eneas.
IDA, troyano muerto por Turno.
IDEO, troyano, cuya sombra encontró Eneas en los campos Elíseos.
IDMON, mensajero rútulo.
IFITO, anciano guerrero teucro.
ILIONEO, uno de los principales jefes compañero de Eneas.
ILO, guerrero rútulo.
IMAON, guerrero rútulo.
IMBRASO, padre de los guerreros Lades y Glauco.
IOLAS, guerrero rútulo.
IOPAS, músico y cantor troyano, discípulo de Atlante.
IRIS, mensajera de los dioses.
ITIS, guerrero troyano, muerto á manos de Turno.
IULO, sobrenombre de Ascanio.
IUTURNA, hija de Dauno, hermana de Turno, seducida por Júpiter fué convertida en Numen de una fuente cerca de Roma.

J

JOVE, lo mismo que Júpiter.
JUNO, reina de los dioses, esposa de

Biblioteca Nacional de España

Júpiter, grande enemiga de los Troyanos.
JÚPITER, rey de los dioses, hijo de Saturno y de la ninfa Opis.

L

LADES, guerrero licio, hijo de Imbraso, muerto por Turno.
LADÓN, guerrero árcade compañero de Palante, muerto por Haleso.
LAGO, rútulo muerto por Palante.
LAMIRO, rútulo muerto por Niso.
LAMO, rútulo muerto por Niso.
LAOCONTE, sacerdote de Apolo, hijo de Priamo y Hécuba. Su horrible muerte se describe en el libro II.
LARIS, guerrero latino hijo de Dauco, muerto por Palante.
LATAGO, guerrero troyano.
LATINO, rey del Lacio, hijo de Fauno y de la ninfa Marica.
LAUSO, hijo de Mecencio, los dos muertos por Eneas.
LAVINIA, hija del rey Latino con la que casó Eneas después de muerto Turno. Es nombre de una amazona compañera de Camila.
LEUCASPIS, troyano compañero de Eneas, murió ahogado en la tempestad descrita en el libro VI.
LICAON, célebre espadero de Creta.
LICAS, latino consagrado á Febo muerto por Eneas.
LICIMNIA, esclava árcade, madre de Helenor.
LICO, guerrero árcade, muerto por Turno.
LIGER, rútulo, vencedor de Ematio, muerto por Eneas.
LINCEO, troyano muerto por Turno.
LIRIS, troyano muerto por Camila.
LUCAGO, rútulo hermano de Liger, los dos muertos por Eneas.
LUCECIO, guerrero ítalo muerto por Ilioneo.

M

MACAON, guerrero griego que entró en el famoso caballo de Troya.
MAGO, rútulo muerto por Eneas.
MARICA, ninfa de Laurento, madre del rey Latino.
MASICO, capitán ítalo aliado de Eneas.
MECENCIO, rey de Etruria, padre de Lauso destronado por su crueldad, fué muerto por Eneas.
MEDONTE, guerrero troyano, cuya sombra encontró Eneas en los campos Elíseos.
MELAMPO, padre de los guerreros Ciseo y Gias, muerto por Eneas.
MENELAO, rey de Esparta y marido de Elena, cuyo rapto dió ocasión á la guerra de Troya.
MENETES, piloto de la nave Quimera, arrojado al mar por el capitán Gias.
MEON, rútulo hermano de Alcanor muerto por Eneas.
MERCURIO, mensajero de los dioses; fué enviado por Júpiter á decir á Eneas que saliese de Cartago, y se dirigiese á Italia.
MEROPE, troyano muerto por Turno.
MESAPO, guerrero rútulo famoso domador de caballos.
METABO, rey de los Volscos, padre de Camila.
METISCO, auriga de Turno, cuya figura tomó Iuturna su hermana, para sacarle del campo de batalla donde fué muerto por Eneas.
MIMANTE, hijo de Amico y de Teano, muerto por Mecencio.
MISENO, troyano hábil en tocar el clarín.
MNESTEO, hijo de Clitio, mandaba la galera troyana *Priste*.
MURRANO, guerrero latino muerto por Eneas.

N

NAUTES, anciano compañero de Eneas. Tronco de la familia Nautia á quien estaba confiada la custodia de la estatua de Palas.
NEALCES, guerrero troyano, gran flechador.
NEMÓN, troyano muerto por Turno.
NEPTOLEMO, Ó BISOÑO, sobrenombre

Biblioteca Nacional de España

de Pirro hijo de Aquiles. dió muerte á Príamo.

Neptuno, dios del mar: calmó la horrorosa tempestad descrita en el libro I.

Nesee, una de las Nereidas.

Nifeo, rútulo muerto por Eneas.

Niso, joven troyano, hijo de Hirtaco, era el gran amigo de Eurífalo.

Numano, llamado Rémulo, guerrero rútulo, el primero á quien mató Ascanio. Era cuñado de Turno.

Numitor, guerrero rútulo.

O

Obalo, auxiliar de Turno, hijo del rey Telon y de la ninfa Sebétida.

Ocno, aliado de Eneas y fundador de Mantua; era hijo de la adivina Manto y del Tíber.

Ofeltes, padre de Eurífalo.

Onites, guerrero Tebano, hijo de Peridia, muerto por Eneas.

Opis, ninfa de Diana, vengadora de la muerte de Camila.

Ornito, fuerte cazador tirreno muerto por Camila.

Orodes, guerrero árcade muerto por Mecencio.

Oronte, capitán de la escuadra licia. Murió ahogado en la tempestad descrita en el libro I.

Orses, árcade muerto por Rapo.

Orsiloco, guerrero troyano vencedor de Rémulo.

Ortigio, rútulo muerto por Ceneo.

Osinio, rey de Etruria, en cuya nave persiguió Turno el fantasma de Eneas creado por Venus.

Osiris, corpulento rútulo herido por Timbreo.

P

Pagaso, guerrero troyano muerto por Camila.

Palante, príncipe árcade hijo de Evandro, fué muerto por Turno.

Palinuro, hijo de Iasio y piloto de la nave de Eneas; cayó al mar rendido por el sueño; anduvo errante tres días, y cuando llegó á Italia le dieron muerte. Por este crimen se originó una peste y se le erigió un sepulcro admirable al pié del promontorio que lleva su nombre.

Palmo, combatiente troyano muerto por Mecencio.

Pandaro, hermano de Euritión. Propuso terminar la guerra de Troya con un duelo entre Paris y Menelao. Es nombre de un guerero teucro, hermano de Bitias é hijo de Alcanor.

Panopes, joven siciliano (véase Helimo).

Paris, hijo de Príamo, robador de Elena, causa de la guerra de Troya.

Paternio, árcade muerto por Rapo.

Patron, árcade competidor en las carreras descritas en el libro V.

Peneleo, griego matador de Corebo.

Pentesilea, reina de las amazonas; en esta figura se inspiró Virgilio para la gran figura de Camila.

Peon, médico tracio, que dió nombre á muchas hierbas medicinales; con una de ellas resucitó á Hipólito.

Peridia, madre del triste Onites guerrero de Tebas.

Pico, padre de Fauno y abuelo del rey Latino.

Pigmalión, rey de Tiro, hijo de Belo y hermano de la reina Dido.

Pilumno, abuelo de Turno, inventor del arte de moler el trigo.

Piracmon, cíclope de los que forjaron la armadura de Eneas.

Pirgo, nodriza de los hijos de Príamo.

Pirro, lo mismo que Neptolemo.

Podalirio, combatiente troyano matador de Also.

Polidoro, hijo de Príamo, enviado desde niño al rey de Tracia, para ser educado, y muerto por el mis-

Biblioteca Nacional de España

mo para robarle. Su desgraciada historia se refiere en el libro III.
POLIFEMO, gigante cíclope hijo de Neptuno. Su historia en el libro III.
POLIFETES, guerrero troyano consagrado á Ceres.
POLITES, nieto de Príamo é hijo de Polites muerto por Pirro. Fué uno de los tres niños capitanes que mandaban á los mancebos en las carreras descritas en el libro V.
POTICIO, instituidor de las fiestas en honor de Hércules por la muerte dada á Caco.
PRÍAMO, último rey de Troya muerto por Pirro.
PRÍMOLO, troyano muerto por Turno.
PRITANIS, combatiente troyano muerto por Turno.
PRIVERNO, rútulo muerto por Capis.
PRÓMOLO, guerrero troyano muerto por Turno.
PROSERPINA, hija de Júpiter y de Ceres, esposa de Plutón, á la cual ofreció Eneas el ramo de oro para poder entrar en los infiernos.

Q

QUERCENTE, guerrero rútulo.

R

RAMNETES, rey y augur, amigo auxiliar de Turno, muerto por Niso.
RAPO, guerrero rútulo matador de Partenio y Orses.
REMO, rútulo muerto por Niso. Es también el nombre del hermano del fundador de Roma, Rómulo.
RÉMULO, nombre de dos guerreros, uno toscano y otro latino.
RETEO, rútulo muerto por Palante.
RETO, rútulo muerto por Eurídalo.
RIPEO, llamado el más justo de los troyanos; murió á manos de Penéleo.

S

SACES, guerrero latino.
SACRATOR, guerrero latino.
SAGARIS, escudero de Eneas muerto por Turno.
SALIO, natural de Acarnania, competidor en las carreras descritas en el libro V. Es nombre de un latino muerto por Nealces.
SARPEDÓN, troyano, padre de nombre Antifates, muerto por Turno.
SERESTO, capitán troyano, llamado el *fuerte*.
SERGESTO, capitán troyano que mandaba la galera *Centauro* en las regatas descritas en el libro V.
SERRANO, rútulo muerto por Niso.
SIBARIS, troyano muerto por Turno.
SILVIA, hija de Tirreo. Por la muerte que Ascanio dió á un ciervo criado por ella en una cacería inadvertidamente, se originó la guerra entre troyanos y latinos.
SINÓN, astuto griego que persuadió á los troyanos á dejar pasar el famoso caballo de madera.
SIQUEO, príncipe tirio, esposo de la reina Dido.
SPIO, ninfa del mar.
STÉNELO, troyano muerto por Turno. También es uno de los griegos que entraron en el famoso caballo de Troya.
STRIMÓN, guerrero árcade compañero de Palante.
SUCRÓN, rútulo muerto por Eneas.
SULMÓN, guerrero rútulo y uno de los que prendieron á Eurídalo; fué muerto por Niso.

T

TAGO, rútulo muerto por Niso.
TALÍA, ninfa del mar. Así se denomina también la musa de la Comedia.
TALON, rútulo muerto por Eneas.
TAMIRIS, troyano muerto por Turno.
TÁRAIS, rútulo muerto por Eneas.
TARCON, caudillo de los etruscos.

Biblioteca Nacional de España

TARPEYA, amazona compañera de Camila.
TARQUITO, rútulo hijo de Fauno y de la ninfa Driope, fué muerto por Eneas.
TEANO, esposa de Amico y madre de Mimante guerrero teucro.
TEMILA, guerrero troyano.
TEMON, guerrero licio hermano de Claro y de Sarpedonte.
TÉREAS, guerrero troyano.
TERSILOCO, troyano muerto por Turno. Es nombre de otro troyano cuya sombra encontró Eneas en los campos Elíseos.
TESANDRO, compañero de Ulises en el famoso caballo.
TEUTRA, valeroso guerrero árcade.
THERON, gigante latino muerto por Eneas.
TIMBREO, guerrero troyano.
TIMBRIS, anciano guerrero teucro.
TIMBRO, guerrero latino muerto por Palante.
TIMETES, guerrero troyano, hijo de Hicetaon.
TIRES, guerrero árcade.
TIRREO, mayoral de los ganados del rey Latino.
TMARO, guerrero rútulo.
TOANTE, guerrero árcade, compañero de Palante.
TOAS, guerrero de los que entraron en el famoso caballo.
TOLUMNIO, augur rútulo. Fué el que rompió el pacto entre Eneas y Turno disparando una lanza contra los troyanos. Murió en la última batalla entre troyanos y latinos.
TRONIO, troyano muerto por Salio.
TULA, amazona compañera de Camila.
TURNO, rey de los rútulos rival de Eneas á cuyas manos muere.

U

UFENTE, auxiliar de Turno y rey de los Equícolas.
UMBRO, sacerdote de los marsos, enviado por Archipo para socorrer á Turno.

V

VALERO, guerrero rútulo vencedor de Agis de Licia.
VENILIA, madre del rey Turno.
VÉNULO, mensajero rútulo, á quien envió Turno á la Corte de Diomedes pidiendo auxilio contra los Teucros.
VENUS, diosa de la hermosura, madre de Eneas.
VIRBIO, mancebo hermosísimo hijo de Hipólito, era de Aricia y fué auxiliar de Turno.
VOLSCENTE, capitán rútulo, aprisionó á Niso y á Euríalo.
VOLUSO, guerrero rútulo.
VULCANO, dios del fuego, esposo de Venus é hijo de Júpiter y de Juno; forjó la armadura de Eneas.

FIN

REGISTRO DE LA Propiedad Intelectual SEVILLA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

OBRAS DE DON LUIS HERRERA Y ROBLES

Poesías líricas originales castellanas y latinas con una composición dramática en tres actos y en verso, precedidas de un prólogo por el Ilustrísimo Señor Doctor Don José Fernández Espino, Catedrático de la Universidad de Sevilla y Director General de Instrucción pública.—Un volumen en 4.° de 318 páginas.—1.ª edición, Sevilla, 1872.—2.ª edición, Sevilla, 1879 (agotada).

Oda á Nuestra Señora de la Antigua en Sevilla. Premiada con el primer premio por la Academia bibliográfico-Mariana.—Un cuaderno de 20 páginas en 4.°, edición de lujo. Cádiz, 1867 (agotada).

Examen comparativo entre las Prosodias y Arte métrica griega y latina.—Un cuaderno en 4.°, de 56 páginas, edición de lujo. Sevilla, 1872.

La voz del patriotismo. Composiciones poéticas. Un cuaderno en 8.° de 26 páginas. Sevilla, 1869.

Ejercicios piadosos con el nombre de Quinario. Un cuaderno de 34 páginas en 8.°. Cabra, 1870.

La Eneida de Virgilio.—Traducción en verso castellano de todo el poema con un prólogo del Excmo. Señor Don Juan Valera y un Dictamen de la Real Academia Española. Tercera edición. Un volumen de 569 páginas. Sevilla, 1905.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
BNE
1103262271
0868053856O
Biblioteca Nacional de España